

ni penas, ni olvido

Redes de relaciones comunicacionales de organización y gestión popular al sur de Buenos Aires



TESIS DE MAESTRÍA PLANGESCO

—UNLP—
2010

capítulo 1

Este texto es el informe final del proceso de tesis transitado en el marco de la Maestría en Planificación y Gestión de la Comunicación, PLANGESCO. **Ni penas, ni olvido** es un diagnóstico de las redes de relaciones comunicacionales de organización y gestión popular en el primer cordón del Conurbano sur de Buenos Aires, para aportar a la planificación de políticas públicas nacionales populares y latinoamericanistas que, desde el Estado, intervengan para la transformación de la calidad de vida de los sectores populares urbanos. Para analizar la organización popular y su inscripción territorial fue necesario dialogar con dos niveles de abstracción igualmente constitutivos del fenómeno: lo microsocial, estudiado aquí desde el trabajo

etnográfico de corte sincrónico -para dar cuenta del mundo comunitario en la ciudad multicultural- y lo macroestructural, lo que permitió, en una mirada diacrónica, situar a la comunidad en la ciudad global y explicar los procesos históricos que llevaron a la metropolización de las ciudades latinoamericanas, y a la vez, a la territorialización de los sectores populares urbanos en Buenos Aires.

Introducciones

- **Palabras preliminares**

Cuando comencé la maestría PLANGESCO ya estaba trabajando en algunos territorios de exclusión de Buenos Aires: indagaba representaciones, observaba las prácticas asociativas y analizaba las historias de quienes habitan las villas y asentamientos del

Conurbano Sur. Mi trabajo formal era el de una investigadora científica y en el campo funcionaba (todavía lo hago) como una especie de colaboradora "multiuso". Fui tallerista de video documental, de prospectiva; educadora no formal, organizadora de eventos barriales, asesora de prensa, coordinadora de comunicación en reuniones multisectoriales y - con mis limitaciones- hasta asesora legal.

Todas estas actividades estaban teórica y prácticamente escindidas, como en universos paralelos: el inasible mundo de la ciencia y el urgente mundo de la pobreza. De hecho, también en mí existía esa fragmentación, pero como las maestrías proponen una instancia de intervención práctica en el campo laboral, entonces, ¿qué hacer?

Esta dificultad ya fue revistada por Uranga, quien dijo que los trabajadores de la comunicación debemos orientar nuestras prácticas -a partir de nuestro rol de

comunicadores / comunicólogos- a la transformación de la situación actual del campo en el que "por lo menos, la crítica del sistema y de los medios, no estuvo acompañada de manera apropiada de la sistematización y de la construcción de propuestas que integraran lo comunicacional en una perspectiva interdisciplinar y con tal capacidad operativa transformadora que rompiera la disociación entre teoría y práctica". Entonces, quedó claro que mi aparente esquizofrenia intelectual tenía una dimensión colectiva: trabajar contra ella, a partir y a pesar de ella, era también hacerlo colectivamente y hacia instancias superadoras.

Mientras transitaba el primer año, textos, docentes y compañeros compartían sus experiencias de intervención para la transformación -en una empresa en crecimiento, una escuela, en una radio comunitaria o en un pueblo que busca desarrollar el turismo

solidario, en el ámbito municipal de una ciudad pequeña, y hasta en organizaciones de desocupados u ONGs-.

El valle sucio del Riachuelo me pareció entonces bastante desolador, con sus organizaciones desnutridas, contaminadas, fragmentadas; con su asfixiante rutina de la lucha por la comida diaria y su resignación de venas con plomo.

Pasaron los meses, la vorágine de las horas cátedra, los cuadernos y las biromes, los informes de investigación y los talleres en el barrio. Como ingredientes todavía separados, elegidos para mezclar en una coctelera, PLANGESCO me dio la epistemología y la semiótica de la ciencia del maestro Juan Samaja, la perspectiva latinoamericanista de Alcira Argumedo, la reflexión sobre las organizaciones y las instituciones junto a Nancy Díaz Larrañaga -actual Directora de esta tesis-, y las primeras herramientas de la

planificación y las políticas públicas a partir de las experiencias de Washington Uranga y Daniel Arroyo. Y fue a principios de 2006 cuando este proyecto comenzó a gestarse, ahora sí, de cara a mis trabajos de campo.

Entendí que aunque la transformación estaba en marcha y se creaba todos los días en cada encuentro, en cada voluntad abriéndose camino contra la inercia de la realidad, la maestría me daba la posibilidad de pensar (investigar/ practicar/ jugar/ imaginar) en cambios planificados sobre ese escenario complejo. Hacía falta un diagnóstico para planificar desde el Estado el problema de la exclusión urbana: un aporte a las políticas públicas en forma de preguntas para apuntar -desde el enfoque complejo- al mejoramiento de la calidad de vida del 27% de pobres que vivían en 2006 en las ciudades de la Argentina

(INDEC, 1er. Trimestre 2006)¹.

Entonces, lo que les propongo a los lectores y lectoras de este informe es, en cierta manera, aquello que motivó el inicio del proceso de tesis: seguir las pistas de la comunicación y la cultura en busca de algunas respuestas.

- **Ciudades latinoamericanas**

Indaguemos acerca de un fenómeno eminentemente latinoamericano: si bien las grandes ciudades poseen realidades afines en

¹ Aunque el trabajo de campo finalizó en 2009, los datos estadísticos oficiales a lo largo de la tesis se toman hasta 2007. A partir de 2007, se implementaron una serie de cambios en el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, INDEC, que derivaron en irregularidades en las mediciones. La falta de claridad en la información pública sobre la nueva metodología utilizada y las poblaciones analizadas no sólo pone en duda la veracidad de los índices (Inflación, IPC, Ocupación, Desocupación, Pobreza e Indigencia) sino que impiden la comparación diacrónica. Por este motivo, no se utilizan datos oficiales del INDEC posteriores al tercer trimestre de 2006 – primer trimestre de 2007 (*para ampliar las características del diseño metodológico ver capítulo 4*).

todo el mundo, en Latinoamérica los procesos de metropolización y las experiencias sociales vinculadas a la pobreza urbana tienen, indudablemente, características históricas, culturales y comunicacionales específicas.



Centro de Quito, 2008.

En América Latina, entre las décadas del '30 y el '50 las ciudades crecen en forma acelerada. Y esa urbanización emerge en paisajes nacionales con escenografías también compartidas: el proceso económico de la industrialización por sustitución de importaciones (ISI), en el marco sociopolítico de los gobiernos populistas.

En esos años, los sectores populares urbanos estaban integrados mayoritariamente por trabajadores formales del sector productivo. En ese contexto, y sobre todo a partir de los '60 y los '70, las tendencias generales de la acción colectiva se basaban en la demanda de mejores condiciones laborales y la posibilidad de acceso a servicios urbanos básicos: transporte, infraestructura, agua potable, etc. (Portes, Roberts y Grimson, 2005).

Desde el comienzo de la urbanización masiva en América Latina, la acción de los

movimientos sociales fue clave. En líneas generales, en la ISI se destacó el rol del movimiento obrero; en la restauración democrática se fortalecieron los partidos políticos y, a partir de los '90, con la crisis neocapitalista -derivada en crisis institucional- los movimientos sociales urbanos latinoamericanos fueron reconfigurándose básicamente a partir de vínculos territoriales y, en menor medida, étnicos y/o de clase.

El interlocutor de las demandas del movimiento obrero había sido, sin duda, un Estado de Bienestar y, a pesar de los cambios en las demandas, la lucha durante los '70 y los '80 siguió orientada a negociar con el Estado: en él, las clases populares veían no a un enemigo -que seguía siendo la oligarquía nacional- sino a un actor clave para asegurar sus posibilidades de acceso y movilidad social.

Pero los cruentos procesos dictatoriales que sobrevinieron, como antesala de los planes de ajuste -afines al Consenso de Washington- que se aplicarían durante los '80 y los '90, tuvieron marcados efectos en las sociedades: la desregulación económica y la privatización de recursos esenciales del Estado -servicios públicos, energía, comunicaciones- atravesaron a lo político, lo cultural y lo demográfico. Y, por supuesto, a las relaciones organizacionales de las clases populares.

Más allá de la desestructuración del Estado de Bienestar, la vinculación histórica entre Estado y sectores populares urbanos es un eje ineludible en la reflexión acerca de las posibles políticas de intervención. Por la magnitud del fenómeno descrito, este trabajo es pensado en sintonía con una futura y necesaria política pública, en la que el Estado ocupe un rol central como planificador y como protagonista de la gestión. Así, las

presentes y pasadas interacciones entre el Estado y los sectores populares urbanos fueron analizadas de modo diferencial en relación con las prácticas organizacionales que diagnosticó esta tesis.

Desde mediados de los '90 aparecen nuevos modos de acción social, en principio desvinculados del Estado y muchas veces en oposición a él. De todas maneras, en el transcurso de los años de crisis estos modos de acción se fueron institucionalizando y estableciendo relaciones cada vez menos antagónicas. (Roberts y Portes en Portes, A., Roberts, B. y A. Grimson; 2005).

Los Estados de la ISI, anteriores a las dictaduras de los '70 y '80, se caracterizaban por una fuerte centralización, la cual propició grandes movimientos sociales formales (como sindicatos y partidos políticos) capaces de interpelarlos. Pero el libre mercado y la globalización, que llevaron a la

descentralización de los Estados Latinoamericanos, colocaron en los gobiernos a los sicarios y ejecutores sistemáticos de las políticas de "ajuste". Así, se incrementaron la informalidad de los movimientos, junto a la cantidad y el espectro de las demandas.

En el nuevo escenario, los sectores populares debieron dialogar o confrontar con interlocutores distintos (barriales, municipales y provinciales). Si bien desde lo cultural la descentralización estatal aparentaba recuperar la fuerza de las identidades comunitarias y la participación de la sociedad civil, en el contexto del neoliberalismo funcionó como un factor de fragmentación política y económica: obturó trágicamente la rearticulación del tejido social y trajo nuevos escollos a la capacidad y a la efectividad de la organización popular.

Durante la ISI, la estructura de clases² era también más homogénea, y fue habitual que la acción se organizara alrededor de alguna rama del empleo formal (empleados de comercio, obreros de frigoríficos, estatales, ferroviarios, etc.). Esto varió sensiblemente, no sólo por el proceso económico, sino por la desordenada urbanización y el crecimiento demográfico y habitacional. El aumento cuantitativo de los pobres en las ciudades, sumado a la desocupación, generó un cambio cualitativo en la configuración de los sectores populares urbanos: la clase obrera formal se volvió una minoría privilegiada y los movimientos sociales vieron que sus reivindicaciones, y su capacidad de acción, estaban cada vez más vinculadas a su ámbito

² Tanto aquí, como en el resto del informe cuando se utiliza la categoría de clases refiero a la definición de Portes y Hoffman (2003): "Categorías de población discretas y duraderas caracterizadas por el acceso diferencial a recursos que otorgan poder y diferentes expectativas de vida". Citado en Portes, A., Roberts, B. y A. Grimson (2005).

territorial. Así, en las ciudades se solidificaron las organizaciones comunitarias, vecinales, étnicas y religiosas.

Estos cambios ocurrieron en diverso grado en los países latinoamericanos: en algunos -la Argentina, por ejemplo-, este proceso no reemplazó a la configuración anterior sino que se eslabonó con una fuerte tradición asociativa de los sectores populares liderada por referentes locales -desde los caudillos hasta los cuadros sindicales y partidarios-. Emergieron nuevos actores como las organizaciones de desocupados y las ONG y se transmutaron antiguos como los punteros.

- **Problematización y objetivo(s)**

En la región, la pobreza urbana se ha vuelto un desafío palpable: desde hace varios años, académicos, políticos y funcionarios se esfuerzan por aprehender la problemática desde

diversas aristas -económicas, políticas, habitacionales, educativas, sanitarias, culturales- para tratar a veces de transformarla, otras de erradicarla.

La intervención para la transformación es también un trabajo para el Planificador de la Comunicación, según plantea el documento curricular de PLANGESCO, señalando la necesidad de "enriquecer la ciencia de la comunicación, pero también, y de manera fundamental, enriquecer el conocimiento sobre las instituciones, las prácticas sociales, y sobre los posibles espacios de trabajo en planificación y gestión de la comunicación". Como señalé líneas atrás, la complejidad de este trabajo aparece en la naturaleza misma del fenómeno a escala metropolitana. La apuesta es aventurar una huella transversal entre distintas dimensiones: entre lo teórico y lo práctico; la investigación, la

planificación y la acción; lo global y lo territorial; lo macro y lo microsocioal.

Debido a ello, este trabajo de diagnóstico estuvo atravesado por el movimiento: pasó incontables veces de la planificación estratégica a las propuestas participativas, y de la investigación científica a la vigilancia epistemológica. La imagen es la del caminante que, al no encontrar un paquete turístico a medida, carga guías, mapas, atlas y relatos de viajeros en su mochila y emprende el camino hacia la contingencia. Aunque el viaje (el trabajo del viaje) no fue espontáneo ni caprichoso, los puntos a visitar en el camino estuvieron marcados desde los primeros meses: las prácticas culturales y comunicacionales en los territorios de exclusión del Conurbano sur de Buenos Aires, las redes de relaciones, los modos de organización y gestión, la acción colectiva de los sujetos convertidos en actores al interior de distintas

organizaciones e instituciones sociales, la vida cotidiana, las creencias..

Entonces, se estableció como problema de planificación la nueva pobreza en el área metropolitana de Buenos Aires (AMBA): para abordarlo desde el eje de la comunicación y la cultura se identificó la necesidad de diagnosticar las redes de relaciones organizacionales e institucionales en los territorios de exclusión. Así, en términos más técnicos, el objetivo general de la tesis consistió en indagar acerca de los modos de organización popular en los territorios de exclusión metropolitana en Buenos Aires. Diagnosticar prácticas comunicacionales, para contribuir a la construcción de políticas masivas de transformación.

Les propongo leer este informe de tesis en esa clave: no como un diagnóstico técnico sino como un relato reflexivo. Compartiremos los puntos de partida, los antecedentes, las

diferentes voces, los datos duros de la historia y la flexibilidad de las historias mínimas. La propuesta no es, no fue, descubrir sentencias sino buscar las preguntas indicadas.

- **Sobre el Diagnóstico y la Planificación**

Diagnosticar desde la comunicación y la cultura urbana en América Latina implica, también, un ejercicio específico de análisis cultural e histórico: "Exige repensar todo y quienes estamos involucrados en la construcción de alternativas desde las prácticas sociales y, por extensión, quienes trabajamos en el campo de la investigación científica, (somos) desafiados a hacerlo y a resignificar -en el contexto de escenarios y prácticas sociales diferentes-". (Argumedo, 2004).

El diagnóstico es una etapa / proceso de

cualquier planificación aunque aquí se está pensando en planificación comunicacional. Por supuesto que para lograr el bienestar de los sujetos que habitan territorios de exclusión hay problemáticas muy variadas que podrían y deberían encararse desde distintos enfoques (lo económico, lo ambiental, lo habitacional, lo sanitario, etc.). En este sentido, las incumbencias del planificador comunicacional pueden pensarse en dos dimensiones:

Por un lado, para que todos estos enfoques técnicos especializados logren coordinar esfuerzos en pos de un objetivo común, y, por otro, en la articulación comunitaria de la política social.

En el primer sentido, es necesario establecer mecanismos de comunicación que pongan en diálogo los enfoques técnicos y políticos -es imposible resolver, por ejemplo, la situación de precariedad sanitaria en la que se encuentran los habitantes de los

territorios linderos a la cuenca Matanza-Riachuelo si no se aborda la problemática político-económica de las empresas contaminantes-. En esta dimensión de articulación estructural de la comunicación en la política social, que vincula el diagnóstico con otras etapas, se requerirían recursos técnicos, políticos, materiales y humanos que exceden el planteo de esta tesis. De cualquier manera, fue posible poner en diálogo los datos disponibles, consultar especialistas, recabar nuevos datos y establecer la estructura básica que contextualiza y configura la trama del problema de planificación.

La segunda dimensión de intervención para el planificador comunicacional es la de la voz de los actores locales: desentrañar las prácticas culturales, las representaciones, los valores, las opiniones y las expectativas de los sujetos habitantes de los territorios de exclusión. En las mesas de diálogo

organizadas para el diseño de políticas participativas no todos tienen el mismo derecho a la palabra. La relevancia y legitimidad de las posturas están determinadas por situaciones de inequidad explícita y simbólica, y desigualdades en la relación de fuerzas que dependen del poder que unos actores ejercen sobre otros. Aquí, la mediación del comunicador es vital para implementar las coordenadas sobre las que se deberán construir los puentes de diálogo. De eso, centralmente, se ocupa esta tesis.

A grandes rasgos, podemos diferenciar tres tipos de planificación: la Normativa, la Estratégica y la Prospectiva. Aun cuando surgen en momentos históricos consecutivos, en la actualidad hay préstamos, convivencias y zonas grises.

La Planificación Normativa, que por definición es no participativa, pone el énfasis en el diseño de una tecnología de

intervención social basada en el diagnóstico de los expertos en el tema y no considera otras miradas ni etapas -por ejemplo, la gestión-: es una receta para resolver el problema de planificación³.

³Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, “los aliados” ganadores contra el eje del mal (Alemania, Italia y Japón) convocan a una reunión en San Francisco a la que asisten mandatarios de 51 países. Así se firma la Carta de las Naciones Unidas y la Organización de Naciones Unidas (ONU) comienza a existir oficialmente el 24 de octubre de 1945, en el acto de ratificación de la Carta presentada por China, Francia, la Unión Soviética, el Reino Unido y los Estados Unidos. El contexto político internacional era el de la posguerra mundial: ganadores y perdedores. A fin de proveer a las potencias (sobre todo a Rusia) una visión consoladora del nuevo orden mundial en el que Estados Unidos se ubicaría primero, Truman lanzó la idea del “desarrollo”: en su discurso de asunción en 1949, nombró por primera vez al Hemisferio Sur como “áreas subdesarrolladas” (Sachs, 1992). Y así se fundó un paradigma de las relaciones norte – sur, de los colonizadores “ayudando” a las colonias a desarrollarse. Si bien, la ONU fue el primer organismo que logró llevar adelante procesos de planificación a nivel mundial, el enfoque era la planificación normativa hegemonizada por la noción de desarrollo. Las consecuencias negativas más palpables de este enfoque fueron los modos violentos de irrupción en sociedades y culturas. Esto se advirtió especialmente durante los procesos de descolonización en África en los 60, y muchos investigadores e intelectuales comenzaron a debatir y a denunciar la intervención de la ONU en Asia, África y en América Latina. Aquí, en Buenos Aires en 1974, la Cátedra de Historia de las Luchas Populares de la Facultad de Antropología criticaba a la ONU “por pretender que desarrollo y subdesarrollo son nociones técnicas neutrales” y así “distraer su incapacidad para dar cuenta de la naturaleza real de las condiciones de

La Planificación Estratégica retoma la mirada normativa pero la combina con cuestiones estratégicas y operacionales; prevé lineamientos pero permite la flexibilidad necesaria para la implementación ya que no analiza tendencias o posibles situaciones futuras. En vez de basarse en escenarios ideales, intenta partir desde lo posible y se relaciona fuertemente con la noción temporal del presente. Así, para la Planificación Estratégica el futuro se piensa como inasible, cambiante e incontrolable.

Desde este tipo de planificación se abre el trabajo de los expertos: el enfoque no es sólo técnico sino también político. La inclusión de la perspectiva política conlleva la dinámica de la conducción de procesos y tiene en cuenta el papel de los actores sociales, sobre todo por su incidencia en la situación y las

surgimiento, existencia y reproducción del subdesarrollo” (Álvarez, F. Franco, P., 1974).

relaciones políticas. Por eso, integra los saberes de los actores sociales en la formulación de los proyectos; evalúa las resistencias y el conflicto y/o consenso como factores fundamentales a considerar. Como dijimos, la lógica política trae aparejada la noción de realización: por ello, la gestión es una etapa importante de la Planificación Estratégica. (Ver: *Los planes quinquenales del gobierno peronista*).

El tercer caso es el de la Planificación Prospectiva: sus principales diferencias con las citadas tienen que ver, en primer lugar, con que su punto de partida es el futuro, ya que intenta identificar los escenarios posibles y los deseados. Además, incorpora el colectivo de actores en la definición de los lineamientos técnico-políticos.

Los planes quinquenales en el gobierno peronista

Hasta la llegada de Juan Domingo Perón al gobierno argentino, la planificación económica y social del país se apoyaba en proyectos parciales, dispersos, improvisados y, a menudo, ocultos al conjunto de la población por la dudosa conveniencia nacional de los objetivos planteados, especialmente durante la década infame. Para los economistas de la época, este período se denominó “de intervencionismo defensivo del Estado” (Domenech, E., 1968). A partir de los acontecimientos ocurridos en Europa, en 1940, se abandonan las ideas de proyectar a largo plazo y los sucesivos e inestables gobiernos pasan a una etapa de preocupación coyuntural. Será recién en 1945 cuando, de acuerdo al espíritu de época – en el clima de posguerra la planificación apareciera como una herramienta no sólo política sino también científica, de desarrollo -comienza a proyectarse un Plan de Gobierno. El 19 de octubre de 1946, el general Perón anunció el proyecto de ley que dio sustento al Primer Plan Quinquenal, organizado de la siguiente manera:

Primer Plan Quinquenal (1947-1951)

Gobernación del Estado
I Política
II Salud Pública

III Educación
 IV Cultura
 V Justicia
 VI Exterior
 Defensa Nacional
 I Ejército
 II Marina
 III Aeronáutica
 Economía
 I Población
 II Obra Social
 III Energía
 IV Trabajos Públicos y Transporte
 V Producción
 VI Comercio Exterior
 VII Finanzas

El primer plan fue revolucionario desde el punto de vista de la organización económica: entre otras medidas, se nacionalizaron los servicios y se reorganizaron las exportaciones de carne y granos; además, se incorporaron gran parte de las demandas de las clases populares al modelo de país planificado en materia de trabajo, vivienda, educación y salud (este tema se amplía en el capítulo 3). Pero en el segundo plan, que no pudo cumplirse por el derrocamiento de Perón por medio de un golpe militar en 1955, va más allá: profundiza el sentido popular en la planificación de la nación, incorpora la ciencia, la tecnología,

y la noción de explotación sustentable de los recursos naturales, también madura la definición política, apoyado en la Doctrina Peronista. El documento del Segundo Plan Quinquenal cierra con la frase: “Consolidar la independencia económica para asegurar la justicia social y mantener la soberanía política”.

Segundo Plan Quinquenal (1952-1957)

ACCION SOCIAL

- 1) ORGANIZACION DEL PUEBLO
- 2) TRABAJO
- 3) PREVISION
- 4) EDUCACION
- 5) CULTURA
- 6) INVESTIGACIONES CIENTIFICAS Y TECNICAS
- 7) SALUD PÚBLICA
- 8) VIVIENDA
- 9) TURISMO

ACCION ECONOMICA

- 10) ACCION AGRARIA
- 11) ACCION FORESTAL
- 12) MINERIA
- 13) COMBUSTIBLE
- 14) HIDRAULICA
- 15) ENERGIA ELECTRICA
- 16) INDUSTRIA

INDUSTRIA Y COMERCIO

- 17) COMERCIO INTERNO
- 19) POLITICA IMPOSITIVA

SERVICIOS Y TRABAJOS PUBLICOS

20) TRANSPORTES

21) VIALIDAD

22) CATASTRO

23) COMUNICACIONES

24) EDIFICIOS PUBLICOS Y SERVICIOS SANITARIOS

PLANES COMPLEMENTARIOS

25) RACIONALIZACION ADMINISTRATIVA

26) LEGISLACION GENERAL

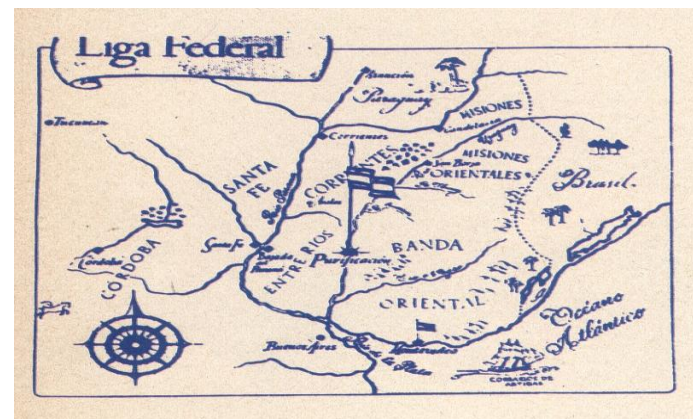
27) INVERSIONES DEL ESTADO

28) ACCION MUNICIPAL

En ambos casos, se presentan sólo los títulos generales de los planes y no sus textos completos. La fuente utilizada en este caso fue "Los planes quinquenales" (1972) en Revista Polémica N° 86. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina. Pero los textos completos de los planes son de fácil acceso en diversos sitios de Internet.

Quizás, el primer caso práctico de Planificación Prospectiva en la Cuenca del Plata lo encontraremos en los albores de la historia nacional (Ver: *Artigas y la Liga Federal*).

Artigas y la Liga Federal



Ya entre 1806 y 1807, para enfrentar a las Invasiones Inglesas, en el Río de La Plata se habían conformado milicias urbanas armadas. Éstas eran voluntarias y los participantes elegían a sus jefes. Por ello los cuerpos tenían una dinámica distinta a la verticalidad del Ejército tradicional y funcionaban en pos del interés común de pelear contra realistas e invasores de manera bastante democrática. Ya en ese momento se perfilaban formas de organización popular de la cuestión pública.

Del mismo modo, el posterior apoyo armado a la revolución en los territorios orientales no tuvo que ver con una decisión de estratos superiores, sino con la voluntad de las milicias compartida con sus jefes electos; así se gesta la figura de José Gervasio de Artigas como referente popular -quien ya se venía desempeñando como Blandengue de Frontera y mantenía buenas relaciones con gentes de todos los sectores-.

En Montevideo estaban dadas las condiciones para la Revolución. España no quería resignar la importancia estratégica del puerto, y enfrenta la revolución imponiendo gran cantidad de medidas impopulares. En poco tiempo, se multiplicaron las protestas: comerciantes, agricultores y ganaderos se veían desfavorecidos por los intereses monopolistas y las quitas para la Corona, pronto se sumó la leva militar impuesta a los gauchos considerados vagos. Artigas, señalado por Mariano Moreno para precipitar la revolución en la Banda Oriental, soportó junto a sus hombres la avanzada realista y el pueblo federalista de la Banda Oriental cierra filas en torno a él. Paradójicamente, Buenos Aires era cada vez más centralista y decide sumar a Artigas y los federalistas entre sus enemigos. La conmoción entre el vecindario traicionado, luego de nueve meses de lucha y sacrificio, es tan grande que no dudan en sacrificar hasta el propio territorio en pos de la Revolución: el 10 de octubre, reunidos en asamblea general, se

comprometen a seguir la lucha y proclaman a José Artigas su General en Jefe, autoridad que éste sólo podría declinar ante la propia Asamblea y con su consentimiento-.

Desde el punto de vista comunicacional, y específicamente de los modos de organización popular, cabe destacar el signo particular del liderazgo de Artigas y de sus propuestas de organización que implicaban que el pueblo, reunido en asamblea, hiciera uso de su soberanía y tomara decisiones voluntaria y espontáneamente. Artigas y sus milicias populares iniciaron la retirada de Montevideo hacia las tierras del Ayuí, del otro lado del río Uruguay -según el padrón del éxodo eran 850 familias pero muchos no fueron censados (Revista Polémica N° 6, 1971; Fernández, 1964), algunos historiadores hablan de un total de 16.000 personas participantes del éxodo (Bruscher y Melongo, 1971)-. Este es el caldo de cultivo político y cultural del que surgirá la doctrina federal artiguista (Petit Muñoz, 1964) que dejó plasmado su sentido de organización popular en dos documentos fundamentales: el Programa Federal de 1813 y el Reglamento de 1815.

En 1813, Artigas esboza un proyecto que se conoció como el Programa Federal, destinado a servir de base de gobierno para las Provincias del Río de La Plata, cuya organización debía dirimirse en Asamblea General

Constituyente con delegados de las provincias. Asistieron al Congreso que se realizó en Tres Cruces gran cantidad de delegados elegidos en cabildos de ciudades y villas orientales, Artigas lo inauguró diciendo: "Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa por vuestra soberanía", luego propone que la Asamblea General Constituyente de Buenos Aires debe ser reconocida "no por obediencia sino por pacto... Sólo el freno de la Constitución será la salvaguarda del derecho popular... con la declaración de la independencia absoluta de estas colonias". Artigas, como lo habían hecho Moreno y Monteagudo, pregonaba la fórmula "independencia y república" y la aniquilación de cualquier nepotismo militar o civil.

Las relaciones entre Buenos Aires y el artiguismo se hicieron cada vez más tensas: Sarratea acusó a Artigas de "traidor a la patria" y los grupos dominantes porteños presionaron y endurecieron sus posiciones antipopulares; para 1914 la lucha se convirtió en guerra civil y Buenos Aires le puso precio a la cabeza de Artigas. Artigas recibió propuestas de los españoles para ser nombrado Gobernador de Montevideo y formar una alianza contra Buenos Aires. Las rechazó.

Los pobladores de todas las comarcas fértiles, de los litorales y el puerto de la Liga Federal, apoyaban la propuesta revolucionaria, y consideraban a Artigas su líder. Así, se sucedieron las sublevaciones

federales y los pronunciamientos porteños. Para 1815, cuando las tropas de Carlos Alvear abandonan la plaza de Montevideo, la Banda Oriental se unifica bajo el gobierno revolucionario y se evidencia la preocupación por el ordenamiento administrativo. Bajo esas circunstancias, Artigas escribe el Reglamento de 1815 en el que propone la reforma agraria: "Artigas vivió los últimos años de la paz colonial compartiendo en su juventud los azares del corambrero; más tarde Blandengue de Frontera, enfrentó los males del despoblado, sopesó las consecuencias del latifundio improductivo y convivió con el paisanaje las duras peripecias y aventuras del hombre sin tierras. Aquellos gauchos, indios o esclavos alzados, de bota de potro o pies descalzos, a menudo sin más propiedad que sus destrozadas camisas y chiripas raídos, la lanza, el facón y el caballo confiscado, habían contribuido a la revolución con lo único que poseían, jugando sus vidas por la patria. Con ellos soportó la guerra y el éxodo. A ellos quiso recompensar integrándolos a la tierra" (Reyes Abadie, Bruscherá y Melongo; 1971).

El aspecto comunicacional tiene una importancia clave en la Planificación Prospectiva. No es posible hablar de Prospectiva, ni de ningún tipo de planificación participativa en general, sin establecer, propiciar y favorecer procesos de comunicación entre el colectivo de actores vinculados al problema de planificación o al tema de análisis específico.

Si nos paramos en la esquina más concurrida de la planificación participativa de procesos sociales, una parte importante de la teoría trabaja la línea de la Planificación para el Desarrollo. Pero el universo explicativo de este enfoque presenta algunos vacíos para pensar lo metropolitano y ciertas implicancias teórico-políticas discutibles.

Las experiencias de Planificación para el Desarrollo han logrado grandes avances en relación con la visibilización y transformación de problemáticas locales

comunitarias en América Latina, pero la arquitectura epistemológica de estos procesos se vuelve difusa y esquiva en el tránsito que va de los micro a los macrosistemas: nos alienta a pensar en barrios o comunas separadas. Se opaca la complejidad relacional de las prácticas socioculturales en las grandes metrópolis. No sólo las aplicaciones metodológicas, sino el concepto mismo de "desarrollo" es aún hoy muy criticado por sus implicancias simbólicas etnocéntricas (Sachs, 1996): los países desarrollados y los subdesarrollados, obligados a "progresar" en la dirección que imponen las potencias para que sean como ellas. Edgar Morin dice al respecto: "la palabra 'desarrollo' significa que el crecimiento técnico y económico es la locomotora de un desarrollo social y humano que va a efectuarse siguiendo el modelo occidental". Y agrega: "(...) mi opinión es que la política planetaria nos obliga a romper con

la noción de desarrollo, incluso aquel que es duradero o humano (forma blanda del desarrollo)" (Morin, E. en Baudrillard, J. y Morin, E., 2003).

Por otro lado, en la literatura latinoamericana sobre Planificación para el Desarrollo es evidente la preponderancia de experiencias comunitarias con un fuerte anclaje en la noción de desarrollo local: el grueso del material teórico disponible aborda espacios y grupos reducidos. En la región, muchas de estas experiencias de planificación comunicacional se llevan adelante en el marco de lo comunitario rural; quienes trabajan sobre lo urbano, lo hacen habitualmente con grupos nucleados a partir de demandas puntuales (ONG, Pyme, radio comunitaria, cooperativa barrial).

En general, desde la Planificación para el Desarrollo no se aborda la dimensión megarelacional de la ciudad como un factor

determinante, pero para indagar en las prácticas culturales de los sectores populares en las grandes metrópolis latinoamericanas es fundamental esta mirada compleja, así como para planificar y gestionar en el marco del AMBA como territorio / sistema. Al hablar de lo macro urbano, no nos referimos solamente a la posibilidad de establecer resultados en la investigación de este territorio que puedan replicarse en otros con problemáticas similares -aunque es un punto importante-. Nos referimos, sobre todo, a construir o advertir al territorio como a un objeto complejo inserto en un sistema de relaciones sociales, culturales, políticas y económicas que exceden los límites territoriales y temporales. El objeto de estudio, entonces, no se agota en una serie de problemáticas subjetivas o barriales inconexas y deshistorizadas.

Por lo dicho, el trabajo no se piensa a partir de la Planificación para el Desarrollo,

aunque se retomen algunas herramientas, como el planteo de Arturo Escobar, quien establece tres ejes discursivos desde los que actualmente se construye el concepto de desarrollo en planificación: "las formas de producción del conocimiento, el sistema de poder que regula las prácticas y las formas de subjetividad moldeadas por dicha formación discursiva. Escobar propone esta articulación saber/ poder / sujetos para comprender "los problemas modernos para los que no existen soluciones modernas" (Escobar, 2004).

Como señala Germán Retola, la construcción de conocimiento para la planificación en comunicación implica reconocer la red de relaciones que habitan y constituyen la territorialidad. Pero la "falta de pistas para asumir la complejidad lleva como costo territorial una fragmentación de la realidad y los esfuerzos por transformarla, y una gran superposición de recursos para la solución de

problemáticas sociales" (Retola, 2006).

Así, se fragmentan los espacios y los sujetos ya que las políticas responden más a marcaciones y necesidades temáticas trazadas por las administraciones que planifican, que a problemas territoriales concretos. Esto se agudiza al pensar la dimensión macrorelacional de la ciudad, ya que la planificación como metodología para el desarrollo -con énfasis en lo local- requiere la participación de los sujetos, las instituciones y las organizaciones, para que éstos se conviertan en actores que interaccionan para la transformación. Pero en el ámbito metropolitano la red de fragmentaciones institucionales y territoriales, las desigualdades y la divergencia de intereses y enfoques impiden la conformación de una mesa de diálogo diversa. Por todo esto, en el diagnóstico se intentó poner en relación las distintas voces y desentrañar las posibles

redes de sentido entre el Estado, el territorio y los sectores populares que lo habitan.

En relación con las definiciones teóricas sobre las líneas generales de la planificación que se retomaron para este diagnóstico, el punto de partida se ubicó en la intersección entre la planificación Prospectiva y la Estratégica de la comunicación.

Se retomaron de la línea Estratégica, los aspectos vinculados al enfoque político ya que se analizó críticamente la posición de poder de unos actores por sobre otros, y la ecuación de inequidad que regula las relaciones sociales y las prácticas de producción, circulación y uso del territorio urbano. Como dije, el diagnóstico fue pensado para una política pública impulsada en el marco del Estado, por lo que lo político -como

institución social⁴, y a partir de sus múltiples organizaciones- es un eje central.

De la Prospectiva, se retomó su núcleo duro: la noción de futuro. Al analizar prácticas y discursos culturales comunicacionales, los signos portadores de futuro que aparecen en el presente y marcan tendencias anticipatorias son básicos para establecer los escenarios deseables y posibles. Gabiña (1999) apunta que "lo nuevo nunca es totalmente nuevo. Los signos portadores de futuro, al principio, pueden ser muy pequeños y, por lo tanto, difícilmente perceptibles pero sus consecuencias pueden llegar a ser muy importantes." Los signos portadores de futuro están presentes en los sentidos sociales comunitarios pero también lo están en las concepciones de los actores estatales, institucionales y empresariales;

⁴ El análisis de la dimensión política y su relación con el territorio y con otras instituciones se desarrolla en el Capítulo 4 (Pág. 194 – 201).

estos signos forman parte de los factores inerciales que existen en todo sistema (simbólico o no).

Entonces la noción de futuro es nodal, pero esa noción también está en diálogo con el presente y el pasado. Merello (1973) explica que en la primera etapa de una planificación Prospectiva, resulta válido usar una serie de técnicas que tienen en común adentrarse en el futuro basándose en la experiencia; y denomina a este conjunto de prácticas "proferencia". La proferencia implica un movimiento previo que supone la mirada retrospectiva para descubrir las "tendencias pasadas, múltiples tendencias de base para detectar cómo se viene dando el fenómeno a futurizar" (Merello, 1973).

En este trabajo, el movimiento inicial se remontó de forma general a los inicios de la experiencia habitacional popular en Buenos Aires, aproximadamente a finales del siglo XIX; aunque en el informe se revisa

especialmente el modo de organización de los sectores populares masivos en la segunda mitad del siglo XX hasta el año 2008. También, la mirada sobre la experiencia pasada de los sujetos en relación con sus perspectivas de futuro se retomó en el diseño y la realización de entrevistas. A partir del reconocimiento de estas dos dimensiones de experiencia (la subjetiva y la colectiva) se construyeron categorías de análisis para dar cuenta de los factores tendenciales a revisar en el diagnóstico.

- **Voces y silencios sobre la exclusión**

La territorialización de la exclusión social en las ciudades -los posibles objetos y fenómenos analizables desde el campo científico académico- es un tema eminentemente contemporáneo. Esta problemática emerge directamente de la crisis de la Modernidad, y,

en el contexto de la Globalización, debe ser estudiada desde una perspectiva crítica, transdisciplinaria y compleja (esto se retoma y amplía en el capítulo 2).

Al definir la indagación desde el estatuto y/o la tendencia transdisciplinaria se hizo necesario tomar ciertas decisiones conceptuales y operativas. Así, la construcción del estado del arte determinó la elección de los enfoques contemporáneos sobre pobreza urbana e hizo que se privilegiara la calidad de los aportes bibliográficos a la cantidad de material, para evitar el riesgo de una tarea inabarcable: revisar la letra chica de las bibliotecas disciplinares.

Pero además de definirse hacia la transdisciplina, esta tesis -y los procesos que la configuraron- se reconoció desde el inicio producida desde Buenos Aires, a la vera del Riachuelo, en América Latina y hacia una perspectiva de la política social que no sólo

se proponga planificar y gestionar con mirada regional sino, además, con vocación latinoamericanista. Esto, en el diálogo para la construcción de conocimiento, supone asumir las voces periféricas, y marginales, que son parte del proceso de exclusión.

Y se intentó sostener esta mirada en la búsqueda y construcción de un estado del arte, por lo que, más allá de que se consultaron textos que analizan la pobreza urbana en otras ciudades latinoamericanas, la jerarquización de las fuentes bibliográficas no se apoyó en criterios hegemónicos de legitimación propios de la Academia. Aunque a lo largo de la tesis se citan textos y autores reconocidos en las ciencias sociales y humanas, el criterio de los "textos fundantes" no primó en la selección de antecedentes, sino que se consultó gran cantidad de la denominada literatura gris (Martínez de Souza, 1993): ponencias, conferencias, ensayos, artículos

científicos y periodísticos, e informes de investigación que definieron un entramado múltiple de voces para rastrear los saberes y debates sobre la pobreza urbana y los territorios de exclusión en el campo actual de las ciencias sociales en Argentina y América Latina. Por eso, aquí se señalarán sólo algunos de esos antecedentes, significativos para establecer un punto de partida: un umbral de conocimiento desde el que seguir leyendo este trabajo.

Como señala Auyero (en Wacquant, 2001), en Argentina escasean estudios etnográficos sobre la pobreza estructural y, por carácter transitivo -ya que la mayor concentración de pobres estructurales está en el Conurbano-, son muy pocos los análisis cualitativos sobre villas y asentamientos en el Conurbano Bonaerense. El desfase se mantiene tanto en relación con la cantidad de bibliografía cuantitativa sobre el tema, como frente a los

variados trabajos cualitativos que toman el caso de la Ciudad de Buenos Aires.

Pueden identificarse algunos grupos de estudios que abordan problemáticas sociales propias de los territorios en el AMBA. Un primer grupo es el que cuantifica e indaga en la exclusión en las villas de la Capital Federal: algunos de los trabajos más completos son los informes del "Programa de Radicación de villas y barrios carenciados de la Capital Federal", llevado adelante desde 1991 -en el marco del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD- por la Secretaría de Planeamiento Urbano y Medioambiente, dependiente de la Municipalidad de Buenos Aires, y las investigaciones realizadas en el marco del Centro de Estudios para América Latina, CEPAL. Ambos apuntan básicamente a recolectar información estadística sobre los habitantes de villas y barrios carenciados, y sus condiciones habitacionales y

poblacionales. En este mismo sentido, todos los informes contenidos en el proyecto Atlas Ambiental de Buenos Aires, disponibles en www.atlasdebuenosaires.gov.ar (SeCyT, GCBA, CONICET), brindan gran cantidad de datos respecto de las condiciones de hábitat en la Ciudad, y algunos análisis cualitativos aportados por los investigadores sociales que colaboran con el programa (Alberto Lattes, Zulma Lattes, Horacio Torres, Luis Beccaria, Alberto Minujín y Oscar Altimir, entre otros), desarrollan las implicancias sociales, económicas y políticas asociadas al mapa habitacional de la pobreza urbana. También existen gran cantidad de trabajos académicos enfocados a la recopilación y análisis de datos sobre villas y asentamientos, como los que se realizan en el Área de Estudios Urbanos del Instituto de Investigación Gino Germani (FSOC-UBA).

En relación con los estudios etnográficos realizados en la Ciudad, se destacan los de la antropóloga María Cristina Cravino, entre ellos "Las organizaciones villeras en la Capital Federal entre 1989-1996. Entre la autonomía y el clientelismo", de 1998, que describe la historia de formación y acción de las organizaciones políticas villeras. Y la etnografía *Vivir en la Villa. Relatos, trayectorias y estrategias habitacionales*, de reciente aparición en 2008, que narra la vida cotidiana en las villas de la ciudad.

Otros informes significativos provienen del ámbito periodístico: uno de los más importantes sobre el tema es *Prohibido vivir aquí. Una historia de los planes de erradicación de villas de la última dictadura*, de Eduardo Blaustein, el cual, además de contener la información anunciada en el título (a partir de documentos oficiales y extraoficiales), incorpora relatos de vida y

entrevistas en profundidad en pos de reconstruir la historia oral.

Existe un segundo conjunto de estudios centrados en el Conurbano, aunque en general analizan las zonas Norte y Oeste, aquellas que -por motivos sobre los que se hipotetizará más adelante- cuentan con más organizaciones comunitarias tradicionales (cooperativas de trabajo, vivienda, transporte, ONGs, etc). En principio, ellas ofrecen una trama organizacional más rica, o un horizonte más positivo de organización popular que el que se vislumbra en el primer cordón del Conurbano sur. Entre estas investigaciones podemos destacar *De la exclusión a la organización. Hacia la integración de los pobres en los nuevos barrios del Conurbano Bonaerense*, de Floreal Forni. El libro incluye una investigación del caso de la mutual El Colmenar, en Cuartel V, Partido de Moreno. Se analiza cómo a partir de la creación de la

cooperativa de transporte El Colmenar comienza a desarrollarse una red organizacional entre los vecinos que hoy cuenta con una mutual, comedores comunitarios, talleres de arte y apoyo escolar, un grupo de teatro comunitario, una banda de música y grupos de video documental, entre otras actividades.

Sobre la misma experiencia versa la tesis de Javier Alcalá, "Mutual el Colmenar: aportes del diagnóstico, la planificación y la gestión desde la comunicación a la comprensión y generación de procesos participativos en una organización social", dirigida por Washington Uranga y codirigida por Silvia Delfino, que se presentó en 2007 como trabajo final de esta misma Maestría. Es un texto especialmente pertinente como antecedente de mi trabajo ya que, más allá de su filiación institucional, plantea un diagnóstico con eje en las prácticas comunicacionales y aborda el funcionamiento de la organización y la

caracterización de actores y procesos. A partir del diagnóstico -basado en la perspectiva metodológica de la investigación/acción- se plantean como conclusiones centrales la revalorización del "hacer" como potenciador del diálogo para la transformación de las problemáticas comunicacionales de la organización, así como para situar el lugar del investigador/planificador y su acercamiento al trabajo de campo desde el rol participante.

Otro aporte valioso es el ya clásico trabajo de Denis Merklen, "Organización comunitaria y práctica política" publicado en Revista Sociedad N° 149 (mayo-junio, 1997), en el que se describe el proceso por el cual muchos de los expulsados del territorio de la ciudad incorporan, a partir de la década del '80, el modelo habitacional de los asentamientos en el Gran Buenos Aires. Merklen analiza, también, las características

socioculturales de los movimientos de ocupantes y sus diferencias con los movimientos villeros.

Por último, me interesa destacar como antecedentes dos textos que fueron centrales para pensar este trabajo. El primero es la investigación realizada por Marcela Cerrutti y Alejandro Grimson, "La vida organizacional de las zonas populares de Buenos Aires", Informe final del proyecto "Urbanización latinoamericana a finales del siglo XX", compilado en A. Portes, Roberts, B. y Grimson, A.: *Ciudades Latinoamericanas. Un análisis Comparativo del nuevo siglo* (disponible en <http://www.prc.utexas.edu7urbancenter7Austin.htm>). La riqueza de esta investigación reside en el cruce de diversas variables y categorías de análisis (como los datos estadísticos habitacionales, demográficos, de pobreza y de empleo, ya señalados por otros trabajos) sumados a un trabajo etnográfico amplio que

analiza 4 casos, entre los que hay un territorio de la Ciudad, uno en el Conurbano norte, otro en el Oeste y uno en el Sur. A este cuerpo de estudio, los autores le imponen una perspectiva de interpretación que permite establecer comparaciones entre Buenos Aires y otras ciudades latinoamericanas en términos de la agenda organizacional de los sectores populares durante el período neoliberal de los '90. El segundo trabajo es *Parias urbanos*, de Loïc Wacquant, que aborda una problemática que define como "nueva pobreza urbana" a partir de la comparación entre el ghetto neoyorkino del Bronx y las *banlieues* parisinas. De este texto se retomó la perspectiva relacional, central para analizar la nueva pobreza urbana (los aportes de ambos textos se desarrollan el capítulo 3).

Territorio testigo



- **Coordenadas al sur**

En la zona sur de la ciudad, y en la franja lindera correspondiente al primer cordón del Conurbano de Buenos Aires, comenzaron a establecerse los primeros barrios proletarios, portuarios e industriales. Las clases

populares habitaron de forma estable esas zonas desde los inicios de la formación del Estado Nación en el Río de La Plata, y se desarrollaron con la incorporación de gran parte de la afluencia inmigratoria europea de fines del siglo XIX y principios del XX, y la migración interna de las décadas del 30 y 40. Estos sectores se fortalecieron durante la ISI.

Actualmente, casi la totalidad de la zona sur está habitada por sectores populares: con el paso de las décadas, la población en los territorios marginales quedó excluida del mercado laboral y del acceso a la salud, la educación y la justicia.

Para realizar el trabajo etnográfico se seleccionó uno de estos territorios, ubicado en el Conurbano sur de Buenos Aires. Allí, las distintas etapas y modelos habitacionales - conventillo, barrio obrero, asentamiento precario y villa miseria-, desarrollados en

los capítulos subsiguientes, quedaron impresas en la historia de sus pobladores y en el paisaje del barrio. El trabajo de campo se realizó entre 2005 y 2009.

Aunque luego me detendré en la experiencia como investigadora de campo, en esta presentación creo necesario señalar algunas decisiones específicas tomadas en la tesis como el derecho a la protección de las fuentes. Así, junto a los actores, a pedido de ellos, y para ampliar la libertad de todos para describir, analizar y criticar situaciones, sujetos y organizaciones, asumí el compromiso de no revelar la identidad de los informantes ni el nombre real del territorio.

- **Historia y olvido**

"(El barrio) posee algo que no se puede lograr ni por decreto ni con dinero: una rica

historia barrial de 150 años. Sus adoquines centenarios los han caminado trabajadores navales, quinteros, y artistas bohemios quienes nunca imaginaron que sus firmas pasarían a ser valoradas en las galerías del Barrio Norte.” Edgardo Cascante, La ciudad, diario del partido de Avellaneda, 26/8/2008

Los datos históricos muestran que, aún antes de que el barrio fuera considerado como tal y de que tomara su nombre distintivo, ya existían habitantes en el territorio. Hay crónicas que narran la instalación de un parador luego de la gran inundación de 1780. Cien años después, en 1887, se fundará el barrio, en un proceso contemporáneo a la creación del municipio al que pertenece: Avellaneda. El censo realizado con motivo de la fundación informa que para 1886 la zona de Avellaneda contaba con 1800 habitantes vinculados en su mayoría al trabajo en quintas

y establecimientos agrícolas y, en menor medida, al Puerto de Buenos Aires (Larrain, 1986).

En 1889 la población barrial solicita al gobierno la instalación del alumbrado público y la creación de una subcomisaría. Para 1886 se crea la primera escuela primaria: “...por el aumento de niños que no concurren a la escuela pública, un conecedor del problema, el consejero escolar Don Manuel Estévez, le envía una nota a Sarmiento diciéndole que (...) había más de 200 niños sin alfabetizar, el pedido es aceptado y se funda la primera escuela...” (Larraín, 1986).

Hacia finales del siglo XIX ya estaban establecidos allí gran cantidad de astilleros y frigoríficos. En el barrio convivían algunos empleados vinculados a la actividad semirural de las quintas, una masa creciente de obreros portuarios y frigoríficos, hombres ligados al quehacer político de la época -inmortalizados

por la literatura como los guapos del 900- y la porción de la bohemia porteña que simpatizaba con el arrabal. Las crónicas periodísticas y las historias contadas a través de las generaciones describen una época diversa, un lugar culturalmente múltiple y rico, de familias numerosas, largos días de trabajo y mágicas noches de diversión -tangos, polkas, muñeiras, tarantelas; cantinas y cabarets-. En 1904, aparece el primer Club Atlético que instala su cancha en el lugar en 1926. En 1928 y 1936 se fundan dos clubes sociales y deportivos. Dos de esos tres clubes siguen hoy en actividad.

Desde fines del siglo XIX, Avellaneda se destacó por su impulso productivo. La cercanía con el puerto de Buenos Aires posibilitó la radicación de industrias ligadas al modelo agro exportador. En 1880 se instaló el gran frigorífico La Negra, que en las décadas siguientes sería epicentro de importantes

luchas obreras. El primer cuarto de siglo XX apuntaló a la ciudad como una de las principales zonas industriales de Argentina.

Aunque el barrio analizado fue uno de los primeros poblados estables del Municipio, el olvido llevó a que no existan actualmente datos específicos. Desde hace años, el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos y la Dirección Provincial de Estadísticas homogeneizan todos los datos de la zona como correspondientes al polo petroquímico del distrito de Dock Sud, por lo que sólo pueden conocerse las características poblacionales por aproximación, o a partir de algunos pocos censos y sondeos parciales realizados por los vecinos.

- **Penas del presente**

Hacia el año 2007, en los partidos del Gran Buenos Aires el 25 % de las personas vivía bajo la línea de pobreza y casi el 10% bajo la línea de indigencia.⁵ El partido de Avellaneda no es uno de los más pobres -el primer puesto lo ocupa La Matanza, seguido por Florencio Varela- y en los 81 barrios que lo conforman viven aproximadamente 36.000 personas. El porcentaje de necesidades básicas insatisfechas es del 11%, y el 42% carece de cobertura de salud. La mayor parte de los pobres e indigentes de Avellaneda viven en los barrios linderos a la cuenca del Riachuelo, situación que agrava sus condiciones generales de salubridad y calidad de vida.

En el barrio testigo, a excepción de los pocos comerciantes cuentapropistas y de los

⁵ Fuente DPE – INDEC. Segundo semestre 2006, primer trimestre 2007, respectivamente.

poquísimos empleados de la Fuerza Policial, todos son desempleados que ocasionalmente realizan algún trabajo informal. Muchos de los habitantes cobran planes sociales: para 2007, algunos seguían cobrando el histórico Plan Jefas y Jefes de Hogar, 150 pesos al mes, sin aumento desde su implementación. Muchos son beneficiarios del Plan Familias (al que pasaron casi todos los beneficiarios del Plan Jefas y Jefes) que otorga 155 pesos mensuales a familias con un hijo y hasta 305 pesos a familias con seis hijos (datos actualizados en noviembre de 2008). También está muy extendido el Plan Vida, de ayuda alimentaria que otorga un bolsón semanal de comida; próximamente se suspenderá la entrega y se la reemplazará por un monto de dinero al que se accederá mediante una tarjeta magnética.

Algunos vecinos consiguen temporalmente beneficios otorgados por programas focales (municipales, provinciales, nacionales,

privados o del tercer sector) para realizar microemprendimientos cooperativos o familiares, becas escolares y ayuda asistencial para niños y adolescentes⁶. También existen programas de ayuda financiados total o parcialmente por empresas privadas; en Avellaneda son notorios los proyectos cofinanciados por la Municipalidad y la multinacional Shell.⁷

Es muy ilustrativo un dato acerca del rol que ocupan las empresas en el barrio y su relación con los habitantes: a la vez que casi ningún vecino del barrio trabaja en alguna de las empresas contaminantes de la zona, estas arrojan 368.000 metros cúbicos de aguas servidas y las industrias escupen otros 88.500

⁶ Para agosto de 2009, está en crecimiento la modalidad de agruparse en cooperativas para conseguir una asignación mensual y/o trabajo genuino. Según declaraciones de la Presidenta Cristina Fernández, se prevé que aumentará la cantidad de puestos de trabajo asignados por medio de cooperativas productivas.

⁷ La información sobre las Políticas Públicas y su implementación se amplía en el Capítulo III Las dinámicas que caracterizan el Fenómeno, Caracterización de la dinámica política.

metros cúbicos de un cóctel de metales pesados cada día (*Página/12*, 18/02/2005). Sin querer entrar en teorías conspirativas, es lógico que a los Departamentos de Responsabilidad Social Empresarial de estas empresas les parezca razonable invertir una parte de sus ganancias en programas de ayuda social, ya que al no brindar opciones laborales para la mayoría de la población carecen de un argumento que legitime sus actividades ante la opinión pública.

- **Detrás del telón: actores, organizaciones**

Es difícil enumerar cuáles son las organizaciones, sus espacios y las actividades que se promueven y realizan en ellos. La trama organizacional territorial es extremadamente móvil, mutable y, por lo tanto, compleja: una iglesia, una escuela o el local de algún grupo del PJ provincial pueden ser escenario de

actividades tan diversas como talleres de alfabetización, de formación de ciudadanía, comedores infantiles, seminarios de formación política, guardería, escuelita de oficios, espacios de arte, etc.

En 2005 funcionaban tres comedores: uno infantil, en la escuela, y otros dos en manos de distintos punteros justicialistas. Para fines de 2008, uno de estos últimos cerró por falta de insumos, y el otro tiene una capacidad de producción muy reducida -por lo que muchos asistentes se desplazaron hacia otros espacios-. Además, se abrieron otros dos comedores populares, pero uno de ellos depende del mismo puntero del PJ que estaba a cargo de otro: por lo tanto, son dos los comedores del barrio gerenciados por la misma persona, y en los que se ofrece una dieta muy baja en nutrientes -sopas y guisos a base de hidratos de carbono-.

En el Convento (el espacio católico del barrio, dirigido por un sacerdote simpatizante del Movimiento Tercermundista), funciona otro comedor infantil, y a la vez oficia de sede para algunos talleres (electricidad, murga, teatro) en el marco del programa Enviñ, que cofinancian la empresa Shell y el Estado municipal⁸.

Algunas de las referentes barriales comenzaron su trabajo territorial asociadas al grupo "manzaneras", que organizaba y dirigía Hilda "Chiche" Duhalde cuando su marido, Eduardo Duhalde, fue gobernador de la Provincia de Buenos Aires. Las manzaneras aún cuentan con gran raigambre territorial en el desarrollo de distintas actividades vinculadas a la distribución de recursos, aunque tienen poca credibilidad política y nula adscripción

⁸ Cuando el antes Intendente del Municipio de Avellaneda, Baldomero Álvarez, pasa a desempeñarse como Ministro de Desarrollo Social de la Provincia de Buenos Aires, anuncia la provincialización del Programa Enviñ, en agosto de 2009.

ideológica de las bases, situación semejante a la de los punteros justicialistas.

Entre 2002 y 2006 actuó en el barrio una ONG destinada al trabajo por la defensa de los derechos humanos: como se analiza más adelante, con relación a los inconvenientes generales de las ONGs en estos territorios, el trabajo territorial se desgastó básicamente por dos motivos. En primer lugar, la limitada estructura organizativa de la asociación le imposibilitó dar respuestas concretas a la gran cantidad de demandas y denuncias vinculadas a la violación de derechos humanos (brutalidad policial, gatillo fácil, abandono institucional y sanitario, etc.). Segundo, la propia dinámica política implantó una lógica de intercambio con pautas que se extienden a todas las organizaciones (públicas o privadas) que actúan en el terreno político y manejan recursos y financiamiento. La lógica clientelar suele funcionar como una trampa

para las ONG que no logran vincularse como pares con los vecinos.

Así, suele ocurrir que los sujetos que actúan como recursos humanos de las ONG están formados en una línea del trabajo social que ve a los actores internos como agentes inferiores (en tanto pasivos como sujetos de conocimiento) a los que hay que ayudar, enseñar, capacitar, etc. La frase emblemática de esta línea de trabajo suele ser "bajar al territorio" o "bajar al campo", lo que instala evidentemente una mirada de superioridad, desde la que es necesario bajar para relacionarse con quienes, supuestamente, están debajo. Por supuesto, esto sucede más allá de las buenas intenciones personales o grupales, y responde a un paradigma positivista, en el que la voz legítima (y por tanto superior) es la de la ciencia. El movimiento es comparable al de la planificación técnico-política y su correlato, en la praxis, es el

asistencialismo. La Academia, representada por sus cuadros técnicos, acuerda o dialoga con los cuadros políticos, pero casi nunca con los sujetos implicados. Este paradigma es aún dominante en la formación superior y, por tanto, es esperable que los profesionales actúen desde el saber conocido. La predeterminación de la otredad repercute de manera tal que quienes sienten que "bajan al territorio", con saberes y recursos externos superiores, son sentidos como los otros que "bajan los recursos", desde arriba y desde afuera. Entonces, cuando los recursos se agotan, o no alcanzan, se resiente la relación entre las partes.

La ONG que durante cuatro años participó en el barrio analizado logró, los dos primeros años, llevar adelante muchas actividades de formación que favorecieron la cohesión social y el reconocimiento comunitario de capacidades de transformación endógena. Más allá del

desgaste posterior, fue muy positivo para la comunidad el proceso de empoderamiento experimentado, del que surgieron nuevos referentes independientes, aunque no necesariamente contrarios o enfrentados a los grupos y a los agentes tradicionales de poder (partidos políticos, punteros, funcionarios locales, etc.).

- **Pistolas que se disparan solas**

Uno de los vínculos más conflictivos para el territorio, en relación con las instituciones públicas, es el que se establece con la Policía -en este caso, la Policía Bonaerense, tristemente famosa por su historial de abusos y apremios ilegales-. Según la organización y reglamentación policial, a aquellas áreas más peligrosas las recorre el Comando de Patrullas, que diariamente detiene a los jóvenes -

mayoritariamente varones- sólo por hallarlos sentados en las esquinas. A la vez, gran parte de los varones jóvenes que viven en el barrio son desocupados y muchos tienen antecedentes policiales. La causa: haber cometido delitos o ser sospechosos de ello. En el segundo caso, aunque se los excarcela son objeto de interminables procesos judiciales que rara vez derivan a condenas o fallos efectivos. También, muchos jóvenes son o fueron detenidos e institucionalizados mientras eran menores, tanto por consumir drogas o por encontrarse en situación de calle. Esto genera un círculo vicioso en el que la libertad de los jóvenes - destituidos de sus derechos- depende únicamente de la voluntad del Comando de Patrullas, que utiliza las detenciones como una variable de quita y daca, a modo de premios y castigos, de acuerdo a la actitud que los jóvenes adopten para con ellos; o, simplemente, según las internas policiales, el

número obligado de detenciones mensuales, o la necesidad de resolver algún caso que por distintos motivos halló repercusión en la opinión pública.

“Son pocas las mujeres que no tengan el hijo, marido o hermano complicado de alguna manera por la ley y son muchas las que rezan por algún hombre muerto en la familia. Nombres fusilados por otros nombres de policías; víctimas de gatillo fácil como Omar, de 24 años, que en 1992 cayó con un balazo en la nuca. O Diego, fusilado por policías en 1995 y a los 13. O Luis y Oscar, muertos en 2001 en un cerco policial. Las encerronas continuaron sobre las familias de esos finados, sobre sus amigos y sus madres. Algunas, como Juana, Lucía y Victoria, decidieron crear una Comisión de Derechos Humanos que fracture la

muerte sistemática, los abusos y las torturas policiales”⁹.

La Comisión señalada se formó con el apoyo de la ONG de la que hablábamos unos párrafos atrás, de la experiencia de esta Comisión lograron denunciarse 16 casos documentados de abuso, todos en la comisaría del barrio.

- **Los cuerpos del delito**

Además de los abusos de autoridad, y los asesinatos frecuentes vinculados a las fuerzas represivas -que inyectan más violencia a la de por sí violenta exclusión socioeconómica y territorial-, otro eje crítico para la supervivencia comunitaria¹⁰ está dado por la degradación ecológica y sanitaria.

⁹ *Página/12*, 18 de febrero de 2005. Los apellidos de los protagonistas fueron quitados del texto citado.

¹⁰Las nociones de supervivencia y comunidad se amplían en el Capítulo 2.

Los focos de enfermedad son múltiples: contaminación de la tierra y el agua por desechos químicos; basurales a cielo abierto; desnutrición; hacinamiento; falta de infraestructura sanitaria, de agua corriente y cloacas. Tanto la prevención como la atención de la salud son insuficientes. Los actores relacionados con este eje de la muerte que actúa directamente contra los cuerpos son las empresas privadas contaminantes y los funcionarios políticos. Y sus motivos: la desidia, la ignorancia y la corrupción.

En apariencia, si bien muchos organismos públicos coinciden en que es imperioso realizar todos los análisis necesarios para establecer los niveles de plomo y otros materiales pesados en sangre, los vecinos del barrio no pueden acceder a la posibilidad, y al derecho, de saber si ellos o sus hijos están o no enfermos por contaminación.

Un caso lo expone: una vez se presentó una asistente social de la Municipalidad, quien comenzó a realizar un censo a los niños que debieran ser analizados, fueron recabados los datos pero nunca se difundieron los resultados. Algunos de los vecinos consiguieron los 120 pesos que cobra un laboratorio privado e hicieron analizar a sus hijos: la mayor parte de ellos tenía altos niveles de plomo en la sangre.

El barrio tiene una Salita de primeros auxilios. Muchas de las madres entrevistadas comentaron que sus hijos tienen recurrentes problemas respiratorios y/o de piel. Ante la interpelación de las madres, los médicos de la Salita les aseguraron que la única forma de curarse o de evitar el agravamiento de los cuadros sería mudarse: alejarse de la tierra y el agua contaminadas. La gravedad de este problema sanitario, debido a una suma de factores, evidencia que el proceso de

territorialización de la exclusión es también ecológico, y la paradoja final es la falta de datos ciertos, la invisibilidad estadística, la exclusión institucional.

El médico pediatra que trabajó en la Salita declaró, en una entrevista al portal de una organización política, que "la realidad (del barrio) es que cuando viene la sudestada levanta las capas freáticas, sube lo de los pozos ciegos porque no hay cloacas, y tenemos las aguas servidas en contacto con los chicos. Además, aumentan los parásitos y hay sobreinfección parasitaria, más la contaminación por las curtiembres y una deficiente atención social". En la misma entrevista, la actual Jefa del servicio de Nutrición y Diabetes de un reconocido hospital público porteño aseguró que en el año 1962, cuando trabajaba en el centro de salud del barrio, ya había desnutrición aguda.

Aunque los vecinos estiman que hay -al menos- más de cien chicos desnutridos en el barrio, es imposible establecer datos ciertos acerca del número total de casos de desnutrición o de contaminación en sangre, o acerca de los índices porcentuales de desnutrición en el territorio. De todas maneras, a partir de las entrevistas y de las observaciones se puede asegurar que, en los procesos de formación identitaria de los sujetos, estas situaciones límite (violencia policial, contaminación y hambre) son determinantes para ellos y para el colectivo: en su experiencia de lucha cotidiana por la supervivencia física, ellos suelen ser los perdedores.

_ capítulo 2 _

(dedicado al maestro Juan Samaja, 1941- 2007)

Un campo de conocimiento se construye y delimita a partir de diálogos, debates, puntos de continuidad y de ruptura, posicionamientos y reposicionamientos, diferencias e intercambios permanentes entre sus agentes. Pero las urgencias de la vida académica, relacionadas a los criterios de eficacia de los sistemas de evaluación y asignación de incentivos, becas y recursos, propician una inercia de producción y publicación científica que no colabora para estos fines: la tendencia burocratizadora es fuerte, los espacios de intervención son limitados y específicos (revistas, congresos y jornadas) y el tiempo es limitado. En un contexto en el que las y los alumnos recién graduados de una Licenciatura aspiran a doctorarse en no más de

dos o tres años -tarea que antes podía tomar décadas- el tiempo es cada vez menor. Así, atrapados en el signo de la época, el tiempo es dinero y nosotros, agentes periféricos en más de un sentido, debemos aceptar las reglas del juego de la institucionalización del saber.

En términos bourdianos, la reflexión epistemológica no debe ser exclusiva de los agentes mejor posicionados en el campo (Decanos, Directores de posgrados e institutos de investigaciones, Profesores eméritos, etc.) ya que eso tendería por lógica a la conservación del status quo y no al movimiento crítico necesario para avanzar en la construcción de conocimiento. Creo, entonces, que son las tesis el espacio para intervenir en el debate por la asignación de sentido dentro del campo, retomar ciertas tradiciones y discutir otras.

En este capítulo, pensado como marco conceptual de la tesis, propongo en la primera parte reflexionar sobre el tema amplio y complejo de las formas de conocer y validar creencias que tenemos los seres humanos. Aunque sea imposible agotar en pocas líneas la teoría del conocimiento -no es el objetivo- creo necesaria la reflexión epistemológica en todo trabajo de tesis en comunicación (Vidarte Asorey, 2009) para explicitar ciertas nociones de base: qué entendemos por cultura -dimensión simbólica y material de la realidad-, por comunicación social en el marco de la organización humana, y cómo pensamos la ciencia como sistema diferencial de construcción y legitimación de conocimiento. En síntesis, propongo que revisemos el carácter de los procesos que estudiamos, así como el de aquellos por los cuales validamos nuestras indagaciones y sus resultados. La revisión es pertinente en nuestro campo, en el

que una gran masa de literatura gris es deficitaria de la revisión sistemática de fuentes bibliográficas. De todas formas, informo a los lectores expertos (como los jurados de esta tesis) que para ellos la operación puede resultar innecesaria, de tono divulgativo, y hasta aburrida.

Epistemología: mapas

- **Temas y motivos**

Como se comenta brevemente unos párrafos adelante, en sus inicios los estudios de comunicación analizaban sólo aquellos fenómenos vinculados a los medios masivos, y en los que primaban la racionalidad técnica de los procesos y la pregunta sobre los efectos. Recién a partir de la década del 60, las perspectivas y los objetos comenzaron a ampliarse: primero, con la incorporación de la

teoría crítica de la Escuela de Frankfurt y los Estudios Culturales Ingleses; luego, a partir de los cruces disciplinares con la Semiótica, la Antropología y la Economía política.

De acuerdo a los cambios en el campo y a la complejización del meta objeto de la comunicación social, la investigación científica y la producción de conocimiento en comunicación transitan nuevos desafíos, debido a la multiplicidad de temas que se abordan, a las originales maneras de focalizar problemas y estructurar procesos, y a los modos de comunicabilidad y transferencia de los trabajos (Migliorati, Souza, Vidarte Asorey, 2008)¹¹. A la vez, las nuevas características van de la mano de las actuales políticas

científicas universitarias que, sobre todo en América Latina, presentan a la comunicación social desde una perspectiva transdisciplinar (Sanchez Ruiz, 2002; Gascón, 2001).

De todas maneras, desde mi experiencia docente en el Seminario de Tesis de la Facultad de Periodismo y Comunicación de la UNLP observo que este proceso de cambio no se corresponde en su magnitud con reflexiones de fondo sobre el carácter epistemológico de la comunicación social (Vasallo de López, 1999). Aún vemos habitualmente tesis de grado - también, trabajos de posgrado e informes de investigación- con marcos de referencia teóricos y metodológicos que chocan entre sí (Wainerman y Sautu, 1997) y que parecen listas de fichas bibliográficas, o punteos de nociones, antes que caracterizaciones del objeto/ fenómeno y reflexiones sobre el modo de abordarlo. Este tipo de tesis carecen, además, de una de las funciones centrales del

¹¹ Datos relevados en el trabajo "La investigación científica en Comunicación. Los casos de las Universidades Nacionales de La Plata, Buenos Aires y Rosario". Proyecto de investigación Cátedra Seminario Permanente de Tesis, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata. (2006 - 2010)..

trabajo académico: dialogar y debatir acerca de los cimientos conceptuales del campo con los investigadores que nos preceden y con quienes nos sucederán. Y esto es indispensable, ya que todo conocimiento se construye colectivamente (Souza, 2004).

Para evitar estos desfasajes, propongo reflexionar desde un enfoque dialéctico¹² sobre el núcleo epistemológico de los estudios

¹² Dije que reflexionaremos desde un enfoque dialéctico, lo que hace necesario mencionar someramente qué es la Dialéctica. La Dialéctica, como método para conocer el mundo, es milenaria. En la India, el jainismo (S. VI AC.) pensaba en la materia infinita, noción que luego sería retomada por el griego Demócrito en su prematuro planteo del Atomismo. También Lao Tsé y la escuela taoísta China (S. VI – S. III AC.) plantearon el sentido del “movimiento / cambio” como equilibrio de las cosas. La línea taoísta influyó sobre todo en la dialéctica rudimentaria de Heráclito y de otros filósofos de la Grecia primitiva. A lo largo de la historia, diferentes pensadores fueron desarrollando diversos aspectos del método y la filosofía dialéctica: (el problema de contradicción dialéctica) “fue forjado por Heráclito, templado por Hegel, y aguzado por Marx para practicar la más honda incisión en la trama viva de la realidad histórica”. En Llanos, Alfredo, *Introducción a la dialéctica*. Buenos Aires, Editorial Rescate, 1986. Sin desconocer el tenor y la relevancia del idealismo y materialismo dialéctico en el pensamiento contemporáneo, me interesa rescatar la idea germinal de la Dialéctica, esa noción milenaria que propone que el movimiento es el modo ineludible de la existencia de todas las cosas y de todos los órdenes (de lo natural y lo humano).

de comunicación en el actual marco de crisis de la Modernidad y de la ciencia positivista: en este contexto, analizar prácticas de comunicación implica plantear definiciones claras -u honestas- acerca de los puntos de vista desde los que se escribe; aclarar y describir qué entendemos por comunicación y por cultura, y cómo validamos la construcción de conocimiento sobre las prácticas humanas de producción, circulación y consumo del sentido social.

- **Creencia y saber**

Para Charles S. Peirce, el conocimiento es lo que permite la supervivencia: es una función de la vida (Peirce, 1987) a la que Jean Piaget define como función de autorregulación (Piaget, 1970). El conocimiento es una función que le sirve al ser vivo para anoticiarse de lo externo,

autorregularse y poder continuar su proyecto vital. Desde esta perspectiva, a diferencia de lo que muchas veces se cree, el conocimiento no tiene relación directa con la realidad o la verdad, sino con el equilibrio de los sistemas organizados de los vivientes.

Por ejemplo, las hormigas se dividen, al interior de cada comunidad, en Reinas y Obreras. Mientras que las Reinas, dentro del hormiguero, se dedican a poner gran cantidad de huevos, las obreras salen a buscar la comida para alimentar tanto a las recién nacidas como a las Reinas, que así podrán seguir poniendo huevos para asegurar la reproducción de la comunidad de hormigas. Este conjunto de pautas organizadas (roles y prácticas) no es azaroso: es parte de mecanismos de autorregulación de la vida de la comunidad que responden en última instancia a la necesidad de preservación de la especie.

Entre los seres vivos, la especie humana es la que desarrolla los sistemas de organización más complejos: al no poseer otras aptitudes individuales que regulen su supervivencia, tiene la capacidad de construir sistemas simbólicos en el marco de la socialización - comunidad organizada- para relacionarse con el ambiente.

Los sistemas simbólicos cambian en tanto cambian las necesidades de adaptación. Los cambios en la organización humana -familia, clan, tribu, o comunidad, por ejemplo- responden al proceso de autorregulación del proyecto vital de la especie. Y sus movimientos ocurren dialécticamente: un nivel de organización se suprime en su autonomía y se conserva como base de un nivel superior, para así volver a regularse. Por ejemplo, la organización comunitaria contiene, en su génesis, la organización clánica y ésta, a su vez, la organización familiar.

El movimiento dialéctico (*supresión/ conservación/ superación/ regulación*) se define por el concepto de "recaída en la inmediatez" (Samaja, 2006), que permite entender el movimiento dialéctico por medio del cual - al finalizar la transición a un nivel superior de organización- se produce un borramiento de la génesis. Si la génesis se olvida, se invisibiliza el sentido del proceso y el resultado se instala como "ingénito" o no mediado. El nuevo nivel de organización se deshistoriza o naturaliza.

Pero la génesis siempre pugna por reaparecer y genera otra vez el conflicto, de acuerdo al proceso de autorregulación: cuando llega al nuevo equilibrio vuelve a recaer en la inmediatez. Se puede aplicar el concepto de recaída en la inmediatez a la historia del conocimiento humano y a los procesos evolutivos del sujeto social -desde donde lo analiza Piaget- y se lo puede ejemplificar a

partir de un complejo proceso que todos los seres humanos modernos experimentamos como natural: la aprehensión lectoescritural del lenguaje en la socialización primaria.

Para enseñar a escribir la palabra "mamá", se la presenta a partir de una serie de signos (las letras "eme" y "a" con su representación gráfica, y su referencia fónica "mmmm", "aa"). Así, el niño o niña comprende el armado de una sílaba "ma" que puede repetir, y formar una palabra que se asocia a un referente que ya conocía: "mamá". Pero luego de la primera aprehensión lectoescritural, este proceso de génesis de cada sistema de signos se borra y comprendemos palabras y no letras o sílabas por separado.

Veamos el ejemplo aplicado y tratemos de leer la siguiente frase: "Sgeún un etsduio de una uivenrsdiad ignlsea, la úicna csoa ipormtnate es que la pmrirea y la útlima ltera etsen ecsritas en la psiocion cocrrtea. El

rsteo pueden etsar taotlmntee mal y aún pordás lerelo sin pobrleams. Etso es pquore no lemeos cada ltera por sí msima sino que la paalbra es un tdoó.”¹³

El proceso dialéctico ilustrado a partir del ejemplo anterior se produce también en toda organización simbólica: lo retomamos para referirnos a los distintos modos de organización sociocultural y a sus sistemas simbólicos inherentes.

Los seres humanos han hecho más complejos sus proyectos de vida organizacional a lo largo de su historia: a los distintos estadios de organización les han correspondido distintas formas de conocer, crear y validar pautas de interacción con el ambiente. Peirce las llamó “métodos para fijar creencias” (Peirce, 1987); Juan Samaja, retomando los

períodos evolutivos que desarrolló Piaget, establece cuatro métodos para fijar creencias, correspondientes a la historia del conocimiento de la humanidad y a los procesos cognitivos de los seres humanos.

El primero es el método de la Tenacidad o intuición, que corresponde al estadio pre-social (el niño o niña pequeños y el ser humano antes de organizarse en tribus) y al conocer por la experiencia propia: es necesario ver para creer y hacer para aprender.

El segundo, el de la Autoridad o tradición, está relacionado directamente con la aparición del lenguaje y con la posibilidad de comunicarse con otros. En el nivel individual, corresponde a la primera socialización y, en el general, a la organización tribal y/o comunitaria. En este método es posible transferir la experiencia subjetiva, que se

¹³ Investigación de la Universidad de Cambridge (originalmente en inglés) citado y traducido en Paenza, A. (2005) *Matemática... ¿estás ahí? Sobre números, personajes, problemas y curiosidades*: Siglo XXI editores. Buenos Aires.

objetiva por medio de la tradición y se vuelve una pauta (norma) de acervo comunitario.

Al tercer estadio le corresponde el método de conocimiento de los Primeros Principios, o metafísico, asociado a la socialización secundaria o a la organización estatal: ella contiene y complejiza la organización comunitaria. La vida en la polis lleva a que los sujetos aprehendan pautas de comportamiento normalizadas y objetivadas, normas, leyes, estructuras jerárquicas, y que adquieran un *habitus* que viabilice la organización y los intercambios extra-comunitarios. A la manera de las leyes de Kant, es necesario que cada sujeto cumpla, en el marco de la cosa pública, determinadas leyes generales, independientemente de sus convicciones personales o de las tradiciones familiares o comunitarias.

Por último, debido a las transformaciones en la organización social producidas por la

Modernidad, y al advenimiento de una sociedad civil planetaria que responde a pautas supraestatales, aparece un nuevo método para fijar creencias: la Ciencia Positiva, regida por la lógica hipotético-deductiva¹⁴.

Es necesario aclarar que según la Dialéctica ninguna organización desaparece: aunque el movimiento de recaída en la inmediatez lo haga parecer, la organización anterior se suprime en su autonomía pero se conserva como parte de la nueva.

Aquellos métodos (Tenacidad o intuición, Autoridad o tradición, de los Primeros Principios o metafísica) tienen vigencia en la organización social: son contemporáneos. Seguimos conociendo el mundo, a la vez, a partir del sentido común -derivado de la

¹⁴ Para ampliar las características de los Métodos para fijar creencias o Métodos de conocimiento y de los procesos sociales que, de manera dialéctica, constituyeron y fueron constituidos por esas transformaciones puede leerse Vidarte Asorey (2008) "Epistemología, dialéctica y comunicación. La importancia de la reflexión epistemológica en los estudios de comunicación social". Valparaíso. Revista F@ro N° 7.

experiencia individual o de la tradición colectiva-, y a partir de los principios de autoridad -familiar, grupal, comunitaria, religiosa o cultural-.

El movimiento dialéctico parte de la crisis, y por lo tanto es siempre contradictorio. No me propongo hacer juicios de valor sobre el devenir de la organización humana, sino dejar sentado que las pautas que la constituyen responden a una necesidad primigenia: la adaptación para la supervivencia. Pero esto no debe entenderse de manera lineal: no se trata de un elogio al darwinismo social, que privilegia al individuo por sobre su comunidad y su ambiente. Ni de una regla totalizante que determina cada acto, al estilo de "si comemos caramelos es porque ayuda a nuestra supervivencia". La semiósis construida en la praxis histórica es un complejo sistema de redes de sentido, y en movimiento continuo, para el que no hay

respuestas fáciles y rápidas. Pero sí podemos afirmar que la existencia de esa arquitectura cultural se vincula con los mecanismos de autorregulación de la humanidad. Así, la comunicación social es el movimiento (la fuerza que parte de la tensión, de la inestabilidad, de la crisis): la dimensión dinámica e histórica por medio de la que se construye colectivamente la cultura.

Partir de estas nociones generales de cultura y comunicación nos permite desembarazarnos -al analizar las redes de organizaciones populares en los territorios de exclusión- de ciertos juicios de valor que resultan igualmente negativos y reduccionistas: las reprobaciones morales - casi siempre motivadas por un sentido común clase-céntrico- y las miradas puristas y benevolentes sobre las prácticas y sentidos de la cultura popular.

• **Ciencia y globalización: crisis en movimiento**

Un método que asuma su constitución dialéctica e histórica no puede oponerse a sus antecesores: debe retomarlos y superarlos. Y este es, justamente, el problema de validación que encontramos en los cuatro métodos enunciados. Cada uno se proclamaba como superador del anterior y, en vez de pensarse como diferente o mejor para establecer determinado tipo de creencia, asumía el borramiento de la génesis y se postulaba como único y enemigo del anterior. Basta recordar la persecución que sufrió Galileo Galilei, por parte de la Iglesia Católica, para entender el tenor que a lo largo de la historia tuvieron estos enfrentamientos por la legitimidad de los modos de conocimiento.

La Ciencia también excluye de las formas válidas del conocimiento a los otros métodos,

históricamente constitutivos de la praxis social a través de la cual se autorregula la organización humana. Esta restricción, desde el punto de vista dialéctico, se hace más evidente en el marco de la actual crisis de la Modernidad, y, en especial, en el contexto de las ciencias sociales.

Actualmente el método de la Ciencia o Eficacia está en crisis por múltiples motivos: me interesa particularmente señalar la visión sesgada que la Ciencia tiene sobre los procesos propios de la función de autoregulación. Esa visión restringida de la lógica hipotético-deductiva es la que ilustra la crisis de la propia función autoregulativa del método, que paulatinamente va dejando de cumplir su razón de ser: proporcionar legítimos criterios de verdad para que la humanidad pueda generar sentidos y representaciones sociales que den explicaciones a sus problemas. La Ciencia, al

postularse como único método, no permite validar otras voces y dar explicaciones a las que se arribaría con la ayuda de aquellos otros. Es por ello que Juan Samaja la llama el método de la Ciencia restringida (Samaja, 2005).

Esta falla o restricción de la forma - todavía hegemónica-, de producir conocimiento, la advierte también el sociólogo Edgar Morin: "los métodos y estructuras de nuestro conocimiento nos impiden percibir y concebir la complejidad de lo real, es decir, también la complejidad de nuestra época y la complejidad del problema del conocimiento". Morin afirma que a un paradigma de pensamiento, a un modo de conocer la realidad, le corresponde "un paradigma ético, un paradigma estético, un paradigma de la vida" (Morin, 1996).

El método de la ciencia restringida se perfeccionó durante la Modernidad y tuvo como

rasgo distintivo la hiper-especialización del conocimiento y su fragmentación en campos disciplinares reducidos. Pero esta forma de producción de conocimiento -en sintonía con la organización cultural de la Modernidad- alcanzó su madurez con la globalización. Este auge, como en todo proceso dialéctico, coincide con la puesta en evidencia de la crisis.

En este marco, ¿cómo definimos a la globalización? Algunos la identifican con el período que comienza con la caída del Muro de Berlín en el '89, el fin de la Guerra Fría, la crisis del petróleo del '79, o la invención del chip a principios de los 80. Pero los hitos y las fechas no dan cuenta de la complejidad de los procesos: en este trabajo comprendemos más acabadamente a la globalización si pensamos en el período en que, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX, se pusieron en tela de juicio

los criterios de verdad que sostenían la organización social moderna.

La crisis evidencia que esa organización ya no cumple la función de autorregulación de la vida humana, por lo que estamos presenciando el proceso de *supresión/ conservación/ superación/ regulación* que dará lugar a un nuevo equilibrio entre la forma de conocer y los problemas de conocimiento que nos presenta el afuera (lo ambiental, al decir de los genetistas). Esta nueva forma de producir conocimiento, aún emergente y en proceso, se denomina Ciencia plenaria para Samaja, transdisciplina para Morin, y campos emergentes del saber para autores como el Profesor Oscar Forero, en referencia a la incorporación, dentro de los procesos de construcción de conocimiento académico, de saberes de diversas disciplinas y del

conocimiento social no científico: sentido común, historia oral, etc.¹⁵

La crisis de los modos de conocer se encabalga directamente en la crisis propia del campo científico en torno al debate disciplina/ interdisciplina/ transdisciplina. Sobre esta base, Morin postula la necesidad de adoptar el pensamiento complejo "no mutilante" para resolver problemas complejos.

En relación con los momentos de crisis -que señalábamos desde la perspectiva dialéctica- Morin explica que el pensamiento simplificante ha generado los mayores hallazgos de la historia del progreso científico y tecnológico, pero esos avances transformaron el escenario y permitieron la emergencia de males específica y claramente modernos: la contaminación mundial, la degradación

¹⁵ Forero, O. Desarrollado en las clases correspondientes a la asignatura Planificación II, en el marco de la Maestría en Planificación y Gestión Comunicacional, PLANGESCO. Universidad Nacional de La Plata. La Plata, 2006.

ecológica, el aumento de la desigualdad, la amenaza termonuclear, las corrientes migratorias intercontinentales de excluidos, la incapacidad de los poderes políticos locales para gobernar y las crisis de identidad cultural, entre otros (Morin, 1996).

Sobre el mismo punto, dice Alcira Argumedo: "Es preciso plantear nuevos modos de interconexión disciplinaria y de elaboración de marcos abarcadores, que definan el sentido y las características de la especialización en los distintos campos del saber académico y científico. También en este tema la evaluación de los investigadores de punta en informática a nivel mundial -teoría del caos, matemática fractal y similares- plantean su gran preocupación por las limitaciones que la formación hiperespecializada está produciendo (...) para acceder a los nuevos requerimientos científicos y tecnológicos". (Argumedo, 2004).

La organización en los territorios de exclusión en el marco de la nueva pobreza urbana es uno de los nuevos problemas de conocimiento, con niveles de complejidad, interactividad y globalidad que no pueden ser resueltos según los métodos hiperespecializados y parcelados de siglos anteriores. Ya no son las disciplinas las que definen sus objetos: la dinámica social generó nuevas prácticas que pugnan por ser construidas como objetos de conocimiento y que son analizables sólo según la naturaleza de su configuración social e histórica.

En este escenario de cambios, el campo científico de la comunicación social posee características especiales. De cara a la construcción de teorías y métodos propios de la ciencia plenaria, la comunicación social tiene la ventaja de definirse por la naturaleza de su objeto de estudio. Es decir, los estudios científicos en comunicación

surgieron a partir de la irrupción de problemas asociados al auge de la comunicación mediada. Luego ampliaron su campo, también por necesidad, a todas las situaciones comunicacionales humanas, desde la conversación o la comunicación gestual hasta el espacio semiótico global y globalizado de la cultura. Así, deben valerse de préstamos, asociaciones y apropiaciones de otras disciplinas. Pero esta ventaja es a veces un defecto al interior del campo académico, y la comunicación social es a menudo deslegitimada por su falta de tradición epistemológica disciplinar, propia de la ciencia restringida -aún hegemónica dentro del campo científico-.

Por eso, el pasaje o evolución de los estudios de comunicación (señalado más arriba) no fue gratuito para el campo (por décadas, excluido de la Academia) ni para sus principales referentes, que sufrieron la indiferencia y la relativización de sus

teorías, y no lograron que su propia tradición obtuviera legitimidad en esa área del conocimiento científico. Este problema se ve acentuado notoriamente en América Latina (Vidarte Asorey, 2008).

De acuerdo a estas reflexiones, vale insistir en que la transición no supone el abandono del método científico sino conservarlo como base de uno superador. Así, la reflexión epistemológica nos permite recuperar los procesos y los tiempos largos de la historia, y pensar los estudios de la comunicación social en el marco del advenimiento de un nuevo paradigma y hacia la construcción de una ciencia plenaria.

Por otra parte, en todo proceso de conocimiento hay anclajes que funcionan como principios o núcleos duros de la teoría. Sobre todo en la ciencia, organizada o no a partir de tradiciones disciplinares, que a diferencia del método de la Tenacidad (conocimiento por

la experiencia individual) tiene siempre un núcleo que no puede someterse a contrastación empírica (Lakatos, 1993). A este núcleo, estos principios, metafísicos para Imre Lakatos y filosóficos para Juan Samaja, pretendo reivindicarlo desde aquí como políticos, en tanto no hay otra verdad superior ordenadora que la posición en el tablero -consciente o no-, nuestra práctica social e histórica y los sentidos de verdad (normas para la organización común / comunicable) que construimos desde ella.

Reitero lo dicho unos párrafos atrás: este trabajo busca distanciarse de moralinas de todo tipo, sin que ello que implique una operación imposible: separar al científico de su ideología; a la ciencia, de su dimensión política.

Teoría: puertos

- **Sociedad y cultura, sentido y acción**

Hemos establecido algunas definiciones generales -conocimiento, comunicación y cultura- que ahora podremos poner en diálogo para construir teóricamente el objeto de estudio del que se desprende el problema de planificación planteado. Así, el primer eje teórico relevante para el análisis de las redes organizacionales está dado por las interrelaciones que forman las categorías de institución, organización y acción social.

Los seres humanos se convierten en sujetos sociales en interrelación con el ambiente: si bien el ambiente natural los preexiste, son ellos, al organizarse en sociedades, quienes lo transforman en social¹⁶. Es decir: "el

¹⁶ La actividad humana de los sujetos también puede modificar el ambiente natural -aunque en menor medida- y crear así nuevas

orden social no forma parte de la naturaleza de las cosas y no puede derivar de las leyes de la naturaleza. Existe solamente como producto de la actividad humana" (Berger y Luckman, 1968).

Como el organismo humano es inestable, el mismo sujeto social debe proporcionarle un contorno estable a su comportamiento. De ahí la necesidad antropológica de la externalización, el proceso que determina que una pauta humana se vuelva hábito y se distancie de la experiencia individual: objetivándose, se convierte en pauta social externa a cada sujeto.

En palabras de Peirce (1987), el proceso que lleva a que una creencia se convierta en

condiciones ambientales determinadas y determinantes de su condición de sujetos. En el tema de la pobreza urbana en Buenos Aires, por ejemplo, la contaminación generada en la cuenca Matanza-Riachuelo (por la actividad de las empresas contaminantes y la desidia de los organismos gubernamentales) impone gran cantidad de condicionamientos ambientales en la vida cotidiana de los sujetos que se manifiestan en la vida social.

verdad permite que los seres humanos asignemos un orden al ambiente, y ciertas pautas de interacción con él, para no enfrentarnos a cada segundo con la necesidad de adquirir pautas de conocimiento sólo a partir de la experiencia personal.

En el curso continuo de esa externalización (o apertura al mundo), la producción humana construye lo que llamamos el orden social a través de ciertos procesos necesarios y particulares: la habituación, la objetivación y la historicidad. Toda actividad humana - social o no- está sujeta a habituación, ya que una creencia válida para la regulación de la vida genera una pauta que es aprehendida como tal. El proceso que Berger y Luckman denominaron habituación es análogo a las nociones de *habitus* de Pierre Bourdieu (1985) y a la de *Collegium Logicum* de Juan Samaja (2005). Aunque la habituación tiene un sentido diacrónico, podemos pensar que Berger y

Luckman definen al proceso en movimiento, y Samaja y Bourdieu nos muestran una especie de foto conceptual.

Los procesos de habituación son la antesala de la institucionalización, que es, a su vez, la parte más significativa de aquéllos: "La institucionalización aparece cada vez que se da una tipificación recíproca de acciones habitualizadas por tipos de actores" (Berger y Luckman, 1968). Entonces cuando las prácticas o sentidos son tomados y aprehendidos por un grupo de sujetos como pautas objetivadas en un proceso histórico, se institucionalizan.

Pensemos, por ejemplo, en la educación. Suele pensarse que el hecho de enseñar a los niños (las crías) ciertas características del ambiente y algunas pautas para interactuar con él, responde -como toda pulsión de conocimiento- a la necesidad de auto-regular la vida de la especie. Pero a lo largo de la historia, y de las variaciones del ambiente

natural y social, la enseñanza fue adoptando diversas formas y prácticas: la educación brindada por los padres, por el clan, por la comunidad, por el Estado. Es decir, distintos modos de organización educativa, pero que respondían a una misma necesidad. Así, se dio un proceso de habituación de la pauta "educación de los niños", que fue socialmente consensuada y objetivada hasta que se institucionalizó, y se constituyó entonces la institución "educación", hoy un elemento fundamental de nuestro orden social -y una importante categoría de análisis en este trabajo-.

La característica central de este proceso es la historicidad: la dialéctica histórica permite que las formaciones de sentido trasciendan lo individual y se presenten a los individuos como un hecho externo y coercitivo. El ejemplo más claro es el lenguaje, una tipificación de origen social que se presenta

como naturalizada y externa a los sujetos cuando niños, y que determina sus pautas de comunicación con el afuera: los constituye como sujetos sociales.

El proceso histórico de objetivación implica la legitimación social de las pautas; luego, los significados legitimados son aprehendidos por las generaciones subsiguientes -en el transcurso de la socialización- dentro del orden institucional. Y a la vez, en esa historización, que las instituciones se convierten en realidades objetivadas más allá de su relevancia originaria: por eso, al diluirse su poder de brindar solución -en el orden simbólico- a una necesidad o un problema social concreto, los cursos de acción institucional pueden desviarse de los originarios. Un ejemplo ilustrativo es el Arte: a partir de su propia historicidad, y a lo largo de su proceso de institucionalización, ha ido modificando su

estatuto, sus prácticas y productos según las variaciones del ambiente social: fines mítico-religiosos, artesanía, representación mimética de la realidad, expresión pura, recreación, etc. Así, mientras el arte como práctica sigue plasmándose en organizaciones concretas, los fines de la institución Arte están en constante debate.

En algunas instituciones, por ejemplo la Educación, no podemos hablar de una desviación total de los cursos de acción institucional, sino de reconfiguraciones: en primera instancia, desde los inicios del Estado moderno la institución educación se plasmó en la organización tradicional de la educación formal normalizadora. La Escuela pública¹⁷ ya no respondía sólo a la necesidad de enseñar a

¹⁷Con escuela pública no me refiero únicamente a las escuelas encuadradas en la educación laica y gratuita, sino también a la educación religiosa gratuita que, básicamente en los inicios de la Modernidad, compartía el objetivo de la normalización educativa, la creación de ciudadanía en sentido amplio y la incorporación masiva de distintos sectores a la educación formal.

las nuevas generaciones las características del ambiente; también se proponía formar sujetos preparados para convivir en la nueva *polis*: el Estado Nación. Luego, con la crisis de la Modernidad y, especialmente en América Latina, con la desaparición forzada del Estado de Bienestar, la organización Escuela se reconfiguró dentro del nuevo escenario (este proceso se advirtió en el trabajo de campo).

La Escuela argentina como organización sigue siendo interpelada básicamente por la institución Educación, aunque asumió sobre todo en los territorios de exclusión (urbanos y rurales) un rol de contención social que tiende más a la construcción de ciudadanía que a los objetivos pedagógicos asociados a la necesidad de transmitir conocimiento sobre el ambiente.

Entonces, por los procesos de habituación e institucionalización, las objetivaciones del sentido subjetivo de la experiencia o del acto

pasan a formar parte de los acervos sociales de conocimiento. "La aparición de depósitos de sentido y de instituciones históricas liberan al individuo de la pesada carga de solucionar los problemas de la experiencia y el acto que afloran, como por primera vez, en situaciones particulares" (Berger y Luckman, 1997). El sentido social es un sistema de organización / regulación de la sociedad, y a su vez muestra modos de organización para el acto y la acción: es histórico y prospectivo.

El sentido social es consecuencia de la posibilidad de relacionar distintas experiencias. La vivencia aparece asociada a un tipo o esquema de experiencia. Esto genera "un doble sentido": el de la acción y el del acto. El sentido del acto es retrospectivo: *cuando planté maíz en primavera pude cosecharlo en verano; cuando encendí el fuego sobre la tierra en un día ventoso se incendió parte del bosque; en los meses previos a las*

elecciones, los candidatos vinieron al barrio y "bajaron" planes y ayuda social. El sentido de la acción, por el contrario, es prospectivo, ya que se configura por anticipado en relación con un propósito: para obtener una buena cosecha en verano debo plantar en primavera.

Esta compleja estructura de sentido está presente en todas las acciones pero, sobre todo, en la Acción Social: "los estratos superiores del sentido, las estructuras más complejas, dependen de la objetivación del sentido subjetivo en la Acción Social" (Berger y Luckman, 1997): *como habrá elecciones este año, hay que pedir el subsidio para el comedor a los políticos que vengan, y tratar de que lo otorguen antes de la votación porque luego no lo vamos a conseguir.* Esta es una acción colectiva de los habitantes de territorios de exclusión, y forma parte de la Acción Social más amplia.

Así, la tipificación, la clasificación, los patrones experienciales y los esquemas de acción social constituyen los acervos colectivos del conocimiento (sentidos compartidos por un colectivo social en un momento histórico dado). Los acervos colectivos son tomados en buena medida de los acervos sociales de conocimiento (sentidos institucionalizados en el orden social más general).

Por eso, quienes comparten una comunidad de vida, en este caso los habitantes de los territorios de exclusión del AMBA, comparten experiencias comunes, pautas de acción y conocimiento específico sobre su ambiente. Por esto que, en su dimensión comunicacional, las prácticas culturales pueden ser analizadas a partir de estas coordenadas: como emergentes de los acervos colectivos de conocimiento que inspiran el sentido de la acción colectiva.

• **Comunicación y cultura, organización en práctica**

Las primeras teorías de comunicación, como el paradigma de los Efectos, la Teoría Hipodérmica y la de Usos y Gratificaciones, retomaron de maneras desiguales estas nociones de cultura. Pero a medida que los estudios de comunicación se fueron complejizando y comprendieron que la linealidad del esquema informático de Shanon -emisor > mensaje > receptor (1949)- no bastaba para dar respuesta a los fenómenos analizados, comenzó a atenderse el papel de lo contextual para poder comprender la complejidad de efectos que los medios podían generar en sus receptores: éste es el enfoque de la *Mass Communication Research*. Hasta ese momento, la cultura no constituía el objeto de estudio de las investigaciones, sino que ciertos elementos culturales de los receptores o consumidores

eran tenidos en cuenta como datos contextuales.

En sus clases teóricas, María Cristina Mata analiza el surgimiento y desarrollo, dentro del campo de los estudios de comunicación, de la línea de investigación que vincula comunicación y cultura¹⁸. Así, luego de repasar sintéticamente las teorías de comunicación y sus puntos de encuentro con la cultura, Mata señala que el primer momento en el que ésta aparece como objeto de estudio es con los Estudios Culturales ingleses (corriente crítica de extracción marxista nacida en la década del '60).

Los *Cultural Studies* hacen foco en la dimensión política: en la mayoría de los trabajos, la intención es desentrañar los procesos de construcción de la hegemonía. Para

¹⁸ Mata, M. C., Cátedra de Comunicación, Modelos y Paradigmas, Maestría en Planificación y Gestión Comunicacional, PLANGESCO. Universidad Nacional de La Plata. La Plata, 2005.

esta línea teórica, cultura es el modo de vivir dentro de la sociedad industrial y engloba todos los sentidos de esta experiencia social. Así, la concepción y construcción de los sentidos sociales sólo pueden ser explicadas en función de la estructura social y de su historia.

Esta corriente pensó a la cultura como un objeto complejo que era necesario analizar fuera de los rígidos principios de verdad de las tradiciones disciplinares. En este sentido, los Estudios Culturales ingleses inauguran también la perspectiva transdisciplinaria en las investigaciones sobre comunicación y cultura.

La producción teórica más relevante se inicia en la Escuela de Birmingham, y sus exponentes más destacados fueron Richard Hoggart, William Thompson y Raymond Williams. A diferencia de la tendencia funcionalista, dominante en la época, estos intelectuales

incorporaron la clave antropológica para pensar la cultura y la comunicación. En esta escuela emergió luego una segunda generación de pensadores: la *new left*. Esta corriente se acercó más a la línea marxista europea de Antonio Gramsci¹⁹, lo que llevó a que la cultura dejara de ser pensada como superestructura, y a la de los intelectuales de la Escuela de Frankfurt -Althusser, Adorno y Marcuse- cuya influencia incrementó la mirada crítica en los análisis.

¹⁹ Gramsci, A. Italia, 1841-1917. Fundador del Partido Comunista Italiano, se centró en el estudio de la cultura. Parte de un escenario histórico particular: en Italia estaban dadas, según el marxismo tradicional, las condiciones objetivas propicias para la revolución y la instalación de la dictadura del proletariado. Pero en cambio emerge el fascismo y se alza con el poder. A partir de allí Gramsci, desde la cárcel, se replantea la importancia decisiva de la cultura, revisa su carácter superestructural y su relación con la propiedad de los medios de producción. En *Cuadernos de la cárcel*. (Edición crítica del Instituto Gramsci. A cargo de Valentino Gerratana, 6 Tomos. Ediciones Era / Universidad Autónoma de Puebla, México DF, 1999) a partir de la división clasista de la sociedad y de las relaciones de poder, destaca la importancia de nociones como "ideología" "hegemonía", "contrahegemonía" en la configuración cultural y en su dinámica histórica.

Entre los representantes de la *new left*, Stuart Hall, Perry Anderson y Rafael Samuel continúan con los estudios comunicacionales bajo la perspectiva crítica, incluso hacia la generación anterior de birminghianos. La producción científica y los teóricos de ambas generaciones fundantes de los estudios culturales siguen siendo referentes clave para la construcción de conocimiento en torno a la cultura.

Williams definió a la cultura como las prácticas y modos con que las sociedades confieren sentido a sus experiencias comunes y reflexionan sobre ellas creando convenciones (Williams, 1976). Desarrolló el concepto en su sentido de proceso social, que hace que las comunidades de distinto tipo otorguen valor a ciertos significados, que entonces se convierten en principios activos u operantes, con capacidad de ordenar lo social.

La familia, la educación o la religión son, además de instituciones sociales, prácticas concretas: su significado varía en distintas sociedades y en distintos momentos. Así, las distintas comunidades otorgan a esas prácticas un valor específico con características propias.

La cultura no es una práctica en sí misma, un sistema de hábitos o un conjunto de ideas acerca de experiencias y relaciones sociales, sino que está imbricada con todas las prácticas que los hombres realizan en sociedad: es su dimensión significativa (Williams, 1976). En este sentido, los significados compartidos son inseparables, en tanto dimensiones significantes, de las prácticas sociales. Se trata de un conjunto de sentidos valorados a partir del que un orden social se comunica, se reproduce, se experimenta y se transforma. Para los Estudios Culturales ingleses -y para este trabajo-, la

cultura implica la matriz y molde de organización del sentido que puede revelarse en inesperadas identidades y correspondencias, como también en discontinuidades y rupturas.

En consonancia con esta línea de investigación, allá por los finales de los 70 surgieron en América Latina las Teorías de la Recepción. Ellas emergieron de un conjunto heterogéneo de estudios que, bajo el espíritu de época y el influjo de la teoría crítica de la comunicación, trataría de dar cuenta del efecto de modelación cultural que se produjo en nuestras sociedades a partir del desarrollo de la tecnología y las industrias culturales. Desde la clave de la invasión cultural, se estudiaron las transformaciones nacionales, regionales y comunitarias a partir de productos e influencias de la industria cultural foránea. Así los usos, lecturas y apropiaciones diferenciadas de medios y mensajes por parte de distintos receptores

terminaron por convertirse en objeto privilegiado de la línea culturalista latinoamericana.

Dentro la producción teórica sobre Recepción, se aportaron diversas perspectivas de análisis. En general, pueden reconocerse las influencias de Michel de Certeau, Pierre Bourdieu y los mencionados Gramsci y Williams. Los autores del culturalismo latinoamericano constituyen una masa crítica del pensamiento sobre los modos de vincular comunicación y la cultura en América Latina. Las aportaciones a quienes estudiamos sus textos son innumerables: por señalar sólo algunas de las nociones más relevantes podemos citar a Antonio Pasquali -quien incorporó el concepto de que las sociedades pueden caracterizarse por los modos de producción de con-saber- (Pasquali, 1979, 1980) y a las vertientes dentro de las que actualmente se forman grandes áreas temáticas, como la educación

para la recepción de Guillermo Orozco Gómez (1991) y Valerio Fuenzalida (2000), los consumos culturales de Néstor García Canclini (1984), los frentes culturales de Jorge González (1994), los usos sociales de los medios de María Cristina Mata (2000) y el estudio de las mediaciones de Martín Barbero (1987).

En esta tesis se retomaron muchas de las coordenadas planteadas en los mapas conceptuales propuestos en los 60 y 70. Aquí profundizaremos en las definiciones sobre cultura y luego sobre cultura popular y territorio urbano, que constituyen aportes centrales en el análisis de las redes de relaciones organizacionales en territorios metropolitanos de exclusión.

• **Prácticas culturales y prácticas de comunicación**

Decíamos que para Williams la cultura es un proceso social: por él, “las comunidades de distinto tipo otorgan valor a ciertos significados que se convierten en principios activos u operantes con capacidad de ordenar lo social” (Williams, 1976). En sentido análogo, pero de este lado del Atlántico, para Barbero (1987) la cultura es el lugar en el que se produce y circula el sentido a través de diversas prácticas sociales. Entonces, definimos cultura como el territorio en y por el que existe la comunicación social.

Ahora bien, Williams señala que toda práctica social tiene una dimensión significativa. Barbero, a su vez, retoma la noción de *habitus* de Bordieu, y la semiótica textual, en la idea de que pensar en el uso es pensar en la acumulación de sentidos de los

que está hecha la cultura, ya que desde allí se produce sentido nuevamente. Es decir, pensar en la cultura es pensar en la comunicación, y viceversa.

Aquí resulta necesaria otra noción de Bourdieu: las significaciones sociales, que determinan el *habitus* y están en relación directa con la producción y reproducción de sentidos (Bourdieu, 2003). Estos patrones, contruidos socialmente, rigen la vida social (el concepto está relacionado con el de acervos sociales de conocimiento y de sentido) y están sometidos, siempre, a la posibilidad de rupturas y transformaciones. La noción de *habitus* ampliada con el concepto de *Collegium Logicum* (Samaja, 2005) expresa en sentido más primario la vida en la Polis. Es decir, la pertenencia semiótica a una comunidad reglada simbólicamente implica una determinada lógica de acción. Tanto el *Collegium Logicum* como el *habitus* son dimensiones históricas y

colectivas que nos determinan al momento de producir significados: delimitan la producción cultural de una comunidad específica en un momento dado.

¿Cuáles son las características de las prácticas inherentes a la producción cultural? Williams señala que algunas prácticas sociales responden a necesidades concretas, como la construcción de viviendas, rutas y caminos: obedecen a la necesidad de habitar la tierra, comerciar y trasladarse. Estas prácticas tienen una dimensión significativa que puede ser estudiada para conocer aspectos de una cultura. Pero también existen prácticas que no responden a necesidades materiales, como la música; Williams las llama "prácticas específicamente significantes". Según Mata, podemos pensarlas como respuesta a la necesidad humana de comunicarse y, por eso, denominarlas alternativamente como prácticas

específicamente significantes o prácticas comunicacionales.

Al estudiar las prácticas organizacionales en el territorio de exclusión seleccionado no se analizaron sólo las prácticas específicamente significantes; se observó la dimensión significativa de distintas prácticas de la vida comunitaria y cotidiana ya que, por ejemplo, asistir a un comedor responde a una necesidad concreta: comer. Pero los motivos, valores, afinidades o experiencias que llevan a elegir un comedor determinado (el de la escuela, el del cura, el de la ONG, el del puntero, etc.) aportan datos sobre los modos de organización comunitaria. Por esto, se analizó la dimensión comunicacional de diversas prácticas para desentrañar el mapa de las redes de relaciones organizacionales en el territorio.

Lo popular y lo urbano, dos campos mestizos

• Comunicación social y cultura popular

Más allá de la abundante literatura con definiciones teóricas sobre cultura popular, culturas populares y cultura subalterna, siempre que nos ocupemos de la experiencia popular debemos asumir una postura a partir de las respuestas a algunas primeras inquietudes: ¿Podemos hablar de pobres, clases populares, los subalternos o excluidos como grupos con algún tipo de autonomía teórica? ¿Tienen estos grupos algo en común desde el punto de vista de la cultura? ¿O plantear esta complejidad en singular nos lleva inevitablemente al purismo ingenuo o malintencionado de algunos folcloristas, al mito etnocéntrico del buen salvaje, en fin, a la estigmatización de la pobreza?

Según Roger Chartier (1994), el debate sobre la cultura popular puede sintetizarse en dos grandes enfoques. El primero, vinculado a la línea antropológica -y distante del etnocentrismo- definió a la cultura popular como un ente autárquico, cerrado en sí mismo y con características propias. El segundo, más relacionado con la teoría y la crítica de arte, la definió en relación con la cultura hegemónica a través de comparaciones entre productos culturales (que gozan de la legitimidad de las clases dominantes, aquella de la que carece la cultura popular). Pero como afirma Chartier, la limitación de ambas definiciones teóricas reside en que, en ellas, el análisis de la cultura popular podía sostenerse sólo a partir de una metodología basada en la clasificación de los grupos sociales y el estudio de los productos o prácticas (literatura popular estadounidense, religiosidad popular en Europa occidental,

música popular latinoamericana). Así, el aporte de los marcos conceptuales se desvanece, ya que las nociones son construidas *ad hoc* y no son válidas para ser aplicadas en otras investigaciones (Chartier, 1994). Por otra parte, en tiempos de Globalización es claro que las apropiaciones de prácticas o productos, por parte de distintos sectores masivos y/o populares, no siempre responden a lo previsto por las cronologías establecidas en los estudios de las series de artefactos culturales.

Para sortear esas limitaciones teóricas, comencemos por pensar a los sujetos y actores reales que viven experiencias culturales populares y que, a partir de ellas, definen su pertenencia popular.

A los grupos de sujetos que conviven en los territorios de exclusión del AMBA se los puede identificar a partir de la categoría gramsciana de "clases subalternas": una de las

primeras definiciones que rompe con la de "clases inferiores"²⁰ y que, por su riqueza y amplitud, citan y legitiman distintos especialistas en el tema.

En el capítulo anterior se señaló que cuando en este trabajo se utiliza la categoría de clase, se entiende -con Portes y Hoffman- como sinónimo de "sectores socioeconómicos": "categorías de población discretas y duraderas caracterizadas por el acceso diferencial a recursos que otorgan poder y diferentes expectativas de vida" (Portes y Hoffman, 2003). Esta noción tiene un sentido similar a la de Gramsci: de continuidad, pero con

²⁰ A pesar del evidente etnocentrismo -o clasecentrismo- y la carga discriminatoria de categorías tales como "clases inferiores" o "infra clase (under class)", éstas siguen vigentes en el vocabulario de políticos, periodistas y hasta científicos sociales, para referirse a grupos marginales urbanos. A partir del análisis de los ghettos negros en las ciudades de EEUU, Wacquant afirma que "hay que barrer con el discurso de la infra clase que llenó el escenario del debate renaciente sobre la raza y la pobreza en la ciudad (Fainstein, 1993) y reconstruir, en cambio, las relaciones conexas entre la transformación de la vida cotidiana y las relaciones sociales dentro del núcleo urbano" (Wacquant, 2001).

diferencias, con la categoría marxista tradicional de "clases sociales", pensada según su relación con la propiedad de los medios de producción (Marx, 1889).

Los habitantes del territorio observado pertenecen a las clases subalternas en tanto son grupos (organizados en una comunidad) que se caracterizan por su relación con diferentes recursos (la falta de acceso a ellos). Acerca de las particularidades culturales y de las identidades de estos grupos en territorios de exclusión se adoptó la posición teórica que desarrolla Solomianski (2003) en la investigación *Identidades secretas: la negritud argentina*, que recupera la constitución histórica de la identidad afrodescendiente en Argentina. El autor ubica a los afrodescendientes en un marco más amplio de grupos subalternos, y para ellos crea el término subalternizados: grupos a los que el poder hegemónico les impidió formar

parte de la historia oficial. Así, la identidad no está dada por un esencialismo racista -o incluso de clase- sino por una serie de experiencias culturales y socioeconómicas afines: el sufrimiento común de determinado grupo de sujetos que se fueron constituyendo históricamente en lucha con los sentidos dominantes. Solomianski propone revisar, debido a sus implicancias políticas, las representaciones académicas en torno a lo subalterno, para entenderlo como subalternizado: aquello que existe con identidades, sentidos y prácticas culturales propias y posibles de ser estudiadas en sí mismas.

En el mismo sentido, en este trabajo las categorías de "excluidos" y "habitantes de territorios de exclusión" son pensadas con relación al proceso de marginación (actores, sujetos y relaciones sociales de fuerza, lucha y poder) y no como un hecho dado o natural, ni

tampoco como un proceso meramente económico. En el análisis cultural, partimos de que existe la exclusión porque los grupos dominantes de la cultura regulan los límites de la inclusión y niegan el acceso a otros.

Ahora bien, ¿cómo pensamos, desde los estudios de comunicación, las prácticas de cultura popular de los grupos urbanos subalternos? A partir de la redefinición plateada por el giro semiótico²¹ aparecen, en

²¹ A mediados de la década del 60, como consecuencia de la crisis de la Ciencia positiva y en el marco de las duras críticas al concepto de racionalidad moderna, se plantea desde las ciencias sociales un nuevo modo de entender la sociedad a partir de su carácter simbólico. Así, con el giro lingüístico o giro semiótico se asume que los seres humanos no podemos dejar de conferir sentidos. A partir de ello cambian los modos de concebir y analizar la escritura y la lectura. En términos comunicacionales cambian las claves por medio de las que se estudian los textos y mensajes en las instancias de producción y recepción; deja de pensarse a la primera instancia como productiva y a la segunda como reproductiva, y ambas son entendidas como determinadas y determinantes del orden simbólico social.

Esto trae aparejado un giro ontológico que transforma los procedimientos de las ciencias sociales: la actividad de interpretar pasa a ser entendida como constitutiva de todo sujeto y a la vez constituyente del mundo social. De ahí el denominado giro hermenéutico, en el que los científicos sociales reconocen el carácter performativo de la teoría: la comprensión de un fenómeno -y especialmente su interpretación y la

las ciencias sociales, propuestas superadoras para estudiar la cultura popular, como la distinción que hace Michel de Certeau (1970) entre estrategias y tácticas de la cultura: las tácticas no tienen lugar -son formas de hacer- y las producciones y consumos cotidianos de las clases populares son pensadas como tácticas de producción de la cultura popular. De este modo, al transformarse el sentido de las prácticas de la cultura popular, podemos pensar, por ejemplo, que leer o mirar TV son también prácticas constitutivas de lo popular en la cultura.

Desde esta propuesta también se vislumbra una solución a la consabida discusión entre cultura popular y cultura de masas, ya que las

escritura interpretativa- son, por un lado, un acto productivo, de creatividad, y, por otro, reproductivo e histórico. Para ampliar estas nociones pueden consultarse Barthes (1994), Geertz (1989), Guiddens (1993) y Schuster (2002).

nociones de apropiación y resignificación que desarrollan autores como Hoggart (1970), Bourdieu (1984), o Barbero (1983), entre otros -para quienes la interpretación es la asignación de nuevo sentido en la instancia de recepción- permiten identificar sentidos de resistencia y de producción de la cultura popular en el contexto de los consumos culturales masivos.

Se asume aquí, con Solomianski, que las prácticas y sentidos culturales de los subalternizados pueden ser estudiadas por sí mismas y no sólo a partir de lo que las voces hegemónicas dicen de ellas -como afirma, por ejemplo, Pablo Alabarces (2002)-. Esta noción se relaciona con la distinción que hace Ginzburg entre "cultura producida por las clases populares" y "cultura impuesta a las masas populares" (Ginzburg, 1976).

Al referirnos a prácticas organizacionales de los sectores populares en los territorios

de exclusión, adscribimos a la primera opción sin que ello suponga negar que la cultura popular existe sólo en relación (de tensión) con la cultura hegemónica. Sobre este punto, De Certeau llega a preguntarse si "la cultura popular existe fuera del gesto que la suprime" (De Certeau, 1970). Creo no apresurarme si respondo que no: la autonomía no es más que una ficción que el investigador necesita para sistematizar su trabajo.

La cultura popular existe en tensa relación con la cultura de élite y las clases subalternizadas viven en tensión con las clases hegemónicas: estas tensiones son históricas y dialécticas. Por eso, se investigaron diacrónicamente las dinámicas de interacción (macrosocial, política, económica y territorial) de los sectores populares que habitan los territorios de exclusión del AMBA, especialmente en el primer cordón del Conurbano Sur.

Ahora, acerca de los modos en que se investigó la cultura popular sabemos que, de manera análoga a la comunicación social, los macro-objetos de estudio (cultura popular, comunicación) tuvieron más y mejor acogida en los espacios disciplinares que las tradiciones y corrientes epistemológicas, teóricas y metodológicas asociadas a ellos. Los estudios sistemáticos sobre cultura popular comenzaron en el siglo XIX con los Románticos y los folcloristas -aún antes de que las ciencias sociales incorporaran el concepto de cultura popular- pero se mantuvieron, según Renato Ortiz, como una "ciencia mediana", enredados entre la recopilación y la voluntad de reconstruir las épicas nacionales (Ortiz, 1989).

Recién durante la segunda mitad del siglo pasado las investigaciones sobre cultura popular se volvieron relevantes para las ciencias sociales. Con la ayuda del

reversionismo histórico y la antropología moderna, pero especialmente a partir de la aparición de los *Cultural Studies* y sus derivaciones en la escuela culturalista latinoamericana y los estudios poscoloniales²², se comenzó a mirar a la cultura popular a través de otros prismas. Y aún así, con la múltiple producción académica y científica al respecto, los estudios sobre cultura popular en los países periféricos se

²² La corriente teórica del Poscolonialismo emerge con la intención de reescribir la historia a partir de la experiencia cultural invisibilizada por el imperialismo colonial. De corte antiimperialista, surge entre grupos de intelectuales sudasiáticos tras el período de descolonización y reconstrucción de la historia nacional en sus países. Enfatiza la indisolubilidad de la subalternidad económica y la subalternidad cultural. Los estudios Poscoloniales se dedicaron a recuperar las identidades negadas y las voces silenciadas, a diferencia de lo que algunos autores plantean: que las prácticas y sentidos culturales de los subalternos no pueden ser estudiadas por sí mismas sino a partir de lo que las voces hegemónicas dicen de ellas (Mattelart, 2003). Recientemente, desde Portugal, Boaventura de Sousa Santos adoptó y transformó el Poscolonialismo para acuñar los estudios sobre "cosmopolitanismo subalterno" en relación con las prácticas contrahegemónicas de los movimientos sociales que luchan contra la globalización neoliberal y sus consecuencias en términos de exclusión social (de Sousa Santos, 2002).

siguen haciendo desde espacios marginales a la Ciencia y la Academia.

En "Notas históricas sobre la cultura popular", Renato Ortiz señala algo clave: que pensar desde la ciencia social a la cultura popular implica enfrentarse a la problemática histórica centro-periferia. Y destaca la labor de los intelectuales que ponen sobre el tapete el estudio de la cultura popular en sus territorios periféricos sin compararla con la de élite, ya que le asignan entidad autónoma - como objeto de estudio- a una noción "que no fue atendida sistemáticamente ni siquiera por los intelectuales críticos de las zonas centrales: Marx, Kautsky, Lenin, o Lúkacs" (Ortiz, 1989).

- **Comunicación social y territorio urbano**

Como señala Mariana Chávez, no es posible pensar el mundo contemporáneo sin pensar la

ciudad: si "la experiencia urbana no es universal, se ha universalizado" ya que, aun cuando no vivamos en la ciudad, al ver televisión, leer o escuchar los relatos de los migrantes nos conectamos con lo urbano. "La pregunta por la ciudad no se agota en cuántos somos, cuánto producimos, de dónde venimos, quienes nos gobiernan y quiénes se les oponen. Se trata de tocar fondo, de entender el sentido profundo de la cultura, las formas de vivir un espacio específico, de construir identidades, de exponerse y replegarse..." (Reguillo, 1997). Justamente, en esa tesis, la pregunta es por la experiencia de habitar un territorio, por los modos de comunicarse y organizarse para la vida; pero también, por la forma de estudiar esa experiencia vital y trabajar para su transformación.

Lo urbano se volvió objeto de estudio de las ciencias sociales recién a finales del siglo XIX. La línea más destacada era la

escuela sociológica alemana y "lo urbano" era analizado por oposición a "lo rural". Trabajos en ese marco como los de Töennies (1887) y Simmel (1903) fueron retomados por gran cantidad de intelectuales, incluso Gino Germani (1976) en Buenos Aires. Y entre 1920 y 1930 se empieza a estudiar la ciudad en la Escuela de Chicago (Anderson, 1923; Park, 1928; Wirth, 1938). Esas investigaciones constituyeron la base de la sociología urbana norteamericana y también de la -hoy denominada- antropología urbana (Redfiel, 1930; Lewis, 1953; Lomnitz, 1975). Los estudios y las líneas teóricas fueron avanzando por contraposición de perspectivas; así, en los años 70 la crítica al funcionalismo viabilizó el surgimiento de estudios que "se centraban en aspectos más estructurales, para usar los términos de la época (Castells, 1972; Topalov, 1979; Harvey, 1979)" (Chávez, 2001).

En nuestra región, la ciudad se volvió objeto de los estudios de comunicación en los años 80, con la ruptura del mediacentrismo "como parte de ese corrimiento del objeto de estudio que se sintetizó en el pasaje de los medios a las mediaciones, según la consagrada expresión utilizada por Martín Barbero (1987)... -aunque podrían citarse obras de otros investigadores, como el Proyecto de comunicación / cultura de Schmucler o la Propuesta de una genealogía de la comunicación de Mattelart-" (Badenes, 2007). Los estudios en comunicación, entonces, cambian el foco hacia los procesos culturales -la producción, circulación, uso y reproducción del sentido- y las prácticas sociales de los sujetos. En ese marco emergen nuevos temas y objetos: el género, las culturas juveniles, los movimientos sociales y la ciudad como espacio de comunicación.

A partir de la década del 80 comienza un período de cambio en los estudios de las ciencias sociales acerca de la ciudad. Ya en los 90, García Canclini aseguraba, en relación con la definición teórica de lo urbano y la organización en la ciudad, que a partir del proceso de metropolización de muchas ciudades (entre ellas Buenos Aires) la pregunta de las ciencias sociales por la autogestión urbana tomaba un nuevo cariz: entre la fragmentación y la multiculturalidad, por un lado, y la ciudad global, por el otro (García Canclini, 1997).

Como se dijo, antes de los 80 había tres líneas teóricas básicas para entender la ciudad: aquella que piensa lo urbano en su distinción de lo rural y a la ciudad como núcleo de la modernidad -cuyo principal referente local fue Gino Germani-. Un segundo tipo de definiciones, de la escuela de Chicago, que pone el eje en cuestiones

geográfico-espaciales. Y una tercera línea que hace un análisis específicamente económico de las ciudades, viéndolas como derivaciones del desarrollo industrial. Pero a partir de la década del ochenta, el desarrollo del urbanismo posmoderno en Nueva York, y en otras grandes urbes, hizo emerger nuevas claves: ellas permiten ver en las ciudades la fragmentación y la multiculturalidad, para algunos autores (Canclini, 1984, 1990, 1997; Castells, 1974, 1981, 2004, Reguillo, 1997, 2000); y, para otros, el modelo de la ciudad global (Bauman, 1999, 2006; Sassen, 1999; Wacquant, 2001)²³.

Según Ramiro Segura, estas dos grandes líneas de trabajo, la macroestructural y la

²³ En relación con los autores y textos que trabajan las líneas de la ciudad global y la ciudad multicultural, se señalan sólo aquellos que fueron retomados para esta tesis. Lo mismo ocurre con los que se citan unos párrafos abajo como estudios transdisciplinarios sobre ciudad. Eso no implica que no existan otros autores y textos que aborden estas problemáticas, pero se citaron sólo los más relevantes para el desarrollo teórico de este trabajo.

microsocial, se reproducen a nivel local en los estudios de las ciencias sociales sobre la territorialización de los sectores populares urbanos: "Por un lado, el análisis del emergente mundo comunitario de los pobres urbanos que, como señala Svampa, la sociología argentina contemporánea ha sintetizado como el pasaje de la fábrica al barrio (Svampa, 2005). Por otro lado, el análisis de los patrones de segregación residencial de las áreas metropolitanas latinoamericanas, a partir de datos cuantitativos..." (Segura, 2006). Como explica Segura, la limitación de ambos estudios reside en que no dialogan entre sí: mientras la primera línea no contempla los datos estructurales del territorio habitado por los sectores populares urbanos, la segunda (que efectivamente comprueba la territorialización de estos sectores) minimiza la dimensión práctica y simbólica de la vida social.

Pero ambos espacios de indagación ofrecen explicaciones válidas sobre lo urbano. Hoy, así como coexisten enfoques teóricos sobre la ciudad, en el territorio metropolitano también conviven procesos mediados -de manera desigual- por la globalización económica, y prácticas de hibridación, negociación y resignificación cultural propias de la mundialización de la cultura.

En Buenos Aires podemos asistir a la reproducción de diversas culturas originarias en enclaves territoriales como el Barrio Chino en Belgrano, o el peruano en el Abasto; y, a la vez, en gran parte de los territorios de exclusión del Conurbano vemos que la pobreza y la desocupación igualan las prácticas culturales cotidianas, hacen surgir nuevos sentidos y modelan las nuevas identidades sociales. Así, mientras la colectividad boliviana que es parte de los productores agropecuarios del Parque Pereira puede

aprovechar sus destrezas en el trabajo rural y mantener vivas las tradiciones culturales asociadas a él, los bolivianos que viven en los territorios de Cuenca Matanza-Riachuelo deben construir sus casas sobre tierra contaminada (inviabile para la agricultura). Por supuesto, la cultura y los acervos colectivos de conocimiento no desaparecen, sino que se reconfiguran según la experiencia subjetiva: muchos bolivianos que habitan el barrio analizado ponen en práctica conocimientos comunitarios o familiares en el oficio textil o en la construcción.

Por eso, en este trabajo se revisaron los distintos enfoques teóricos señalados: a un marco conceptual complejo -que piensa la multiculturalidad y la fragmentación en la ciudad global- le correspondió un diseño metodológico complejo, para poder abordar las cuestiones estructurales tanto como lo microsocioal. Cada una de estas dos dimensiones

se analizan en los capítulos que siguen (Capítulos 3 y 4).

Las ciudades son escenarios de comunicación. Como señala Pereira, en ellas interactúan los modos de simbolización, la producción y el uso de sentidos sociales y, por lo tanto, son territorios clave para el estudio de las prácticas culturales de comunicación social (Pereira, 1995). Pensar la comunicación / cultura desde la ciudad plantea claves centrales para desentrañar los modos de producir, reproducir y cohabitar la ciudad. Se trata, entonces, de ver a la problemática de la pobreza urbana como un proceso múltiple y complejo, cuyas luchas y adscripciones internas se despliegan en la arena del territorio metropolitano.

Actualmente, a la ciudad se la estudia en forma transdisciplinaria y como espacio de múltiples articulaciones epistemológicas. Este carácter de complejidad actúa también en los

estudios en comunicación y cultura urbana en América Latina (Jesús Martín Barbero, 1987, 2002; Néstor García Canclini, 1990, 1997; Renato Ortiz, 1996; Armando Silva, 1990, 1992; Rossana Reguillo, 1997, 2000). Efectivamente, la metropolización de las ciudades está motivando nuevos interrogantes en las investigaciones latinoamericanas. Si dos décadas atrás se reflexionaba acerca de la crisis de la ciudad, en el nuevo milenio estamos frente al renacimiento de las ciudades latinoamericanas y su reconfiguración en metrópolis globales (García Canclini, 1997). Como sintetiza Rossana Reguillo, el campo de los estudios de comunicación y ciudad comienza a establecer análisis más finos de la interacción comunicativa en tres sentidos: las redes y las relaciones, el poder y la hegemonía, los medios y las mediaciones. Este trabajo, aunque sitúa el fenómeno en sus

contextos amplios, hace foco en el primero de los sentidos.

El interrogante que nos ocupa se relaciona con el eje ciudad / organización / acción social, que nos lleva a reconocer que el espacio urbano es constitutivo y constituyente de un nuevo sujeto histórico, cuya identidad se forja a partir de tensiones diversas: entre lo local y lo nacional, lo regional y lo global.

Al respecto, creo que una de las nuevas pautas analíticas que nos marca la Globalización es la de la relación característica de la vida urbana, entre lo institucional y lo emergente, desplazó la acción social y cultural, así como la formación de las identidades políticas, de lo macro a lo micro: a la vida cotidiana de los sujetos y sus comunidades. De acuerdo a esta trama material y conceptual retomo a Antonio Mela, cuando dice que es necesario analizar

las ciudades actuales a partir de la experiencia del habitar y de sus dos características centrales: la densidad de interacción social y la aceleración del intercambio de mensajes (Antonio Mela, 1997).

_ Capítulo 3 _



Vista aérea de de Buenos Aires, 2003

Ya se desarrolló la necesidad de analizar la organización popular en los territorios de exclusión en dos sentidos: uno micro, que a partir del trabajo etnográfico da cuenta del mundo comunitario en la ciudad multicultural (del que nos ocuparemos en el capítulo próximo), y uno macro: situar a la comunidad en la ciudad global y explicar los procesos históricos que llevaron a la territorialización de los sectores populares urbanos en el AMBA.

Para esto último, retomamos la perspectiva relacional que propuso Loïc Wacquant en su análisis de la nueva pobreza urbana en ciudades de los países centrales (París y Nueva York), y que consiste en la puesta en diálogo de los datos etnográficos con cuatro dimensiones estructurales de la vida en las

ciudades: la macrosocial, la económica, la política y la territorial. Se trata de diagnosticar el surgimiento de una nueva marginalidad en los viejos territorios, un fenómeno que es producto de una particular interacción de fuerzas macroestructurales: entre ellas, el Estado y el espacio urbano juegan un papel central en la cadena de causalidades de la privación material, y la marginación económica y cultural (Wacquant, 2001).

Aunque las ciudades de los países centrales y periféricos son espacios analíticos diferentes, la riqueza de la propuesta de Wacquant reside en la propia arquitectura metodológica, aplicable a otros estudios de caso: las particularidades de cada territorio *en relación* con el accionar de sus actores políticos internos y externos, la economía globalizada, el descuido estatal y la debacle del mundo del trabajo. Esta perspectiva se

aplica especialmente a las metrópolis sobre las que pesan similares condiciones macroestructurales propias de la Globalización: como ocurre con ciudades latinoamericanas como San Pablo, Lima, Santiago, México o Bogotá, "durante las dos últimas décadas del pasado milenio, Buenos Aires -de manera análoga a ciudades del norte avanzado- ha sido testigo del simultáneo florecimiento de la opulencia y la indigencia, la abundancia y la miseria" (Auyero en Wacquant, 2001).

Al aplicar la perspectiva relacional -unida al concepto de subalternización- a la realidad urbana, resultan más claros los procesos de formación de los territorios de exclusión. Se trata de múltiples mecanismos de destitución de los sectores populares: la precarización laboral, la desocupación, la negación del acceso a la salud, a la educación y a los derechos humanos y ciudadanos básicos. Entre

todos estos mecanismos de exclusión esta la segregación: la expulsión de amplios sectores de zonas de la ciudad, producidas por los grupos dominantes, y reservadas a ellos para su consumo. Así, la presencia de zonas marginales es cada vez mayor en las metrópolis globales, a la vez que aumentan los sectores populares empobrecidos.

Para quienes pierden el privilegio de habitar la ciudad, ésta se convierte en una vidriera en la que no les está permitido desarrollar su experiencia vital. Deben vivir en espacios al margen, invisibles en su humanidad para los medios de comunicación, temidos y despreciados por sus vecinos de las clases medias y altas, estafados y postergados por el poder político. En eso consistió el proceso de territorialización de la pobreza

que devino en la guetificación²⁴ de Buenos Aires.

Dinámica macrosocial: latinoamericanos y pobres



El Alto de La Paz, Bolivia, 2009.

²⁴ La noción de guetose vincula directamente con la discriminación étnica racial y al utilizarlo para designar a los territorios de exclusión del AMBA estamos pensando con Auyero que asistimos aquí a un “proceso de etnificación de la pobreza” (Auyero en Wacquant, 2001).

- **La larga noche de América Latina**

En toda América Latina, y desde hace 500 años, los sectores populares fueron relegados del poder: explotados, discriminados, ninguneados, combatidos y precarizados. Pero al interior de esa continuidad, hay cambios y movimientos tanto en los procesos de marginación como en la experiencia de ser marginado.

Según Argumedo, el análisis socio-histórico muestra una continuidad: una matriz teórico-política²⁵ en las resistencias latinoamericanas, que evidencia la existencia y las particularidades de un patrón popular. De acuerdo con esto, los modos de organización popular pueden ser pensados como una suerte de

géneros del hacer popular latinoamericano, asociado a la noción de estrategias de la cultura popular de Michel De Certeau. Estos modos de organización pueden leerse de forma diacrónica en la praxis social, más allá de los objetivos concretos de cada práctica organizacional.

“En el transcurso de tres siglos de dominación hispanoportuguesa, las soberbias civilizatorias, las ambiciones e intereses, las experiencias vitales límite, las tradiciones étnico-culturales, las nuevas condiciones de producción e intercambio, las afluencias poblacionales y los trastocamientos sociales, van constituyendo dos grandes patrones socio-culturales a través de una amalgama de marcada diversidad. En cada uno de ellos será posible detectar elementos básicos de definición en torno de valores constitutivos, percepciones existenciales y visiones del mundo” (Argumedo, 2004). Alcira

²⁵ El concepto de matrices teórico políticas refiere a estructuras de pensamiento, expresión de largos procesos sociales, políticos, económicos y culturales que inciden con mayor o menor fuerza sobre las realidades, los conflictos y las divisiones sociales a nivel nacional e internacional (Argumedo, 2004).

Argumedo plantea que la historia social subterránea de América Latina, constituida y constituyente de las clases subordinadas y dominantes, va diagramando un cuadro de complejidad interna, en el que los grupos populares -aun con agudas diferencias entre sí- se definen a partir de la pertenencia a un área geopolítica sometida a la dominación. El dominio fue ejercido por distintos centros de poder del campo internacional -imperio español y portugués primero, inglés y francés después, e imperialismos estadounidense y transnacional, en la contemporaneidad- vertebrados con sectores locales de cada sociedad. Esta dinámica histórica de dominaciones y resistencias fue configurando tipos de sectores sociales dominantes, medios y subalternizados. Así, los sectores dominantes y los subalternizados responden, cada uno, a dos patrones socioculturales diferentes: el oligárquico-señorial y el

popular, mientras que los sectores medios oscilan entre ambos, tanto según las variaciones históricas como escindidos en grupos antagónicos dentro de los mismos períodos (esto también ocurre de acuerdo a las características de los procesos de colonización, descolonización y neocolonialismo en América Latina).

A grandes rasgos, el patrón oligárquico-señorial se asentó en las "nuevas aristocracias formadas en América por los descendientes de los aventureros, ex convictos, delincuentes, hijos segundones o campesinos misérrimos que integraron el grueso de las corrientes conquistadoras y colonizadoras hispano-lusitanas" (Argumedo, 2004). Las nuevas generaciones ganaron fortunas explotando a los pueblos originarios y a los contingentes de esclavos africanos y fueron construyendo alcurnias basadas en mitologías que les permitieron pensarse como

razas y culturas elegidas. Esta construcción identitaria de las clases dominantes latinoamericanas se asentó en el desprecio por las etnias dominadas, incluso de sus propios hijos mestizos.

Por otra parte, la constitución del patrón popular es asimilable a la noción de grupos subalternizados que se desarrolla en el capítulo 2: se va conformando en torno a una experiencia común de opresión y resistencia. Se trata de una elaboración colectiva que se irá forjando a partir del siglo XVI y con características propias en cada región de la América hispano-portuguesa y el Caribe. Con la convivencia bajo la colonización de los pueblos originarios y africanos en el continente, se reconfiguran las estructuras sociales previas y surgen nuevas formas de organización apoyadas en los pilares de solidaridad mutua, justicia social y respeto, o al menos la aceptación de la alteridad

cultural.

La heterogeneidad social y cultural de las clases populares es clave en la historia de América Latina: fue identificada por los intelectuales y analistas desde la categoría de mestizaje, en el siglo XIX, y repensada en las últimas décadas a partir de la de hibridación cultural (Briceño Linares, 2006), reconocible en las proclamas de Tupac Amaru, los documentos de Artigas, las reflexiones de Bolívar y Martí (Trías, 2008) y las cartas de San Martín, Belgrano y Moreno.

El análisis histórico muestra también ciertas coincidencias en la agenda de los sectores populares: hay un reclamo persistente de equidad económica y política. En términos políticos, la demanda sostenida por el reconocimiento de la voz, del derecho a formar parte del debate: son muestra de ello las luchas por la Asamblea General Constituyente que existen desde la experiencia de la Liga

Federal (ver capítulo 1, Pág. 15) hasta los recientes logros en Venezuela, Bolivia y Ecuador. En lo económico, la tradicional demanda por la Reforma agraria -que incluye los factores laborales y habitacionales- se reconfiguró a partir del siglo XX, incorporando el reclamo de las clases populares urbanas por derecho al trabajo y la vivienda.



Barrio de Petare, Caracas, 2008.

Política Social nacional y popular, un camino latinoamericano

En la creciente incorporación de los sectores y problemas populares en la política social, y en la intención latinoamericanista, Argentina comparte el rumbo con otros países de la Región. Después del auge neoliberal, en varios países de América Latina²⁶ asumieron gobiernos progresistas, orientados a la izquierda o centroizquierda, que impulsaron procesos de cambio democráticos, populares e integracionistas -aunque con matices ideológicos y grandes diferencias estilísticas, ligadas a las identidades nacionales-.

²⁶ Los países liderados democráticamente por gobiernos de corte popular son Brasil, Ecuador, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Argentina, Venezuela, Nicaragua, Dominica, Honduras (hasta el golpe de estado del 28 de junio de 2009) por supuesto, Cuba y hasta hace poco Chile. Pero además en términos geopolíticos globales, a dos años del inicio de la gravísima crisis internacional desatada por el quiebre financiero de Estados Unidos, el mapa político y económico ha ido fluctuando hacia un escenario multipolar. Así, a diferencia de lo acontecido en Europa -que fue arrastrada por la crisis- países como China, India o Brasil, lograron mantenerse a salvo relacionándose con nuevos socios, alejados de la hegemonía y el control estadounidense. Por eso, en Latinoamérica aún los países con gobiernos de derecha, como Perú, Colombia y el actual Chile de Sebastián Piñera, prefieren apostar a la integración regional y al fortalecimiento de espacios autónomos de decisión política y económica como el MERCOSUR y, la más recientemente fundada, UNASUR.

No es tema de este informe profundizar en la planificación, gestión y evaluación de la política social en otros países, pero revisaré algunos trazos gruesos y experiencias que permitan poner en un contexto regional las condiciones de posibilidad de la política social. Tratamos de identificar un verosímil de época: lo que es posible imaginar, en un tiempo y espacio determinados.

Uno de los rasgos comunes de la política en estos países es la incorporación de la participación ciudadana en la definición política. Los Estados que profundizaron con mayor vigor esta idea son Venezuela, Bolivia y Ecuador: convocaron a Asambleas Generales Constituyentes (en 1999, 2006 y 2007, respectivamente) y se reorganizaron a partir de las directivas surgidas de esos procesos asamblearios. En los tres países, la agresión de las oligarquías nacionales y la mala prensa internacional - digitada por las corporaciones hegemónicas del mercado mediático- se acentuó frente a las propuestas más revolucionarias de cambio del status quo, y en los tres países hubo intentos de golpe de estado (2002 en Venezuela, 2008 en Bolivia y 2010 en Ecuador).

Acerca de la transformación del rol del Estado (y su relación con la política social), en la Carta Constitucional Boliviana (2009) se reconocen

gran cantidad de derechos para los pueblos originarios y se propicia la participación popular con el mecanismo del Referéndum; además, se incorporan el reconocimiento a la diversidad cultural y la plurinacionalidad.

Atentos a las diversidades nacionales (sociales, culturales y económicas) de América Latina, tomaremos algunos ejemplos de Venezuela y Brasil, paradigmáticos a la hora de pensar la problemática argentina ya que, a diferencia de lo que ocurre en otros países, ambos coinciden en la impronta productiva industrial²⁷ y en los grandes porcentajes de población urbana.

Venezuela fue el mascarón de proa de los procesos de cambio en América del Sur: se rige desde 2001 por el Proyecto Nacional Simón Bolívar, que tuvo su primera etapa en 2001-2007 y está transitando la segunda, prevista para 2007-2013. El proyecto propone como objetivo para su segunda etapa la “democracia protagónica revolucionaria” a partir del rescate de valores como solidaridad, justicia y equidad; la tolerancia

²⁷ Argentina y Brasil tienen también un desarrollo histórico del modelo agroexportador, sin que eso impida o neutralice “la impronta productiva industrial”, ligada a los sectores populares urbanos: ambos tienen capacidad de desarrollo industrial pero, además, su historia política está marcada por similares procesos populistas; el de Getulio Vargas y Juan Domingo Perón, fueron gobiernos que plasmaron proyectos populares y sus líderes funcionaron como catalizadores de la clase trabajadora industrial.

militante para una sociedad plural, y una nueva ética del hecho público: el ciudadano es parte del Estado. Propone también “el modelo productivo socialista” (PNSB, 2007 - 2010). En ese marco, algunas de las metas del Ministerio del Poder Popular para el Desarrollo Económico y Social son: “fomentar la capacidad de toma de decisiones de la población” y “desarrollar una red eficiente de vías de información y educación no formal hacia el pueblo” (PNSB, 2007 - 2010).

Entre las estrategias para la gestión de estas metas, la más destacada en relación con el problema de planificación de esta tesis es el fortalecimiento de cada comunidad como “núcleo endógeno del poder popular”: el criterio de división política territorial se basa en el territorio habitado. En cada barrio, cada pueblo, la comunidad tiene espacios de interacción y se toman las decisiones que afectan a los niveles nacionales y locales; además, se coordina con otros espacios institucionales la gestión de políticas públicas (sistema sanitario, escuelas, Universidad, Policía, etc.).

Otra experiencia, vinculada directamente con el territorio (urbano y rural), el cual nos aporta elementos de análisis, es la fundación y el funcionamiento del Ministerio del Poder Popular para las Comunas, Hábitat y Vivienda, cuyo objetivo general es torcer la estructura socioterritorial

“anclada sobre cargas históricas inerciales” y señala que la “modificación de esa estructura se inscribe en el horizonte de mediano y largo plazo, requiriéndose esfuerzos sostenidos y coherentes de gestión pública, planificación estratégica y movilización de actores políticos y fuerzas sociales con una visión geoestratégica compartida” (PNSB, 2007 – 2010).

Como en otros ámbitos de la política social bolivariana, la implementación se articula a partir de “misiones”: en este caso, Misión Hábitat, integrada actualmente por los programas de desarrollo Barrio Nuevo y Barrio Tricolor, que gestionan la construcción de viviendas dignas en sectores populares y “la rehabilitación y sustitución de viviendas en mal estado, canalización de aguas servidas, distribución de aguas blancas, canalización de drenajes, torrentes, caminerías y escaleras, y la remodelación de fachadas, techos y vías” (www.presidencia.gob.ve 6/09/2009). Por lo tanto, se advierte con claridad que la política social venezolana está marcada por la presencia del pueblo como actor protagónico, y por la preocupación de resolver aspectos clave de la vida social: la economía (modelo productivo y trabajo) y el territorio (hábitat y vivienda).

En Brasil también se tomó una dirección política revolucionaria de cara a los sectores populares urbanos (no tanto en términos político-ideológicos, pero sí de hecho): el Ministerio de Ciudades. A partir de la reforma Constitucional de 1988, comienzan a implementarse a nivel municipal una serie de políticas con el objetivo de “garantizar el mantenimiento y la ampliación de espacios participativos y para superar la dicotomía entre democracia e inclusión social” (Tonella, 2008). Así, los Consejos Gestores permitieron un salto cualitativo en la participación activa de la comunidad, y la incorporación de un gran número de personas que hasta el momento se agrupaban fragmentariamente en espacios alternativos de lucha - movimientos sociales y asociaciones comunitarias-. Los Consejos son espacios de deliberación ciudadana, cuyas decisiones toman la forma de resoluciones que el Poder Ejecutivo está obligado a cumplir (Laverdi, 1999). En 2002, al asumir el Ejecutivo el Partido de los Trabajadores, con Luis Inácio Da Silva al frente, se retomó el formato participativo consolidado en la experiencia municipal para reformular la relación Estado – Sociedad a partir de la gestión participativa y la renegociación entre el gobierno Federal, estados (provinciales) y municipios. El objetivo se plasmó en el “Plan Brasil para todos – participación e inclusión (2004 - 2007)”, una estrategia con cinco dinámicas de acción: social, económica, regional,

ambiental y democrática. Esta perspectiva, sumada a otros factores como la formación participativa adquirida en el Consejo de Ciudades y el hecho de que más del 83% de la población brasileña es urbana, dieron como resultado la creación en 2008 del Ministerio de Ciudades, con el fin de construir una “Política Nacional de desarrollo urbano” y la propuesta de entender que “el proceso de urbanización brasileña estuvo atravesado por distorsiones propicias a un modelo de acumulación capitalista centrado en la desigualdad que se traduce en mecanismos de expoliación urbana” (Fernández, 2003). Aun cuando esta iniciativa es muy reciente como para establecer diagnósticos y evaluaciones, el Ministerio de Ciudades se constituyó en un hecho innovador de las políticas públicas, no sólo en Brasil sino en toda América Latina (Tonella, 2008).

Conocimiento, universidad y territorios

El conocimiento como capital estratégico, y como desafío ineludible para el crecimiento de América Latina en el siglo XXI, es una consigna con la que muchos países acuerdan, orientando sus políticas sociales al

fomento de la educación, la ciencia, y la innovación tecnológica²⁸. El proyecto bolivariano identifica la necesidad de “incrementar la producción nacional de ciencia, tecnología e innovación hacia las necesidades y potencialidades del país” para lo que se propone “rediseñar y estructurar el

Sistema Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación” e “incrementar la cultura científica” (PNB 2007-2013). Entre otras estrategias, se prevé fortalecer centros de investigación y desarrollo en todas las regiones y las carreras científicas y posgrados; garantizar el mejoramiento de los docentes; fomentar la conformación de redes científicas nacionales, regionales e internacionales, e identificar los retornos de los resultados de las investigaciones a través de indicadores que consideren el impacto en la solución de problemas. Acerca de la implementación de estos lineamientos en las políticas científicas universitarias en Venezuela hay mucho para decir, comenzando por la creación de la Universidad Bolivariana de Venezuela (UBV). Como este análisis ameritaría en sí otra tesis, mencionaremos algunas experiencias de la universidad como un actor protagónico en la planificación y la gestión de políticas sociales: El programa “Yo sí puedo” y la Misión Sucre.

En el inicio del proceso venezolano, el diseño de la política social se apoyó en la experiencia cubana: de ella se retomó la idea de la organización en misiones, núcleo clave de la estrategia de gestión.

Las primeras políticas desarrolladas, Misión Robinson y Barrio Adentro, fueron encaradas de manera conjunta: los profesionales cubanos se asentaron durante varios años en territorio venezolano e iniciaron

procesos de formación de formadores y facilitadores. La Misión Robinson es un plan educativo en dos niveles o programas: “Yo sí puedo”, que propone la alfabetización de personas de todas las edades, con un método rápido y flexible -retoma la pedagogía para la liberación (Freire, 1970), interactúa con la comunidad y el territorio, y utiliza los saberes cotidianos-, y el programa “Yo también puedo”, de enseñanza intermedia (preuniversitaria y técnica). El caso de “Yo sí puedo” es notable en su carácter de política pública inclusiva, rápida y efectiva. En febrero de 2005, durante el 1º Congreso Mundial de Alfabetización realizado en la Habana, se anunció la implementación de la campaña nacional “Yo sí puedo”: sólo unos meses después, en septiembre de 2005 Venezuela se declaró territorio libre de analfabetismo. “Yo sí puedo” ayudó, incluso, a eliminar el analfabetismo en Bolivia, y Ecuador.

²⁸ Así se mencionó en todas las cumbres de UNASUR realizadas a lo largo de 2009 y 2010 y quedó asentado en la XX Cumbre de Estados Iberoamericanos “Educación para la Integración”, en Mar del Plata el 2 de diciembre de 2010.

En el contexto de una apuesta fuerte del gobierno de Lula da Silva en educación (inicial, media y universitaria) y la ostensible ampliación del universo de acción del Ministerio de Ciencia y Tecnología, creado en 1985, en las políticas nacionales, en 2009 el gobierno brasileño decidió adoptar el método cubano de alfabetización, pero no a nivel nacional sino a lo largo de la zona costera, ya que la principal ventaja del método cubano es la adecuación al tiempo de los pescadores, que pasan largos períodos en el mar o en el río y tienden a abandonar cursos de alfabetización más extensos, como afirmó Maria Luiza Gonçalves Ramos (www.rebellion.org 25/02/2010). La iniciativa la llevaron adelante delegaciones técnicas no sólo de Cuba sino también de Venezuela que fueron enviados a cinco estados brasileños donde el proyecto está en marcha, a través del Ministerio de Pesca y Agricultura.

La logística y la *expertise* de los formadores de formadores cubanos son un aporte fundamental en la planificación y gestión de estas políticas públicas: actualmente hay 100.000 médicos formados por Cuba que trabajan en la gestión de políticas en distintos países (*esta idea se retoma en el capítulo 5*).

Otra de las primeras experiencias cubanas implementadas en Venezuela fue la Misión Robinson (sanitaria). Esta iniciativa operó durante

más de cuatro años solamente con médicos cubanos, por la oposición y falta de colaboración de las corporaciones científico-académicas de Venezuela. Ante esta situación, la Universidad -en el marco del lanzamiento de la Misión Sucre- se crea Misión Vida, para proyectar el nuevo sistema de salud inaugurado con Misión Robinson pero con médicos universitarios venezolanos formados en esta nueva perspectiva sanitaria y pedagógica.

Así surge Misión Sucre, una experiencia en la que la UBV combina docencia, investigación, extensión y transferencia: las facultades se descentralizan y se trabaja por la creación de una sede autónoma en cada comunidad -también en los barrios (villas) de Caracas y en las comunidades warao del Amazonas-; en cada sede se dictan todas las carreras. Recién en 2008 comenzaron a graduarse los primeros profesionales formados en su comunidad y son ellos quienes de manera prioritaria forman el plantel docente de la Misión Sucre. Entre las "directrices" principales de la Misión Sucre está la concepción del conocimiento "como transferencia de poder a los ciudadanos en términos reales y no exclusivamente desde una perspectiva de la profesionalización" (Fundamentos Conceptuales, 2003). El documento fundacional de la misión asume la necesidad de un proceso que haga posible que los estudios superiores estén indefectiblemente vinculados al proceso sociocultural en el

que se realiza la práctica educativa y para eso define que la educación superior debe tener: “pertenencia sociocultural, participación y corresponsabilidad (...) bajo los principios del aprender a aprender y del aprender haciendo, en un proceso de desarrollo local sustentable y endógeno, en términos de Edgar Morin de la ciencia con conciencia” (Fundamentos Conceptuales, 2003).

- **Argentina, días de pobreza**

Situados en la historia reciente del territorio que nos ocupa, desde la ISI y hasta 1974 el grupo de los pobres en Buenos Aires estaba liderado por los denominados pobres transicionales. El 80% de los pobres estaba en proceso de movilidad ascendente (www.atlasbuenosaires.gov.ar) y las posibilidades de ascenso se vinculaban fundamentalmente a mecanismos de inclusión en el mercado laboral (Torrado, 1992). Hasta mediados de esa década los pobres eran

básicamente empleados de baja calificación de la industria y el comercio, pero hacia finales de los '70, mientras el número total de pobres disminuía, aparecieron modificaciones en la composición de la pobreza: se redujo la incidencia de los pobres transicionales en relación a los estructurales -a la vez que se deterioró significativamente su calidad de vida- y se triplicaron los pauperizados (Rodríguez, Di Virgilio y otros, 2007).

Ya para la década del '80 la composición de los sectores pobres comenzó a ser diferente: el perfil de los jefes de familia era de trabajadores semicalificados y aun calificados, y empleados estatales de calificación media y baja. Durante los '80 aumentó, además, la presencia de jubilados entre las personas bajo la línea de pobreza.

Más allá de las intenciones políticas del gobierno alfonsinista, durante esos años la Argentina experimentó uno de los mayores

procesos de concentración de la riqueza y la desigualdad en toda América Latina (Altimir, 1997). Esto se tradujo en un importante incremento de la pobreza urbana: por el desguace de las actividades productivas en favor del sector financiero y de servicios, gran parte de la población comenzó a migrar a las ciudades. Entre 1982 y 1989, el número de hogares pobres aumentó del 26% al 40% (Torrado, 1994): estos índices hablan por sí solos de la tendencia sostenida al aumento de la pobreza. Aun teniendo en cuenta que las mediciones en esos años fueron muy variables debido a los cimbronazos provocados por los picos inflacionarios, 1989 es un año trágico en lo económico y, en términos de números estadísticos, se lee sólo como una escalada inusual de los índices.

Durante los años '90 se consolidó la pauperización de los sectores populares: más allá de la fluctuación de los números de

pobreza, fue la década de la destrucción total del Estado de Bienestar y, por tanto, de las redes de contención estatal para los pobres y excluidos.

Aunque durante la primera mitad del decenio la pobreza disminuyó, al evaluar el proceso general se advierte que el porcentaje de personas bajo la línea de pobreza se sostuvo a lo largo del período, e incluso aumentó la cantidad de indigentes dentro del número total de pobres. En 1991 había en el Gran Buenos Aires un 28,9% de pobres, de los cuales aproximadamente el 5% eran indigentes, y para el 2000 los porcentajes son de 29,7 y 7,5 respectivamente (Rodríguez, Di Virgilio y otros, 2007). Es decir: mientras que a comienzos de los '90 los indigentes representaban poco menos del 18% del total de pobres, a fines de la década el porcentaje aumentó al 25%, respecto del total de personas bajo la línea de pobreza.

En este período hubo un desmedido aumento de la desocupación y la desigualdad social creció de manera ostensible: el 10% más rico adquirió el mayor poder económico de la historia y el 20% más pobre se sumergió en una pobreza extrema sin precedentes (Torrado, 2004).

El período aperturista, iniciado durante la dictadura militar y llevado al extremo en la última fase del capitalismo salvaje de los noventa, dio como resultado el aumento sostenido de la pobreza, la pauperización de los sectores populares y la precarización de su calidad de vida. A la vez, desguazó el sistema productivo nacional y agudizó los procesos de exclusión social, especialmente en las ciudades con mayores índices de desocupación. El corolario inmediato fue la crisis que estalló en diciembre de 2001 y castigó sin descanso a sectores medios y populares durante más de dos años. Luego, la

vergonzosa huida en helicóptero de Fernando De la Rúa, la semana de los cinco presidentes y el inusual nombramiento de Eduardo Duhalde al frente de la Presidencia como "piloto de la tormenta".

En 2003 -ayudado por el desprecio de las mayorías a la figura de su contrincante, Carlos Menem- ganó las elecciones Néstor Kirchner. Con él como presidente, comienza un período de mejoramiento económico y social, ya que varían ostensiblemente las condiciones macroestructurales, se recuperan gran cantidad de empleos y se crean otros nuevos. Pero aún así, no hay un mejoramiento del salario real: Argentina se vuelve un país con menos pobres pero con mayor desigualdad (*Página/12*, 10/02/06).

En 2002, Argentina alcanzó a tener casi el 50% de la población bajo la línea de pobreza y un 23% de indigentes, mientras en el Gran Buenos Aires cayó en la indigencia el 28% de

la población (INDEC, mayo de 2002). Para finales de la presidencia de Kirchner, la pobreza bajó al 27% y la indigencia al 8,7%, números que ascienden al 30,2% y 9,7% en el Conurbano Bonaerense (INDEC, segundo semestre de 2006). Mientras el proceso fue claramente positivo en términos de mejoramiento objetivo de las condiciones de gran parte de la población, la situación siguió siendo preocupante. Los índices no están ni cerca de retrotraerse al período previo al aperturista -8% de pobreza en 1974- y (hasta 2006) no pudo torcerse la tendencia al empeoramiento de la composición interna de los sectores pobres: en 2002, el 50% de los pobres eran indigentes y a fines de 2006 ese porcentaje bajó al 32%, pero sigue lejos del 20% de pobreza no transicional que -como decíamos unos párrafos atrás- había en 1774²⁹ (Abba, Furlong, Susini y Laborda, 2008).

²⁹ La evolución diacrónica de los índices de pobreza se pensó en términos

Dinámica económica: movimientos, de obreros a piqueteros

• La más maravillosa música

Como en el resto de los países latinoamericanos, hasta la década del '40 la

de tendencia y no en una comparación categoría por categoría, ya que hubo cambios metodológicos en la forma de medir y ponderar la pobreza. Alrededor de 1970, comienzan a implementarse mediciones aisladas según la propuesta de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), que tenía en cuenta una serie de factores identificados como acceso a bienes y servicios básicos (condiciones habitacionales, educativas, sanitarias, hacinamiento, etc.) considerados universales para alcanzar un nivel de vida por encima de la línea de pobreza (LP). Así, las estadísticas establecían cuantitativamente la cantidad de pobres y los estudios cualitativos posteriores discernían entre pobres transicionales y no transicionales. En 1984, el INDEC inaugura la medición por ingresos, que permite establecer el acceso a una canasta básica de bienes y servicios según el ingreso per cápita en los hogares pobres; a partir de allí pueden identificarse, también bajo de la línea de pobreza, a los nuevos pobres: si bien poseen los bienes determinados básicos (casa de material, baño con inodoro, cloacas, agua potable, e incluso niveles educativos altos y medios) carecen de los ingresos destinados a satisfacer la canasta básica. La medición por ingreso permite diferenciar entre pauperizados y pobres estructurales. En 1992, se introducen nuevas mejoras metodológicas y se implementa la medición de la línea de indigencia (LI), determinada por el acceso o no, según ingresos, a la canasta básica de alimentos; la actual metodología permite establecer diferencias entre pobres e indigentes.

economía argentina estuvo signada por la actividad agropecuaria tradicional, aun cuando con la Gran Depresión de los años '30 comenzó una incipiente industrialización sustitutiva. En alguna medida, por esa tímida tendencia industrializadora, pero sobre todo, por la tradición organizacional obrera que trajeron consigo los inmigrantes europeos llegados entre fines del siglo XIX y principios del XX, en 1930 se crea la Confederación Nacional del Trabajo (CGT) en Argentina, que representaba entonces a unos 200.000 obreros (básicamente ferroviarios, transportistas, estibadores, industriales, marítimos y portuarios).

A partir del '43, debido al estancamiento del modelo agroexportador, la incipiente etapa populista estimuló la actividad industrial y atenuó y reguló la participación de capital extranjero para la inversión directa en actividades industriales. Se trató de una estrategia distribucionista en la que la

industria constituyó el objetivo central del proceso de desarrollo. Allí comenzó el período de industrialización por sustitución de importaciones (ISI): el incremento de la demanda de bienes de consumo masivo en el mercado interno, generado por un aumento del salario real; así, las medidas redistributivas del ingreso impulsaron la demanda interna, la ocupación industrial y, por lo tanto, la acumulación (Torrado, 1992).

El Estado también extendió su campo de acción económica y social al nacionalizar o crear importantes empresas de servicios públicos, y al acentuar su estrategia redistributiva a través de la asignación creciente de recursos a la educación, la salud, la vivienda y la seguridad social (Ferrer, 1963).

El rasgo característico del período de la ISI, central en términos económicos, fue la capacidad de creación de empleo industrial:

grandes sectores de la sociedad, extremadamente pobres hasta entonces, se integraron al mercado laboral y a la vida política. El ingreso masivo de los sectores populares urbanos al mercado asalariado formal modificó las condiciones generales de vida, las prácticas cotidianas, las posibilidades de movilidad social y sus perspectivas a futuro. Es por ello que la etapa peronista de la ISI es recordada como la edad de oro de las clases populares urbanas. En términos de organización social, sin duda fueron los años del movimiento obrero.



• **Desarrollismo: más industria, menos trabajo**

Para 1958, en Argentina accede al poder un nuevo bloque: la alianza entre la burguesía industrial nacional y el capital extranjero. El presidente que gestionó los cambios propicios a esta alianza fue Arturo Frondizi (1958 - 1962) y al período histórico se lo recuerda con el nombre de Desarrollismo. Para la nueva estrategia de corte concentrador, la industria también constituyó el objetivo central del proceso de desarrollo. Pero esta vez, se impulsó una industrialización sustitutiva de bienes intermedios y de consumo durable: el incremento de la demanda estaba asegurado por la inversión, el gasto público y el consumo suntuario de un reducido estrato social urbano de altos ingresos (Cieza, 2000).

Este modelo implicó un proceso regresivo de concentración de ingresos con transferencia en

dos direcciones. En primer lugar, se transfirieron ingresos desde el sector agropecuario hacia el empresariado urbano a través del manejo de la tasa de cambio y de la imposición de retenciones a las exportaciones. En segundo lugar, los ingresos se transfirieron desde los asalariados industriales hacia las empresas transnacionales mediante la caída del salario real, asegurada a través de prácticas represivas. Esta segunda dirección es la que pone fin al bienestar de los sectores populares urbanos.

La hegemonía del nuevo modelo económico se afianzó a través de una serie de medidas: el reordenamiento legislativo, que permitió eliminar toda restricción al libre desplazamiento de capitales, y el aprovechamiento de los mercados altamente oligopólicos, para fortalecer a las grandes empresas de capital concentrado, en las cuales

predominaba el capital extranjero, principalmente en las industrias químicas, petroquímica, automotriz y metalúrgica. Paradójicamente, el período desarrollista se caracterizó por una débil o nula capacidad de creación de empleo en el sector industrial. En consecuencia, se produjeron nuevos incrementos en la fuerza de trabajo urbana, que se desplaza a otras actividades de menor productividad relativa: la construcción, el comercio y los servicios (Torrado, 1992).

Luego de intentar terminar con la proscripción del peronismo, Frondizi es destituido a través de un golpe militar. En el nuevo período, dirigido casi en su totalidad por el dictador Onganía, comenzaron a avizorarse los rasgos -sociales, económicos y políticos- que tendría el proceso a partir de 1976 (Allegretti y Vidarte Asorey, 2004). Durante el gobierno de Onganía, la CGT se dividió en dos facciones: una combativa,

encabezada por Raimundo Ongaro, y una dialoguista, presidida por Augusto Vandor.

- **Las décadas infames**

A partir de 1976, con el programa de gobierno implantado por la última dictadura militar desapareció la orientación a la industrialización sustitutiva que había estado vigente en Argentina desde hacía décadas. En la concepción de las Fuerzas Armadas, para lograr el disciplinamiento político e institucional de la clase obrera no bastaba el avasallamiento de sus instituciones corporativas y de representación política: la estrategia más eficiente debía ser la modificación drástica de las condiciones económicas que habían alentado históricamente el desarrollo de los sectores populares asalariados.

El proceso de apertura de la economía fue

extremo: se promocionaron sólo los sectores dinámicos y competitivos, lo que generó una mayor concentración del capital y la eliminación de las empresas de menor productividad. La economía nacional se volcó a la importación de capital extranjero y de bienes de todo tipo. Se frenó drásticamente el salario real para controlar la inflación y asegurar bajos costos de mano de obra. Comenzó a regir el principio de subsidiariedad del Estado en materia económica y social y se transfirieron parte de las actividades estatales a la esfera privada (Torrado, 2004).

Como resultado de esta política económica, los sectores asalariados sufrieron una sustancial pérdida de ingresos, y quedaron fuera del mercado los empresarios medios y pequeños que no dispusieron de tal capacidad de adaptación. La disminución de la producción y la demanda interna produjeron una aguda contracción económica; con el salario real

también retrocedieron las políticas públicas de índole social; empeoró la calidad de vida de la población en general y, particularmente, la de los sectores populares urbanos. Además, en este período se verificó un importante incremento de la deuda externa (Fuchs y Vélez, 2001).

El encargado de la restauración democrática fue el líder del Partido Radical Raúl Alfonsín (1983-1989) quien, aun en un contexto de entusiasmo cívico, heredó enormes problemas económicos de la dictadura: inflación, déficit fiscal, alto endeudamiento externo, actividades productivas estancadas y una fuerte concentración de capital (que permitía a un reducido grupo de empresarios el control de la vida económica). Aunque en principio se intentó una ampliación del mercado interno con políticas redistributivas similares a las del primer gobierno peronista, en el contexto de recesión, y sin el apoyo de los grupos

económicos, la inflación comenzó a dispararse.

Durante el gobierno de Alfonsín se intentó estabilizar la economía a través de dos planes: el Austral y el Primavera. El plan Austral, impulsado en 1985 por el ministro de Economía Juan Vital Sourrouille, logró una estabilidad inicial sin causar recesión ni afectar sustancialmente las condiciones de trabajadores ni empresarios. Pero el plan no preveía mecanismos para pasar de la estabilización a la transformación del modelo económico. Este cambio era necesario por la angustiante situación financiera del mercado interno, en el contexto de la crisis internacional iniciada en la década del '70, y, específicamente, la Crisis del Petróleo del '79. Por esto, cuando "la disciplina de la sociedad se aflojó, reaparecieron las causas persistentes de la inflación y con ellas las pujas entre las grandes corporaciones,

empresarial y sindical³⁰, por la defensa de su parte en el ingreso (Romero, 1994).

Acechado por estos grupos económicos y políticos, y por la inflación creciente, en los últimos meses de 1988 Alfonsín lanzó el plan Primavera, sin contar, como con el Austral, de la confianza inicial de la sociedad: al poco tiempo, los acreedores internacionales retiraron su apoyo y estalló la crisis con la que la Argentina entró en un terrible período de hiperinflación, con escaladas de precios, mercado negro, asaltos y saqueos. En este marco, en mayo del '89 no le

³⁰ Como se comentó en el ítem anterior, desde la dictadura de Onganía la dirigencia sindical argentina se había dividido entre los sectores combativos y los dialoguistas, ambos peronistas pero de distinta orientación ideológica. Luego de la última dictadura militar sobreviven sólo los dialoguistas, asociados a la derecha peronista; paradójicamente, lejos estuvieron estos grupos burocratizados de la voluntad de diálogo con el gobierno, al que le hicieron trece paros generales en el lapso de seis años. Este grupo de sindicalistas fue desplazado de la arena política por el llamado Peronismo Renovador, liderado por Antonio Cafiero, que esgrimía una propuesta de institucionalidad democrática similar a la del radicalismo. El Peronismo Renovador es derrotado en la interna justicialista por una alianza heterogénea encabezada por el gobernador de La Rioja, Carlos Menem.

resultó difícil a Carlos Menem ganar las elecciones: Alfonsín, sin apoyo y jaqueado por la situación, optó por entregar el mando seis meses antes de lo previsto.

Aun cuando desde el punto de vista político los '80 pueden ser pensados como un paréntesis en el período aperturista, en términos económicos los sectores concentrados de la economía lograron salir vencedores de la puja y mantuvieron la continuidad del modelo.

Luego del golpe económico que sufrió el gobierno de su antecesor, Carlos Menem (1989-1999) se encargó de implementar las reformas neoliberales que, para toda América Latina, requirieron los capitales de los países centrales y los organismos multinacionales de crédito: la ultra apertura económica, la privatización de empresas públicas de servicios, la desregulación, la flexibilización laboral y el achicamiento del Estado.

Uno de los rasgos característicos del modelo fue la política macroeconómica de estabilización basada en la paridad cambiaria entre el peso y el dólar, conocida como el "uno a uno". Si bien este esquema, a partir de 1991 logró eliminar la hiperinflación del período anterior, la primera etapa del menemismo resultó letal para la economía y la sociedad local: el dólar barato y la apertura económica (baja de aranceles y eliminación de controles) permitieron el ingreso de importaciones extranjeras que terminaron de devastar las poco competitivas pymes locales y destruyeron los restos de la burguesía nacional³¹. El proceso de desindustrialización tuvo pocos parangones en el mundo, ya que resultaba más rentable importar manufacturas

³¹ Como en la mayoría de los países de América Latina (a excepción de Brasil), en Argentina no se consolidó el sector socioeconómico de la burguesía nacional. No obstante, durante el período populista emergió una incipiente burguesía vinculada a la actividad industrial (Entrevista de Eduardo Aliverti a Atilio Borón, Radio *La Red* x/01/10); a los restos de este sector se refiere el texto.

de los países emergentes de Asia que fabricar productos locales (Torrado, 2004).

Otro de los ejes del neoliberalismo económico fue la privatización de las empresas públicas de servicios que habían sido nacionalizadas durante el peronismo (1946-1955). Se privatizaron correos, teléfonos, electricidad, gas, agua, petróleo, ferrocarriles y aviación. Como señalan Basualdo y Aspiazú, las privatizaciones de los servicios públicos permitieron la convergencia de intereses entre los capitales nacionales concentrados y los acreedores extranjeros de la deuda externa (Basualdo, Aspiazú y otros, 2002).

Como se supo, el proceso de privatización no fue en absoluto transparente y estuvo rodeado de episodios de corrupción. En esa historia, jugó un papel muy negativo la denominada burocracia sindical, que aceptó prebendas y esquemas de propiedad participada

a cambio de permitir el fuerte retroceso en el número de trabajadores empleados y en las condiciones de trabajo (Torrado, 2004).

Para viabilizar este proceso de saqueo al Estado, fue necesario que se eliminaran o redujeran los organismos de regulación y control -que en su mayoría funcionaban desde la crisis del 30-. Se suprimieron, así, las Juntas Nacionales de Granos y Carnes, y se redujo la capacidad operativa de los organismos vinculados al control sanitario. A pesar del incremento de las importaciones, también se redujo la capacidad operativa de la Aduana.

La desregulación también alcanzó al sector financiero: los inversores internacionales, en particular los "capitales golondrina", encontraron grandes oportunidades para negocios de muy corto plazo a altas tasas de interés. No se puso ningún control o limitación a la fuga de capitales por parte de

empresarios argentinos ni a la repatriación de ganancias de grupos multinacionales. En 2001, en casi todos los medios nacionales pudo verse una interminable fila de camiones transportadores de caudales sobre la autopista con destino al aeropuerto de Ezeiza, pocos días antes de que el entonces ministro de Economía, Domingo Cavallo, anunciara el corralito bancario. Esta triste imagen ilustra el momento cúlmine del proceso de saqueo.

Otra de las recomendaciones del Banco Mundial y el FMI que se aplicó en los 90 fue la total descentralización del Estado en pos de la reducción del gasto social. Bajo esta idea se descentralizaron la educación, la salud y la asistencia social, y, por derivación, se desarticularon las redes estatales de contención social que aún sobrevivían.

Aunque la descentralización estatal fue uno de los factores que más influyó en la

decadencia de la calidad de vida de los pobres urbanos, el golpe de gracia lo dieron las nuevas legislaciones laborales: una serie de leyes y decretos tendientes a eliminar - "flexibilizar", según el eufemismo- supuestas rigideces de la normativa laboral vigente. El primer paso fue la ley Nacional de Empleo, que introdujo contratos flexibles por tiempo determinado, algunos de ellos con reducción de cargas de seguridad social. También se modificó el régimen de accidentes de trabajo, con lo que se redujeron los costos empresariales, y se trastocó la tradicional Ley de Contratos de Trabajo: además del período de prueba, se introdujeron nuevos contratos "flexibles" y un régimen diferencial para PYMES. La desocupación trepó del 6,3% en 1991 al 15% en el 2000 (INDEC, mayo de 2000), y en julio de 2002 llegó al pico más alto de la historia, 20.8%(Clarín, 26/07/2002).

En síntesis, durante este período prácticamente desaparecieron los polos productivos de la etapa desarrollista y los antiguos cordones industriales de la ISI. La industria automotriz entró en crisis, y afectó a ciudades como Córdoba y Rosario. El antiguo cinturón obrero del Gran Buenos Aires se transformó en tres anillos concéntricos en los que avanzaba la pobreza. Las fábricas textiles, metalúrgicas, automotrices y del cuero bajaron las persianas y muchos de sus predios fueron ocupados por hipermercados extranjeros con un alto porcentaje de productos importados. No solamente el capital foráneo controló los servicios públicos privatizados: fueron desnacionalizadas importantes empresas alimenticias, de bebidas o vinculadas al petróleo. Antiguas y emblemáticas empresas nacionales como Bagley o Terrabusi (galletitas), Quilmes (cerveza), numerosas Bodegas, o empresas petroleras como

Pérez Companc, pasaron a ser controladas por grupos extranjeros.

- **Un pacto para vivir**

En este contexto de desguace del mercado laboral, los obreros industriales y los sindicatos perdieron el rol protagónico en la dirección de la acción colectiva de los sectores populares. Según Alejandro Grimson, surgen, entre fines de la década del '90 y 2003, cinco nuevos actores que aglutinan la acción social: las asambleas barriales, los clubes de trueque, los comedores populares, las fábricas recuperadas y los piqueteros (Grimson, 2003). Y cada uno de ellos, asociado a nuevas formas de protesta. En la actualidad, por diversos motivos algunos de estos movimientos se extinguieron; otros ganaron fuerza y pudieron adaptar sus demandas iniciales a una nueva coyuntura.

Las asambleas barriales, integradas por sectores de la clase media urbana, fueron protagonistas de la revuelta popular de diciembre de 2001 y como forma de protesta en el espacio público instauraron el cacerolazo. Durante más de dos años, los asambleístas tomaron las calles al grito de "piquete y cacerola, la lucha es una sola", pero a medida que el sector lograba acceder a los ahorros confiscados por el corralito bancario³² se fueron extinguendo como modo de organización

³² Se denominó corralito financiero a la restricción a la extracción de dinero en efectivo de plazos fijos, cuentas corrientes y cajas de ahorro: la medida fue impuesta por Domingo Cavallo, Ministro de Economía durante el gobierno de Fernando de la Rúa, en el mes de diciembre de 2001. Con el corralito, sólo podían hacerse retiros semanales en efectivo de los bancos por \$250 (equivalentes a US\$250) lo que afectó inmediatamente a la microeconomía y al mercado informal; en menos de un mes, provocó la interrupción de operaciones comerciales e inmobiliarias y la ruptura de las cadenas de pago. Esta situación destruyó la macroeconomía y llevó a la quiebra a la Argentina, que debió declararse en default en 2002. Para ampliar, pueden consultarse Auyero, J. (2002) *La protesta. Relatos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*. Libros del Rojas. Buenos Aires, Basualdo, E. (2000) *Concentración y centralización del capital durante la Argentina de los noventa*. UNQUI / FLACSO / IDEP. Buenos Aires y Bonnet, A. (2002) *Que se vayan todos. Crisis, insurrección y caída de la convertibilidad*. Revista Cuadernos del Sur N° 33, Buenos Aires.

vecinal y dejaron de formar parte de las protestas callejeras. Pocas asambleas siguieron activas después de 2003: en general, quedaron las que incorporaron reclamos de los sectores populares. Algunos ejemplos: las asambleas de la zona norte de la ciudad (Belgrano, Palermo, Saavedra, Carranza y Colegiales) que retomaron la lucha de cartoneros y recuperadores de basura por el tren blanco³³ y la organización en cooperativas

³³ La desocupación creciente desde la segunda mitad de los '90 llevó a que muchos de los pobres urbanos comenzaran a dedicarse al cartoneo para sobrevivir. Habitualmente, los cartoneros viven en el Conurbano Bonaerense y desarrollan sus tareas de recolección de residuos en la Capital. Al principio, viajaban en el servicio común de trenes, pero por el aumento de la cantidad y, sobre todo, debido a las quejas de otros pasajeros, la empresa privada concesionaria del ramal Retiro-Tigre, TBA, habilitó un servicio exclusivo para cartoneros en un viejo tren de madera sin asientos pintado de blanco. A diferencia de lo que se dijo y se creyó, el servicio no era gratuito ya que los usuarios pagaban un abono quincenal.

En 2007, TBA decidió repentinamente retirar el tren e incorporar la unidad utilizada en el tren blanco a "un plan nacional destinado a la remodelación de vagones". Frente a las quejas de los cientos de cartoneros, y pese a que la jueza federal en lo Civil y Comercial de San Martín, María Isabel Forns, ordenó la reincorporación inmediata del servicio, el vocero de la empresa, Gustavo Gago, aseguró que era imposible volver a poner en funciones ese equipo: "el tren blanco no vuelve más" (*Perfil*, 1/2/2008). Sin posibilidad de trasladarse desde la

de reciclaje; la Asamblea de Almagro, en la que se reunían talleristas y militantes anarquistas que hasta 2007 desarrollaron trabajos sociales en asentamientos del

Ciudad a sus casas en el Conurbano, los cartoneros se agolpaban en los barrios de Belgrano y Palermo para intentar, una vez recolectada la carga suficiente para la ganancia diaria, acceder a los trenes de recorrido habitual o a cualquier otro transporte que llegara a las zonas de Tigre y José León Suárez. Pero la aglomeración de pobres molestó e inmediatamente muchos vecinos comenzaron a quejarse. El gobierno de la ciudad de Buenos Aires, encabezado por Mauricio Macri, reaccionó a la situación con dos medidas igualmente condenables. La primera fue habilitar camiones que, a cambio de \$18 mensuales (Declaración de Organizaciones Cooperativas y Organizaciones cartoneras, 06/07/07) transportaban la carga en sus acoplados. Al poco tiempo, los cartoneros afirmaban que los camiones no cumplían horarios, que se les sustraía parte de la carga, y que 28 camiones "sólo cubren la mitad de carros que movía el tren blanco" (*Página/12*, 20/02/08). La segunda medida de Macri fue "desalojar a palazos" a los cartoneros, decisión que el Gobierno de la Ciudad admitió haber impulsado luego de intentar cargar infructuosamente la responsabilidad en la justicia contravencional (www.lavaca.org, 25/02/08).

Aunque muchos actores sociales (partidos políticos, Legislatura porteña, ciudadanos comunes y hasta el gobierno nacional) repudiaron la represión, la actitud no sorprendió: Macri había asegurado tiempo antes que "los cartoneros son ladrones porque se roban la basura" (*Página/12* 23/02/2008). En su defensa, el Jefe de Gobierno aseguró que "él intentó cumplir con sus promesas poniendo camiones, pero los cartoneros dijeron que ellos no eran ganado" (www.palermonline.com.ar, 20/02/08) por lo que se directamente se retiraron los camiones y se aseguró el desalojo del espacio público por medio de las fuerzas represivas.

Conurbano sur; la Asamblea de San Telmo, en la que funcionó un local de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA).

En el caso de los clubes de trueque ocurrió algo similar: estaban asociados a un modo de economía alternativa de los sectores medios empobrecidos -clase media baja y nuevos pobres- (Poiré y Racioppe, 2003). Su desaparición entre 2003 y 2004 se debió a distintos y complejos motivos, entre ellos, la transformación de la economía del trueque en economía acumulativa y de intercambio de capitales: los créditos que se obtenían a cambio de bienes o servicios comenzaron a cotizar en relación con la moneda corriente, y el juego de oferta y demanda vació de sentido la práctica. Otro factor, como en el caso de las asambleas, fue la recuperación de las capacidades de compra de las clases medias urbanas, que dejaron de necesitar redes

alternativas para sostener sus expectativas de consumo.

Hoy, los comedores populares, las fábricas recuperadas y los piqueteros mantienen plena vigencia como actores determinantes de las prácticas organizativas y de movilización de las clases populares (Badenes, 2005; Pirrone, 2004).

Los comedores tenían presencia territorial desde los años 80 -con la generalización de los planes de emergencia alimentaria-; con la crisis y la posterior modalidad de distribución de planes sociales, se institucionalizaron e incrementaron su convocatoria y su poder político territorial. Las fábricas recuperadas, por su parte, tuvieron una dinámica política abierta, y su reclamo varió entre dos grandes posturas: la estatización bajo control obrero, y la formación de cooperativas de ex empleados. Aunque esta dualidad continúa presente, el

movimiento de fábricas recuperadas se convirtió en un actor relevante en el debate sobre la economía social. Actualmente funcionan gran cantidad de experiencias exitosas: FASINPAT (Fábrica Sin Patrones, la ceramista ex Zanon), la textil Brukman, el Hotel BAUEN o la cooperativa de electrodomésticos Renacer (ex Aurora Grundig), Grissinópolis, Cooperativa Gráfica Patricios y muchas más.

Pero el actor social con mayor poder de interpelación a los poderes hegemónicos fueron las organizaciones de desocupados nucleadas en el Movimiento Piquetero. Las transformaciones de la experiencia piquetera estuvieron y están fuertemente vinculadas a la dinámica política en los territorios de exclusión, así como a los acuerdos y tensiones con los distintos estratos del Estado Nacional.

En términos macroeconómicos, el período 2003-2007, coincidente con la presidencia de

Néstor Kirchner, fue de recuperación y crecimiento: el Producto Bruto Interno (PBI) creció al doble (según datos relevados por el FMI World Economic, para abril 2006). El empleo se recompuso sensiblemente y la desocupación, que según los datos del INDEC había alcanzado un pico del 20,8% en 2002, bajó a 9,5% en el segundo semestre de 2006 (10,5% para el AMBA, que sube a 11,6% si no se computan como empleados los beneficiarios del plan Jefas y Jefes de Hogar).

No obstante, como vimos en el ítem anterior, la macroeconomía no fue totalmente de la mano de la recomposición social. Aunque entre 2002 y 2006 los números de pobreza bajaron casi a la mitad (49,7% a 26,9%), siguieron siendo altos en Argentina y, especialmente, en el Conurbano Bonaerense. Otro factor que contribuyó a engrosar la pobreza, y especialmente la marginalidad urbana, fue la sojización del territorio

argentino³⁴ (Ver Apartado 1). El monocultivo de soja, que ocupa grandes extensiones de tierra en todo el país, absorbe poca mano de obra por su alto nivel de tecnificación: debido a ello, una importante cantidad de trabajadores rurales debe migrar a las ciudades y pasa a engrosar las filas de los excluidos urbanos.

Dinámica espacial: del conventillo al gueto

- **Prehistoria de la Metrópolis popular**

Como se desarrolló al inicio del capítulo, el trabajo y la vivienda son elementos incorporados por los sectores populares

³⁴ El modelo de desarrollo agroindustrial desigual y contaminante apoyado en el monocultivo de soja ocupa grandes extensiones de tierra, propicia el desmonte y la desertificación de los suelos y obliga a desplazarse a grandes contingentes migratorios en América Latina. En Argentina entró en los 90 y, parado sobre las ruinas de la industria, tuvo un desarrollo importante durante el gobierno de Kirchner. Para ampliar este tema, se pueden leer los informes del Grupo de Reflexión Rural. Especialmente del 13 de Noviembre de 2005 (disponible en www.grr.org.ar).

urbanos que históricamente formaron parte de las luchas de los subalternizados latinoamericanos: la equidad político-económica.

La conformación de las clases populares urbanas en la zona de las orillas del Riachuelo, estuvo históricamente determinada por problemas habitacionales. El primer gran colectivo inmigratorio, que llegó principalmente desde países europeos entre fines del siglo XIX y principios del XX, encontró sus espacios de trabajo asociados a la economía portuaria, ferroviaria y luego industrial, todas actividades concentradas en la ciudad de Buenos Aires y el Conurbano Bonaerense. En ese marco, se instauró la modalidad habitacional del conventillo, un espacio de hacinamiento desde el que los nuevos habitantes lucharon por su derecho a vivir en la ciudad. Ya antes, en 1880, había en Buenos Aires 1.770 conventillos

(www.moi.org). Entre 1860 y 1920, creció vertiginosamente la cantidad de habitantes de inquilinatos -la mayoría de aquéllos, oriundos de países europeos- mientras que la cantidad de habitaciones disponibles tuvo un crecimiento muy inferior. Sólo entre 1880 y 1892, la población que vivía en inquilinatos en el AMBA pasó de 51.915 a 120.847 personas, mientras que las habitaciones aumentaron de 24.023 a 31.552 (Revista *Polémica*, 1970).

Uno de los acontecimientos históricos más significativos vinculados a esta problemática es el que pasó a la historia como la "Huelga de inquilinos" de 1907: un año de aumentos masivos en los alquileres de las piezas, y de desalojos violentos a las masas de morosos. El 13 de septiembre, mientras la policía arrancaba a los ocupantes de las 132 precarias piezas de Ituzaingó 279 en la Capital Federal, el barrio de La Boca se convirtió en el germen de la medida de fuerza más masiva de la época:

cien mil inquilinos se declararon en rebeldía -ante las fuerzas policiales y propietarios o gerenciadore de conventillos- en reclamo de la rebaja del 30% en los alquileres (www.moi.org, consultado en noviembre de 2007).

El conventillo constituyó tradicionalmente el espacio en que los migrantes de países diversos compartían su vida cotidiana: el modelo multiétnico y multicultural del conventillo marcó la relación entre territorialidad y etnicidad del hábitat popular. La convivencia y el intercambio multicultural del modelo habitacional de conventillo constituyeron pautas comunicacionales y organizacionales que se trasladaron luego a las villas del AMBA (Grimson, 2003).

- **Industrialización y ciudad fordista**

Aunque el modelo habitacional aún continúa vigente, los conventillos comenzaron a ceder el espacio urbano a las villas. Antes de 1940, las villas no eran un tipo de hábitat extendido -en ese año se registraban sólo 5 villas miseria en el AMBA-; los espacios habitacionales populares que más crecieron en la primera mitad del siglo XX fueron los barrios obreros en el Conurbano Bonaerense, especialmente en la parte sur del primer cordón.

En las décadas del '30 y '40 la crisis económica comienza a extenderse y el modelo agroexportador pierde su antigua capacidad de absorción de mano de obra. Así, gran parte de la población rural emigra a las ciudades en busca de trabajo. Específicamente en el AMBA, se registra un aumento sostenido de las villas durante los años '50. En 1958, un estimado

censal daba cuenta de que 200.000 personas vivían en condiciones de precariedad habitacional en Argentina; en ese año, la población residente en villas y asentamientos precarios en el AMBA oscilaba las 52.500 personas. En 1963, se censaron 42.000 residentes distribuidos en 33 villas; en 1973 la población de las villas de Capital Federal y Gran Buenos Aires ascendía a casi 400.000 habitantes; en 1980, ya superaba los 500.000 (Cravino, 2008).

Además del crecimiento de las villas en la zona metropolitana, durante la ISI se crearon barrios obreros, en sintonía con las políticas redistributivas que promovían el acceso a la vivienda de los sectores medios y los trabajadores (Torres, 2003). Como las clases populares urbanas estaban conformadas básicamente por obreros y empleados formales, los barrios obreros o proletarios se convirtieron en el hábitat característico de

ese período. Al comienzo, este modelo habitacional contaba con una población más homogénea que los conventillos, en términos socioeconómicos y culturales: como vimos en el ítem anterior, las prácticas organizacionales estaban muy ligadas a la dinámica del movimiento obrero y la vida sindical.

En los '50, '60 y '70, el ritmo de crecimiento de ciudades como Buenos Aires y Montevideo se aceleró en forma paulatina. En términos habitacionales fue desordenado, pero ello en principio no produjo una segregación espacial notoria, quizás porque había más territorio disponible. De cualquier forma, las clases populares no contaban, en la ciudad, con los recursos necesarios para acceder al mercado inmobiliario, a su vez deficiente en relación con la capacidad de generar nuevos loteos e infraestructura acorde. De hecho, muchos especuladores del sector animaban a los trabajadores a comprar tierras en las zonas

periféricas, en las que no había infraestructura ni servicios, y se accedía a dudosos títulos de propiedad bajo promesa de que allí llegarían grandes autopistas, nuevos sistemas de transporte, etc. (Grimson, 2003).

Así, las clases populares debieron ingeniárselas para construir sus viviendas como era posible, sin planificación ni dirección estatal: se edificó de manera semilegal e ilegal y se tomaron u ocuparon tierras en su mayoría fiscales. Más allá de este desorden en la urbanización, para principios de los años '70 Buenos Aires era una de las ciudades más ordenadas de América Latina, aunque ya se insinuaban patrones habitacionales de segregación: las clases medias y altas se ubicaban en el centro de la ciudad y crecían hacia el norte sobre la margen del Río de la Plata en busca de viviendas espaciales y modernas; las clases populares, por su parte, crecían desde el sur

de la capital hacia las zonas periféricas del Conurbano.

Se impuso un sentido de ocupación y uso territorial en degradé, en el que la frontera más visible es la que separa la Provincia de la Ciudad, especialmente entre la frontera sur que divide la Capital del Conurbano (Cherrutti, Grimson; 2005). Esta tendencia habitacional se mantiene aún hoy, en relación con el eje socioeconómico y con el ecológico: mientras las clases medias y altas se asentaron en zonas con mejores locaciones ecológicas, las clases populares fueron ocupando áreas con mayor grado de contaminación.

Hasta los años '70, las villas, asentamientos y barrios obreros no predominaban el paisaje urbano -aunque crecían en el Conurbano- y sus habitantes eran una minoría dentro de las clases populares capitalinas. No obstante, desde el período de

la ISI, a través del proceso narrado se fue generando una creciente segmentación socioespacial. Hasta la llegada de la última dictadura fue el movimiento obrero, el más aglutinante, el que a partir de la inequidad territorial agregó a sus demandas tradicionales, ligadas al mundo del trabajo, los reclamos de vivienda e infraestructura.



Villa de Buenos Aires, Revista Polémica N° 62,
1971.

- **Terrorismo territorial**

En la dictadura militar, con la implementación de sucesivas políticas de erradicación de villas miseria se interrumpió la tendencia al crecimiento y bajó estrepitosamente la población villera de Buenos Aires. Entre el '62 y el '76 la población de las villas capitalinas creció en aproximadamente 13 mil personas al año. A partir de 1976, y durante los años de la dictadura, la tendencia se invirtió a razón de 45 mil personas por año. Con el comienzo de la etapa democrática, y el consecuente abandono de las prácticas de asesinato y persecución, la tendencia al alza se retomó con un crecimiento anual aproximado de 1.000 personas (ARI, Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, 2003).

Lo ocurrido a partir de los distintos programas de erradicación de villas -

pergeñados y dirigidos casi en su totalidad por el brigadier Cacciatore³⁵, Intendente de facto de la Ciudad, y en el último tramo por Del Chioppo³⁶, su reemplazante- repercutió en los territorios del Gran Buenos Aires. La expulsión masiva de los sectores pobres de la ciudad generó un aumento notable en la

³⁵ En ocasión del Ballotage del 24 de junio de 2007 en la elección a Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, el candidato Mauricio Macri, actual Jefe de la CABA, señaló en una entrevista con el Diario *Clarín* que rescataba las políticas del Brigadier Cacciatore en relación con las villas miseria. *Clarín*, domingo 17 de Junio de 2007. Los análisis profundos posteriores a 2007 no son un objetivo de esta tesis, pero cabe aclarar que desde el principio de su gobierno Macri tuvo una política expulsiva de los pobres de la Ciudad. Es posible que el movimiento represivo ocurrido en la dictadura se haya replicado, aunque todavía es temprano para el análisis demográfico. No obstante, la política de Macri fue la creación por decreto el 29 de octubre de 2008 de la Unidad de Control del Espacio Público porteña (*UCEP*) que fue denunciada reiteradamente, entre otras razones, por actuar como una patota, abusar de la autoridad, privar ilegítimamente de la libertad y provocar agresiones físicas y morales a las personas en situación de calle (*Página/12*, 12/04/2009). En 2009 la UCEP fue desmantelada en medio de un escándalo, pero unos meses más tarde comenzó el mismo trabajo sucio el Servicio de Higiene Urbana (dependiente del Ministerio de Ambiente y Espacio Público de la Ciudad).

³⁶ A pesar de su rol en la erradicación de villas durante la última dictadura militar, con la llegada de la democracia Del Chioppo se convirtió en Profesor de la materia "Derecho Constitucional" en el Colegio Nacional de Buenos Aires, dependiente de la Universidad Nacional de Buenos Aires. El dato me consta, ya que fui su alumna en 1995.

cantidad de asentamientos en el Conurbano. No existen, sin embargo, datos oficiales que permitan determinar con exactitud en qué medida repercutió este desplazamiento en el mapa habitacional.

De esto da cuenta el memorable informe "La verdad sobre la erradicación de villas de emergencia en el ámbito de la Capital Federal" escrito y publicado, durante la última dictadura, por los siete curas villeros³⁷: "Nosotros, un pequeño grupo de sacerdotes, sin apoyo, ni medios, no hemos podido montar una oficina con personal y recursos para elaborar cifras y estadísticas. Pero hace más de diez años que trabajamos en estas villas y desde hace ya más de tres, que diariamente hemos tenido que escuchar y compartir las angustias de miles de erradicados; hemos visto con

nuestros propios ojos las angustias de centenares de familias realojadas de una villa a otra en condiciones cada vez más miserables; hemos visitado lugares del Gran Buenos Aires donde se levantaron nuevas y pobres villas con erradicados de la Capital Federal (...) Por lo tanto, todas estas familias expulsadas de las villas de la Capital Federal han sido trasladadas con su ilegalidad y su miseria a los municipios del Gran Buenos Aires. Con el agravante de que la infraestructura, los servicios y los recursos de estos municipios para asimilar estos nuevos contingentes de población son muy inferiores a los de la ciudad de Buenos Aires, la que, por otra parte, recibe casi la totalidad del aporte laboral de todos ellos" (citado en Blaustein, 2001).

Es decir, disminuyó la población en las villas de la Capital pero aumentó en el Gran Buenos Aires. Aunque no podamos dar cifras

³⁷ Hector Botán, Miguel Ángel Valle -Villa Lugano-; Daniel de la Sierra -Barracas-; Rodolfo Ricciardelli, Jorge Vernazza -Bajo Flores-; José Meisegeier -Retiro- y Pedro Lephaille -Mataderos-.

totales acerca de la variación real entre los habitantes de villas y asentamientos en el área metropolitana en su conjunto, sabemos que a partir de la vuelta de la democracia la población villera en Capital creció a un ritmo anual de 1.000 personas; muchas de ellas, es de suponer, erradicadas del Conurbano. Por supuesto, los nuevos asentamientos bonaerenses no quedaron abandonados: comenzaron o continuaron sus propias historias territoriales de marginación.

Eduardo Blaustein señala que los Partidos que absorbieron la mayor cantidad de población villera fueron La Matanza, con un 21% de los erradicados, Lomas de Zamora, con el 6,9% y Merlo, con el 8%; a ellos les siguen Moreno, Quilmes, General Sarmiento y Florencio Varela. Según el autor, a partir de 1981, en el Gran Buenos Aires comienza a producirse "un nuevo fenómeno social: el de la formación de asentamientos" (Blaustein, 2001). Este

fenómeno no se debe únicamente a la relocalización forzada de la población villera de Capital Federal: con la imposición del modelo neoliberal en la dictadura, muchos de los barrios obreros periféricos se empobrecieron y se ampliaron de forma irregular a partir de la ocupación de tierras. Así, se convirtieron en grandes territorios marginales con características propias. Existen varios casos paradigmáticos: la Isla Maciel en Avellaneda, cuya población, hasta finales de los '70, se componía de trabajadores industriales, astilleros y portuarios, además de las tradicionales trabajadoras sexuales; o el barrio Don Orión, en Claypole, que fue un barrio obrero hasta los años '80 y se reconfiguró como uno de los asentamientos más extensos del Conurbano sur.

• **Reconstrucción democrática,
deconstrucción habitacional**

Con el retorno democrático, la agenda estatal retomó el tema de las villas y asentamientos urbanos y se crearon distintos programas -ahora denominados de "radicación"- que, con intención de generar políticas participativas, buscaron un interlocutor barrial. Pero como afirma María Cristina Cravino, "no se partió de un conocimiento de la realidad (relevamientos o investigaciones) o de la concertación, sino que desde el Estado se quiso construir un intermediario a la medida, así sucedió con el movimiento villero" (Cravino, 1998).

El programa se fue desgastando: un informe del Centro de Estudios Legales y Sociales del año 1997 denuncia que el Programa de Radicación de Villas dejó de tener presupuesto en 1994 y, al momento de la elaboración del

informe, el único caso en el que seguía actuando era en la villa 31 -por la importancia urbanística y estratégico-inmobiliaria de estos terrenos fiscales del barrio de Retiro-. El ejemplo es una muestra de lo que ocurrió en muchos territorios en relación con la intervención estatal y los modos de implementación de las políticas públicas: la voluntad manifiesta de generar políticas participativas se vuelve un bluff cuando una sola de las partes (el Estado) determina la posición de la otra así como los encargados de plantearla. Si el diagnóstico no busca revelar la voz invisibilizada de los sectores populares, potenciarla y dotarla del capital simbólico necesario frente a las voces hegemónicas, la participación es una falacia.

Durante la década del '80, un factor determinante en la disminución del acceso al hábitat de los sectores populares en el AMBA fue la desaparición del mercado de lotes a

mensualidades a causa de los reiterados procesos de inflación e hiperinflación. La financiación a largo plazo para el hábitat popular había sido una práctica habitual desde principios del siglo XX (reorganizada y ampliada durante los gobiernos de Perón), y su desaparición arrastró a la ilegalidad habitacional a muchas familias. Este es otro de los elementos centrales en el quiebre de las posibilidades de ascenso social y del aumento de la pobreza estructural por sobre la transicional.

En consecuencia, el aspecto característico de este período, en relación con la estructura habitacional del AMBA, será la aparición de una nueva forma de hábitat y producción de los sectores populares: el asentamiento. Esta modalidad se inició en 1981, con la toma ilegal de terrenos en la zona sur del Conurbano Bonaerense, y, para finales de la

década del 90, ya había un centenar (Merklen, 1997).

Las ocupaciones ilegales de tierras, altamente masivas, estuvieron protagonizadas por vecinos expulsados de la ciudad y de otros barrios del Conurbano, no por migrantes extranjeros o de otras provincias. En decir: el fenómeno de los asentamientos como nueva forma de producción de hábitat no respondió a un aumento objetivo de la población metropolitana, sino a una reconfiguración forzada del hábitat popular.

En términos organizacionales y culturales, los asentamientos se caracterizaron por planificar el uso y desarrollo del futuro barrio, antes de ocuparlo. Esto se vincula con la relación que los ocupantes pretendieron establecer con el resto de la Metrópoli. Por medio de la organización, la planificación y la gestión del territorio, los asentamientos intentaron asimilarse a otros barrios obreros

del Conurbano, imitando su configuración - calles, loteo, manzanas y plano en damero-. El plan era asentarse y normalizarse para constituirse en un barrio más y, a la vez, diferenciarse de las villas.

Como desarrolla Denis Merklen, el asentamiento como modelo habitacional fue la respuesta a una identidad amenazada: los ocupantes no querían ser vistos como villeros, esa categoría social tan estigmatizada. Entre las familias empobrecidas tiende a operar el temor a ser relegadas al ecosistema de la villa: más allá de la precariedad de las viviendas, actúan aquellas representaciones urbanas que conciben a la villa como un territorio de promiscuidad y violencia (Merklen, 1997): un lugar hostil para habitar. El mecanismo de defensa identitaria está fuertemente ligado a la dificultad de estos sectores para reconocerse, no ya como pobres, sino como excluidos.



Monoblocks de Dock Sud, 2007.

- **La máquina de expulsión**

Las características habitacionales del AMBA (el modelo en degradé que opera como tendencia desde la década del 70) y las variaciones demográficas durante los '90 plasmaron el proceso de exclusión socioeconómico en lo territorial. En 1991 se estimaba que la población en las villas de la Capital Federal ascendía a casi 51.000 habitantes. Según un documento publicado por la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, en el decenio 1993-2003, y hasta el neoconservadurismo menemista, la tasa de crecimiento era de aproximadamente 1.000 personas por año. Pero la cifra se cuadruplicó y llegó a más de 4.000 personas por año hacia fines de la década.

No obstante, el balance acerca de la agenda de reivindicaciones populares muestra que perdió fuerza el reclamo por la propiedad de la tierra: debido el aumento desmedido de la

desocupación, creció el reclamo de trabajo genuino. Así lo señalan Marcela Cerrutti y Alejandro Grimson en un apartado denominado "La agenda de los sectores populares: de la vivienda al trabajo" (en Portes, Roberts y Grimson, 2005).

Hacia fines de los '90 se realizaron algunas obras de infraestructura: asfalto, servicios y, en menor medida, planes de tenencia de tierras. Básicamente, por causa de las políticas focales descentralizadas aplicadas por los Municipios o Partidos Políticos en el Conurbano, o por la autoorganización vecinal en el caso de las villas de Buenos Aires (Auyero en Wacquant, 2001). Entonces, los problemas de vivienda encontraron cierto margen de solución, sobre todo en comparación con la gravedad de la problemática del empleo. Así, se desplazó el eje de tierra y vivienda de la agenda popular;

creció la demanda de empleo y, por transitividad, de planes de empleo.

Pero las variaciones más importantes en el modelo habitacional tuvieron que ver con la transformación de la estructura urbana del AMBA, debido al proceso de privatización de las empresas nacionales y a la inversión extranjera en infraestructura inmobiliaria. Durante los '90, la relación entre espacio y producción estuvo marcada por la tendencia globalizante en las metrópolis del mundo. Como plantea Saskia Sassen, los restaurantes caros, casas de lujo y tiendas gourmet se multiplicaron en la ciudad globalizada (Sassen, 1991).

Buenos Aires no fue la excepción: en su área metropolitana se concentraron la mayor parte de las inversiones. De acuerdo a la declinación total de la función industrial, la ciudad se reacondicionó en función de lógicas de consumo de servicios avanzados. Es la nueva

ciudad del capitalismo postfordista (Ciccolella, 1999), un territorio de puja por la organización socio-espacial que implica una dinámica de exclusión / incorporación de áreas habitables. Una ciudad dual (Sarlo, 1996) en la que los capitales extranjeros que dominaban la economía nacional se unieron a los sectores altos y medios para expandir su ocupación y controlar el espacio urbano, mientras expulsaron hacia otros territorios a los sectores populares, cada vez más pobres.

En principio, los barrios porteños pasaron de la articulación horizontal -que propiciaba la circulación lineal del territorio- a una densificación vertical en forma de red, que conecta sólo enclaves de interés para el desarrollo del capitalismo global. Así, la inversión inmobiliaria en la ciudad se orientó a edificios de categoría, hoteles de lujo, complejos de oficinas clase A, shoppings e hipermercados, y grandes torres de vivienda

para los sectores altos y medios altos (Ciccolella, 1999).

Esta reconfiguración del espacio urbano afectó a la unidad territorial tradicional, la manzana, y desestructuró los patrones de localización comercial. Esto hizo variar las dinámicas de tránsito y uso del espacio, y las redes de comunicación establecidas por los habitantes. La nueva metrópolis global acentuó irremediablemente la segregación y potenció la invisibilidad de la pobreza. A partir de este esquema, un habitante de clase alta pudo circular por la ciudad a través de esa red diferenciada (de su departamento en torre o casa en country, por autopista, a la torre de oficinas o a los shoppings de barrios ABC1) sin ver siquiera un pobre en el camino. Desde entonces, para los sectores altos la interacción personal con las clases populares se redujo a la mera reproducción del discurso de los medios masivos y, en menor medida, los

comentarios oficiales, casi siempre vinculados al discurso de la inseguridad.

En el territorio suburbano, sobre todo en la zona norte, los capitales internacionales y transnacionales se aplicaron al desarrollo de barrios cerrados, privados, countries, grandes centros comerciales, autopistas y accesos que permiten la comunicación rápida con los barrios ricos de la Capital, pueblos privados y hasta ciudades privadas como Nordelta. Por supuesto, las modificaciones repercutieron en las condiciones de hábitat y ocupación territorial de las clases populares y, entre ellas, en el sector de los excluidos -que emerge y comienza a crecer dramáticamente durante la década del '90-.

Según un informe socio-habitacional del grupo Atlas Buenos Aires, al ver las variaciones totales del hábitat durante este período se descubre que la segregación siguió un patrón de deterioro central (capital y

primer cordón del Conurbano) y cierta mejoría en las condiciones socio-habitacionales de asentamientos preexistentes en el Conurbano Bonaerense: "Mientras puede observarse que el promedio de hacinamiento desciende en los anillos 2, 3, 4 y 5, mostrando predominantes signos de mejoría (procesos de regularización dominial y consolidación y mejoramiento de los asentamientos precarios), cuando se pone la atención en el área central se registra un aumento del hacinamiento que se explica por el crecimiento de las villas, la intrusión de edificios desocupados, el deterioro de hogares de sectores medios con aumento del número de miembros sin posibilidades de ampliación de la vivienda, etc." (Abba, Furlong, Susini y Laborda, 2008).

- **Ciudad global, guetos locales**

En el nuevo milenio, Buenos Aires se ha vuelto una metrópolis global: aunque tiene características locales, en ella pueden identificarse procesos estructurales propios de la ciudad globalizada. Así, un importante sector de las clases populares cayó en la pobreza estructural, y se consolidaron los excluidos como actores sociales relevantes en los conglomerados urbanos.

Este proceso de destitución social tuvo lugar también en la puja por el derecho a habitar y transitar el espacio urbano. Y en el AMBA apareció un modelo habitacional hasta entonces inédito: el gueto. A la vez, el tradicional modelo de conventillo se fue diluyendo, tanto en sus pautas multiculturales de vinculación interna como en su interacción con el resto del ecosistema metropolitano.

La identificación de la guetificación de Buenos Aires como etapa actual del proceso de territorialización de la exclusión urbana, es comparable al fenómeno descrito por algunos autores como proceso de "insularización" (Cravino, Fournier, Neufeld y Soldano, 2001 y Fournier y Soldano, 2001); con la diferencia de que esa categoría, "territorio en insularización", refiere a zonas alejadas de la Capital, más allá del segundo y el tercer Cordón del Conurbano Bonaerense, con características poblacionales homogéneas (por ejemplo, la totalidad del hábitat es autoproducido a partir de asentamientos relativamente recientes).

En este trabajo, en cambio, nos referimos a los guetos ubicados a la vera del Riachuelo, que conviven con otros modelos habitacionales urbanos, en los que la segregación espacial no depende de la lejanía, sino de los procesos de destitución. Por otra parte, los guetos

urbanos no son territorios nuevos que hayan nacido marginales y que continúen de esa manera: se trata "de la nueva marginalidad en los viejos territorios" (Auyero en Wacquant, 2001), que propició la reconfiguración de los barrios en guetos.

No se trata tampoco del gueto étnico-racial ni del cultural, al modo de los guetos negros estadounidenses o de la Banlieue parisina, ambos estudiados por Loïc Wacquant. Pero algunas descripciones estructurales de los territorios marginales de los países centrales sirven para reflexionar sobre la territorialización de la exclusión en el AMBA (Auyero, en Wacquant 2001). Las primeras coincidencias tienen que ver con el período en el que surgen y con sus características: la Globalización, en el marco del neo-capitalismo avanzado; la metropolización de las ciudades; la aparición de sectores sociales dominantes asociados a la economía transnacional, y la

emergencia de una nueva pobreza urbana marginal y excluida.

En el caso del gueto negro de Chicago, los habitantes se diferencian de sus vecinos de la ciudad a partir de una característica explícita: el color de piel³⁸. La otredad construida en torno al territorio y a los sujetos es tan notoria que se naturalizó, y hasta investigadores y actores oficiales utilizan categorías como *inner city* (ciudad deprimida o subterránea) para definir el espacio, y *underclass* (infraclase) para clasificar a sus habitantes³⁹. La Banlieue, por su parte, fue un conjunto de edificios que constituía un barrio obrero al estilo de los

³⁸ En Estados Unidos, los afrodescendientes atesoran una larga historia de discriminación, desde las resistencias locales para abolir la esclavitud (que llegaron a provocar una guerra civil entre 1860 y 1865) hasta la segregación legal que se extendió hasta los '70 -en el siglo XXI- y que logró interrumpirse sólo a costa de tres décadas de militancia afro en distintos frentes, con gran cantidad de muertos en lucha.

³⁹ Para ampliar estas nociones y su utilización, y diferenciarlas de las categorías de excluidos y habitantes de territorios de exclusión usadas en esta tesis, (ver Capítulo 2, Pág. 71).

monoblocks de Lugano, Ciudad Evita o Dock Sud, cuyos habitantes tenían en común sus condiciones socioeconómicas. A partir de los '60, y con el correr de las décadas, esos territorios albergaron a migrantes españoles, portugueses y africanos⁴⁰ que convivieron con los sectores populares franceses en situación de pobreza (primero transitoria y luego estructural). Actualmente, la banlieue es un territorio marginal -señalado como un espacio de violencia y depravación- en el que viven excluidos sociales sobre quienes pesa una fuerte estigmatización (la cual aumenta en forma paralela a la cantidad de inmigrantes africanos y europeos del Este (Wacquant, 2001). A partir de las políticas neoliberales, del estigma social y de la segregación territorial, se desarrollaron rasgos

⁴⁰ Al principio, los inmigrantes ingresaron al país legalmente para cubrir la falta de mano de obra barata perdida en la Segunda Guerra Mundial y luego fueron ilegales e ilegalizados, con la estabilización económica europea y los cambios en la legislación migratoria.

culturales propios: el mestizaje de subalternizados que luchan por la supervivencia en la ciudad.

Los guetos no son exclusivos de los países centrales: también surgieron en las metrópolis latinoamericanas con un modelo similar al estadounidense en el que el factor determinante es la etnia. Pero en Buenos Aires los guetos no se relacionan con la etnia: históricamente la relación etnicidad / territorialidad sigue el modelo de conventillo (que se replicó en las villas de la Capital), en el que convivían personas de distintos países y provincias que tenían en común condiciones socioeconómicas y no las étnicas o culturales (Grimson: 2003). La territorialidad en el AMBA siempre estuvo marcada por lo socio-económico y fuertemente vinculada a la posición en el mundo del trabajo. Así, a diferencia de otras ciudades de América Latina, el hábitat de las clases populares se

acerca más al ejemplo parisino que al de Nueva York, aunque con diferentes características en relación con la ubicación y extensión espacial, la infraestructura barrial y el tipo de vivienda.

Paradójicamente, en forma simultánea a la territorialización de la exclusión y la aparición de guetos urbanos en el AMBA, asistimos a un fenómeno en pleno desarrollo: la etnificación de la exclusión (Auyero en Wacquant, 2001). Aquí, la discriminación se ejerce sobre un otro al cual se le asigna una diferencia racial ("negro villero") que no responde a sus cualidades étnicas sino a su pertenencia o no a determinados territorios. Este proceso opera en las reproducciones del sentido común de muchos vecinos pero también subyace -no explícitamente- en las representaciones transmitidas por los medios: en ellos, los territorios y sus habitantes aparecen vinculados a noticias sobre delito,

inseguridad, violencia, narcotráfico, etc. (Kessler, 2004; Auyero, 2001) y desde la reprobación moral de editorialistas, opinólogos y políticos partidarios de la mano dura.

Es claro que este trabajo no avala las derivaciones conceptuales de la etnificación de la pobreza urbana, pero tampoco niega la segregación. Es importante que, en el afán político-intelectual de defensa de los sectores excluidos, no perdamos de vista este proceso de guetificación de Buenos Aires: sólo identificando el problema en su complejidad podemos estudiarlo para empezar a pensar soluciones.

Una particularidad del gueto local, que funciona a la vez como prueba de su existencia, es la capacidad de sitiar la ciudad e interrumpir su dinámica cotidiana. En un contexto de aislamiento territorial y desocupación, los sectores excluidos

metropolitanos adoptaron y resignificaron rápidamente sus modalidades de reclamo a través del piquete⁴¹. Los sectores populares

⁴¹ Los inicios del movimiento piquetero son básicamente rurales. Los primeros piquetes fueron bloqueos de caminos alternativos, llamados picadas, para impedir el tránsito de camiones proveedores a las petroleras. Empezaron en Cutral-có y Plaza Huincul en 1996: sus protagonistas primero fueron llamados fogoneros -por los fogones que se hacían para soportar el frío patagónico durante el corte de ruta- y luego piqueteros, en alusión al corte de picadas. Las protestas de los desocupados encarnaban el sentir de todo el pueblo que rápidamente dio su apoyo y así nació la primera pueblada. En 1997, la pueblada piquetera se replicó con similares motivos y características en el norte del país, cuando se levantaron los pueblos salteños de General Moscón y Tartagal. Los pueblos petroleros fueron empujados al borde de la desaparición por el Estado neoliberal y las multinacionales (en este caso, especialmente la española Repsol) con la ilegítima privatización de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) que dejó en la desocupación a la mayor parte de sus habitantes. El corte de rutas y caminos tuvo en principio un sentido estratégico: paralizar el funcionamiento de las petroleras impidiendo la entrada y salida de camiones de Repsol-YPF, pero luego se volvió una modalidad apropiada para protestar por la inequidad social y la falta de trabajo. Al no recibir respuesta de la empresa, por medio del piquete se atraían las miradas de los medios de comunicación y los funcionarios públicos y, aún cuando aumentaba la represión y la violencia, aumentaban también las posibilidades de hacer escuchar el reclamo al poder central y negociar soluciones. En sólo cinco años, desde las orillas hacia el centro metropolitano del país, la modalidad del piquete se generalizó entre los trabajadores desocupados, que comenzaron a identificarse con el movimiento piquetero. En ese período nacen gran cantidad de organizaciones políticas y sociales dentro del movimiento que toman las calles y protagonizan la escena pública en diciembre de 2001, de la mano de los estafados ahorristas de los sectores medios.

porteños y bonaerenses tuvieron tradicionalmente una alta capacidad de organización para reclamar y luchar por sus reivindicaciones, siempre bajo la lógica gremial y en relación con el mundo del trabajo. Esta experiencia organizacional empezó a fines del siglo XIX y principios del XX con los trabajadores anarquistas y comunistas (sindicalistas y ocupantes de inquilinatos) y se institucionalizó con el movimiento obrero nucleado en los sindicatos peronistas. A partir del 17 de octubre del '45, con la movilización que Félix Luna denominó, significativamente, como "aluvión zoológico", las clases populares urbanas comenzaron a tomar enclaves simbólicos de poder en el espacio público (Plaza de Mayo, Plaza de los Dos Congresos, frentes de los ministerios, etc.) para ejercer el derecho de protesta. Esta práctica se extendió también a las clases medias y se volvió habitual en

distintas ciudades y pueblos del país a lo largo de los años.

Pero como los habitantes de los guetos fueron privados del derecho a acceder y circular por la ciudad, carecen de la posibilidad material de movilizarse hasta el centro político urbano. Así, cuando apremia la necesidad de hacerse visibles para las autoridades y los medios masivos de comunicación, los excluidos recuperan la tradicional capacidad de protesta y se organizan para afectar la dinámica de la Ciudad bloqueando las vías de acceso. Esto se observa habitualmente en la frontera sur (donde está el territorio analizado en esta tesis), en la que a menudo se cortan los puentes que atraviesan el Riachuelo, en particular el Puente Pueyrredón.

Con la inequidad, la migración de nuevos pobres rurales y la persistencia de la pobreza, los guetos bonaerenses se

multiplicaron en el nuevo milenio. Según un informe de la Universidad Nacional de General Sarmiento, a los más de 100.000 habitantes de territorios de exclusión "que se reparten entre 15 barrios de la ciudad de Buenos Aires, se sumó la situación de pobreza y precarización creciente en los partidos del Gran Buenos Aires, en donde predominan los llamados asentamientos originados en invasiones organizadas de tierras" (*La Nación*, 10/07/06). Entre 2001 y 2006 el cordón metropolitano pasó de 385 asentamientos a más de 1.000, lo que equivale al 85% del total provincial. Como afirma Jesús Cornejo desde un título del diario *La Nación*: "Se triplicaron las villas en el conurbano".

Las respuestas de los sectores de poder frente al proceso de territorialización de la exclusión son contradictorias. Mientras se combaten los guetos capitalinos, se ignora (y a veces se propicia) su aumento en el

Conurbano. Este esquema desigual de respuestas es funcional a la profundización de la segregación y la inequidad.

En las villas de la Capital, el problema "es una puja de intereses por la tierra. Allí, los terrenos son muy caros justamente por estar dentro de un espacio urbano dominante. En cambio, en la provincia, los asentamientos son más espaciados y surgen en terrenos fiscales o tierras privadas que, generalmente, se inundan. Esto es utilizado por los propietarios de los terrenos para obtener un beneficio económico ya que demandan al Estado por las tierras ocupadas (y obtienen así más dinero del que ganarían con la venta de esos terrenos). De esta manera la usurpación se convierte en un gran negocio para todos", afirma la Licenciada Fernández Wagner, a cargo del informe "La emergencia habitacional" de la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS, 2006).

Dinámica política: el todo y las partes

- **Políticas públicas y hábitat popular**

El rol del Estado es central para comprender la historia y la actualidad de la exclusión urbana y el hábitat popular. Dijimos que en la agenda histórica del patrón popular latinoamericano existe un reclamo persistente de equidad en lo político relacionado con el reconocimiento de la voz. Por eso (por la incorporación de reclamos y pautas culturales) el antecedente político y social más gravitante para los sectores populares urbanos de Buenos Aires es el período populista. Para analizar las direcciones, variaciones e impactos de las políticas sociales, debemos empezar por ahí.

Una medida fue el epicentro de la política social durante el gobierno de Perón: la nacionalización del Banco Central de La

República, que hizo posible movilizar importantes partidas presupuestarias al Banco Hipotecario Nacional para atacar rápidamente el problema de la vivienda. El hábitat social se había vuelto un conflicto gravitante, ya que al histórico déficit habitacional de las clases populares de Buenos Aires se le sumaban las nuevas dificultades que vivían los migrantes rurales en la ciudad, corridos por la crisis del modelo agroexportador. El censo de 1947, que indagó en las falencias casa / habitación, reveló que 100.000 personas necesitaban viviendas "con carácter de urgencia" sólo en Capital Federal, y la suma ascendía a 650.000 en todo el territorio nacional (Russo, 1971). Hasta ese momento, acceder a una cédula hipotecaria era privativo, ya que éstas cotizaban en el mercado financiero internacional como uno de los títulos más estables, y en consecuencia más caros, de la Argentina.

Entre 1947 y 1955, la política social fue fijada por los sucesivos planes quinquenales: la meta definida era "asegurar a todos los habitantes del país la posesión de una vivienda" (*Revista Polémica* N° 86, 1972). Para eso, el Banco Hipotecario rebajó el interés de sus préstamos a 2,8% y se privó de percibir comisiones: ello generó un aluvión de solicitudes (32.042) que habían sido denegadas durante sesenta años. Tanto las solicitudes como las partidas presupuestarias aumentaron aproximadamente un 300%; a pesar de esa sobredemanda, el Hipotecario siguió atendiendo las solicitudes e incluso se hizo cargo de la Administración Nacional de la Vivienda bajo la cláusula que decía: "La Nación resarcirá al Banco, al cierre de cada ejercicio de las pérdidas que arrojen las operaciones de fomento" (Art. 16 de la Carta Orgánica, 1947).

Durante los primeros años del gobierno peronista, a instancias del Banco Hipotecario

se construyó, en la ciudad de Buenos Aires, un grupo de monoblocks agregados al barrio Marcelo T. de Alvear en Alberdi y Lacarra; el barrio Curapaligüe, ubicado en la calle homónima y la Avenida del Trabajo; un racimo de monoblocks paralelos a la General Paz y el barrio Martín Rodríguez en La Boca; también, el barrio San Martín en Merlo, y el Villa Concepción en el partido de San Martín. Sólo en 1947 se reconstruyó la ciudad de San Juan - destruida luego del terremoto del '44- y se construyeron 20.000 unidades en el resto del país. El monto asignado ese año para la política de viviendas, cercano a los 2.400.000 pesos, llegó a 23 millones en 1948 y a 25 millones en 1949 (Russo, 1971). En términos de política habitacional, en sólo tres años de gobierno la frase "Perón cumple" se volvió una verdad inobjetable.

En 1952, el Banco Hipotecario llegó a escriturar más de 41.000 operaciones por

3.400.000 metros cuadrados de superficie cubierta, las cifras más altas de toda su historia. Sólo en la Provincia de Buenos Aires se otorgaron 18.000 préstamos para cubrir casi 2 millones de metros cuadrados de viviendas. Ese año se cumplieron las metas del Plan Quinquenal: asegurar la tenencia de una vivienda propia a los hogares más desposeídos.

Luego surgió una segunda política habitacional destinada a los sectores obreros y de clase media: el plan Eva Perón, que consistió en créditos a 50 años, a bajas tasas de interés, destinados a la compra de viviendas unifamiliares. Con trámites simplificados al máximo, la cartera de clientes del Banco Hipotecario creció exponencialmente, lo que permitió cubrir rápidamente los fondos necesarios para las obras planificadas para el período '53-'55, y la inusitada demanda de materiales impulsó fuertemente el crecimiento de muchas

industrias (productoras de cemento, cal, bloqueras, sanitarios, etc.). En el primer año de vida del plan Eva Perón se construyeron en todo el país viviendas por 4.700.000 metros cuadrados, contra todos los esquemas imaginados hasta el momento. Las obras planificadas eran colosales y la mayoría llegaron a concretarse: sucesivamente se inauguraron el barrio Primero de Marzo de 177 viviendas; el Diecisiete de Octubre, con 784 unidades; los monoblocks de General Belgrano, con 131 departamentos; el barrio Los Perales en Mataderos; que tenía nada menos que nueve pabellones con 960 departamentos; un segundo barrio también denominado Diecisiete de Octubre en la Capital Federal; el barrio Presidente Perón de Rosario, con 106 viviendas individuales y 10 monoblocks, y el 45% de la obra total de Ciudad Evita en las cercanías de Ezeiza, que preveía 10.000 viviendas, oficinas públicas, centros cívico-comerciales, dos

estadios de fútbol y una veintena de escuelas y colegios secundarios (Russo, 1971).

Con el derrocamiento de Perón, por el golpe de Estado del '55, cayeron estrepitosamente los índices de la industria de la construcción y desaparecieron los planes habitacionales. El Banco Hipotecario comenzó a limitar la asignación de créditos y los montos otorgados. El criterio de las nuevas autoridades de la autodenominada "Revolución Libertadora" sobre las prioridades del gasto público fue diametralmente opuesto al del gobierno peronista: ninguno de los proyectos impulsados en el período anterior se continuó.

La preocupación por la vivienda fue retomada recién en 1972, pocos años antes del comienzo del período aperturista '76-'02. Ese año se creó un fondo continuo para el financiamiento de la construcción de viviendas: el Fondo Nacional de la vivienda (FONAVI), que apuntó a favorecer a la

industria de la construcción -que venía cayendo desde el segundo lustro de la década del '60- por medio de la producción masiva de viviendas. Durante sus primeros veinte años, el FONAVI promovió la construcción de conjuntos habitacionales muy parecidos entre sí -en los que no se tuvo en cuenta la particularidad de cada territorio de emplazamiento-: torres o tiras de edificios de dos o tres pisos con algunos espacios de uso común, para los que en general se eligieron locaciones periféricas con escasa demanda a nivel urbano. Con las sucesivas crisis inflacionarias de la década del '80, muchos de los proyectos se frenaron y quedaron abandonados. Los que siguieron bajaron los estándares de calidad, se mal-terminaron los edificios y se suspendieron las construcciones de espacios colectivos (Rodríguez, Di Virgilio y otros, 2007). Sumado a esto, los proyectos de hábitat popular vehiculizados a través del

FONAVI no tuvieron en cuenta los aspectos vinculados al uso y mantenimiento de los edificios, por lo que para principios de los '90 la mayoría de ellos se encontraban en condiciones de abandono poco apropiadas para la vida.

En los años '90, la desarticulación del Estado alcanzó también al FONAVI: se recortó drásticamente el presupuesto con la suspensión del pago de salarios, que representaban el 50% del total, y a partir de 1993 se descentralizó la estructura: los escasos fondos restantes comenzaron a transferirse directamente a las Provincias y el gobierno central perdió la capacidad de dirigir y fiscalizar el funcionamiento del FONAVI. A mediados de la década el Estado retomó la iniciativa, pero para profundizar las reformas neoliberales: en 1995 se sancionó la Ley Federal de Vivienda (N° 24.464), que definía parámetros y restricciones para el gasto y establecía como

prioridad del FONAVI la activación de circuitos financieros vinculados a la industria de la construcción (Rodulfo, 2003).

Si bien en este período se inician distintas acciones públicas orientadas a atender las necesidades de los grupos de menores ingresos, la poca sistematicidad y organización hacen que no puedan considerarse políticas oficiales (Rodríguez, Di Virgilio y otros, 2007). Junto a la falta de programas sociales integrales, otras políticas derivaron en la pauperización del hábitat popular urbano: la liberalización del monto de los alquileres y la privatización de los servicios urbanos básicos. Las políticas neoliberales implementadas en los '90 llevaron a una notable pauperización del hábitat popular: en el Conurbano bonaerense, los hogares en viviendas irrecuperables pasaron del 50,6%, en 1991, al 61,4% en 2001. El resto de los indicadores (hogares deficitarios, vivienda

precaria recuperable, hogares con hacinamiento a nivel nacional, en el AMBA, y en la Capital Federal) permanecieron con índices similares y en algunos casos mejoraron (EPH, INDEC).

El gobierno del Presidente Néstor Kirchner dio un giro recentralizador a la política habitacional a través de dos grandes programas de vivienda: "Techo y Trabajo", destinado a la emergencia habitacional, y el "Programa Federal de Construcción (PFC)", orientado a la reactivación empresarial de la industria de la construcción. El PFC y "Techo y Trabajo", que dependen del Ministerio de Infraestructura y Planificación Federal de la Nación y de la Secretaría de Urbanismo y Vivienda, coexisten con otras iniciativas provinciales, municipales y del tercer sector, aunque de menor envergadura.

La aplicación de estos programas atravesó varios inconvenientes: la vigencia de la normativa neoliberal de la Ley del Sistema

Federal de Vivienda, y la continuidad de programas mantenidos bajo normas, estándares y recursos externos, básicamente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), tanto a nivel nacional como subnacional -PROMEBA, Rosario Hábitat y BID Córdoba, entre otros-. A partir de estos factores, y del rol del sector de la construcción en la negociación por la aplicación de los recursos (Cravino, Fernández, Wagner y Varela, 2002), los programas recentralizados siguieron aplicando criterios de focalización propios de los '90, sin tener en cuenta otros, más abarcativos, de planificación habitacional (por ejemplo, se prioriza la población con NBI, para la cual se financian viviendas que ocupan la superficie, calidad de materiales e infraestructura mínimas).

Por otro lado, se siguió requiriendo mano de obra agremiada en el sector de la construcción bajo la lógica de fomentar su

crecimiento en el marco del PFC (que concentra el 70% de la obra pública realizada en el AMBA) mientras que las cooperativas de vivienda y trabajadores de la construcción cuentapropistas locales quedaron relegados al marco del programa "Techo y Trabajo" -que representa sólo el 5% de la inversión estatal en el AMBA- (Rodríguez, Di Virgilio y otros, 2007). Así, desvinculados de una política integral de acceso al suelo urbano, los programas encontraron muchos obstáculos para funcionar, los cuales se tradujeron en altos índices de subejecución presupuestaria. En 2005 no se habían recuperado siquiera los modestos promedios históricos de producción del FONAVI.

Después de la etapa menemista, los sectores populares urbanos tendieron a la denominada producción social del hábitat, o autoproducción. Ello implicó la generalización de dos prácticas socioculturales que no fueron

tenidas en cuenta por las políticas públicas: la elección y apropiación del territorio que se habita y la organización familiar o comunitaria para la construcción del propio hogar, básicamente, en cooperativas de vivienda. Estas prácticas adquirieron cierta relevancia para el Estado recién en 2006, con la creación de la Secretaría de Tierras para el Hábitat Social, en la que ocupó un lugar preponderante la Federación de Tierra y Vivienda (FTV), cuyo líder, Luis D'Elía, fue elegido Secretario del organismo. Otro impulso a las cooperativas en general, y a las cooperativas de vivienda en particular, lo dio el gobierno de la presidenta Cristina Fernández con el plan "Argentina Trabaja" que fomenta y financia la construcción de cooperativas sociales. Debido a lo reciente de estas iniciativas -"Argentina Trabaja" fue presentado en la segunda mitad de 2009- y a los inconvenientes para ponderar los datos

estadísticos oficiales a partir de 2007, resulta difícil evaluar la incidencia de estas medidas en las condiciones habitacionales de los sectores populares metropolitanos. Esta cuestión se retoma en el último capítulo.

- **Políticas públicas y exclusión social**

Los '80 marcaron el inicio de los programas sociales a gran escala desde el gobierno nacional. Las crisis inflacionarias potenciaron la necesidad de implementar programas alimentarios: el Plan Alimentario Nacional (PAN), el más importante de la época, se llevó a cabo en 1983, durante el gobierno radical de Raúl Alfonsín. Pero la crisis inflacionaria de 1989, con el estallido de la hiperinflación y las denuncias de irregularidades en su aplicación, determinaron su fin.

La redefinición del rol del Estado en los '80 y '90 trajo consigo la consolidación de la concepción "moderna" de las políticas públicas: asistencialistas, compensatorias, y focalizadas. Esta etapa se caracterizó por la reducción presupuestaria del dinero destinado al llamado gasto social.

Hasta 1990 existían 30 planes alimentarios en la Argentina, centralizados en tres dependencias estatales. En 1992, todos los fondos destinados a estos programas fueron transferidos a las provincias en concepto de "fondos coparticipados". Fue el inicio de la descentralización: la mayoría de esos programas no cumplían sus objetivos, el monitoreo y gerenciamiento fallaban, y resultaba imposible establecer cuántos y quiénes eran los beneficiarios reales. En un informe para CEPAL, Pablo Vinocour lo explica a partir de tres ejes: la incapacidad de gestión de las organizaciones comunitarias a

cargo de la gestión de comedores y de la entrega directa de bolsones de comida; la fragilidad administrativa de los municipios a la hora de ejercer el control, y la debilidad de los gobiernos provinciales para controlar los dos niveles anteriores y exigir el cumplimiento de los convenios establecidos con el Estado nacional (Vinocour, 2004).

Para 1994, a la Secretaría de Desarrollo Social se le dio el rango de Ministerio. En este período, en relación con la agenda de reivindicaciones populares, por causa del aumento desmedido de la desocupación perdió fuerza el reclamo por la propiedad de la tierra y creció la importancia del tema del trabajo. Este cambio es indisociable de la aparición de un nuevo interlocutor (que desarrollaremos en el próximo ítem): las organizaciones de trabajadores desocupados, que fueron logrando una fuerte inserción territorial.

En 1996 se puso en marcha el Plan Trabajar: intentó ser un plan de empleo masivo, pero terminó convirtiéndose en un subsidio para desocupados que se otorgaba a cambio de una prestación de tareas productivas o comunitarias. El plan llegó a alcanzar a 270.000 personas pero no pasó mucho tiempo hasta que fuera utilizado con fines electoralistas (Dinatale, 2005). Con el Plan Trabajar se inicia una dinámica dentro de los territorios que configurará gran parte de los modos de asociación y de organización a futuro.

La cuestión de la contraprestación no estaba debidamente regulada ni ajustada a una planificación para el pleno empleo; como tampoco existía un registro único de beneficiarios, se propició el manejo clientelista: quienes cobraban el plan no tenían clara la contraprestación, sino a qué actor político se la debían (en principio,

eran autoridades municipales y punteros políticos).

Con la crisis socioeconómica e institucional de diciembre de 2001, el gasto social se intensificó. Según el periodista Martín Dinatale, entre 1997 y 2004 se duplicaron los fondos destinados a este fin: de \$28.965,9 millones, pasaron a \$40.575,2 millones (Dinatale, 2005). Con el estallido de la crisis, el Estado reestructuró los planes y concentró los recursos en programas alimentarios, aun por vía de la asignación a los estados provinciales.



Represión en Ada. De Mayo, 20 de diciembre de 2001

En 2002, cuando asumió transitoriamente la presidencia, Eduardo Duhalde puso en marcha, a partir del decreto 565/02, el Plan Jefas y Jefes de Hogar Desempleados (PJJHD), el segundo, por sus proporciones, en Latinoamérica. Este megaprograma surgió de una mesa de diálogo que conformaron -con motivo del estallido social- el gobierno nacional, Naciones Unidas y la iglesia católica.

El PJJHD fue pensado como un programa universal que otorgaría \$150 mensuales a cada desocupado de la Argentina. Contó con un presupuesto anual de \$3.500.000.000, para 2 millones de beneficiarios, y se financió en un 20%, con retenciones a las exportaciones al petróleo y el agro, más algunas reasignaciones de partidas presupuestarias destinadas a otros programas sociales. Además, el Banco Mundial otorgó un préstamo de 600 millones de dólares.

Pero la pretensión universalista duró poco, y en mayo de 2002 el PJJHD debió cerrar la

lista de beneficiarios por falta de presupuesto; así, se convirtió en otro plan focalizado, a pesar de sus proporciones.

Desde la puesta en marcha del plan, se produjeron gran cantidad de irregularidades y vicios de clientelismo político (Dinatale, 2005). El informe de diciembre de 2003 de la Auditoría General de la Nación identificó arbitrariedades y desproporción en la distribución de los subsidios: "en términos comparativos, los aglomerados con mayor cantidad de desocupados más subocupados del país, en términos absolutos, se encuentran por debajo de la tasa de cobertura promedio (37,29%) del PJJHD". Esta arbitrariedad, de la que habla el informe de la Auditoría, se refleja en relación con los índices de desocupación y con los de necesidades básicas insatisfechas (NBI): en lugares donde existe mayor índice de NBI se registra menor grado de cobertura promedio.

Por otro lado, uno de los requisitos centrales para la asignación de los PJJHD era que los beneficiarios no recibieran ningún otro subsidio, pero seguía sin haber un registro único que permitiera cruzar los datos.

Otro plan durante la presidencia de Eduardo Duhalde fue el Programa de Emergencia Laboral (PEL); a su vez, a partir del cierre de la lista de beneficiarios del PJJHD, en 2003 gran parte de los antiguos Planes Trabajar, dependientes del Ministerio de Trabajo, cambiaron su nombre a Programa de Empleo Comunitario (PEC). Éste consistía en subsidios transitorios que duraban entre 3 y 6 meses; en 2004, llegó a contar con casi 32.000 beneficiarios.

En el caso de los PEL y los PEC, las irregularidades fueron aún más marcadas: como estaban en la órbita de Trabajo, ningún ente nacional ni provincial podía investigar las

asignaciones y no se creó un área específica a tal fin. Por este motivo, según Dinatale, a mediados de 2002 el Banco Mundial intimó a la entonces Ministra de Trabajo, Graciela Camaño, a que dejara sin funcionamiento los PEL. Camaño adujo que eso implicaría dejar sin cobertura a miles de desocupados, lo cual podría generar una rebelión similar a la de diciembre de 2001. "Al entender de algunos testigos de esas reuniones, finalmente el Banco Mundial hizo la vista gorda y dejó que el PEL continuara" (Dinatale, 2005).

La denuncia también fue abonada por un informe del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) de mayo de 2003: "de acuerdo a numerosos testimonios verbales recibidos de beneficiarios directos, los PEL son entregados de manera absolutamente discrecional y no están ajustados a ningún tipo de control".

Además de estos dos planes, existían gran cantidad de programas sociales nacionales que,

en 2004, el Ministerio de Desarrollo Social unificó en tres grandes planes: Seguridad Alimentaria -o El Hambre más Urgente⁴²-, Manos a la obra -que otorga microcréditos a emprendimientos productivos o comunitarios- y el Plan Familias -que subsidia a familias en situación de extrema pobreza-.

• **Del escritorio al territorio: cambios en la organización popular**

Las irregularidades en la aplicación y distribución del PJJHD tuvieron diversas consecuencias en las dinámicas de las organizaciones populares. De ello se hablará en los párrafos siguientes.

Ya hemos hablado de los nuevos actores políticos surgidos de la crisis en la segunda

⁴² El programa Hambre más Urgente surge en 2003 a partir de una iniciativa del gobierno nacional y un grupo de ONG con el auspicio del diario *La Nación*.

mitad de la década del '90. En el caso puntual del movimiento piquetero, su devenir está ligado a los vaivenes de las políticas públicas: su capacidad organizacional está asociada, desde su nacimiento, a la tradición sindical argentina y a la red clientelar peronista. Esto es visible en el Conurbano sur -de eminente pasado industrial-, gobernado en forma caudillesca por los intendentes del Partido Justicialista. "Hasta el 97, 98, en el conurbano bonaerense se encontraba una combinación entre una fuerte red clientelar peronista y la escasez de otras organizaciones (...) A medida que se vaciaban las organizaciones de base de los 70 y 80, crecía la importancia de la red de relaciones clientelares" (Portes, A., Roberts, B. y A. Grimson, 2005).

Debido a la situación política-económica, la demanda de planes sociales comenzó a generalizarse y, habitualmente, se obtenía un

menor número de planes al necesario. Así, fue imperioso organizarse no sólo para reclamar los planes, sino también para adquirirlos, conservarlos, llenar formularios, gestionar en dependencias estatales y, a la vez, conseguir nuevos planes.

A fines de los '90 los problemas de vivienda parecían haber encontrado ciertas soluciones (asfalto, servicios y, en menor medida, planes de tenencia de tierras); **en sintonía**, la agenda popular se desplazó del eje de tierra y vivienda: creció la demanda de empleo y, por transitividad, de planes de empleo.

Retomando la relación de los planes Trabajar y PJJHD con las organizaciones piqueteras, éstas consiguen los planes por propia gestión; otras -comedores, merenderos, etc.- lo hacen por medio del municipio o de los punteros que lo representan en el territorio. Esta característica fue central en

la configuración del mapa de actores sociales y políticos y su relación con el Estado.

Como dijimos, el PJJHD exige una contraprestación laboral por parte de los beneficiarios. Primero, esa contraprestación era supervisada por los gobiernos locales y, en muchos casos, por los punteros, pero fue necesario abrir el gerenciamiento a otras organizaciones. Los principales motivos fueron la incapacidad estructural de los gobiernos locales para manejar esto de forma medianamente organizada, y la demanda de las organizaciones que conseguían planes por medio de la lucha. Finalmente, se accedió a que la contraprestación pudiera llevarse a cabo en el marco de las organizaciones sociales, a partir de la realización de microemprendimientos productivos -panaderías, bloqueras, textiles, construcción de viviendas, etc.-. Cuando esta práctica se asentó, las organizaciones de

desocupados empezaron a funcionar como una especie de sindicatos.

El trabajo en organizaciones, así como en comedores y merenderos municipales, hizo que gran cantidad de tareas que antes pertenecían al ámbito del voluntariado empezaran a formar parte del trabajo rentado en el marco de la contraprestación. En este clima de relaciones, entre fines de los '90 y principios de siglo se produjo el ingreso fuerte de las ONG, bajo esa modalidad, al trabajo en los territorios.

Se fueron asentando las relaciones de intercambio entre el Estado y las organizaciones piqueteras y, a través de la entrega de planes, se produjo la cooptación (o la alianza) de muchas organizaciones: apareció la distinción, durante los primeros años de la gestión de Néstor Kirchner, entre piqueteros "duros" -sin acuerdos políticos con el gobierno nacional- y piqueteros "blandos" -que acuerdan con él- (Grimson; 2003).

La fuerza política de las organizaciones de desocupados empezó a medirse por su capacidad para conseguir planes: las organizaciones piqueteras que ofrecen el recurso estructural y humano para obtenerlos consideran legítimo exigir como contraprestación la participación activa del beneficiario.

En síntesis, en el Conurbano Sur los programas sociales se implementan en un escenario con dos características políticas diferenciales y, a la vez, contradictorias. Por un lado, una tradición de fuertes líderes en los movimientos populares, asociada a cuatro puntos claves: la relevancia histórica de los líderes latinoamericanos; la historia del caudillismo en el Río de La Plata; el recuerdo de "los tiempos felices" para las clases populares -ligado al Estado peronista-, y la organización sindical.

En segundo lugar, la retirada de la contención del Estado durante la década del

'90. Así, las prácticas de supervivencia históricamente vinculadas al Estado-Nación como interlocutor se reconfiguraron de manera tal que, de un lado quedaron los excluidos, y, del otro, el Estado (representado sólo a partir del plan social). Ello favoreció la consolidación de figuras mediadoras, encarnadas en referentes y punteros. Aun cuando pueden establecerse diferencias políticas importantes entre unos y otros, su rol en la comunidad y gran parte de sus prácticas políticas territoriales son análogas.

_capítulo 4 _

Señalamos en el capítulo anterior, que la investigación se desarrolló en dos ejes: uno sincrónico y uno diacrónico. En el eje sincrónico, se llevó adelante un trabajo etnográfico que consistió en la observación participante de la vida cotidiana y comunitaria en las organizaciones barriales y vecinales (entre 2005 y 2009). También se realizaron 40 entrevistas semi-estructuradas de aproximación y 5 entrevistas en profundidad a informantes clave para reconstruir sus historias de vida. Los datos obtenidos se analizaron, segmentaron e interpretaron, según la relación de los sujetos con las instituciones sociales que aparecieron como prioritarias en las tramas organizacionales que se experimentan en la vida cotidiana: la familia, la religión, el trabajo, el

territorio, la política y la educación. El análisis de las tramas organizacionales en torno a estas instituciones centrales para la Modernidad, también siguió la lógica de las cuatro dinámicas propuestas por la perspectiva relacional (social, económica, política y territorial). Pero a diferencia del capítulo anterior, en este caso las dinámicas se aplicaron a la interpretación microsocial en el eje sincrónico.

El capítulo se divide en dos partes: Cartografía y Topografía. En la primera, se presentan las herramientas y técnicas que se incorporaron en el diseño metodológico, y las fuentes y líneas conceptuales que lo sostienen. Pero como ocurre en cualquier construcción, la suma de materiales no constituye de por sí el edificio; por lo que se abordará también el proceso de puesta en práctica que media entre la idealidad y la realidad del trabajo etnográfico. En la

segunda parte, Topografía, nos adentraremos directamente en la interpretación de entrevistas y observaciones. Sin más, y retomando la metáfora del viaje, crucemos el Riachuelo...

Cartografía

- **Diseño y planos**

El diseño metodológico para abordar el análisis sincrónico en el universo de lo microsocioal se apoyó en enfoques, nociones y técnicas tradicionales de la etnografía, que se utilizan no sólo en estudios antropológicos sino que, actualmente, son habituales en gran parte de las investigaciones sociales: el análisis cualitativo, la entrevista y la observación participante.

Como sabemos, el enfoque cualitativo no se define por oposición a lo cuantitativo -de

hecho en este trabajo se evalúan distintos datos estadísticos- sino que implica que todos los datos se interpretan y analizan cualitativamente; tanto los provenientes del trabajo etnográfico, como los datos estructurales recabados en diversos la investigación documental.

Dentro del enfoque cualitativo se siguió una forma diferencial, propia de la Teoría Fundada -también denominada Teoría Fundamentada-, para establecer la muestra: el muestreo teórico. Este tipo de muestreo se utiliza en investigaciones sociológicas y es un "proceso de recolección de datos para generar una teoría por la cual el analista conjuntamente selecciona, codifica y analiza su información y decide qué información escoger luego, y dónde encontrarla para desarrollar la teoría tal como surge" (Glasser y Strauss, 1967). Según el muestreo teórico, tanto las primeras decisiones asociadas al

proceso de recolección de información, así como a la construcción de categorías de análisis son controladas por las preguntas de investigación y no se encorsetan en una estructura teórica preconcebida.

Así, el criterio de saturación teórica - necesario para focalizar el universo de estudio- se apoyó en categorías de análisis que se construyeron en proceso -por ejemplo, las instituciones sociales que aglutinan las prácticas organizacionales analizadas (familia, religión, educación, trabajo, política y territorio) no fueron establecidas a priori, sino que surgieron de la observación-. De cara a la focalización de la muestra para el trabajo etnográfico, la técnica utilizada fue la entrevista semi-estructurada, que funcionó como herramienta de aproximación. Se realizaron 40 de estas entrevistas a sujetos habitantes del territorio con distintas características

objetivas -edad, género, filiación étnica, antigüedad en el barrio, trabajo u ocupación, tipo de vivienda, pertenencia a distintas zonas dentro del territorio, etc.-. A partir de esas entrevistas, se establecieron 5 perfiles prioritarios para realizar las entrevistas en profundidad.

Para definir estos perfiles prioritarios de quienes se convirtieron en informantes clave, se siguió un razonamiento similar al planteado por Pierre Mayol en su investigación sobre el barrio y la vida cotidiana: "Con razón o sin ella, preferí confiar sólo en algunos personajes los elementos esenciales de la investigación, al acumular tras ellos los frutos de una prospección en un área de relaciones más amplias" (De Certeau, Giard, Mayol; 2006). En esta investigación Mayol decide tomar como informantes a una sola familia del barrio de la Croix-Rousse, del que además es oriundo. Aunque no analiza las

relaciones familiares entre los miembros, ya que sus preguntas de investigación no lo requieren, sino que focaliza en el modo en cada uno experimenta cotidianamente el barrio.

En esta tesis, se tomó una definición similar, la de focalizar la muestra en pocos sujetos en pos de profundizar el análisis cualitativo de sus prácticas y sentidos. También se retomó de este trabajo de Mayol, uno de los criterios señalados para la definición de los informantes: "(...) privilegiar a las personas mayores y a los adultos en la medida en que el tiempo invertido en el espacio facilita uno de los ejes de la investigación, el problema de la apropiación" (De Certeau, Giard, Mayol; 2006). En el trabajo que nos ocupa las condiciones son análogas, aunque también niños y jóvenes participan de algunas tramas organizacionales cotidianas, los adultos lo hacen desde hace más tiempo, por lo que estos modos de

organización de la vida cotidiana tienen mayor peso en la configuración de sus trayectorias vitales. Por otro lado, se eligió no soslayar la voz de los jóvenes, ya que este grupo tiene algunas características culturales - que son estudiadas de forma diferencial desde las ciencias sociales-, que lo vuelven relevante; aunque éste no pretende ser un estudio sobre Juventud, sino abarcar el abanico más amplio posible del tipo de sujetos sociales que viven en el territorio y participan de sus redes organizacionales⁴³.

⁴³ Armando, de 69 años llegó desde Chaco a Buenos Aires en los años 60'. Poco después conoció a quien fue su esposa, hoy fallecida desde hace más de 10 años. Luego de vivir un tiempo en La Boca, se mudaron juntos al barrio y allí tuvieron cuatro hijos. Su llegada coincide con la época de gloria del empleo industrial asalariado: trabajó durante 20 años en astilleros (aunque no siempre para la misma empresa ni en el mismo puesto). En la década del '90, Armando fue cesanteado, quedó desocupado y ya no pudo volver al sector formal. Durante algún tiempo hizo changas, pero sus problemas de salud pronto se lo impidieron. Hace dos años pudo acceder a la jubilación. Desde chicos, sus dos hijos varones (de 27 y 20 años) tuvieron problemas de adicción a las drogas y comenzaron a delinquir. Esa situación, sumada a la muerte de su esposa, le generó muchas angustias que, según él, son la causa real de todas sus afecciones. Actualmente ambos hijos están detenidos en un penal de Mar

del Plata; el más grande cumple condena por robo a mano armada (una condena larga, por ser reincidente), el menor está a la espera de sentencia firme en una causa en la que es acusado de participar de un secuestro exprés. Armando vive con su hija mayor (32), su yerno y dos nietos. La casa está en la entrada del pasillo largo que surca “El Fondo” (ver plano adjunto). Es una casilla grande de madera y chapa, tres habitaciones, una cocina comedor y patio adelante. Los pisos son de tierra y no hay agua, por lo que su hija hace varios viajes diarios cargando baldes desde la casa de su hermana menor (19) –que vive con su pareja y su bebé recién nacido en un pequeño departamento en un monoblock a sólo dos cuadras del resto de la familia-.

Guillermo llegó al barrio 43 años atrás, cuando su madre se separó de su padre. Tiene 50 años y trabaja desde los 9: fue lustrabotas, ayudante en una carnicería, carnicero, y por más de 10 años trabajó haciendo piezas de barcos en un astillero naval. Cuando cerró el astillero y se quedó sin empleo –“cuando Menem tiró el país abajo”, según sus palabras-, aprendió soldadura, plomería y albañilería. Con esos saberes sobrevive haciendo changas, pero lo que realmente le gusta hacer es “trabajar en política social”. Cuando era chico, vivía con su mamá en una casilla de chapa y cartón construida sobre pilotes en un cañaveral que ya no existe (durante el gobierno de Frondizi, se rellenó la zona y en los 80 comenzaron a levantarse allí varios monoblocks). Guillermo tiene pocos amigos, una compañera y cuatro hijos de 20, 17, 14 y 11 años (dos mujeres, las del medio, y dos varones). Con su pareja y los tres hijos menores de ambos, ocupan un departamento de dos ambientes en un destartalado monoblock. Tienen electricidad y agua corriente. Con todo, Guillermo se siente feliz y cree que ha logrado muchas cosas en la vida. Es peronista y dice que quiere “ayudar a los humildes”. Desde el 2000, participa ocasionalmente en organizaciones sociales como contraprestación de un plan.

Susana nació en Dock Sud. Su madre biológica, sola y con otros cinco hijos, decidió darla informalmente en adopción a una pareja que contactó por intermedio de vecinos. Así, a los pocos meses de vida, llegó al barrio junto a sus padres adoptivos. Recuerda que tuvo una infancia con necesidades pero feliz. Cuando tenía 18 años se enamoró y tuvo a su

primera hija con un joven que no volvió a ver. Desde hace más de 10 años formó una familia con Cacho, con quien tuvieron dos hijos, otra nena y un varón. Cacho es escuchante (ver pág179) y pasa largos períodos privado de su libertad. Aunque estudió peluquería, Susana tuvo varios trabajos como empleada de comercio (en un almaceén y varias panaderías), pero desde 2001 trabaja en comedores barriales y/o centros culturales a cambio de un plan social. Susana y su familia siempre vivieron en la zona del barrio denominada “El Frente” (ver plano adjunto), aunque hace tres años vendieron su casa por \$ 3.000 y se mudaron más lejos de la entrada. Desde ese momento alquilan la parte de abajo de una construcción mixta tipo conventillo, allí comparten el patio y el baño con otra familia que vive en la parte superior, y disponen de dos habitaciones grandes de uso propio: una amplia cocina comedor y la otra habitación (dividida en dos por una cortina) sirve como pieza de los niños, de un lado, y matrimonial, del otro. La entrevisté en 2008 cuando Susana tenía 34 años.

Ana tiene 22 años, un gesto adusto, desconfiado, habla poco. Vive en el barrio desde que nació. Es la menor de tres hermanos que su madre crió sola. Ana, su hermano mayor y su hermana fallecida parecen un triste y paradigmático ejemplo de cómo los procesos de destitución social se hacen carne en la vida de las personas –sobre todo de aquellos que crecieron con la exclusión como única respuesta: los/las jóvenes-. Dejó el colegio a los 15, dice que porque es vaga y no le gustaba levantarse temprano. Pero más allá del aparente desinterés -que muestra con algo de orgullo, como si formara parte de su naturaleza no querer nada demasiado- cuando dejó el colegio su hermano estaba enfermo y su hermana detenida. Las drogas, la cárcel y los problemas de salud que ambos factores acarrearán se extendieron en la vida de sus hermanos mayores desde que Ana dejó la escuela a los 15 hasta que falleció su hermana cinco años después. En ese lustro, tuvo una vida sufrida, arrancada de la niñez y sin permiso para adolecer frente a los problemas familiares. Así, alternaba entre la educación no formal que brindan las ONG y el paco, según su ánimo se lo permitía. A los 17 empezó con un taller de escritura, después uno de periodismo. Los talleristas notaron rápido que tiene un talento natural para expresarse: a pesar de las faltas de ortografía los relatos que escribía Ana (especialmente poesías y

crónicas periodísticas y policiales) estaban muy por encima del nivel de cualquier chico de su edad. Así, en la ONG la impulsaron a seguir escribiendo, le gestionaron una beca y, con ayuda de uno de sus profesores, llegó a publicar algunas notas en un conocido diario de tirada nacional. Pero Ana nunca se sintió especial, nunca quiso aceptar que una vida tan dura estaba destinada a alguien especial y en los momentos de bajón se refugiaba por días en los fumadores junto a sus amigos, tan desafortunados como ella. Cuando murió su hermana, su hermano estaba preso, la muerte fue lo necesario para que su madre se diera por vencida, se cansara de remar contra la corriente. Ana dejó de escribir y se instaló en la evasión efímera del paco, también comenzó a visitar seguido a su hermano en el penal y allí se enamoró de un hombre fuerte del barrio que estaba (aún lo está) cumpliendo una condena larga por varios asesinatos. Quedó embarazada y hace poco tuvo a su bebé. La entrevisté con un embarazo avanzado, aún seguía consumiendo y de hecho, se ocupaba del gerenciar “afuera” el negocio que a la fuerza le heredó su actual pareja, la venta de drogas. A pesar de los todos los pronósticos y complicaciones, la beba nació sana. Ana la ve seguido, pero prefirió que viva con su abuela “que tiene más tiempo” porque ella con “su laburo no puede”. La beba y la abuela parecen felices, luminosas, frente a la mirada opaca de Ana.

Entrevisté a Walter en 2007, tenía 14 años y vivía con su madre y su abuela en una pieza de uno de los conventillos que están frente a la plaza central. A los trece, luego de repetir el primer año del secundario, Walter dejó de ir a la escuela, empezó a reunirse más seguido con sus amigos, a ir a bailar los fines de semana y a pasar el tiempo en la plaza o en la esquina, también tuvo algunas pocas experiencias vinculadas al robo. Aunque su discurso exalta la “vida descontrolada del delincuente”, sólo eventualmente tomaba alcohol y consumía drogas. Un chico bastante tranquilo, de los pocos de su grupo que no había caído en la adicción al paco. Una tarde, a principios de 2008, dos pibes chorros que escapaban de la policía se refugiaron en un ciber. Adentro, Walter y algunos amigos jugaban al *Counter Strike*. La policía abrió fuego dentro del local y una bala de 9 milímetros acertó en su cuello. Cuando la madre fue a buscarlo al hospital Argerich ya estaba muerto, el certificado de defunción decía

En el trabajo etnográfico en general, tanto para el diseño de instrumentos, la intervención y la etapa interpretativa, se retomó la corriente sociológica del interaccionismo simbólico, en varias de sus derivaciones. Una de ellas es la sociolingüística interaccional, que estudia la construcción social y lingüística de la interacción y permite incorporar el análisis del contexto para captar la inferencia de los significados implícitos. La contextualización social de un enunciado motiva y explica su uso: “lo que somos (o creemos que somos) es un efecto no sólo de la cultura y de las instituciones sociales (como la familia, la, escuela y el trabajo), sino también de procesos lingüísticos que están inmersos en

que había fallecido por herida de arma blanca. Desde ese día, continúa intentando que se esclarezca el asesinato de su hijo.

situaciones, ocasiones, encuentros y rituales de la vida cotidiana.” (Vich y Zavala, 2004).

Para diseñar e interpretar los distintos tipos de entrevista se retomó también el método biográfico, constituido a partir de la combinación de dos estilos de conducir las investigaciones: el método biográfico interpretativo, propio de la tradición interpretativista en la investigación sociológica; y el método etnográfico antropológico, focalizado en la observación y en la descripción de trayectorias vitales insertas en determinado contexto social (Sautu, 1999).

Los epistemólogos Taylor y Bogdan, en el clásico texto *Introducción a los métodos cualitativos de la investigación*, señalan que toda entrevista cualitativa es por definición no directiva, no estandarizada y abierta. De hecho, algunos autores definen a todos los tipos de entrevista cualitativa como

entrevistas en profundidad que siguen siempre el modelo de una conversación entre iguales y no el intercambio formal entre pregunta y respuesta (Taylor y Bogdan, 1986). Me permito disentir con estas afirmaciones, o al menos señalar que no se ajustan directamente al tipo de entrevistas cualitativas realizadas en esta investigación. En primer lugar, como se adelantó, se realizaron dos tipos de entrevista: la entrevista semi-estructurada o con guía de preguntas y la historia de vida o autobiografía sociológica (para reconstruir el modo en que los sujetos valoran sus trayectorias vitales). Es decir, si bien la situación interpersonal de entrevista no fue la lectura estructurada de un cuestionario - hubo repreguntas y se propició el espacio para que los entrevistados relacionen temas, experiencias y opiniones-, en el caso de las entrevistas semi-estructuradas de aproximación hubo una guía de temas a abordar. También en

las entrevistas en profundidad se siguió un eje de indagación: la historia de vida de los sujetos entrevistados (en este punto se incorporaron como elemento innovador las representaciones acerca del futuro, tanto posible como deseado). En ambos casos, la indagación se enfocó a desentrañar las tramas organizacionales que se despliegan en la vida cotidiana y su relación con las instituciones sociales. La segunda especificación que creo pertinente es que tampoco creo posible equiparar las entrevistas a una conversación entre iguales, ya que nunca hay simetría entre entrevistado y entrevistador. Especialmente en este caso, en el que los entrevistados se convirtieron en tales a partir de una característica específica que los diferencia de cualquier entrevistador externo: viven en un territorio marginal, una villa.

La observación participante se realizó, a veces sistemáticamente y otras

esporádicamente, a lo largo de cuatro años (2005 a 2009). Fue concebida como una técnica flexible, no predeterminada, ni antes ni durante el proceso de investigación por lo que los observables fueron mutando, volviéndose más nítidos o difusos. No obstante, la organización temporal del trabajo de campo fue la siguiente: durante 2005 comencé a visitar el territorio e hice las primeras aproximaciones necesarias para establecer las técnicas que se siguieron para la obtención de datos. A partir de 2006, comencé a participar en diversas actividades barriales (ver cap. 1, pág.2) que me permitieron asistir regularmente una vez a la semana. Así, entre abril y noviembre de ese año realicé una observación sistemática y tomé las notas de campo correspondientes luego de cada jornada de trabajo territorial. En 2007 se hicieron las entrevistas de aproximación y en 2008 las entrevistas en profundidad, la periodicidad de

los encuentros dependió de la disponibilidad de los entrevistados. Durante esos dos años la observación participante no se interrumpió, pero no fue sistemática ni prioritaria en términos metodológicos - la confrontación con el referente empírico sirvió para establecer categorías de análisis de los datos obtenidos en la primera etapa de observación y en las entrevistas de aproximación-. Por último, entre mediados y fines de 2008 y desde abril hasta junio de 2009, se estableció una segunda etapa de observación del campo a fin de poner en diálogo las interpretaciones con la realidad del fenómeno -focalizar, comparar, ampliar o profundizar aspectos emergentes de los resultados del análisis (es decir, de las primeras conclusiones del diagnóstico).

Como en las entrevistas, en el acercamiento al campo también hay intereses investigativos determinados ya que es imposible observar el todo. Pero los rasgos específicos del trabajo

etnográfico siempre evolucionan a medida que operan. La dinámica de ese proceso se apoya en las nociones de vigilancia epistemológica de Pierre Bourdieu y de "reflexividad en la observación participante" de Rossana Guber. La primera explica que el científico debe revisar continuamente los supuestos epistemológicos de su investigación, preconociones teóricas y metodológicas, a partir de su interacción con la realidad empírica, en trabajo de campo (Bourdieu, 1990); y la segunda asume que la participación del investigador en el territorio es una herramienta valiosa para el conocimiento social, pero no por su neutralidad -que es por definición imposible- sino porque se evitan subjetividades interpretativas de posibles intermediarios (Guber, 1991). Así, el investigador o investigadora debe ser quien contraste y ponga en diálogo críticamente la teoría con la

realidad del referente empírico (Vidarte Asorey, 2008).

En este punto, vale comentar ciertos aspectos sobre mi vinculación con el fenómeno estudiado (el territorio y los actores que lo habitan). Nací en el barrio obrero de Gerli, en Avellaneda, donde viví hasta los doce años. Ahí está la casa familiar a la que vuelvo los fines de semana. A excepción de un lustro de residencia en la ciudad de La Plata (mientras estudiaba la Licenciatura en Comunicación Social) viví en San Telmo y en Barracas, y todavía lo hago. El paisaje del Riachuelo no me es ajeno, y aunque no me considero "etnógrafa nativa" sí me siento parte de un cierto ecosistema popular del conurbano sur, de una cultura orillera. Por esto, recorro nuevamente a las palabras de Pierre Mayol para asumir con él que "la separación entre los datos objetivos de la investigación, y los

personales del arraigo no es evidente" (Mayol en De Certeau, Giard, Mayol; 2006).

- **Etnografía en obra**

Como se desarrolló en el capítulo 2, el proceso de investigación transdisciplinario, o de la ciencia plenaria, no parte de las teorías ni de los casos, sino de las inferencias lógicas (del orden de la analogía y la abducción) que podemos hacer para vincular los diversos rasgos (Samaja, 2006) que emergen de un fenómeno determinado a partir de nuestros acervos culturales de conocimiento -el capital simbólico con el que contamos sobre el tema (Bourdieu, 1985)-. En este sentido, el rol del científico (y del diagnosticador) se asimilan a la figura del investigador en el relato policial: los rasgos son pistas que debe poner en relación, entre sí y con los antecedentes que conoce, para

construir una explicación verosímil (hipótesis, teoría) que permita determinar lo indeterminado.

Es decir, hay elementos coincidentes en el proceso de inferencia lógica en una investigación, sea o no diagnóstica, aunque difieran los procedimientos de recolección y los criterios de validación de información, de acuerdo al contexto (científico, periodístico, policial o médico, por ejemplo). Así como el proceso de investigar supone ciertas lógicas, lo mismo ocurre con el rol del investigador: hay sentidos establecidos en el orden social, nociones que preexisten a cada investigación particular, y éstos son especialmente atendibles para indagar en territorios de exclusión.

Tal es el caso del proceso de reproducción, abordaje y realización de entrevistas y observaciones, en todos estos casos los sujetos interpelados identifican al

investigador con la figura del periodista, ya que es la más arraigada en las representaciones del campo popular. Esto afecta directamente el proceso de investigación, sobre todo en relación a la presentación del *self* (Goffman, 1959) que hacen los habitantes del barrio: una imagen fabricada para el afuera, que combina lo que ellos quieren mostrar con lo que los otros esperan ver. Esta imposibilidad inicial de acceder a lo que Goffman denomina backstage - si bien fue perdiendo peso con el tiempo- se tradujo en decisiones y mecanismos tendientes a, por un lado, reconocer la situación y transformar la pauta de relación y, por otro, descartar una búsqueda de información "objetiva" en los discursos de los entrevistados y analizarlos como palimpsestos del sentido, la representación y la experiencia.

Así como hubo una dimensión de elecciones epistemológicas de cara al campo académico, también existió una serie de decisiones teórico-políticas que se plantearon de cara a los actores. Todas tuvieron que ver tanto con la ética como con la negociación de ese rol con los sujetos. En ambos sentidos apareció, el rol del investigador / periodista como un género o molde que funciona con códigos propios. Tanto para mí como investigadora, ya que mi formación de grado y mis primeras experiencias profesionales fueron periodísticas; como para los *otros* analizados, que ven en el etnógrafo a un periodista -y por tanto una oportunidad de visibilizarse en los medios- (Auyero y Grimson, 1997).

Para pensar esta cuestión del rol del investigador / periodista en territorios de exclusión del conurbano bonaerense, resulta interesante retomar la investigación *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia*, *Vidas de*

pibes chorros (2003). Más allá de la envidiable prosa de Cristian Alarcón, y de que investigación no tiene ni pretende tener carácter científico, se puede leer en el texto una descripción del proceso de investigación en el trabajo de campo, el lugar del investigador y algunas técnicas. En ese sentido, esta investigación retomó de *Cuando me muera...* dos técnicas de intervención. La primera es el lugar de las historias de vida como elemento sustancial de acercamiento al universo de los actores -técnica que se identifica como relevante desde la superficie textual ya que aparece como el eje narrativo que articula la totalidad del relato-. La segunda técnica de intervención fue la reivindicación del derecho de protección de las fuentes, ya que el anonimato de las personas y el territorio fue la manera consensuada de realizar entrevistas en un clima de confianza y distensión.

Otro aspecto importante respecto a la investigación de campo y el rol del investigador (que puede aplicarse tanto a etnógrafos como a periodistas) es la comprensión de que las dinámicas territoriales imponen analizar situaciones, sujetos y cualidades observables que no estaban previstos a priori, sino que surgen de la vivencia, de la temperatura del trabajo territorial. En esta dirección resultaron muy útiles las reflexiones de Daniela Soldano en "Proximidades y distancias, el investigador en el borde peligroso de las cosas". En el texto, la politóloga explica las transformaciones que fue teniendo la categoría de "riesgo sanitario" en una investigación sobre cartoneros de la periferia del Área Metropolitana de Buenos Aires; para quienes supone un riesgo objetivo mayor la falta que la presencia de basura, ya que de eso depende la comida del día (Soldano, 2000). Es mejor

vivir sobre un foco infeccioso que no vivir, por lo tanto las nociones de "riesgo" y "peligro" no se definen en relación a la calidad de vida -como habían establecido a priori los investigadores- sino a la supervivencia.

En estos ejercicios de vigilancia epistemológica lo importante es estar atento, dejarse permear por el campo y ser flexible a adoptar los cambios que la realidad nos propone. En el trabajo etnográfico de esta investigación, la noción que primero se puso en crisis fue la de "excluidos". En el campo se hizo visible que los habitantes de territorios de exclusión están contenidos por redes de lazos comunitarios y comparten una serie de valores y sentidos culturales de clase / sector, que no coinciden con las primeras definiciones disponibles sobre exclusión. La versión de sentido común clase-céntrica tiene implicancias que hacen pensar

al excluido como un no participante de lo social / cultural; y la definición estadística iguala los excluidos a los pobres estructurales, sin embargo las condiciones objetivas de pobreza no coinciden exactamente con la experiencia de exclusión, siquiera durante el trayecto vital de un solo sujeto: "Antes vivir acá era diferente, la gente estaba bien, había movimiento. Yo trabajaba en reparaciones navales, tenía mi sueldo, mi puesto, todo bien. La cosa cambió cuando cerraron todo y quedamos sin laburo". Algo similar ocurre con la categoría sociológica de "población sobrante absoluta" (Argumedo, 2004) que es pertinente para pensar a los excluidos en relación al mercado, pero no a la cultura.

Esta cuestión mereció varias redefiniciones a partir de la lectura y relectura de diversos materiales teóricos, el debate y el diálogo entre éstos y el fenómeno real -referente empírico (Vidarte Asorey, 2009)-, así como con

la propia experiencia de campo. Así pasaron meses de incomodidad epistemológica hasta que pude identificar la categoría de "excluidos" con la de "subalternizados" (Solomianski, 2004), y definirla como grupos que comparten un sufrimiento común, una experiencia histórica y colectiva de resistencia cultural.

Topografía

De acuerdo a los objetivos de la tesis y las experiencias de campo, pero también a la organización interna de este informe, se eligió organizar lo recabado en observaciones y entrevistas en base a dos entradas: una sucesiva ordenada a partir de microdinámicas de la vida cotidiana -social, económica, territorial y política, de modo análogo a lo analizado en el capítulo anterior sobre las macrodinámicas estructurales-; y una transversal, que describe las tramas

organizacionales que se dan en torno a las instituciones sociales. Con respecto a las instituciones, en el trabajo de campo se observó que las más relevantes para la vida cotidiana en el territorio, las que atraen mayor densidad y dinamismo en las prácticas asociativas de los sujetos, son seis instituciones tradicionales de la Modernidad (familia, religión, trabajo, territorio, educación y política).

- **Microcosmos social: instituciones íntimas**

*"Creo en Dios, por mi familia,
por mis amigos. Pienso en ellos
y creo para ellos"
Sebastián, 37 años*

Lo microsocioal como dinámica cotidiana se manifiesta a partir de ciertas prácticas y sentidos de pertenencia institucional, que

ubican a los sujetos dentro del orden social y operan tanto en la vida privada como en la pública. La pertenencia a determinadas instituciones es determinante de la identidad subjetiva, más acá y más allá de la comunidad y el territorio específicos. Algunas de esas instituciones sociales configuran lo que aquí llamamos microcosmos social: la familia y la religión⁴⁴.

Como muchas otras instituciones la familia tuvo variaciones a lo largo de la historia y particularidades locales. Susana Torrado -que recientemente publicó un estudio sobre la familia argentina- señala tres momentos de transformación histórica que se corresponden con cambios culturales en la configuración de la familia (Torrado, 2003).

⁴⁴ De acuerdo al orden seguido en el capítulo anterior (sobre las dinámicas macroestructurales), la experiencia de ser pobre, ocupar un lugar en la composición de la pirámide social, podría narrarse dentro de este ítem, lo microsocioal. Pero de acuerdo a lo relevado sobre el modo en que se experimenta la pobreza, resultará más útil a los fines del análisis desarrollar este tema dentro del ítem referido a lo microeconómico.

El primer cambio está dado por el pasaje de la "familia criolla" (pareja informal, sin unión legal, con gran cantidad de hijos) a la "familia tipo" -pareja formal, unida por medio de casamiento legal, con pocos hijos-. En Argentina, este modelo familiar fue traído por los inmigrantes europeos sobre fines del siglo XIX; en el contexto de diversas pautas culturales y especialmente de la cultura popular.

El modelo de familia tipo, aunque sigue siendo dominante, entró en crisis a partir de la década del 60. Hubo un cambio cultural en todo Occidente durante la segunda mitad del siglo XX que se vincula con distintos factores históricos y políticos que ponen en crisis la concepción moderna del mundo (Ver Capítulo 2: Epistemología, los mapas). Este proceso global fue descrito por Hobsbawm como "la revolución cultural", dentro de la que emerge la "crisis de la familia" (Hobsbawm, 1998). Así, "la

familia tipo" pierde su habitualidad y deja paso a la llamada "familia disfuncional", caracterizada por la pareja en concubinato con pocos hijos. A nivel local, Torrado señala que junto a la familia disfuncional aparece la "familia ensamblada", en la que los hijos de una pareja conviven en familia con las nuevas parejas de sus padres y otros hijos de uniones anteriores; en este modelo, los lazos de sangre no son determinantes para la constitución de la familia (Torrado, 2003).

Pero la implementación del neoliberalismo en América Latina, trajo nuevas crisis políticas, económicas, sociales y culturales. En nuestro país, el período de crisis 1976 - 2001, provocó diversos cambios en el modelo familiar y, aunque el hogar conyugal sigue siendo el modelo hegemónico, aumentaron los hogares unipersonales y monoparentales (especialmente con Jefas de familia, en paralelo con el aumento de la desocupación en

la población activa de varones); y disminuyó la formalidad en favor de lo consensual; lo que hace posible la falta de contención y el desconocimiento del Estado sobre los derechos familiares⁴⁵. En síntesis, asistimos a un tiempo (y cohabitamos el espacio) de familias desgarradas y vulnerables (Torrado, 2003).

A pesar de que esto se corroboró en el territorio, el trabajo de campo evidenció que la familia sigue siendo el sostén de muchos vínculos comunitarios. El análisis de las prácticas asociativas muestra que la organización familiar es la más relevante en la vida cotidiana de los sujetos. Todos los habitantes se definieron como miembros de una familia, con uno o varios roles dentro de la organización familiar (madre, hijo, hermano,

⁴⁵ Cabe señalar que con el impulso, la aprobación y la implementación, el 14 de julio de 2010, de medidas como el Matrimonio igualitario y la Asignación Universal por hijo (que se desarrolla en el Capítulo 5), el Estado argentino amplió sus responsabilidades con las familias del país (más allá de su composición interna).

etc.). En este punto es destacable la persistencia de figuras de parentesco propias del modelo de familia criolla (como la comadre, el compadre y los ahijados) que también constituyen roles y suponen pautas determinadas para relacionarse / organizarse con otros.

De igual modo en lo simbólico, los entrevistados describieron a la familia como algo dado, natural: "la familia no se elige" dice Armando (69). Todos manifestaron la importancia que tiene la familia en sus vidas cotidianas, a partir de diversos argumentos y en distinto grado. Frente a la pregunta por cuáles son "las mejores cosas de su vida", aproximadamente la mitad señala que lo más importante en su vida es la familia: "lo más importante es poder criar a los hijos", "lo más importante son mis hermanos", "darle el cariño a mis hijos y a mis nietos", "lo que más valoro es tener una familia y poder

cuidarla". En muchos casos se aludió a la idea familia unida: "¿lo mejor?, tener a mis hijas, que siempre vivan conmigo, y tener para darles de comer" dice una mujer de 32 años, "¿lo peor?, para mí fue cuando se llevaron a mis hermanos presos", comentó un joven de 15, "el recuerdo más triste de mi niñez es cuando falleció mi tío, antes de eso estábamos todos" recuerda un hombre de 54 años, "el peor momento fue cuando mi hermano estaba internado y mi hermana detenida" dice una chica de 22. Algunos mencionaron la importancia de la familia sana: "que mi familia esté bien de salud", "que lo operen a mi papá de los ojos", "lo más importante sería la asistencia de la salud para los chicos", "que estemos todos bien, sanos".

La familia también apareció asociada a experiencias de felicidad: "los mejores momentos de mi vida fueron los nacimientos de mis hijos, haber conocido a mi esposo y la

noticia cuando mi hermana me dijo que iba a ser tía", "el nacimiento de cada uno de mis hermanos". Estos recuerdos felices refieren a experiencias de la niñez como un tiempo de familiaridad y contención: "cuando era chico, esos almuerzos que nos juntábamos toda la familia", "cuando nos juntábamos todos en la casa de mi abuela", "cuando nos juntábamos todos, antes de que falleciera mi hermana", dicen un hombre desocupado de 48 años y dos mujeres 29 y 19.

Las representaciones de futuro se asocian directamente a la familia, tanto en el sentido imaginario de los futuros deseados: "Me gustaría que mis hijos sean algo en la vida", "me mudaría para darle un futuro a mi familia, a mis hijos"; como también en los actos presentes realizados con visión prospectiva hacia los futuros posibles: "tuve que irme de ahí porque no podía dejar que mis hijos vivieran con una persona así", "Mando a mi

hija a la escuela para que pueda hacer lo que yo no hice”, “lo que más me preocupa es el estado económico, qué le puedo dejar a mis hijos”.

En el territorio son habituales los casos de padres jóvenes, lo que complejiza y amplía las estructuras familiares ensambladas. En las entrevistas a jóvenes, se advirtió que muchos identificaban a sus hijos como el único -o al menos el más palpable- proyecto de futuro posible, “para mí el futuro de mis hijos es lo más importante, yo lo único que hago es cuidar a mis hijos, porque mi papá me ayuda y yo me ocupo de ellos”. En algunas conversaciones, los hijos aparecían como el primer elemento que los ubica ineludiblemente en el mundo adulto, para Carlos (17) “ser padre te obliga a rescatarte” y para Jessica (22) la “niñez terminó a los 15, cuando quedé embarazada y me junté”; mientras que en generaciones anteriores, esto ocurría con el acceso al

mercado de trabajo, aunque no siempre al formal: “para mí la niñez terminó a los 11 años, cuando tuve que salir a trabajar”, “a los 10 años, porque mi papá se enfermó y quedó sin trabajo, fue por la desocupación que yo tuve que empezar a ayudar en casa”, “la niñez me duró como hasta los 18, cuando entré al Astillero”.

En lo microsocioal, la familia apareció sin duda como la institución más arraigada, al punto de que la participación de los sujetos se experimenta como natural y no como una elección / construcción social y cultural. Algo similar, aunque con menor intensidad ocurre con la religión. Como afirma Pablo Semán, la religiosidad está ligada al ámbito de la familia, ya que es durante la niñez y en el marco familiar dónde las personas aprenden las nociones de pecado y virtud (Semán, 1997):

“Mis papás eran evangelistas y yo también creo en eso de que Jesús en algún momento va a venir y se va a llevar a su pueblo y todas esas cosas. Es cuestión de fe”.

Como se desarrolla en el Capítulo 1, en el barrio existen dos organizaciones religiosas: el convento católico y el templo evangélico, cada uno de estos espacios y sus referentes, el cura y la pastora, son centrales en el entramado simbólico y relacional del barrio. Sobre este punto, cabe aclarar el dato de que el convento está ubicado a pocos metros de la plaza central en la zona denominada El Frente, mientras que el templo evangélico se emplaza en medio de la zona más precaria, la villa del Fondo (ver plano adjunto). Pero además de las prácticas religiosas vinculadas a estos cultos institucionalizados, los entrevistados dieron cuenta de otras prácticas y sentidos no hegemónicos que permiten reconstruir el mapa cultural de la religión como institución

social en el barrio. En primer lugar resalta la relevancia del culto umbanda -que se detectó con similares cantidades de seguidores que las dos religiones tradicionales antedichas- y en segundo término la devoción por figuras populares, especialmente entre los jóvenes.

Pensemos a estas instituciones sociales -y a sus organizaciones en el territorio- como una suerte de nodos que concentran gran parte de las prácticas asociativas que configuran las redes de relaciones organizacionales en la comunidad. Estos nodos están atravesados por prácticas y sentidos diferentes (tanto cualitativa como cuantitativamente) según la institución social y el lugar que ésta tiene en los acervos comunitarios de sentido. Así las prácticas asociadas a las instituciones íntimas -en el sentido de su gravitación en la conformación identitaria en el ámbito de lo intersubjetivo privado-, la familia y a la

religión gozan en general de una valoración más positiva que las asociadas a otras instituciones, como la política o el trabajo. En torno de estas instituciones, las redes de comunicación son más estables aunque menos numerosas; y la pertenencia a cualquier proceso relacionado con estas instituciones no es privativa de la participación activa en cualquier actividad vinculada con otras (especialmente con la política). Esto ocurre básicamente por la relevancia de éstas tanto en el nivel subjetivo y experiencial como en la representación comunitaria; pero además porque habitualmente estas organizaciones manejan menos dinero o capacidad de financiación y ofrecen otro tipo de estímulos y beneficios intangibles para generar y sostener las redes de relaciones en su entorno.

En el caso de la religión, como sabemos la tradicional Iglesia Católica Apostólica Romana

plantea al menos desde los años '70 -en relación con Concilio Vaticano Segundo⁴⁶, especialmente en América Latina, y más específicamente en las villas miseria de la Argentina- una realidad heterogénea que repercute en el tipo de referentes territoriales vinculados a los sectores populares: conservadores, por un lado, y tercermundista, por otro⁴⁷. A la crisis estructural de la Iglesia católica, se le suma el crecimiento y desarrollo organizacional de otras religiones y creencias.

⁴⁶ El Concilio Vaticano II fue un concilio ecuménico de la Iglesia católica convocado por el papa Juan XXIII en enero de 1959. Lo que se pretendió fue un *aggiornamento* o puesta al día de la Iglesia, renovando los elementos que más necesidad tuvieran de ello, revisando el fondo y la forma de todas sus actividades. El concilio mereció la crítica de los sectores conservadores y la adopción de los renovadores, que dieron origen al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. El documento está disponible en www.vatican.va.

⁴⁷ Para ampliar ver Martín, J. P. (1992) *El movimiento de sacerdotes para el tercer mundo. Un debate argentino*. Buenos Aires. Editorial Guadalupe; Morello, G. (2003) *Cristianismo y revolución. Los orígenes de la guerrilla argentina*. Córdoba. Universidad católica de Córdoba y Pontoriero, G. (1991) *Sacerdotes para el tercer mundo: el fermento en la masa: 1967-1976*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

De acuerdo a las descripciones de los vecinos, hasta hace aproximadamente una década el cura católico del barrio se asociaba más a la línea conservadora, según los vecinos "era un cura más serio, más normal (...) medio ortiva pero que no se metía en nada, nomás jugaba al fútbol con los chicos en el patio". Pero hace unos años el cura fue trasladado (ascendido, según algunos entrevistados) y ocupó su lugar en el convento Paco, un español de unos cuarenta años que (como adelantamos en el Capítulo 1) se autodefine cura villero. Paco es uno de los curas que realizó la "opción por los pobres" y algunas de sus prácticas (andar en moto por el barrio, no usar cotidianamente su sotana, tener hijos adoptivos, o escuchar rock nacional) desconciertan y a veces provocan risas en la comunidad. Pero a pesar de lo integrado que está Paco, su rol como actor cultural y político genera muchas tensiones y en algunas ocasiones conflictos

manifiestos. Según pudo observarse y escucharse, en todos los casos el elemento central de esa puja es el financiamiento al que accede el cura (diversas ayudas de Cáritas, del ámbito provincial, ONG europeas, y varios programas de Responsabilidad Social Empresaria). Así, en el espacio del convento se realizan distintas actividades y se asignan diversos recursos cuyos destinatarios son seleccionados por el sacerdote de acuerdo a criterios propios, o al menos no consensuados con la comunidad. Esto genera que las relaciones asociativas en torno a la iglesia católica y a su referente muestren características similares a las que se desarrollan en relación a los referentes políticos tradicionales; y distintas respecto a las que se generan en torno a otras organizaciones y actores religiosos con menos acceso a fuentes de financiamiento externas.

Varios entrevistados se definieron como católicos, en general esto apareció vinculado a tradiciones familiares y asociado al ámbito privado, y sin relación aparente con la participación en la iglesia del barrio ni con las manifestaciones comunitarias en el espacio público: "Mis padres eran católicos y yo también, porque creo en Dios y en la Virgen", "Yo soy católico porque eso me inculcaron cuando era chico. Eso es algo que viene desde hace mucho tiempo", "Nosotros somos católicos. De siempre", "Católicos, la familia, los amigos, todos católicos. Aunque a veces dudo, pero creo".

Tanto en relación al manejo de financiamiento como al modo que se pone en juego en la práctica religiosa -que no depende de la participación activa en el templo sino que suele experimentarse en lo privado-, aunque las creencias católicas estén tan entrañadas en los sujetos como otras creencias

religiosas, el entramado organizacional en torno del convento no es tan denso como ocurre con el templo evangélico. De hecho, dentro del universo relevado, las religiones con más adeptos fueron la evangelista y la umbanda.

En las últimas décadas, distintas iglesias evangelistas pentecostales se insertaron en los territorios de exclusión y lograron una fuerte presencia. La organización de los templos, los pastores y las redes de relaciones pentecostales son muy flexibles y esto les permite una adecuación rápida y a la vez sólida a la comunidad: "la fe se transforma en una pequeña red de familias que gestiona autónomamente bienes, jerarquías y preceptos religiosos. En ella se cura con rezos cristianos el empacho, tramitan sus conflictos las familias atacadas por el alcoholismo de algunos de sus miembros, se enseña que Dios hace milagros por doquier, y los pastores y los fieles son cotidianamente

mediadores y receptores finales de las potencias de Dios" (Míguez y Semán, 2006). Los fieles de la iglesia evangélica manifiestan un alto grado de compromiso con sus creencias religiosas: "Soy evangelista porque hay un solo camino, que es Jesucristo, el rey de la vida.", "Soy evangélica, porque sí, porque creo en todo: en Dios, en la Virgen, en todo".

En la creencia evangélica pentecostal hay algunas cuestiones que operan como elementos catalizadoras de las tramas organizacionales populares, como la habitual intervención de Dios sobre lo real y los pequeños milagros cotidianos. Lo divino no es vivido como algo problemático, ni como recurso de último momento ante el fracaso de otras iniciativas, sino como una posibilidad siempre presente (Semán, 1993). Sobre las diferencias entre el catolicismo y el evangelismo aparecieron respuestas que clarifican los sentidos asignados a estos cultos: "Es como más activa

la Iglesia evangélica que la católica. La católica tiene mucho Cáritas, mucho todo, pero nunca llega nada de ellos" dice Susana (34), "Lo que pasa es que nosotros (los evangelistas) pensamos que Dios se hace presente cada vez que haces algo por otro, y si vos haces estás con Dios, y entonces también van a hacer por vos" explica Amalia (32), "Los católicos nos enseñaban a nosotros una historia llena de imágenes, y las imágenes no hacen nada, no sirven de nada", reflexiona Armando (69). Así, los pentecostales ponen en juego un sentido de utilidad de sus prácticas religiosas.

Las condiciones de utilidad y flexibilidad del culto evangélico emergieron también en los relatos recabados; por ejemplo, varios de los entrevistados que se definieron como evangelistas eran a la vez de devotos de distintas figuras oficiales y paganas - especialmente de San Expedito y el Gauchito

Gil-; lo que en principio podría parecer contradictorio ya que en la doctrina evangélica no se rinde culto a los santos. Pero existe un cierto uso estratégico de la flexibilidad por parte de los agentes evangelistas que aunque no promulguen tampoco condenan las creencias que están por fuera de su doctrina.

No obstante, la multiplicidad en las prácticas religiosas no es excluyente de los evangélicos. Aunque no haya sido expresado formalmente en las entrevistas, pudo observarse que la pertenencia a alguno de los tres cultos mayoritarios en el territorio (evangélico, católico o umbanda) no invalida la creencia en otras figuras ni las prácticas de devoción. En el mismo sentido, Pablo Semán afirma que en los grupos populares la religiosidad no se experimenta como la adopción de un dogma (unívoco y totalizador) sino como un abanico múltiple de creencias

disponibles (Semán, 1997). De acuerdo a todo esto, en el barrio estudiado, el templo evangélico funciona como un nodo centralizador de gran cantidad de prácticas organizativas: se recurre a la pastora en busca de consejo y guía espiritual pero también de ayuda material; el templo es un lugar de pertenencia para la familia y es a la vez el espacio en el que se hacen contactos, se trocan favores, se consiguen trabajos e incluso se gestiona el acceso a algún plan social.

Como adelantamos, parte importante de los entrevistados manifestaron creer en la religión umbanda; que fue definida por algunos con ese nombre y por otros como "kimbanda" en referencia a uno de los dos tipos de prácticas umbanda (la magia blanca) y en oposición al segundo tipo (la magia negra o macumba). Además de la amplia adhesión manifestada en las entrevistas y el hecho real -que puede constatarse en distintas investigaciones de

campo y relatos periodísticos⁴⁸- de que desde hace décadas la religión umbanda forma parte de las prácticas culturales de los sectores populares urbanos de Buenos Aires; éste sigue siendo un culto extraoficial que se experimenta en lo privado y se comparte sólo con grupos reducidos de personas. Así, hay un cierto halo de censura en torno a la práctica de la religión umbanda, más ligada al curanderismo, sus tradicionales rituales y sus referentes, que a una organización religiosa (iglesia o templo): “¿si creo en alguna religión? No. Bueno, en realidad sí, porque estoy en la umbanda, y creo porque quiero creer, porque no creo en otra cosa, (no creo) en las iglesias”; “ahora sigo la religión kimbanda. Porque sí, porque creo y me funciona”. Este ocultamiento es

contraproducente en relación a la densidad de redes organizacionales en torno a la práctica de la religión umbanda. Por otro lado, es necesario señalar que aunque en general de eso no se habla, se observó que la comunidad convive con la devoción umbanda: por la mañana, es habitual encontrar ofrendas muy elaboradas (tortas, velas, botellas de licor, flores, y hasta fotos viejas o prendas de vestir) en la plaza o en la ribera; y al atardecer las contundentes notas de los tambores africanos resuenan cada tanto en los pasillos de la villa.

Por último, de entre los entrevistados que expresaron ser devotos de santos o figuras religiosas, es destacable que todos los jóvenes varones se identificaron sólo con ese tipo de creencias: “Yo creo en el Gauchito, no sé por qué pero le pido a él”, dice Jonathan de 16 años”; “Creo en el Gauchito porque me cumple y me protege”, dice convencido Walter

⁴⁸ Para ampliar, además del mencionado texto de Cristian Alarcón, pueden verse los relatos de campo en las investigaciones de Daniel Míguez y Pablo Semán sobre cultura popular y prácticas religiosas.

de 14; "En San La Muerte, que me protege, y también creo en el Gauchito"⁴⁹.

En este punto, cabe citar las reflexiones sobre las prácticas religiosas de los pibes chorros que realiza Daniel Míguez. El investigador explica que personajes como el Gauchito Gil, el gaucho Bazán Frías y el gaucho Lega se convirtieron en leyendas en vida, al compartir el ganado y el dinero con los pobres. Así, por sus acciones en vida, estos bandidos generosos se convirtieron, después de muertos, en emblema de justicia (Míguez, 2004). Hay aquí una formación de la

⁴⁹ Además de las nociones asociadas a las prácticas devocionales de los jóvenes a figuras populares, sería interesante reflexionar (y quizás indagar en investigaciones posteriores) sobre la relación cultural que existe entre el origen de los mitos de las figuras populares que se veneran y la procedencia de las poblaciones analizadas. En el caso del territorio estudiado, la mayoría de la población pertenece a familias de migrantes internos llegados desde provincias que limitan con Brasil y Uruguay (especialmente del litoral argentino), ver en este mismo capítulo el ítem "Territorio en primera persona. El arrabal habitado". En este sentido, se nota una coherencia entre las prácticas religiosas y de las tradiciones culturales y familiares: la religión umbanda es producto del sincretismo y la hibridación cultural de los afrodescendientes del Brasil, y el Gauchito es una figura mítica del Noreste argentino.

cultura popular local que se sostiene desde los bandidos rurales de principios del siglo pasado -los más ilustres fueron Juan Bautista Bairoletto y David Segundo Peralta, alias "Mate Cosido"- hasta los héroes más actuales, como el "Frente Vital". Algunos elementos análogos son, en primer lugar que un ladrón puede llegar a ser santo cuando roba para compensar una injusticia mayor (Míguez, 2004); y en segundo término que la devoción a estas figuras está muy relacionada con los pedidos de protección, sobre todo de la muerte violenta.

En la misma línea, Pablo Semán habla de la existencia de una "matriz de la cultura popular", como una corriente transversal de prácticas y representaciones religiosas a la que caracteriza como cosmológica; en la que lo sagrado está en el "más acá". Esta cosmología es para el autor "holista y relacional entre lo físico y lo moral" ya que muestra una

continuidad en la que pervive la totalidad por sobre las partes. Esta noción de matriz cultural popular, de la que habla Semán se vincula al concepto de Argumedo de patrón sociocultural popular (desarrollado en el capítulo 2) y a la noción de Matriz popular de Barbero (Martín Barbero, J. 1987); y es coherente con las reflexiones que presentamos en el capítulo anterior respecto a ciertos elementos centrales y constantes de la heterogénea cultura popular latinoamericana, como la valoración de la equidad y la justicia social en el marco de la diversidad cultural.



Gauchito Gil, Villa Zapito, 2008. Autor: Nerf

- **Microeconomía de la vida amateur**

*"El trabajo es todo. Teniendo trabajo
tenemos salud, familia,
tenemos todo. Si no tenemos trabajo no
tenemos nada"*
Armando, 69 años

En el capítulo anterior, se siguió la propuesta de Wacquant (2001) de analizar la macroeconomía en sus interrelaciones con el mundo del trabajo -y su caída a nivel global-. En este, se seguirá el mismo eje economía / trabajo, pero desde lo microsocio para dar cuenta de la trama organizacional que existe en torno del trabajo como institución social, situada en un contexto específico de las relaciones de comunicación e intercambio simbólico en un barrio, una comunidad, unos actores determinados. Para esto comenzaremos por hacer algunas aclaraciones respecto a cómo

opera epistemológicamente la categoría trabajo en esta tesis (conceptualmente y en la interpretación del trabajo de campo).

La definición más extendida de trabajo refiere al empleo formal y tiene la ventaja de no asignar la condición de trabajador a aquellos sujetos excluidos del mercado (desocupados, subocupados o trabajadores ocasionales). Una variación explicativa que complejiza la categoría surge a partir de las investigaciones sociales sobre el delito que plantean una diferenciación entre las ocupaciones legales e ilegales, y a la vez introducen la idea de "carrera" de profesionalización en las ocupaciones (Isla, 2002; Míguez, 2001, 2002).

Estos planteos permiten pensar a las diversas ramas o rubros de actividades legales o ilegales en relación a un determinado capital simbólico sobre los modos de hacer en un campo dado y una estructura de jerarquías

ligadas a la capacitación que se asocia a la idea de "carrera" -aún cuando se trate de la carrera delictiva-. Así se recupera la noción de ascenso social a partir de la profesionalización en una actividad.

Pero Gabriel Kessler, en sus estudios sobre la relación entre trabajo y delito señala que, entre los jóvenes pobres del AMBA que delinquen, no está presente la idea de "carrera delictiva". Lo que hay es una alternancia entre trabajo y delito de acuerdo a las necesidades de cubrir ingresos, por eso llama a este tipo de actividades ilegales "delito amateur" (Kessler, 2004). El autor retoma la idea planteada por Denis Merklen como la vuelta a la "lógica del cazador" de los sectores más vulnerables: una respuesta cortoplacista a la necesidad de supervivencia; en oposición a la "lógica del agricultor" que implica la planificación a futuro y la capacitación en destrezas determinadas

(Merklen, 2001). A estas metáforas explicativas, Kessler propone otras y habla de un pasaje de "la lógica del trabajador" a "la lógica del proveedor", asociado a la transformación en los criterios de legitimidad de los ingresos (Kessler, 2004).

Esta transformación se asienta en la caída del mundo del trabajo formal aunque no implica por sí un desvalor sobre la institución trabajo como forma prioritaria de ascenso social, ni como medio para acceder al respeto familiar y comunitario. Este tipo de tramas vinculares con el trabajo, así como la aclaración de Kessler, fueron contrastadas y constatadas en la etnografía.

Frente a preguntas sobre cuáles son las cosas más importantes o urgentes en sus vidas, todos los entrevistados mencionaron el trabajo, tanto en relación al deseo individual de conseguirlo (incluso en el caso de los jóvenes que cometen delitos) como sobre la

necesidad de que algún miembro de la familia lo haga (padres, hijos, hermanos o maridos): "Mi necesidad más grande es tener un buen trabajo", dice Jorge, un hombre desocupado de 31 años; "El trabajo es lo principal, lo demás viene solo" afirma Alan de 35; "Lo principal es la inversión para que haya trabajo, de cualquier cosa, pero que uno consiga" explica Guillermo de 50; "Lo más grave es la falta de trabajo, porque si tenemos trabajo tenemos salud, tenemos familia, tenemos todo. Si no tenemos trabajo, no tenemos nada", sentencia Armando de 69 años. En el mismo sentido, Walter (14) se sincera: "Yo ahora no hago nada, pero me gustaría tener un buen trabajo"; "¿lo peor? el desempleo. Sí, la delincuencia, el desempleo y la droga son los problemas que hay acá", dice Julián de tan sólo 11 años. Alejandra, ama de casa de 28, afirma que "lo más importante es el trabajo, porque sin trabajo se fomenta tanto la vagancia como la

delincuencia"; "...como te digo, el trabajo es muy importante porque forma muchas cosas, forma la familia, la salud. Yo como deseo, quiero un buen trabajo para mis hijos" reflexiona Beba desde sus 68 años de experiencia.

Desde el inicio, en esta investigación se definió específicamente la categoría "trabajo" en relación a la experiencia. Así, en el análisis de las prácticas organizacionales se evidencian quiebres y cambios muy relacionados con el contexto histórico de la economía nacional y zonal. Por ejemplo, los sentidos vinculados a la experiencia laboral del pasado lejano se inscriben en la lógica del trabajador: "Muchos trabajaban en el puerto y muchos en el astillero naval, entonces había mucho movimiento (en el barrio)", "antes había empleo, industria, parece mentira pero había industria acá, y carnicerías, carpinterías, astilleros. Es increíble", "Fui portuario, el

único trabajo que tuve", "En ese tiempo había mucho trabajo. Por donde vivía yo se construían carcasas navales, por ejemplo"; "Acá tenían todo, tenían talleres, astilleros, era muy movido el tema del trabajo. El astillero Melli, tenía 3400 personas que trabajaban en tres turnos; en el Alianza, que trabajaba yo, éramos 1800; en Sadín, 2000 personas, y así. Y también los talleres que eran más chicos pero había un montón".

Las narraciones sobre ese pasado lejano ligado a la lógica del trabajador, coinciden con los relatos de los momentos felices, plenos del barrio como territorio pasado de progreso, frente a un territorio presente de exclusión. "Se celebraban muchos negocios, se generaba mucho, porque había trabajo y entonces mucho dinero alrededor de esta zona. Todos los que vivían en el barrio trabajaban", "Había solvencia en la gente, se comía bien, se podía elegir lo que se quería comer, era

una manera de vivir diferente", "casi todos los fines de semana había joda, porque la gente podía hacer fiestas, se podía joder", "... todos trabajaban, el trabajo estaba integrado, hasta la prostitución estaba integrada (al barrio) como trabajo", "Yo fui portuario, estibador, siempre tuve trabajo por acá en el puerto. Pero fue un cambio muy grande cuando vaciaron todo esto, ahora hay un montón de galpones, de fábricas que están sobrando", "... todo eso se cerró y quedamos abandonados".

Este tipo de narrativas se referenciaron muy claramente en las trayectorias de vida. Las descripciones sobre el pasado lejano constituyen un cierto momento de la vida de los entrevistados que cambia, se "vacía", se "abandona" con la aparición fuerte de la desocupación en el pasado reciente y sus implicancias subjetivas en la vida cotidiana. "Fue cuando Menem tiró el país para abajo, vamos a decir así, que privatizó todo. Para mí

ahí fue que empezó"; "La desocupación empezó hace poco, fue más o menos por el '95, yo tenía 35 años", "En aquel tiempo empezó a cambiar, todos quedamos desocupados y empezamos con el Plan Trabajar, que se llamaba así porque todavía no había Plan Familias, ni Jefas y Jefes. Pero no nos dábamos tanta cuenta del cambio, porque con eso la gente iba al supermercado y se venía con el carro lleno y te sobraba plata, me acuerdo"; "se empezaron a decaer las empresas, fue en el tiempo del menemismo que se privatizó todo y se fueron perdiendo las costumbres. Desde ahí, la gente se tira más al cartón que al trabajo, y entonces hay menos mano de obra y lo poco que hay traen gente de afuera que les sale más barato."

Los diferentes relatos sobre la experiencia ocupacional en el pasado reciente muestran el pasaje de la lógica del trabajador a la del proveedor. A las experiencias laborales

actuales o recientes (legales, ilegales o intermedias) podríamos denominarlas de trabajo amateur, por la ausencia de la noción de carrera y de apropiación paulatina de destrezas -capital simbólico específico en pos del ascenso social-. En este sentido, casi todos los entrevistados atraviesan en el presente distintas experiencias de trabajo amateur cuya legitimidad se apoya en el criterio de acceso a recursos para la supervivencia. Así, el proveedor/a, aún cuando es consciente del trabajo como un valor superior del que está excluido, legitima sus prácticas (la pelea cotidiana por sostener a su grupo) en función de otros valores positivos vinculados al rol social de proveedor (familiar, grupal y comunitario).

No obstante, se observaron algunas diferencias entre varones y mujeres en relación a sus prácticas y representaciones de trabajo. Para los varones, como señalan los

textos con los que venimos dialogando el rol de proveedor tiene mayor relevancia en términos simbólicos -en relación a la construcción identitaria de un yo respetado y valorado por su entorno- pero esto no siempre se traduce en términos prácticos. Para las mujeres, sin embargo la presión cultural no parece estar puesta en el rol social (homocéntrico y patriarcal) de proveedor sino en el de sostén anímico, espiritual y material de la familia, y por eso no necesariamente lo ve como un capital simbólico a adquirir. De hecho, cuando en una pareja el varón cumple el rol de proveedor, las mujeres suelen correrse para ocupar otros roles vinculados a la estructura familiar y también comunitaria. Pero la provisión de la mujer aparece en términos muy prácticos: las entrevistadas en general se narraban como las guardianas, aseguradoras de la provisión continua de la familia; suelen buscar cualquier recurso

(trabajo u ocupación) para que no se interrumpa el ingreso mínimo familiar. Dicho de otro modo, en el caso de las mujeres hay una lógica práctica que busca resolver problemas cotidianos y asegurar la comida de los hijos. Esta lógica de acción no persigue la asignación cultural de sentido en la relación al rol social del trabajador sino al reconocimiento de la relevancia de su rol familiar.

“Todos ponemos un poquito de fuerza y miramos para adelante, porque si no, si miramos para atrás estaríamos todos deprimidos y a los chicos hay que darles de comer”, dice una mujer de 39 años; “Ahora estoy desocupado (...) me gustaría volver a las reparaciones navales, pero eso ya fue, así que me gustaría trabajar de cualquier cosa”, un varón de 47; “Ahora no tengo trabajo. Trabajé de muchas cosas, de moza, de limpieza de oficina, en casas de familia también... y ahora ponele que

soy ama de casa” evalúa una mujer de 34; “Lo que hago para entretenerme es trabajar: arreglo televisores, hago arreglos en general y así me entretengo y de paso saco algo” explica un hombre de 50, “...la gente acá consigue trabajar más por changas, por su cuenta digamos, en pintura, en herrería, en lo que haya. Hoy por hoy no hay trabajo así que la gente mínimamente se arregla con eso” narra un varón de 42 años; “Yo siempre trabajé en limpieza, en oficina y en casa de familia. Pero no vas a comparar limpiar en oficina o de maestranza, es más tranquilo y además tenés una protección: tenés médicos, aguinaldo, todo. En casa de familia no tenés nada, estás en negro, no te protegen de nada; es más por hacer unos pesos que hacen falta”, dice una señora de 53.

A fines de 2008, Susana (34) me contaba: “Yo lo único que tengo son los 200 pesos del plan Barrios, y nosotros somos cinco porque yo

tengo tres hijos. Entonces mi marido tiene que salir a hacer changas sí o sí, porque con 200 pesos no alcanza". Cuando Susana habla de las changas que hace su marido, Cacho, se refiere a comisiones ocasionales de delitos. En el pasado Cacho desarrolló una carrera como escrucante, delincuentes que roban diferentes máquinas costosas en empresas o comercios. Los escrucantes forman parte del modelo antiguo de delincuente, valorado por sus colegas y vecinos. La modalidad implica la puesta en marcha de una logística de trabajo en equipo y una cierta inteligencia previa sobre el lugar del hecho. Estos delincuentes, al modo de los boqueteros, valoran la destreza que implica el robo no violento y la planificación de la salida limpia o no peligrosa. Habitualmente, el escrucante comparte el botín (que suele ser importante) no sólo con su familia sino también con la comunidad del barrio, a través

de grandes fiestas o ayudas personales a vecinos.

"Yo me puse firme para que él se rescatara, porque no pasa por la plata, pasa porque se pasó la mitad de la vida preso y eso nos afectó a todos. El se perdió de ver crecer a los hijos, y yo me perdí tener alguien que me ayude y los tuve que criar sola". Susana explica que ella se separó de Cacho durante dos años "la última vez que cayó preso", aunque no lo dejó "tirado", le llevó comida todas las semanas y se ocupó personalmente de los trámites y las visitas al abogado para que saliera. "Y después volví porque me prometió que no robaba más, y es verdad, se puso las pilas él porque está contento de disfrutar con su familia. Pero no consigue trabajo, no le dan porque estuvo preso y encima vive en la villa (...). Ahora, por ejemplo, vienen las fiestas y nosotros con 200 pesos no tenemos para hacer una carne, para comprarle un regalo

a los chicos; y entonces tuvo que salir a traer plata nomás. Y a mí no me gusta porque yo me quedo con el corazón en la boca, y a él tampoco le gusta, porque está rescatado él. Pero no nos quedó otra. Nadie te ayuda a salir adelante." La explicación de Susana, nos permite comprender, desde la experiencia de lo humano, el complejo proceso de transformación del criterio de legitimidad de los ingresos bajo la lógica del cazador, que antes describimos desde lo conceptual.

Se trata entonces de procesos que van más allá de lo económico ocupacional: transforman prácticas y sentidos culturales y, por supuesto, al entramado organizacional de la comunidad. Estos procesos imponen cambios en el modo de vivir de los sujetos, que éstos advierten y asumen como imposición: "Acá tenemos el club, que el año pasado apostó a hacer los bailes de carnaval como se hacía antes, todos los fines de semana. Y no

funcionó porque ya es un tema cultural, que la gente al no tener trabajo no va a ningún lado. Porque es lógico que si una nieve te la venden 8 mangos y vos tenés 4 ó 5 para la comida del día, no vas a ir a ningún lado", explica Mirta.

Más allá de las changas ocasionales y en relación a los análisis presentados en capítulos anteriores, así como Susana muchos vecinos reciben algún plan social por el que deben realizar alguna contraprestación, estas actividades también son vivenciadas como trabajo y podemos englobarlas dentro del trabajo amateur. Y es aquí que el análisis acerca del trabajo nos muestra cómo la institución se desdibuja en su autonomía y es absorbida por otra, la política. Pero a la vez, se imponen a las prácticas organizacionales ciertas lógicas históricas propias del tradicional emplazamiento de la institución trabajo (y su relación con la

política) en la zona, vinculadas al empleo portuario y fabril sindicalizado.

Esta imbricación entre trabajo y política se da a partir de dos lógicas tradicionales clave: por un lado, la masificación histórica de las estructuras sindicales y su presencia fuerte en el imaginario comunitario sobre el trabajo en el pasado lejano. Algunas de las características más importantes de esta formación para pensar las tramas organizacionales son la primacía del trabajo en relación de dependencia -ligado a grandes estructuras donde cada uno ocupa un rol, en detrimento de otros sentidos asignados al trabajo por cuenta propia-, y la relevancia de la relación trabajo / participación política, tradicional en los sindicatos peronistas.

Por otro lado, una transformación en la historia reciente genera que ciertas tareas otrora voluntarias (cocinar en un comedor, llevar contingentes de niños a una excursión,

participar en una movilización), se vuelvan rentadas y legítimas para acceder a los ingresos mínimos necesarios. A partir de la implementación de planes sociales con contraprestación laboral, se naturaliza que estas tareas informales sean consideradas trabajo (Vidarte Asorey, 2008).

Estas dos lógicas tradicionales que marcan la relación trabajo - política inciden también sobre las dinámicas asociativas en el territorio. Si bien las asociaciones en torno de estas instituciones son más lábiles e inestables que otras (como las que se dan en torno a la familia o a la religión) son las que generan mayor cantidad y densidad de tramas organizacionales. La necesidad de asegurar el acceso a los ingresos y el pensarse en el trabajo (o en la provisión), y más aún en el trabajo político, como parte de un todo, como ejecutor / gestor de un rol en relación con otros roles, favorece las

prácticas asociativas y complejiza las tramas organizacionales. De esta manera, la imbricación simbólica y práctica, entre trabajo y política, en la materialidad del territorio, es la base del entramado organizacional de la vida cotidiana de la comunidad.

• **Territorio habitado, arrabal en primera persona**

*"A mi barrio no lo cambio por nada.
Tanto yo como mi familia ya estamos
ambientados en este sistema"
Juana, 43 años.*

Antes de volver, sobre el final del capítulo a la relación trabajo - política, reflexionemos acerca del espacio real en el que estas instituciones se traducen en tramas organizacionales concretas: el territorio y su

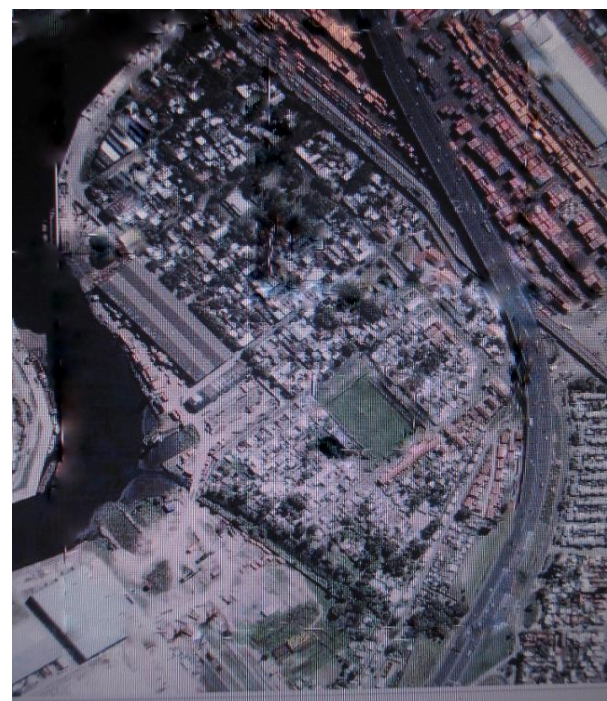
gravitación en la vida cultural de los sujetos y la comunidad. Como propone Pierre Bourdieu al pensar los "efectos de lugar", entendemos al territorio, a partir de dos sentidos: el espacio físico y el espacio social. Entre ellos hay una relación de interdependencia. El espacio físico organiza estructuras que funcionan como mediaciones de las estructuras sociales, tanto por los alojamientos, desplazamientos y movimientos del cuerpo que habilita o cancela, como porque el espacio es uno de los lugares desde dónde se afirma y se ejerce el poder. Así, el espacio social se retraduce en el espacio físico, se reifica: "... el espacio habitado (o apropiado) funciona como una especie de simbolización espontánea del espacio social" (Bourdieu, 1993).

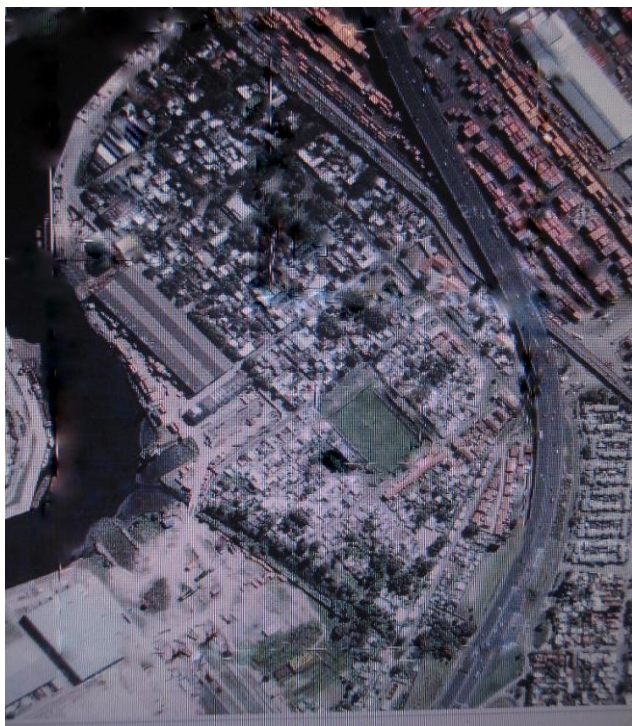
En los capítulos anteriores vimos, desde distintos enfoques, como todos los territorios de exclusión (económica, social, cultural y ambiental) son consecuencia del ejercicio del

poder excluyente de los grupos hegemónicos; y analizamos el funcionamiento del barrio estudiado como un gueto urbano en el ecosistema del particular del AMBA, en tensión y proximidad con la ciudad. Ahora nos ocuparemos de las relaciones internas del espacio, de los efectos reales del poder simbólico (Bourdieu, 1993) y de cómo el hábitat dialoga con el *habitus* en el territorio habitado.

El barrio tiene una estructura interna que organiza el espacio físico. Se trata de una suerte de rombo irregular con los lados redondeados (*ver plano adjunto*). Como límites tiene el Riachuelo al frente, un arroyo que sale de él y llega casi hasta la autopista por la izquierda; desde el Riachuelo, por el otro lado, el paredón de una empresa multinacional se une a la autopista para trazar un medio círculo y determina las fronteras derecha y

posterior. Ese triángulo agrupa a sub-barrios con características edilicias diferentes.





El primero es El Frente, que comienza en la entrada al barrio desde el Riachuelo y se extiende a lo largo unas cinco manzanas hacia adentro, por la calle principal, y tres a lo ancho. El Frente es la zona más preciada, tiene el mejor acceso, conserva el plano en

damero y la edificación del barrio obrero industrial -lote con casas amplias de material, similares entre sí-, en El Frente están los comercios (dos bares, un ciber, dos kioscos con almacén y una agencia de remis), también varios locales partidarios o agrupacionales, la salita de primeros auxilios, la plaza central, el jardín de niños, la escuela, el convento, el cuartel de bomberos y la cancha. Después un paredón pone fin al trazado original.

Sobre la ribera y a lo largo de tres manzanas se extiende La Playa, ahí la arquitectura es más antigua, conventillos de chapa asentados sobre refinadas construcciones de fines del siglo XIX y principios del XX, que albergan familias numerosas. Este tipo de arquitectura se mantiene unas cuatro manzanas hacia el fondo, aunque éstas no están frente al Riachuelo sino a inmensos galpones

abandonados, contruidos sobre el arroyo como testimonio del pasado productivo.

Contra la autopista pero hacia el fondo hay unas tres manzanas con diversos monoblocks de entre dos y tres pisos de altura contruidos en distintas épocas; más que un sub-barrio, los vecinos identifican a Los Monoblocks como una zona, ya que cada una de estas formaciones edilicias tiene un nombre que refiere a un barrio diferente, según fue nombrado en su origen por el organismo estatal financiador.

Por último, a lo largo del arroyo y hasta la autopista está El Fondo también denominado La Villa, un triángulo asentado sobre basurales que ocupa casi un cuarto del territorio. El fondo es el sub-barrio más populoso y más pobre, sólo casillas precarias e innumerables cantidades de pasillos internos que varían según las improvisadas viviendas lo requieran. Tiene dos trazados internos que sí se mantienen constantes, un angosto y

zigzagueante pasillo central que lo recorre desde la entrada hasta el paredón final de la autopista, y otro perpendicular a éste, casi sobre el final, determinado por la vía de un tren de carga.

A diferencia de lo que ocurre en otros territorios con características similares - como por ejemplo Villa Inflamable (Auyero y Swistun, 2008)-, no hay enfrentamientos entre los vecinos de los distintos barrios internos -al menos entre los adultos-. Esto ocurre quizás por la gran movilidad interna de los habitantes del barrio: casi todos los entrevistados adultos se mudaron una o varias veces dentro del territorio y habitaron alternativamente distintas zonas. Aunque los motivos de las mudanzas son muchas veces personales: "me casé", "me junté" o "me separé", la razón determinante es de índole económico-territorial. Así, cuando aparecen posibilidades de acceder a una casa mejor

cerca del Frente o de ser adjudicatario de una vivienda en algún nuevo monoblock, la familia se muda: "Nos mudamos porque no nos gustaba la casa, cuando llovía nos entraba el agua. Por esos nos fuimos para unas casas mejores" dice Julián (11); "Me mudé como tres veces: vivía en el Fondo en un pasillo, después vinimos para el Frente y ahora estamos acá en la avenida. Me fue bien, ¿no?" concluye Mario entre risas. Por el contrario, cuando las cosas van mal y hay que vender la casa, no se puede pagar más el alquiler⁵⁰, se incendia el

⁵⁰ En el barrio funciona un dinámico mercado inmobiliario paralelo. Básicamente por el alto grado de contaminación en la zona, pero también por la falta de títulos de propiedad y sobre todo por la alta estigmatización que pesa sobre el territorio, los precios son muy inferiores a los que se manejan en el mercado inmobiliario formal. A octubre de 2009, los alquileres en El frente cuestan entre los \$100 a \$400, dependiendo del tamaño del espacio arrendado (una pieza, un piso con dos habitaciones y baño compartido o una casa completa, en la que pueden vivir varias familias). En el Fondo los términos de los alquileres varían según acuerdos interpersonales entre las partes, pero siempre están por debajo de los \$200 mensuales; en la mayoría de los casos el asentamiento es libre y se busca alquilar o comprar sólo cuando alguien se muda y deja una mínima instalación de servicios que puede seguir siendo utilizada. El precio de una casa (casilla de madera y chapa con una o dos piezas y

conventillo o las condiciones edilicias de algún viejo departamento se tornan insostenibles, la familia vuelve al Fondo: "Mi marido quedó sin trabajo y nos tuvimos que venir para acá (para el Fondo). Nos levantamos una casilla atrás de lo de mi viejo y acá estamos por ahora"; "Me vine porque se me quemó la casa".

Por eso entre los adultos, la identidad territorial se define por la pertenencia al barrio en general y no a las zonas o sub-barrios que lo componen: "Es un sentimiento el lugar en el que vivo, acá me trajeron mi mamá y mi papá". "¿Si pudiera mudarme a cualquier lugar del mundo, dónde me mudaría? A una casa más linda, pero acá. Aproximadamente la mitad

baño externo) en el Fondo varía entre los \$2.500 y \$5.000; en el Frente, aunque las propiedades de material o mixtas tienen amplios lotes propios, servicios y a menudo son muy sólidas, no cuentan con la documentación al día (sucesiones, subdivisiones, planos, etc.) y no se venden por más de \$15.000, aunque raramente se consiguen compradores que puedan pagar tanto. En todos los casos, la conexión a los servicios (agua corriente, luz y cable) es ilegal y no hay red de gas natural por lo que todos los vecinos utilizan garrafas o braseros.

de las familias de los entrevistados llevan una o dos generaciones en el barrio y reconocen sus orígenes en otros lugares. La mayoría son migrantes internos de provincias litoraleñas -Entre Ríos, Corrientes, Misiones, Santa Fe y Formosa, pero también Córdoba y Santiago del Estero-, y algunos de países limítrofes -sobre todo Paraguay, Chile y Brasil y, más recientemente, Bolivia-. Estas familias vinieron buscando un futuro mejor, atraídas por las posibilidades que prometía la ciudad, desplazados por las sucesivas crisis del modelo agro ganadero y la destrucción del empleo rural. Unas pocas familias llegaron desde barrios cercanos del Partido de Avellaneda o de la zona sur de la Capital, sobre todo desde La Boca. Éstos se mudaron al barrio, corridos por el proceso de expulsión territorial metropolitano y no buscando un lugar mejor, sino todo lo contrario: "No había otra cosa para tener tu vivienda. Siempre te

cobraban alquileres muy caros o no te permitían vivir con tus hijos. Acá la gente es más compañera: te acomodás en cualquier lado, te dejan vivir con tus hijos o la familia que tengas, no importa la cantidad"; "Me vine porque está cerca de la Capital"; "Me hubiera gustado vivir mejor, pero era lo que había. Hoy vivo en un conventillo y no me arrepiento, pero espero algo mejor para mis hijos".

La segunda mitad de los entrevistados, pertenece a familias que tienen más de dos generaciones en el barrio y asumen una identificación más fuerte no sólo con el espacio habitado -y con la vivienda como hábitat privado diferencial-, sino también con el pasado y el futuro del territorio. Así, frente a preguntas sobre la historia reciente del barrio, las respuestas denotan la apropiación que hacen los sujetos dentro de sus propias trayectorias de vida: "Todas las casas eran iguales, de medio caño, con un

cerco de maderitas y una puertita verde; y sin veredas, nada: la calle de tierra y la zanja”, “(...) por el ochenta y pico vino una época que levantó el trabajo, y todos los vecinos, que eran muy solidarios, se organizaron para poner el agua y las cloacas. Hicimos rifas, festivales (...) y así se compraban los caños y todos pusimos la mano de obra; pero en esa época había una solidaridad que se perdió”; “El cambio más importante fue cuando llegó el agua y después cuando rellenaron, porque acá era muy bajo y se inundaba un montón”. Lo mismo con las respuestas sobre el futuro: “En el futuro me gustaría que estemos mejor, que venga para acá un turismo mejor”; “Que haya más tranquilidad, más trabajo, mejorar las calles, las viviendas”; “En el futuro lo que hay que mejorar es la parte ambiental”.

“El ambiente es una necesidad. Acá tenemos un arroyo que viene de la cuenca del río Matanza que hace años está el proyecto del

entubamiento y no se hace. La gente que vive ahí, al costado, se está comiendo toda esa enfermedad, día tras día. Y se habla de que se invirtió un montón de plata en eso, no sé si 40 o 400 millones, no sé. Pero ¿cuánto te puede costar hacer 500 metros de cemento? Debería haber algún ente, un control, algo acá adentro de la comuna. Porque esta es la mayor necesidad que tenemos para el futuro”⁵¹.

Algo similar, en términos de la relevancia del territorio en la formación identitaria, ocurre con los jóvenes. Aunque es en este grupo que los sub-barrios o zonas internas adquieren otras significaciones: “Hay algo de enfrentamiento entre lo que es el Fondo y adelante (El Frente). Es algo que viene de hace años, los de adelante no cruzan al Fondo

⁵¹ A mediados de 2009, se puso en marcha el proyecto de entubamiento del arroyo. La obra pública se coordinó con trabajos de mantenimiento barrial realizados en el marco de la contraprestación del Plan Argentina Trabaja, así vecinos del barrio limpiaron los basurales de las orillas y prepararon el terreno para que la cuadrilla de obreros comenzara el entubamiento. A la fecha, octubre de 2010, el trabajo está terminado.

y los del Fondo no cruzan adelante. Yo no tengo problemas, camino por todos lados, porque para mí eso es algo viejo". Ana, de 22, se refiere a algunos enfrentamientos entre pandillas de cada zona que se dieron a finales de los 80. "(...) ahora está de nuevo esa onda; más que nada para los pibes, y es algo de pelea entre ellos: Porque uno es más chorro que otro, porque el otro es más gil que vos, y esas boludeces de código, de tumba digo yo"; Adrián de 40 años explica que "hay cosas que cambiaron. A medida que los pibes iban creciendo fueron como tomando el territorio; porque hoy por hoy no podés dejar nada afuera, ni una silla, ni ropa. Y está esa boludez de que se pelean entre los barrios"; "Son códigos tumberos, porque unos dicen que los otros roban acá adentro, los otros que ellos roban afuera, y entonces que vos sos menos chorro que yo, y que a mi barrio no vas a venir a robar, y así pinta bronca y cada tanto se arma

tiroteo entre El Fondo y El Frente. Y los pibitos caen en esa, de tarados" opina Rocío, de 16 años.

Pero como dijimos, esto que ocurre sobre todo entre los jóvenes varones, no se replica entre los adultos que experimentaron a lo largo de sus trayectorias de vida situaciones habitacionales más inestables y cambiantes dentro del barrio. Así, la densidad del Fondo tanto como la estructura edilicia que va adquiriendo varía según la situación económica de los vecinos que depende no sólo de las condiciones estructurales sino también de los emprendimientos habitacionales en la zona. En 2005, cuando se visitó por primera vez el barrio, el Fondo estaba más poblado y con más pasillos internos. Según los vecinos, esta diferencia era aún más notoria: "Acá se fue urbanizando y se fue achicando en gente. Ya no tenés tanto pasillo; antes sí, había pasillos por todos lados, más en el Fondo. Por ejemplo

hace unos años se hizo una cooperativa de vivienda para unos departamentos acá en el Doke (Dock Sud) y mucha gente de acá se anotó en la cooperativa y se fue para allá. Entonces donde vos tenías un pasillo ya no tenés, queda la familia adelante y atrás un baldío". En cuatro años de trabajo de campo, se nota una disminución en la cantidad de habitantes en el Fondo, se mantienen las casas que miran a los dos pasillos centrales y muchas de las casillas internas quedaron abandonadas que, con el tiempo, se fueron convirtiendo en parte de los patios o jardines de otras casillas, o simplemente se diluyeron en el basural. No obstante, como se dijo, ésta zona sigue siendo la más populosa.

La movilidad interna es una características físico espacial que leída en términos del espacio social muestra la inestabilidad socioeconómica de la mayor parte de los vecinos del territorio, su poca capacidad -por

causas externas ligadas al proceso de destitución del que son objeto- de previsión y proyección del propio hábitat.

Aunque la mayor parte de las entrevistas evidencian una importante apropiación territorial, excepto en el caso de los jóvenes que suelen encontrarse en la plaza central o en las esquinas⁵², no es habitual que las familias paseen por el barrio. El modo de transitar el territorio es básicamente operativo: a comprar al almacén o al kiosco, a visitar un vecino o familiar, a llevar a los chicos a la escuela o al comedor. Es probable que esto esté vinculado con la falta de

⁵² El tema de las culturas juveniles y sus prácticas de apropiación del espacio urbano merece un análisis diferencial que no es objetivo de esta tesis. Para ampliarlo, pueden consultarse los siguientes textos: Auyero, J. (1992) "Juventud popular urbana y nuevo clima cultural. Una aproximación". Buenos Aires, Revista Nueva Sociedad N° 117; Cerbino, M. (2006) *Jóvenes en la calle. Cultura y conflicto*. Madrid, Anthropos; Margulis, (1996) M. *La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires, Biblos; Reguillo Cruz, R. *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del Desencanto*. Barcelona, Norma. 2000. Saintout, F. (2006) *El futuro llegó hace rato*. La Plata, Ediciones de Periodismo y Comunicación Social.

espacios públicos de esparcimiento, ya que el único lugar en el que ocasionalmente pueden verse grupos de vecinos es en la plaza del Frente (sobre todo en días de verano, algunas madres llevan a sus hijos a los juegos de la plaza), donde raramente concurren vecinos de otras zonas (El Fondo o Los Monoblocks, por ejemplo).

En este sentido, el espacio habitado privilegiado es el privado, la vivienda, tanto en relación a las prácticas cotidianas como a los sentidos asociados a ellas. Sobre este tema, en las entrevistas surgieron dos tipos de narrativas, aparentemente contradictorias. La primera es la importancia de la vivienda, tanto a nivel subjetivo o familiar como comunitario, y las expectativas de mejorarla: "Me gustaría tener una casa mejor para darle mis hijos"; "Lo que me parece muy importante es la vivienda. A mí me gustaría tener una vivienda mejor, más grande; para que no

estemos todos encimados"; "Lo más positivo es que me pude comprar la casa, pero me gustaría arreglarla, ponerla mejor"; "Me gustaría darle un bienestar a mi hija, una casa como la gente", "La gente está bien si puede construirse su casa, vivir bien". Algo similar apareció en relación a la importancia de las viviendas en el territorio: "Para mí en el futuro habría que mejorar las casas, los terrenos. Acá la villa del Fondo necesita que se arregle un poco, que se hagan algunas casitas, dúplex, algo mejor"; "Me gustaría que todos tengan su casa bien, como tiene que ser"; "En el futuro me gustaría que sea igual que ahora, pero que se mejoren las viviendas".

El segundo tipo de narrativas que apareció como predominante en la relación hábitat / futuro es la asociación simbólica entre el progreso personal y la posibilidad de mudarse a otro barrio. Los 40 entrevistados sin excepción respondieron que, si pudieran elegir

sin condicionamientos donde vivir en el futuro, les gustaría mudarse a un lugar mejor -aunque, hubo respuestas diversas sobre cuál les gustaría que fuese ese lugar, la mayoría comentó que lo ideal sería vivir en la Capital y algunos migrantes señalaron que les gustaría volver a sus países o provincias de origen, si en estos lugares existiera la posibilidad de vivir mejor que cuando se fueron-. Este dato podría resultar contradictorio con la antes mencionada apropiación territorial, pero las contradicciones se matizan al tener en cuenta la centralidad de la vivienda en la vida cotidiana, las consecuencias sanitarias de la contaminación ambiental, y un elemento exógeno pero no por ello menos relevante, la alta estigmatización que pesa sobre barrio. Así, la apropiación tiene que ver con el sentido de resistencia comunitaria a la exclusión, con ese sufrimiento compartido que genera pertenencia del que habla Solomianski (2003).

Y es en estos sentidos, de pertenencia, de resistencia a la exclusión, de lucha por el ambiente, la tierra y la vivienda digna, que el territorio se vuelve un eje importante de las prácticas asociativas de los vecinos y de la trama organizacional de la comunidad.

Muchos consultados asumieron que mejoraron algunas de las condiciones en infraestructura y servicios y algunos creen que han accedido a una vivienda mejor. Pero por otro lado, en cuatro de las cinco las entrevistas en profundidad, los entrevistados señalaron que fueron discriminados en varias oportunidades por el barrio en el que viven. Ninguno de ellos sufrió incidentes de discriminación asociados a otros aspectos (étnicos, religiosos, de género, etc.), ni tampoco dentro del barrio. Los episodios de discriminación narrados - despidos o negación del acceso a trabajos, escuelas, salud (especialmente ambulancias) y servicios

(teléfono, internet, tv por cable)- estuvieron en todos los casos asociados a la pertenencia territorial.

Por estos condicionamientos externos es entendible y esperable que los vecinos, más allá de la vinculación emotiva con el territorio, asuman que mudarse de barrio implicaría un progreso personal, ya que es innegable que el estigma afecta directamente sus vidas cotidianas. En algunos casos, esta mirada de los otros aparece como naturalizada e incluso internalizada; mientras que en otros la situación es pensada de manera más compleja, lo que permite clarificar el fenómeno de la estigmatización territorial: "Lo que pasa que la gente se cree lo que le manda la tele, que acá son todos chorros, drogadictos", "Te pintan una realidad de las villas que no es así, pero lo que vende es pasar los pibes chorros, la miseria. No te van a mostrar que acá somos como todo el mundo,

que tenemos cumpleaños, momentos de familia, que nos reímos"; "A mí me gusta acá, el problema es el fantasma que le hicieron al barrio".

Esta complejidad nos permite pensar que además del espacio público (en sentido estricto) y el espacio privado hay un espacio comunitario que contiene simbólica y físicamente a los anteriores: el barrio, espacio comunitario, territorio habitado que incorpora prácticas y sentidos asociados a los espacios privados (las viviendas), a los espacios públicos (la plaza, las calles) y al hábitat compartido con su infraestructura y servicios (la escuela, la salita, el Riachuelo, los pasillos, las veredas, las esquinas. "El barrio se define como una organización colectiva de trayectorias individuales" (De Certeau, Giard, Mayol; 1994).

Debido a su uso habitual el barrio puede considerarse un dispositivo práctico que asegura la solución de continuidad entre el más íntimo de la vivienda y el más desconocido de la ciudad, el afuera (Mayol; 1994). Como desarrollamos en el capítulo 3, el hábitat (el barrio y la vivienda) es uno de los ejes más fuertes en relación a la movilización de los sectores populares (Vidarte Asorey, 2007) y, como se desprende de las distintas declaraciones de los entrevistados, la comunidad estudiada no es la excepción. La incidencia de del hábitat en las prácticas organizacionales de la comunidad se evidencia, por ejemplo, en los cortes del puente que une el territorio con la capital -espacio intercomunitario- en reclamo de viviendas, mejoramiento barrial o medidas de saneamiento de la contaminación ambiental.

• **Micropolítica, supervivencia y vida cotidiana**

"La política es buena y es mala. Es buena porque puede servir para cambiar el hambre, la pobreza, la desocupación, la contaminación; los problemas que hay en los barrios más humildes; que como acá están en todo el país. Pero es mala porque la mayoría juegan con la necesidad de los pobres"
Ana, 22 años.

La lectura de las redes de relaciones organizacionales en torno a las instituciones sociales devela, como se dijo, que la base de las dinámicas organizacionales de la vida cotidiana de la comunidad se apoya en una imbricación simbólica y práctica entre trabajo y política organizada en la materialidad del territorio.

Trataremos en este apartado de enfocar el análisis hacia el papel de la política como institución y su relación con las prácticas organizativas. En este sentido, aparecen algunos ejes o categorías de interpretación que se vinculan básicamente a la interacción de los sujetos y la comunidad con el Estado. Por eso comenzaremos por desarrollar lo que se señaló unas líneas atrás sobre el peso de la política en la reconfiguración de otras instituciones, especialmente el trabajo, y los sentidos comunitarios y subjetivos sobre la política y los actores políticos territoriales. Luego, se dará cuenta de las prácticas y sentidos vinculados a la educación y a las organizaciones educativas; entendiendo a la educación como una institución diferente, pero no autónoma de la política, en tanto pone en juego uno de los lazos más significativos entre el Estado y la sociedad civil.

En la literatura sobre la relación entre política y trabajo, las interpretaciones más extendidas coinciden en señalar que el vínculo está atravesado por la noción de clientelismo (Auyero, 2001, 2004). La reconfiguración del trabajo trajo aparejada una ampliación del campo de acción de la política en los territorios de exclusión. Pero la cohesión en términos de sentidos compartidos que se produce en torno a la política por sí misma - no en su relación con otra institución como el trabajo o la educación- es más efímera que la que se da en relación a otras instituciones relacionadas aún cuando la gran mayoría de los lazos organizacionales sigan estando movilizados por la política. Así, hay una primacía de lo político en términos de la gran cantidad de prácticas de organización que nuclea y moviliza, pero esto no implica valoración positiva de la institución política en sí misma. Frente a la pregunta sobre qué es

la política, aparecieron muchas respuestas del tipo: "La política es un problema"; "La verdad, la política es quién se queda con más cosas"; "Es gente que le gusta la plata"; "para mí la política es una porquería".

La política aparece muy desprestigiada en los relatos; la gran mayoría de los sujetos participan en actividades vinculadas a lo político por necesidad y a menudo a partir de la desconfianza. Según lo recabado en el trabajo de campo hay una creencia (asociada directamente a la política social) de que la política podría funcionar mejor y ser útil para mejorar los problemas cotidianos, pero no funciona por una mala gestión de los intermediarios: "El problema es que los punteros a medida que fueron agarrando recursos, no se los dieron a la gente; entonces hoy por hoy la gente no cree en nada. Habría que hacer un trabajo de hormiga para volver a construir lo que era antes la

política"; "La política funciona mal. Yo no sé si los recursos del Estado bajan o no bajan, supongo que deben bajar, pero en los comedores hay todos los días guiso y sopa".

Más allá de los diversos sentidos que abre la utilización generalizada del término "bajar" al referirse a recursos del Estado -y también a funcionarios de alto rango- lo que denota tanto las vivencias de lejanía como de inferioridad que deben asumir los excluidos territoriales; queda claro que las alianzas políticas son inestables porque las asociaciones políticas no tiene como base criterios ideológicos, y habitualmente tampoco grandes metas a largo plazo. La base de sustentación de las prácticas asociadas a la política está en la supervivencia cotidiana: "Pasa que la mayoría vivimos de un plan y con eso no te alcanza para comprar nada: una mochila, un cuaderno. Siempre tenés que estar

esperando que al puntero se le ocurra dar, o que baje alguien con útiles o guardapolvos.”

En general, las prácticas organizacionales asociadas a la política siguen la lógica clientelar. Pero aunque, en la superficie, esta lógica implica “favores por votos” (Auyero, 2004) o favores a cambio de participación en diversas actividades políticas -que asignan mayor poder político a una u otra facción-; una mirada más profunda muestra que el clientelismo es también productor y reproductor de redes de solidaridades comunitarias: “Estos favores personales, al cabo del tiempo, generan una red de relaciones que es, al mismo tiempo, una red de resolución de problemas cotidianos” (Auyero, 2004).

El problema no está entonces en la red de relaciones, sino que aparece justamente cuando esas expectativas de resolución son traicionadas, cuando las promesas no se

cumplen: “Para que la política funcione habría que cambiar muchas cosas, porque prometen y prometen y no cumplen. Antes, con Perón y Evita, prometían y te daban. Ahora es votame, votame, pero después no pasa nada”; “Hay muchas promesas sin cumplir. Y promesas a los chicos, en el comedor; de todo eso después no se ve nada y eso es lo jodido, más con los chicos”; “Hay muchos que se juntan para reclamar, para conseguir cosas, pero después no se sabe bien qué consiguieron o cómo se reparte”.

Entonces, tanto la lógica clientelar como la dinámica del clientelismo están social y culturalmente estructuradas, en el marco de las redes de relaciones sobre las que se asientan (familiares, comunitarias, laborales, territoriales); y a la vez, como señala Auyero, son estructurantes de las relaciones que se generan a partir de ellas. Por eso, las pautas del clientelismo marcan muchas de las

dinámicas de comunicación entre los sujetos y las organizaciones. Esto ocurre con las organizaciones y actores eminentemente políticos, pero también con todos los que pretenden operar (establecer redes de relaciones) en el territorio; aún cuando no provengan estrictamente del campo político: ONG, organizaciones vecinales, comedores comunitarios, cooperativas, etc.: José, 63, explica uno de los principales criterios de evaluación cotidiana de la actividad política: "Algunos funcionan bien y otros funcionan mal. Yo conozco comedores que los chicos comen todos los días cosas diferentes, nutritivas: pollo, milanesas, esos funcionan bien"; "Yo participé en el 2002, en una ONG que venía con toda la fuerza para sacar a los chicos de la droga. Me gustó porque podía discutir y dar mis ideas. Pero con el tiempo ellos se empezaron a pinchar, venían menos. Y la gente también se desgastó porque no te daban

respuesta concreta a los problemas del día a día: un pibe que cae preso, que te lo cagan a piñas, una madre que busca para internar al hijo. Y se pinchó porque con el chamullo sólo no hacemos nada (...) La gente ya está cansada del chamullo acá", explica Marcela de 38 años.

Es posible pensar que -más allá del rol principal de proveedor económico-; en la actualidad y en términos de reconfiguración del sentido, lo político como institución de peso se sostiene y se potencia por la relevancia que tiene la relación Estado/Sociedad civil, especialmente para los sectores populares urbanos y concretamente a partir de la política social. Así también, la relevancia simbólica de lo político se apoya en la memoria popular del Estado en el período peronista. En una lectura que implica más consideraciones personales, creo que en los sentidos negativos asignados a la política se nota una continuidad del empoderamiento

popular ocurrido a partir de la crisis de 2001 (el vecino/a, el militante, el trabajador/a de la política discute, debate y critica su espacio de participación y sus referentes) y, a la vez, tiene que ver con una revalorización del rol del Estado en las transformaciones del campo popular, que se liga a la experiencia de lo que llamamos era kirchnerista comenzada en 2003 y su reivindicación del peronismo y su política social, de cara a los sectores populares.

A pesar de criticar la estructura intermedia de implementación de las políticas públicas, muchos vecinos expresan su conformidad y hasta su apoyo con la gestión y el proyecto de gobierno que encabezaron simultáneamente Néstor Kirchner y Cristina Fernández: "... me parece que está llevando las cosas más o menos bien, en el tema de los más humildes ¿no? Le está dando mucha oportunidad, digamos, a nivel de lo que es obras públicas.

Acá (en el barrio) nunca jamás hubo un plan de viviendas serio para los que menos tienen. Nunca se habló de entubar el arrollo. Y hoy por hoy, me parece que la gestión esta tiene el empuje y tiene las ganas como para hacerlo. Es una decisión que tiene para entubarlo, que es algo importante para nosotros porque es algo que nosotros vivíamos todo el día con la contaminación"; "Creo que hay que apoyarla a la presidenta, se está haciendo mucho por los jubilados. Se han sacado muchos decretos muy importantes para ellos. Hace diez años eso no existía, se jugaba mucho con el tema del PAMI; se jugaba mucho con el tema de los sueldos y ahora eso cambió mucho".

Dos nociones subyacen en los relatos de los entrevistados: la convicción de que el Estado es quien puede mejorar las condiciones de la vida cotidiana, y la idea de que las políticas estatales funcionarían si fueran pensadas como universales. Frente a la pregunta ¿qué

tendrían que hacer los políticos o la política? Se expresaron respuestas del tipo: "Ante todo, sacar a la gente de la pobreza, de la calle"; "Trabajar y no defraudar a la gente", "Atender a la persona que viene con una necesidad, el hambre. Primero hay que llenar la panza para que uno pueda pensar en política"; "Entrar a los barrios y tener más proyectos de contención"; "Tendrían que cambiar el sistema, siempre se preguntan ¿qué hacemos con este que roba?, hay que pensar ¿porqué salió a robar?"; "Los políticos tendrían que pensar más en el futuro y ayudar a los chicos, hay muchos chicos abandonados, explotados. Si no se atiende a esos chicos, si no se les da una oportunidad, después cuando son grandes no nos podemos quejar que se drogan, que son chorros"; "La gente de acá que trabaja en política está bien que siga trabajando. Pero tendría que decidir alguien de afuera cuál es la necesidad y dar para

todos. Porque si no alcanza para todos, el puntero va a pensar primero en su familia, es lógico".

En síntesis, la trama organizacional en torno de la institución política es la más importante y es también, de manera privilegiada para las clases populares, el espacio indicado para intervenir desde el Estado con políticas públicas para transformación de la calidad de vida de los sectores populares urbanos. Ese entramado tiene debilidades, especialmente en los modos de gestionar de los actores intermedios, que a menudo generan ruidos e interferencias en el proceso de comunicación entre Estado y sectores populares. Este es sin duda un punto para reflexionar y tratar de transformar estratégicamente, sin prejuicios ni pruritos de clase y con la conciencia de la relevancia que tienen los referentes sociales en el entramado cultural y organizacional de los

territorios. A la vez, mientras aumentan las prácticas asociativas en torno a la política también aumentan el pensamiento crítico y el compromiso -en relación a la voluntad de intervenir en el debate y la agenda política territorial-. Retomaremos estas ideas en el último capítulo al momento de pensar conclusiones, líneas de acción y nuevas preguntas.

En el marco de esta ampliación de la política como institución social, definíamos a la educación como una institución en sí misma pero que está atravesada integralmente por la política, y especialmente por el Estado como actor central de la educación popular. En el barrio, como en la mayoría de los territorios de exclusión del Conurbano bonaerense, la educación depende directamente de la política,

tanto la formal como la no formal. La educación formal tiene su espacio organizacional en la escuela pública estatal y gratuita (no existen escuelas privadas en el territorio). Y la educación no formal, que se realiza en comedores, centros culturales o religiosos y locales varios, se da en el marco de organizaciones políticas -partidarias o no-. La organización política (partido, agrupación, asociación, sindicato, ONG), anclaje concreto de la institución social, es un actor protagonista en los procesos educativos; ya sea por el espacio físico, la financiación o los recursos materiales y humanos.

"La educación es muy importante, antes con un séptimo grado te ibas a atender a un negocio. Hoy si no tenés el secundario no te toman para limpiar un piso. Y no sólo por eso, sino que los chicos los podés ir formando para

que sean gente. Es más fácil, si vos le das una conciencia al chico de lo que es, lo que hace, un paco, una cocaína, ya le das otro cerebro, otro hábitat. El pibe ya va a tener otras metas"
Analía, 32 años.

Las experiencias de educación no formal observadas en el trabajo de campo pueden agruparse en dos grandes grupos: la formación en oficios y el apoyo escolar. La formación o capacitación en oficios está destinada a grupos reducidos, suele trabajar durante lapsos breves de tiempo, de manera discontinua, y a partir de saberes prácticos puntuales. Así, los oficios (peluquería, panadería, herrería, albañilería, electricidad) no son tomados como disparadores de procesos colectivos de construcción de conocimiento sobre el universo -al modo de la educación para el oprimido (Freire, 1970)-,

sino como contenidos operativos a trasladar a los educandos. El segundo tipo de experiencias de educación no formal es el denominado apoyo escolar, destinado a apuntalar la formación de la escuela y con el objetivo central de sostener la permanencia de los niños escolarizados en ese ámbito. Habitualmente, las experiencias de apoyo escolar se dan el marco de la actividad de comedores o locales de copa de leche y puede estar acompañada de otro tipo de talleres vinculados al arte y la recreación de los niños. Es inherente a este tipo de educación no formal el fortalecimiento de la escuela como organización legítima: el apoyo escolar existe para apoyar a la escuela pero si la escuela funcionara como solución organizacional general de la institución educación -objetivo último del apoyo escolar-, éste sería innecesario y desaparecería. El apoyo escolar es valorado por los vecinos como un servicio social necesario.

Entonces, frente a estas dos modalidades de organización educacional (formal y no formal), la educación formal específicamente asociada a la escuela aparece como la más gravitante en términos de prácticas asociativas, y naturalmente legitimada en el imaginario de la comunidad.

Las relaciones asociativas de los sujetos con la escuela empiezan en la infancia. En el barrio hay altos grados de repitencia y abandono escolar. Ninguno de los entrevistados había concluido los niveles primario y secundario y sólo dos de los jóvenes consultados (11 y 15 años) estaban asistiendo actualmente a la escuela. La mayor parte de los entrevistados dejó sus estudios durante la Primaria, siempre por problemáticas vinculadas a la extrema pobreza y a las dificultades del sistema educativo para incluir a los sectores excluidos: "Fui hasta quinto grado y dejé porque tuve que salir a trabajar"; "Nunca pasé

del sexto grado, así que a eso de los doce o trece me mandaron a laburar porque no daba ya"; "Fui hasta cuarto grado, y dejé por vago"; "Terminé la escuela, el primario. Y dejé porque en ese momento se enfermó mi papá y hubo que salir a trabajar, tenía que hacerme el sostén de la familia"; "Terminé, llegué hasta séptimo, después tuve que dejar por problemas personales", "Fui hasta tercer grado, dejé porque me echaron porque ya tenía 14 años, lamentablemente".

Otros, tuvieron que dejar de asistir a la escuela durante la Secundaria, en general por motivos similares: "El primario lo terminé a los 14, y el secundario lo hice más de grande, porque de chico trabajaba y siempre abandonaba a mitad de año. No me daban los tiempos, así que de grande fui a la escuela para adultos y ahí hice primero y segundo de Mecánica"; "Dejé el año pasado, a los trece. No me gustaba, tenía que pelear con mi compañero por un

lápiz, por una hoja. Por un lado me gustaría seguir, porque tenés que saber más o menos leer y escribir, aprender un poco, pero por otro lado también te aburrís”; “Dejé a los 15, era vaga, no me gustaba levantarme temprano. Pero por otra parte me hubiese gustado seguir y tener más estudio”; “Dejé a los 17 porque me cansé, nunca podía pasar de segundo año”, “Fui hasta los 14 años, ahí se enfermó mi papá y como no teníamos mamá teníamos que cuidarlo con mi hermana”.

Vale aclarar que no se entrevistó a niños, pero se observó que la mayoría de ellos va a la escuela en el mismo barrio y unos pocos asisten en el barrio de La Boca. Sin duda, permanecer ligado a la educación formal es un valor; incluso los jóvenes y adultos que abandonaron la escuela admiten que hubiera sido beneficioso para ellos seguir educándose. Esto se reafirma en los sentidos asignados a la escuela y su importancia que señalan los

padres de niños en edad escolar: la escuela apareció asociada a todas las representaciones sobre el futuro posible y el futuro deseado para sus hijos: “Los mando para que estudien, para que aprendan a leer y escribir”, “Los mando a la escuela para que aprendan, para que sean alguien en la vida”; “Me gustaría que mi hija fuera maestra o doctora”, “Los mando a la escuela porque lo más importante es que estudien, que tengan una buena enseñanza”, “Mando a mi hija al colegio para que estudie y para que un día pueda hacer lo que yo no hice”.

La escuela funciona como espacio refugio en el que las familias encuentran la posibilidad de hacer que sus hijos interactúen con un ordenamiento de lo cotidiano, una cierta normalización, difícil de cimentar y sostener en otros ámbitos; mientras que a la vez aporta la previsibilidad que permite la pertenencia a

procesos colectivos de largo plazo asegurados por el Estado.

Esta normalización está dada tanto por el acceso institucional y el capital social y cultural como por la organización de la praxis cotidiana de cada historia de vida que permite tener una rutina, responsabilidades, horarios, roles sociales, grupos de pertenencia e interacción comunitaria. Por otro lado, la asistencia a la escuela asegura al menos una ingesta diaria de alimentos; cuestión para nada menor en el marco de cada proyecto vital, que además resulta un hábito especialmente difícil de sostener en los territorios de exclusión: "Los mando, primero por principios morales, y después por necesidad". En relación a las representaciones de los padres, más allá de sus ocupaciones, hábitos, creencias y conductas, quienes pueden sostener a sus hijos en la escuela, sienten que es una manera de ser buenos padres.

Las prácticas asociadas a lo educativo gozan en general de una valoración muy positiva. Además de seguir estando asociadas a la posibilidad de ascenso social, las organizaciones educacionales habitualmente manejan un presupuesto acotado y destinado sólo a la adquisición de materiales pedagógicos e infraestructura escolar. Por eso, a diferencia del resto de las organizaciones vinculadas a lo político, no pueden ser proveedoras diferenciales de ingresos. Así, la trama vincular de las redes organizacionales -no sólo de los niños sino también de sus familias- es más estable aunque menos numerosa en relación a otras organizaciones políticas. Por otro lado, la pertenencia a algún proceso relacionado con la educación, no es privativa de la participación en cualquier otra actividad vinculada con lo político.

Breve actualización de la política social argentina (2003 – 2010)

Como se tomó la decisión metodológica de cortar en 2007 el muestreo de datos incluidos en el universo relevante, ya se desarrollaron algunas características generales del modelo llevado adelante durante el primer período kirchnerista, bajo la presidencia de Néstor Kirchner (2003 - 2007)⁵³. Pero no se analizaron referencias acerca del segundo período, que

⁵³ Durante la presidencia de Néstor Kirchner se lanzó un plan, que no comentamos anteriormente, por su relativa incidencia en la población del territorio analizado, pero que vale como ejemplo del sentido latinoamericanista en las políticas públicas: el plan Patria Grande. Este programa tuvo y tiene como objetivo regularizar la situación migratoria de los extranjeros nativos de los Estados Parte del MERCOSUR y de sus Estados Asociados: Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela; que viven en Argentina. Patria Grande se creó por un decreto presidencial en julio de 2004, fue presentado en diciembre de 2005 y -luego de una primera etapa en la que se reguló la adhesión y se capacitó al personal de los municipios e instituciones sociales que coordinaron la gestión- se puso en marcha el 14 de abril de 2006; fecha en la que se conmemora el Día de las Américas. El programa prevé que los beneficiarios accedan a la regularización por medio de un trámite simple (presentar su documento, pasaporte o certificado de nacionalidad expedido por el Consulado correspondiente y dos fotos carnet), personal, gratuito y sin gestores ni intermediarios. En menos de un año normalizaron su situación 300.000 extranjeros radicados en el país (50 % paraguayos, un 30% bolivianos y el 20% restante repartidos entre las colectividades peruana, chilena y uruguaya (*Infobae* 12/11/2006).

continúa hasta hoy con el gobierno de Cristina Fernández (2007 - 2011). Este informe se presenta en diciembre de 2010 y, para no perder la mirada de proceso histórico, es necesario señalar ciertos lineamientos de este período en el que se profundizó el modelo iniciado en 2003. Tendremos en cuenta algunos aspectos de esa profundización para vislumbrar más claramente la orientación de la política social en el modelo de “crecimiento con inclusión” -según lo denominan desde el Gobierno- y los alcances que se persiguen a largo plazo, para poner en diálogo estas características con otras experiencias latinoamericanas.

Uno de los primeros cambios importantes en la política social kirchnerista fue el que se produjo, entre 2005 y 2008, en el sistema de jubilaciones y pensiones. Este proceso comenzó con la ampliación de la cobertura jubilatoria para un número importante de personas con la edad necesaria pero no la cantidad de aportes requeridos -entre ellos, las amas de casa-, y se profundizó con la estatización del sistema previsional, en manos privadas durante 15 años. En este período, la cobertura de jubilaciones y pensiones pasó del 45% de la población en 2005 al 90% en 2008 (*Página/12*, 29/07/2010). Con estas medidas, Argentina se convirtió en el país con mayor índice de cobertura jubilatoria de América Latina.

La estatización del sistema previsional -controlado por las Administradoras de

Fondos de Jubilaciones y Pensiones (AFJP)- le permitió a la Administración Nacional de la Seguridad Social (ANSES) disponer de los fondos necesarios para encarar nuevas medidas y retomar así el concepto amplio de “seguridad social” -que trasciende la administración de las cajas jubilatorias y tiene como destinatarios a diversos sectores sociales-. Así surgió la Asignación Universal por Hijo (AUH).

El 29 de octubre de 2009, la presidenta Fernández anunció la implementación, por decreto del PEN, de la Asignación Universal por Hijo: “Es una respuesta reparadora a la población que ha sido afectada por políticas de corte neoliberal” (www.ncn.com.ar; 2/11/2009). Para marzo del año siguiente, la asignación alcanzaba a casi 3,5 millones de beneficiarios. En ese momento, Diego Bossio, titular de la ANSES, reconocía en una entrevista con Martín Di Natale para el diario *La Nación* que estimaban unos 500.000 niños aún sin cobertura por falta de documentación o desinformación de sus padres. De los 500.000, decía Bossio, ya se habían identificado 150.000 y se estaban implementando medidas para llegar a cubrir la totalidad del universo (*La Nación*, 16/03/2010).

El impacto de la Asignación Universal por Hijo fue importante para el conjunto de las políticas sociales. Según datos de ANSES, en sólo un año la pobreza cayó el 18%, y la indigencia el 65%. Aunque los datos oficiales sigan estando en tela de juicio, es innegable que mejoraron las condiciones socio-económicas de los sectores populares, especialmente en Buenos Aires, donde se concentra el 34% de los beneficiarios. Para acceder a este beneficio (que comenzó siendo de \$180 por hijo, y en septiembre de este año aumentó a \$220) el adulto a cargo debe presentar libreta escolar y sanitaria, actualizadas. A partir de esto, para el período 2010-2011, con respecto al año anterior, la matrícula escolar aumentó un 25%⁵⁴ y los controles sanitarios un 56% (según el Ministerio de Salud de la Nación).

El 14 de agosto de 2009, tres meses antes de que se anunciara la Asignación Universal por Hijo, el gobierno de Cristina Fernández lanzó el plan Argentina Trabaja (PAT). Este plan, destinado a los desocupados, se propuso para el primer año la creación de 100.000 puestos de trabajo a partir de la conformación de cooperativas.

⁵⁴ Datos arrojados por el sondeo realizado por el Ministerio de Educación de la Nación, sobre una muestra del 60% de las escuelas públicas de los centros urbanos. Publicado en la página web del MEN con fecha 22/03/2010.

El presupuesto inicial para ese fin fue de \$1.500 millones. En septiembre de 2010, el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación informó que las metas propuestas para la primera etapa se cumplieron según lo previsto.

El Plan Argentina Trabaja también se implementó en el territorio analizado y pudieron observarse resultados positivos y aspectos mejorables. Desde el punto de vista de la vida cotidiana de las personas, el cambio fue sustancial: una familia con tres hijos que hasta hace dos años vivía con un ingreso mensual de \$200, hoy dispone de algo más de \$3.000 mensuales (si los dos adultos cobran el PAT y los tres niños la AUH), con lo que cubren sobradamente la canasta básica antes inalcanzable. Durante febrero de este año, tuve oportunidad de escuchar personalmente a los vecinos comentar que, luego de mucho tiempo, habían podido comprar útiles, libros y guardapolvos para que sus hijos comiencen el ciclo escolar.

Por otro lado, las cooperativas se crearon desorganizadamente, sin una capacitación sistemática de los participantes y sin estudios previos de mercado que viabilicen los emprendimientos.

En el barrio estudiado se formaron cuatro cooperativas, de entre 30 a 50 personas cada una, para realizar tareas de mantenimiento barrial.

Más allá del monto destinado a sueldos, los cooperativistas no recibían dinero para insumos, lo que generó importantes discusiones entre quienes proponían donar parte del haber para resolver este problema, y quienes se negaban. Mientras tanto, había muchas personas haciendo lo mismo en el mismo espacio. Esto funcionó durante unos meses, en los que los cooperativistas se dedicaron a limpiar el basural que ocupaba la vera del arroyo (aunque sin los elementos de seguridad e higiene necesarios). Concluida esta tarea, que funcionó como factor de unión comunitaria, muchos sintieron que estaban yendo a perder el tiempo y dejaron de ir a trabajar, lo que también motivó desacuerdos entre quienes seguían asistiendo y quienes no, así como distintas opiniones entre los responsables de presentar las planillas de asistencia y definir las sanciones. Estas incomodidades provocaron grandes fricciones, ya que eran los mismos habitantes del barrio quienes debían decidir si se aplicaban o no sanciones económicas a sus vecinos, en un contexto -ya lo dijimos- de extrema pobreza.

-capítulo 5 -

Apuntes sobre comunicación, planificación y gestión de política social

En el primer capítulo de este informe les propuse que siguiéramos juntos las pistas de la comunicación y la cultura en busca de algunas respuestas y, sobre todo, de nuevas preguntas. Ahora, en el capítulo final, volveremos sobre esa idea para tomar nota de las conclusiones del diagnóstico en clave de apuntes para la planificación y la gestión de políticas públicas destinadas a los sectores populares urbanos. Se describen, entonces, algunos elementos -configuraciones del sentido colectivo- que funcionan como signos portadores de futuro (*ver capítulo 1, págs. 22*): la relación dialéctica Estado / Sectores populares urbanos, la dinámica que en ella

ocupa la política social y tres formaciones culturales propias de la memoria comunitaria (política / trabajo, política / territorio y política / educación).

En un segundo momento, de acuerdo al anclaje institucional de este trabajo, retomo un tema estratégico, el lugar del conocimiento y el rol de la Universidad en la planificación y la gestión de la política social (*ver capítulo 3, págs. 90*), para reflexionar brevemente acerca de las características de la Universidad Nacional de La Plata y la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, en relación con sus posibilidades de intervención para la transformación.

• **Recuerdos del futuro**

Las categorías "sectores populares" y "culturas populares" siempre resultaron escurridizas, tanto en su definición teórica

como en su correlación empírica. Por eso, no pretendo arrojar descripciones universales sobre sectores y culturas populares: no se trata de clausurar nuevas preguntas sino de dispararlas, siempre hacia delante.

A partir de la combinación teórico-metodológica de distintos niveles de abstracción, se caracterizaron prácticas y sentidos culturales de una comunidad específica, temporal y espacialmente situada: aparecieron, así, rasgos particulares y otros comunes a otras poblaciones populares urbanas. Pero además de los resultados del diagnóstico, en este trabajo se pretendió aportar una propuesta epistemológica: ciertos recorridos por debates teórico-políticos, y una arquitectura metodológica, para construir conocimiento acerca de dichos sectores en el marco de la planificación de políticas públicas nacionales, populares y

latinoamericanistas⁵⁵.

Si nos dijeran: ¿es posible formularse nuevas preguntas en busca de paralelismos -o rasgos comunes- entre el territorio analizado y otros territorios latinoamericanos habitados por sectores populares urbanos? La respuesta más honesta sería que la condición de posibilidad para establecer analogías y distinciones es aceptar la forma compleja en que se configuran las culturas populares: es lo que se intentó aquí al poner en relación las condiciones sociales, materiales e

⁵⁵ Aquí no se habla del tipo de planificación en términos técnico-académicos, como se hizo en el capítulo 1 (págs. 21) en el que se había definido este diagnóstico en el marco de la Planificación Prospectiva Estratégica; sino de una definición político-conceptual del tipo de planificación en la que se contextualiza el trabajo. Esta definición resulta pertinente ya que como se desarrolló en las páginas citadas, una de las características distintivas de la Prospectiva es que pone en diálogo dos universos que antes aparecían por separado: los saberes técnico-académicos, al estilo de la Planificación Estratégica, pero también las definiciones y lineamientos políticos, como tradicionalmente lo hizo la Planificación Normativa. Además de esta interacción, la diferencia fundamental está dada por la construcción colectiva de saberes, definiciones y objetivos a futuro, a partir de la incorporación de la voz de los actores implicados en el tema de planificación.

históricas de lo real y los distintos niveles de complejidad teórica. Entonces, a partir de esta propuesta teórico-metodológica, es posible pensar otras comunidades populares en territorios urbanos, pero no trasladar acríticamente los resultados de este diagnóstico.

• **Estado - sectores populares urbanos - política social**

La primera regularidad encontrada entre el análisis etnográfico y la caracterización macroestructural es la heterogeneidad cultural de los sectores populares. De hecho, las claves para pensar la Historia y la historiografía popular latinoamericana son el fuerte anclaje territorial de las comunidades y la heterogeneidad cultural -con las dificultades analíticas que ésta implica- (Briceño Linares, 2006). Con ello, las

características culturales de la comunidad estudiada se estructuran a partir de un entramado de trayectorias y experiencias, individuales y colectivas, configuraciones de pertenencia y -a la vez- de diferenciación identitaria. En ese sistema de interacción simbólica se identificaron algunas formaciones significativas para pensar la relación Estado / sectores populares urbanos y la implementación de políticas sociales.

Una de ellas, la más arraigada históricamente, deriva de las coincidencias en la agenda de los sectores populares latinoamericanos (analizada en el capítulo 3): el reclamo persistente de equidad e inclusión económica y política que guió el sentido de las redes de organización y gestión de la acción social. En términos culturales se trata de un grito ahogado, subterráneo -y hasta milenarismo-, que clama por la "justicia social" para "el buen vivir", hacia la "felicidad" de

los “pueblos”⁵⁶ (el entrecomillado refiere a nociones fundantes en los postulados de los pueblos originarios, las revoluciones independentistas, los movimientos obreros, los proyectos políticos nacionales y populares y los movimientos sociales).

En lo económico, la tradicional demanda por la Reforma Agraria, que incluye a la vez los factores laboral y habitacional, se reconfiguró en el siglo XX a partir del reclamo de los sectores populares urbanos por el derecho al trabajo y a la vivienda. En lo político, la demanda por el reconocimiento de sus voces, su diversidad y su derecho a formar

⁵⁶ Los pueblos originarios de América Latina reivindican la noción del “buen vivir” por sobre el concepto occidental de “vivir mejor”. La diferencia cosmológica consiste en que el buen vivir, en armonía con la naturaleza, tiende al crecimiento continuo para el equilibrio del cosmos y no a un supuesto desarrollo hacia el éxito. Desde otra matriz, se sostienen la organización desigual: algunos viven mejor que otros y, en el mejor de los casos, los gobiernos tratan de que quienes viven mal vivan mejor. Para los pueblos originarios esta una concepción enferma de las relaciones humanas. La noción de “buen vivir” fue incorporada en las constituciones nacionales de Bolivia, Ecuador y Venezuela.

parte del debate persisten desde las revueltas del siglo XIX y llegan hasta las actuales políticas públicas participativas en países de la región (Brasil, Ecuador, Venezuela y Bolivia, por ejemplo), como se desarrolla en el capítulo 3 (págs. 86). La agenda política desde la que los sectores populares interpelan al poder es la punta del ovillo a desenredar: los modos de organizarse y gestionar, de oponerse o construir, hacer juntos.

Frente a la problemática concreta de la exclusión urbana y el hábitat popular en Buenos Aires, el rol del Estado es central, tanto en el orden de las prácticas como en el de los sentidos comunitarios. El trabajo etnográfico permitió establecer que en la población estudiada -al igual que en otras villas y asentamientos urbanos similares- dicha centralidad se relaciona directamente con la imagen del peronismo en la memoria colectiva: el movimiento que incorporó a los

sectores populares urbanos a un proyecto de Nación (Svampa, 1997), y tradujo sus reclamos en lineamientos concretos para la política social. Como explica Pablo Alabarces, "sectores hasta ese momento ilegítimos, vieron ampliada la esfera de su participación política en función de la ampliación de sus derechos y de la construcción social de su representación massmediática (...) de esa manera, aun con titubeos y contradicciones, el nacionalismo peronista se exhibe a la vez como una discursividad fundacional e inclusiva" (Alabarces, 2001).

En diálogo con estos sentidos impresos en la memoria colectiva de los sectores populares urbanos argentinos, la población analizada coincide tanto en su valorización del rol del Estado como en la convicción de que la política social es una vía legítima y posible para mejorar su calidad de vida. Aunque (como vimos en los capítulos 1 y 4) en muchos casos

las políticas públicas aplicadas a este territorio tuvieron y tienen puntos de fracaso, la creencia extendida es que la política (marcada por el trinomio Estado - sectores populares - política social) podría funcionar mejor y ser una herramienta útil para resolver problemas. Se cree que cuando esto no sucede es por la mala gestión de actores intermediarios internos y externos, quienes, alejados o distraídos de su función original, generan interferencias y dispersiones en la comunicación con el Estado. Como se dijo, estas percepciones permiten imaginar que las debilidades no están en la red sino en las prácticas de algunos sujetos: el sentido estratégico de las políticas públicas debiera apuntar, entonces, a la transformación de esas prácticas, y no a la exclusión o sustitución de los mediadores (*capítulo 4, págs.200*).

En síntesis, la política social es una relación de comunicación entre el Estado y los sectores populares que se despliega en una red de interacciones sociales, en un territorio concreto. En el barrio indagado, ese trinomio Estado - sectores populares - política social muestra una primera configuración del sentido comunitario como signo portador de futuro a tener en cuenta en las políticas públicas en los territorios de exclusión del Conurbano sur de Buenos Aires. Dicha configuración se apoya en la existencia y la solidez de una red de relaciones que articula la comunicación Estado - sectores populares, por un lado, y en la creencia de que esa red puede funcionar para gestionar la política social como proceso transformador hacia el bienestar de la comunidad.

- **Configuración política / trabajo y memoria del movimiento obrero**

Uno de los elementos más elocuentes identificado en el trabajo etnográfico es la imbricación institucional entre política y trabajo: antes que una degradación de los proyectos institucionales originales -como evaluarían quienes juzgan al clientelismo como un efecto de la corrupción moral-, esta relación confirma la solidez y la pervivencia de redes de organización y gestión de la relación Estado - sectores populares. Son redes que se apoyan en la memoria colectiva, ya que en un pasado funcionaron dentro de una pauta de relación exitosa, que transformó la calidad de vida de los sectores populares urbanos: el peronismo.

Si bien es habitual que las personas idealicen el pasado, en las entrevistas se diferenciaron distintos momentos en las

trayectorias de vida y hubo coincidencias al relacionar el trabajo asalariado en puertos y fábricas con los relatos de momentos felices de la comunidad, y los del barrio como territorio de progreso. La lógica del trabajador apareció en los jóvenes como un valor que refiere a la experiencia familiar y comunitaria, un pasado lejano y difuso, y a la vez valioso e ideal. En el caso de los adultos y adultos mayores, los recuerdos positivos (y los ejemplos verosímiles) se ubican especialmente en el modelo económico justicialista⁵⁷ -y también en el desarrollista, evocado como la continuidad del anterior- y, a la vez, se alejan claramente de otros períodos históricos y modelos económicos: el aperturismo de la dictadura y el neoliberalismo menemista.

⁵⁷ Se retoma la denominación y diferenciación de modelos económicos trabajada en el capítulo 3, a partir de Torrado (1994): Justicialista, Desarrollista y Aperturista.

Para los habitantes del barrio analizado, cuando se habla de trabajo “los días más felices siempre fueron peronistas”, por lo que, en tanto herederos de la organización sindical del movimiento obrero, no es extraño que sobrevivan modos de organización y gestión de la vida cotidiana que vinculan trabajo y participación política⁵⁸.

Esta herencia cultural (Williams, 1977) de los modos de organización del movimiento obrero (y del sindicalismo peronista como su correlato) explica algunas debilidades

⁵⁸ Desde el punto de vista de la conformación de la cultura popular y su impulso político durante las primeras décadas del siglo pasado, algunos autores (Sarlo, 2002) coinciden en ver al peronismo como una continuidad del yrigoyenismo, por el pacto interclasista entre los sectores medios y subalternos ubicados en la vereda opuesta a la oligarquía. Pero desde la configuración política / trabajo y “los tiempos largos de la cultura popular” (Barbero, 1987) -en los que ciertos rasgos de la matriz popular aparecen de forma histórica y dialéctica en las prácticas culturales y se reproducen en las mediaciones del sentido-, no es aventurado ligar la memoria del movimiento obrero peronista, e incluso la organización y la participación política, a la huella organizacional del primer movimiento obrero sindicalizado de Buenos Aires (1890 – 1930) protagonizado por los activistas anarquistas, y, en menor medida, comunistas.

observadas en el campo, sobre todo, en la capacidad autogestiva de los grupos para insertarse en el campo productivo. Es posible que esto se deba a que la pauta organizacional presente en la memoria comunitaria refiere a la organización compleja del trabajo industrial (grupos numerosos, estratificación y diferenciación de roles y saberes, etc.), en oposición a la memoria cultural de otros grupos, como los campesinos o los sectores medios, profesionales y cuentapropistas. Pero la memoria del movimiento obrero puede ser leída como otro signo portador de futuro, de cara a la planificación de estrategias de inclusión en el sistema productivo, especialmente en relación con posibles experiencias cooperativistas en pequeñas y medianas empresas, públicas o privadas. Este rasgo, en el marco de la interacción política / trabajo, propicia el aporte del compromiso

ético y la conciencia social y comunitaria al trabajo productivo.

• Configuración política / territorio, de la comunidad al pueblo

En este diagnóstico se hizo foco en un territorio con características particulares: cercano al epicentro urbano, vecino y espectador de otros modelos habitacionales y otras poblaciones a las que no se les niega el acceso a la ciudad. En este tipo de territorios, la segregación espacial y la marginalización cultural no dependen de la lejanía objetiva, sino, sobre todo, de los costos sociales del proceso de destitución.

Al principio de este capítulo se dijo que las características culturales de la comunidad estudiada parten de un entramado de trayectorias que fueron conformando, además de una memoria comunitaria, sentidos colectivos

de identificación y diferenciación. También se profundizó, en capítulos anteriores, en la definición de grupos excluidos o subalternizados en los que la pertenencia a una comunidad de sentido se apoya en la experiencia de un sufrimiento común: aquí, la identidad territorial esta mediada por el proceso de destitución social, el cual se presenta ante los sujetos en forma de violencia explícita, descarnada y obscena. Lejos de galimatías teóricas y construcciones mediáticas, para los habitantes del barrio la territorialización de la exclusión urbana se experimenta cada vez que son discriminados por vivir donde viven. De este modo, la identidad comunitaria ancla en el territorio y se fortalece un *nosotros* que resiste y se opone a los *otros* incluidos y excluyentes; y a la vez, se identifica (aunque desde la especificidad) con otras comunidades igualmente excluidas. Hablamos de la comunidad situada como un

nosotros, sujeto histórico productor y reproductor de la memoria colectiva, y sujeto geopolítico habitado y habitante de la identidad territorial.

Como vimos en el capítulo 4, en la vida cotidiana de los sujetos el Estado sigue siendo un actor clave desde una multiplicidad de organizaciones: escuela, municipalidad, sala sanitaria y agrupaciones diversas en la trama material y cultural del territorio. Su rol es también histórico: aun en los períodos de mayor desarticulación y desguace estatal, estas organizaciones mantuvieron la presencia territorial, a diferencia de otros actores externos con participaciones episódicas.

La historicidad produce sentidos que intervienen en las prácticas socioculturales de construcción identitaria. El Estado representa un actor externo que -en su otredad- aporta a la definición de la identidad territorial. Por eso, en la

interpretación de la configuración política / territorio, al interior de la comunidad de sentido reaparece la referencia a ese pasado fundacional del vínculo Estado / sectores populares urbanos, marcado por el modelo peronista. Esta marca simbólica -esta huella en la memoria- no sólo opera en la definición identitaria de la comunidad, sino que liga el *nosotros comunitario* con un colectivo mayor: el pueblo. "Los políticos tendrían que ayudar a los pobres, como nosotros, o los que viven en otras villas y pasan por la misma situación; tendrían que mirar al pueblo, resolverle los problemas que tiene el pueblo", clarifica uno de los entrevistados.

Así, la configuración política / territorio, mediada por los procesos de construcción de identidad, lleva a la pertenencia de los sujetos a la comunidad, y de la comunidad al pueblo. La producción / reproducción simbólica de la noción de pueblo

en la memoria colectiva de los sectores populares urbanos constituye otro signo portador de futuro, relevante para la planificación de políticas sociales.

La reaparición del "pueblo" como actor socio-político dialoga con la recuperación de las nociones de "pueblo" y "campo popular" en el universo discursivo político nacional y regional -y en el de los medios masivos y las industrias culturales, de manera incipiente y periférica-. Esta revalorización simbólica y política es un logro parcial pero importante de lo popular en la lucha por el sentido, ya que supone un reposicionamiento en la arena de poder y resistencias que es la cultura. En los '90, el concepto de "pueblo" había sido reemplazado por el de "gente" que se impuso, desde los medios masivos hegemónicos, tanto al imaginario social como a los discursos políticos en particular (Alabarces, 2008; Sarlo, 2001).

En las teorías de las ciencias sociales, y especialmente en los estudios latinoamericanos de comunicación y cultura, muchos factores colaboraron para que el “pueblo” siguiera desterrado por décadas, y dejara su lugar a los públicos, los ciudadanos, los receptores y los consumidores: la irrupción de las dictaduras militares y la interrupción violenta de las corrientes de pensamiento crítico de los '60 y los '70, la necesidad de revalorizar el lugar del receptor en la recuperación democrática, y la hegemonía de la lógica del mercado durante los '90 (*capítulo 2, págs. 75*). Desde esta tesis, nos sumamos a la pionera advertencia de Martín Barbero (1987): el análisis cultural debe redescubrir al pueblo. Esto es crucial en la planificación de la comunicación en políticas públicas, ya que una teoría para la intervención en la trama cultural y política debe construir conceptualmente actores y objetos complejos,

atravesados por redes de poder, dominación, apropiación, mestizaje e hibridación cultural: debe concebir a la cultura como un espacio de hegemonía (Barbero, 1987)⁵⁹.

• Configuración política / educación y construcción de ciudadanía

Por último, a partir del análisis de las tramas organizacionales se identificó otro signo portador de futuro ligado a la

⁵⁹ En diálogo con el campo argentino de los estudios de cultura y comunicación, la reivindicación que se hace en este trabajo de la noción de pueblo y la pregunta política en el análisis cultural remite a la tradición intelectual que se denominó nacional-popular (Vidarte Asorey, 2005), fundada por Aníbal Ford (1934-2009), Eduardo Romano (1938) y Jorge B. Rivera (1935-2004). Como afirma Natalia Barrio: “la crítica señala que el aporte original de los trabajos de Ford, Rivera y Romano al campo de la intelectualidad y luego al de la comunicación y la cultura, comprende la puesta en vigencia de ciertos elementos que estaban en retirada, como la genealogía de Raúl Scalabrini Ortiz, Fermín Chávez, Arturo Jauretche y Juan José Hernández Arregui”. Pero principalmente, estudiaron los objetos producidos por la industria cultural desde una perspectiva no semiológica, histórica, teorizándolos como portadores de una cultura popular-nacional que las élites, tanto como la izquierda, habrían pasado por alto (Sarlo, 2001). No hemos desarrollado aquí la biblioteca de estos autores porque, aunque estudian la cultura popular trabajan básicamente sobre un objeto diferente: la literatura popular, las industrias culturales y la cultura de masas.

configuración política / educación, estratégico para la planificación de políticas públicas.

En el capítulo anterior, analizábamos a la educación como una institución en sí misma, pero atravesada integralmente por la política y en especial por el rol del Estado como actor principal en la educación popular. Mencionamos también que las prácticas asociadas a lo educativo tienen una valoración muy positiva en el sentido común comunitario, y que la educación está ligada a las representaciones acerca del futuro posible y el deseado -sobre todo, para aquellos sujetos con hijos en edad escolar- (*Capítulo 4, págs. 202 a 205*).

La educación sigue estando asociada a la posibilidad de ascenso social. Si bien, a diferencia de lo que ocurrió entre las décadas del '20 y el '50, la escuela pública como "máquina cultural democrática" (Sarlo 1996, 1997) ha cedido lugar, en su función creadora

de narraciones identitarias, ante otros dispositivos -como los medios masivos-, se corroboró que el mito del ascenso social a partir de la pertenencia al sistema educativo sigue vigente. Ya no se trata de la lógica de *m'hijo el doctor*, pero, al menos en el territorio analizado, la escuela pública representa una posibilidad real de inclusión social: "La educación es muy importante, antes con un séptimo grado te ibas a atender a un negocio. Hoy si no tenés el secundario no te toman para limpiar un piso" (Analía, 32 años). Las palabras de Analía no nos hablan del afán de crecimiento económico ni de ambiciones relacionadas al status social, sino de cruzar la brecha de la exclusión: alcanzar un piso de inclusión que los convierta en ciudadanos iguales a otros, en sus posibilidades de imaginar y gestionar un proyecto vital. Es en este sentido que las tramas vinculares que rodean a la educación son estables y sólidas.

Para los sectores urbanos excluidos, la educación pública sigue siendo el canal más legitimado -en términos de la memoria comunitaria- de construcción de ciudadanía como forma de inclusión social.

A partir del análisis etnográfico del caso y la caracterización macroestructural de los sectores populares que viven en territorios de exclusión del Conurbano sur de Buenos Aires, podemos concluir que existen enclaves culturales estratégicos de intervención como signos portadores de futuro: la memoria del movimiento obrero como modo de organización y gestión del trabajo, unido a la participación política; otro, la identidad territorial, históricamente construida en el contexto de la relación Estado / sectores populares urbanos, que define la pertenencia de los sujetos a la

comunidad y de la comunidad al pueblo; el último, la valoración colectiva de la educación pública como canal legítimo de formación de ciudadanía.

Al principio de este informe, hablábamos de dos dimensiones de la comunicación que incumben al planificador de políticas públicas; el análisis desde la comunicación / cultura y la caracterización diagnóstica de los signos portadores de futuro aportan a una de ellas: indagar en la voz de los actores locales para desentrañar las prácticas culturales, las representaciones, los valores, las opiniones y expectativas de los sujetos - en este caso, habitantes de territorios de exclusión-. En relación con la posibilidad de abordar la segunda dimensión, la articulación estructural de la comunicación en la política social, se señaló que ello requeriría recursos técnicos, políticos, materiales y humanos que exceden el planteo de esta tesis (*capítulo 1,*

págs.10 a 12). De cualquier manera, fue posible establecer la estructura básica que configura la trama del problema de planificación: la nueva pobreza en el área metropolitana de Buenos Aires (AMBA).

Por eso, aunque esta tesis tuvo como objetivo diagnosticar y no intervenir (planificar o gestionar), me permito sobre el final proponer una idea / disparador que podría retomarse para ampliar el perfil del planificador en comunicación.

- **Conocimiento, Universidad e intervención**

En las políticas sociales -especialmente en las de corte nacional, popular y latinoamericanista (*capítulo 3, Págs. 86 a 92*)- la producción de conocimiento científico tiene un papel estratégico, y las Universidades Nacionales pasan a desempeñar un

rol privilegiado para su formación y desarrollo.

En Argentina, ya en 2003 el entonces presidente Néstor Kirchner advirtió que la construcción de "una sociedad como la que queremos promover debe basarse en el conocimiento y en el acceso de todos a ese conocimiento" (discurso frente a la Asamblea Legislativa, 25/04/03). A partir de allí La Secretaría de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva (SNCTI) y el Ministerio de Cultura y Educación de la Nación (MCEN) comenzó a trabajar en la idea de un plan estratégico de mediano y largo plazo, estimado en una primera etapa 2005 - 2015, para que se "logre instalar una sólida economía con un fuerte componente de conocimiento, se aprovechen responsablemente los recursos ambientales principales, aumente la calidad de vida de la población, se alcancen niveles razonables de equidad y de armonía social, al tiempo que la

governabilidad y la autonomía nacionales se mantengan en niveles superiores a los históricos" (Plan Bicentenario 2006 - 2010). Bajo esta filosofía, unos años más tarde se creó el "Plan Estratégico Nacional en Ciencia y Tecnología Bicentenario 2006 - 2010", elaborado desde la perspectiva Prospectiva Estratégica.

El plan postula "promover la transición hacia una economía basada en el conocimiento para lograr una sociedad más justa y equitativa". Entre otros escenarios deseados y necesarios, propone que se establezcan políticas de largo plazo orientadas al fortalecimiento de la base científica, la difusión tecnológica y el fomento a la innovación como herramientas para lograr un alto valor agregado en sectores capaces de competir en mercados de exportación y para aumentar la eficiencia de todas las actividades

productivas y de atención de las necesidades sociales.

Además, formula el deseo de que "se implementen gradualmente políticas redistributivas y de protección social (para lo que será necesario) establecer un compromiso político interpartidario e intersectorial para un aumento sostenido de la inversión en educación y salud. Fortalecer la cohesión social y reducir la brecha con sectores y regiones postergados". Acerca de la cultura, propicia la apropiación de la ética de solidaridad social, exhortando a una "reconsideración del consumismo como sucedáneo de la calidad de vida". El futuro posible (imaginado) aspira a una "articulación efectiva de los actores de la SNCTI que sea capaz de aportar a la solución de los problemas sociales y productivos y al aprovechamiento de las múltiples oportunidades que ofrece la sociedad del conocimiento". Por

último, reconoce debilidades y "amenazas a enfrentar": en primer lugar, el individualismo exacerbado, la falta de motivaciones y la lentitud para innovar; y en segundo término, el drenaje de cerebros, estimulado por los países de mayor poder económico.⁶⁰

En el marco de esta política de largo aliento, a fines de 2007 el gobierno de Cristina Fernández crea el Ministerio de Ciencia y Tecnología de la Nación para impulsar el desarrollo científico y tecnológico en función de la competitividad del sistema productivo y la solución de los problemas sociales. Así, la SNCTI se convierte en el Ministerio de Ciencia y Tecnología que retoma y profundiza el Plan Bicentenario. Dentro de sus metas cualitativas se adoptan como áreas prioritarias para el desarrollo de

⁶⁰ Todos los datos y citas textuales fueron extraídos del texto del Plan Estratégico Bicentenario 2006 – 2010, disponible en www.mincyt.gov.ar, consultado en noviembre de 2008.

la ciencia y la tecnología las que habían sido trazadas en el PB. Estas áreas se organizan en dos planos, ocho áreas problema - oportunidad: Marginalidad, discriminación y derechos humanos; Competitividad de la industria y modernización de sus métodos de producción; Competitividad y diversificación sustentable de la producción agropecuaria; Conocimiento y uso sustentable de los recursos naturales renovables y protección del medio ambiente; Infraestructura y Servicios de Transporte; Infraestructura energética; Uso racional de la energía; Prevención y atención de la salud; Políticas y gestión del Estado; Política y Gestión Educativa, y 18 áreas temáticas disciplinares que se enlazan a las anteriores⁶¹.

⁶¹ Biotecnología, Matemática Interdisciplinaria, Tecnología de la Información y las Comunicaciones, Educación, Trabajo, Empleo y Protección Social, Violencia Urbana y Seguridad Pública, Recursos Mineros, Tecnologías Biomédicas, Recursos del Mar y de la Zona Costera, Nanotecnología, Energía, Medio Ambiente y Remediación de la

Entendemos que las áreas problema - oportunidad priorizadas por el Plan Bicentenario funcionan como paraguas del problema de planificación planteado en esta tesis, hábitat popular y pobreza en el Conurbano sur del AMBA, ya que se explicita claramente la preocupación por la marginalidad, la discriminación, el territorio y la vida urbana. Pensar las aplicaciones y las prácticas en función de las áreas disciplinares nos obligaría a un encorsetamiento de las propuestas de intervención; de hecho, la articulación con estas áreas resulta difusa para encuadrar la mayoría de los posibles aportes de las ciencias sociales a las políticas públicas - con excepción quizás de la Educación, único

Contaminación Ambiental, Estado y Sociedad y Calidad de Vida, Agroindustrias y Agroalimentos, Microelectrónica, Materiales, Tecnología Espacial, Tecnología Nuclear

espacio disciplinar de las ciencias sociales y humanas incorporado con claridad-.

En síntesis, en el actual contexto histórico político, local y regional, no es aventurado imaginar un futuro en el que se profundice la preocupación por planificar y gestionar políticas sociales nacionales, populares y latinoamericanistas que aspiren a la integración cultural y a la equidad socioeconómica con la participación creciente del pueblo. De forma armónica y solidaria con este horizonte de crecimiento, es posible y deseable que las universidades ocupen un rol protagónico como espacios institucionales organizadores / comunicadores del conocimiento.

En este escenario, la Universidad Nacional de la Plata está destinada a ocupar un rol protagónico no sólo a partir de su propio desarrollo sino también al participar en equipos interinstitucionales y

multisectoriales, a nivel nacional e internacional. Más allá de los criterios básicos de calidad educativa con los que cumplen acabadamente las universidades públicas argentinas, a diferencia de otras, como la Universidad de Buenos Aires (1821) o la Universidad Nacional de Córdoba (1799) - fundadas por las elitistas y europeizantes oligarquías criollas heredadas del coloniaje (Carta de la Reforma Universitaria, Córdoba, 1918)-, la UNLP (1905), debido a su tradición moderna, concibe a la ciencia y al desarrollo tecnológico como ejes clave del progreso nacional. Además, fue la primera institución que advirtió la necesidad de generar una comunicación con la sociedad a partir de la extensión y la transferencia (Pérez Lindo, 1997).

La UNLP también tiene un emplazamiento territorial estratégico: como su radio de mirada alcanza al menos a los dos primeros

cordones del Conurbano bonaerense, está en posición de interactuar directamente con los problemas comunitarios de la mayor cantidad de sectores populares urbanos en nuestro país.

En el contexto institucional de la UNLP, la Facultad de Periodismo y Comunicación Social tiene una identidad propia, y ésta se apoya en la disolución de la separación entre teoría y práctica, y entre formación científica y profesional (**Alfonso, A., Saintout, F. y otros, 2007**). Desde su pionera fundación en 1930, y al compás del devenir del campo latinoamericano de los estudios en comunicación, la FPyCS fue construyendo una identidad nacional y latinoamericanista que se expresa en gran parte de su currícula y especialmente en sus vínculos con otras universidades y sectores sociales ajenos al campo académico.

- **Inventamos o erramos**

Tres configuraciones culturales, dijimos, operan como signos portadores de futuro en los territorios de exclusión del primer cordón del Conurbano sur de Buenos Aires: política / trabajo; política / territorio y política / educación. Desde el punto de vista de la comunicación y la cultura, se propone que la relación Estado - sectores populares urbanos - que está atravesada por la política social como dinámica práctica y comunicacional- se apoye en la recuperación y puesta en valor de la memoria del movimiento obrero, en la reivindicación teórico-académica del pueblo como actor social y político (que nos interpela al trabajo para su mejor vivir) y en la educación como espacio estratégico para la intervención -en tanto canal legitimado por el pueblo para la producción y reproducción de su carácter ciudadano, la inclusión y la

integración, hacia la equidad y la justicia social.

Advertimos, con la comunidad estudiada, que la política social es un camino efectivo para la inclusión y la resolución de problemas cotidianos, pero que sus debilidades se relacionan con la acción de intermediarios internos y externos que generan interferencias en la comunicación con el Estado, propician líneas de fuga de la voz (y el cuerpo) popular en la planificación y la gestión, y tienden a contradecir la ampliación de la participación ciudadana. Sobre estas amenazas, y desafíos a superar, entendemos que las debilidades no están en las redes de intercambio comunitario ni en sus actores -que son parte constitutiva de la trama organizacional-, sino en algunas prácticas arraigadas de estos sujetos intermediarios. Pero más allá de los juicios morales, estas prácticas / síntoma tienen que ver con respuestas intuitivas a la necesidad

de operar en un campo que se les impone: la planificación y gestión de políticas públicas.

Funcionarios, referentes y punteros son actores político-militantes, y es honesto admitir que sus capacidades, destrezas y saberes están asociados al debate político-ideológico y a la movilización de la acción política, pero no tienen conocimientos técnico-académicos suficientes ni herramientas prácticas para planificar, gestionar y evaluar políticas públicas. Ni tienen por qué tenerlos.

En el trabajo de campo pude observar cómo la vida cotidiana de los intermediarios locales se disuelve en urgencias logísticas, menores pero arduas: asistir a un sinnúmero de reuniones; completar listas con decenas de nombres y DNI de vecinos que no figuren en el VERAZ (base nacional de datos de deudores del sistema financiero) y que cumplan con los requisitos de edad, sexo, etc., exigidos en

cada programa; gestionar trámites en organismos gubernamentales de todos los niveles, organizaciones sociales y partidos, y, mientras tanto, sostener la militancia y la participación política de la comunidad. Todas estas tareas monopolizan la acción de los intermediarios y, cuando se logran los recursos, se gestiona como se puede. Muchas veces no importa si es una cooperativa de reciclado, un centro cultural o un comedor: no puede importar más que la supervivencia. En estos casos, la gestión se apoya en adscripciones político-ideológicas y familiaridades comunitarias porque faltan espacios de mediación que permitan construir síntesis superadoras, en diálogo con otros saberes y criterios de la política social.

Es injusto esperar que los referentes políticos locales hagan la traducción territorial de la política social: que evalúen la viabilidad de los desarrollos productivos

en su territorio; hagan estudios de impacto; organicen mesas de diálogo; realicen diagnósticos, análisis culturales, ejercicios prospectivos, evaluaciones científicas y diseños de estrategias de intervención. Esa traducción requiere una pregunta en sí misma, cuya respuesta se vincula con la *expertise* de los profesionales cubanos -detallada en págs. 89 a 92, en: *Política Social nacional y popular, un camino latinoamericano- para aprender a aprender, y "aprender a hacer" una gestión con identidad territorial. La traducción territorial de la política social es una mediación comunicacional y puede ser pensada desde la Planificación de la Comunicación.*

Abordados desde el Estado, los problemas de la política social están atravesados por distintas dinámicas, en las que interactúan una multiplicidad de factores (políticos, sociales, económicos, culturales, ambientales

y técnicos) que deben ser abordados de manera compleja. Por dicha razón, en esta tesis no se intentó focalizar en las fallas de los intermediarios militantes, sino identificar una debilidad en las estrategias de planificación y gestión de política social, para poder así transformarla. Aunque, actualmente, en los documentos fundacionales e informes periódicos de los planes de desarrollo se propone la prospectiva estratégica y la metodología de la investigación / acción (www.desarrollosocial.gov.ar, 2010), la reflexividad, redefiniciones y nuevas aplicaciones territoriales se delegan en actores que no están capacitados para esa tarea, y que cumplen otros roles no menos importantes en las tramas organizacionales de su comunidad.

De acuerdo a esto, se retoma una idea de Martín Barbero, el pasaje de los

intermediarios a los mediadores (Martín Barbero, 1989) para la traducción de la política social en los territorios, y se "inventa" la figura del mediador cultural comunitario: un perfil profesional específico del planificador comunicacional. Las universidades -desde sus carreras de grado y posgrado, sus proyectos de investigación y sus trabajos de extensión y transferencia-, podrían potenciar esta figura para intervenir en los procesos de planificación, gestión y evaluación de políticas públicas y facilitar la comunicación entre el Estado, las comunidades, los actores políticos y técnico-académicos.

Al mediador cultural comunitario se lo piensa como un facilitador de procesos comunicacionales de construcción de conocimiento con múltiples interlocutores y planos dialécticos de interacción. Se lo concibe como un profesional formado para el

cambio social con una fuerte identidad basada en su pertenencia al sistema público educativo (legitimado por todos los actores implicados en la política social). Un actor que atraviese dicho sistema en su mediación de la relación Estado - pueblo; que trabaje desde la Universidad hacia los espacios locales de educación, formación y capacitación formales y no formales para niños, jóvenes y adultos, en pos del mejor vivir de cada comunidad en cada territorio.

Martín Barbero desarrolló la noción de mediador cultural en la conferencia de apertura de un seminario sobre periodismo cultural⁶²; aunque las aplicaciones del concepto varían según las prácticas profesionales de cada perfil -en aquel contexto el del periodista, en esta tesis el del planificador comunicacional- hay

⁶². Se trata de la conferencia presentada en el seminario Colcultura sobre Periodismo Cultural realizado en Bogotá en 1989.

caracterizaciones y conceptualizaciones comunes, ya que ambos son comunicadores que median en la cultura y coinciden en el punto de partida del trabajo: la necesidad "de hacer explícita la relación entre diferencia cultural y desigualdad social. No de la reducción de la diferencia a desigualdad, sino de la imposibilidad de pensarlas completamente por separado en nuestra sociedad" (Martín Barbero, 1989).

Dos décadas atrás, Barbero alertó a los comunicadores que, fascinados por las innovaciones tecnológicas o aterrados por la desublimación de la cultura, olvidan que las mediaciones y dinámicas de la comunicación no fueron nunca exteriores al proceso cultural: "la comunicación es dimensión constitutiva de las culturas, grandes y chicas, hegemónicas o subalternas" (Martín Barbero, 1989). Por eso, el comunicador intermediario (periodista o planificador), al volverse mediador de la

comunicación, se convierte en mediador cultural.

Esta figura no pretende reemplazar al referente político: por el contrario, busca reposicionarlo, ya que el análisis de las relaciones comunicación / cultura desde el enfoque planteado entiende que la intervención de la política no concierne solamente a la administración de instituciones, la distribución de recursos o la regulación de frecuencias sino -como dice Barbero- a la producción misma del sentido en la sociedad y a sus modos de reconocimiento entre los ciudadanos. Entonces, preguntarnos qué hay de la comunicación colectiva y la cultura popular en la planificación de políticas públicas implica "salir de la razón dualista" y "comprender el doble movimiento" que articula las demandas sociales y las dinámicas culturales a las lógicas políticas del Estado y del mercado. (Martín Barbero, 1988).

Este es el desafío que la trama cultural le plantea hoy a la política "al haberse convertido de residuo indigerible de los planes de desarrollo en clave de acceso a la comprensión de las dinámicas y los bloques, de los decepcionantes resultados que han dejado los 'milagros' económicos, y de lo mentiroso de las pasividades y las inercias atribuidas por los salvadores de turno a las colectividades" (Martín Barbero, 1989).

De acuerdo a esto, y al universo de sentido y acción de esta tesis, es posible pensar que aquellas políticas sociales que, local y territorialmente, apunten al buen vivir de los sectores populares sólo pueden ser planificadas, justamente, por gobiernos nacionales, populares y de corte latinoamericanista. Y es evidente que para garantizar estos procesos de transformación es necesario ampliar la participación y el rol de la universidad en la gestión de políticas

públicas en territorios de exclusión. Pensando en ellas, la figura del mediador cultural comunitario es una propuesta posible, entre tantas otras por venir, para contribuir a un mayor compromiso de la Universidad para con el pueblo: desde el campo académico, formar profesionales que busquen generar un futuro más justo para todos.

La Plata, diciembre de 2010.

Bibliografía

AA. VV (2003) *La criminalización de la protesta social*. La Plata. Editorial Grupo La Grieta.

Abba, A., Furlong, L., Susini, S. y Laborda, M. (2008) "Informe sobre nivel socio habitacional". Buenos Aires. Atlas Buenos Aires.

Acuña, C., Kessler G. y F. Repetto (2002) "Evolución de la política social argentina en la década de los noventa: cambios en su lógica, intencionalidad y en el proceso de hacer política social." Texas. Center of Latin American Social Policy. Universidad de Austin.

Alabarces, P. (2002) **Fútbol y Patria: el fútbol y las narrativas de la Nación en la Argentina**. Buenos Aires. Prometeo.

___ y Rodríguez, M. (2008) *Resistencias y mediaciones*. Buenos Aires. Paidós.

Alarcón, C. (2003) *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia, Vidas de pibes chorros*. Buenos Aires, Norma.

Alfonso, A. Saintout, F. y otros (2007). *70 años de Periodismo y Comunicación en América Latina*. La Plata. Ediciones de Periodismo y Comunicación, EPC.

Argumedo, A. (2004) *Los silencios y las voces en América Latina, Notas sobre el pensamiento nacional y popular*. Buenos Aires. Ediciones del Pensamiento Nacional, Colihue.

Auyero, J. (2001) *La política de los pobres*. Buenos Aires. Manantial.

___ (2004) *Clientelismo político. Las caras ocultas*. Buenos Aires. Capital Intelectual.

___ y Grimson, A. (1997) "Se dice de mí, notas sobre convivencia y confusiones entre etnógrafos y periodistas". Buenos Aires. Revista Apuntes de investigación N° 1.

___ y Swistun, D. (2008) *Inflamable*. Buenos Aires. Paidós.

Badenes, D. (2005) "Comunicación e identidades en fábricas recuperadas autogestionadas". La Plata. Tesis de Licenciatura Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.

___ (2007) Comunicación y Ciudad: Líneas de investigación. La Plata. Revista Question N° 14.

Basualdo, Aspiazu y otros, (2002) *El proceso de privatización en Argentina. La renegociación con las empresas privatizadas. Revisión contractual y supresión de privilegios y de rentas extraordinarias*. Avellaneda. Editorial La Página S.A., Universidad Nacional de Quilmes.

Baudrillard, J. y Morin, E. (2003) *La violencia del mundo*. Buenos Aires. Libros del Zorzal.

Bauman, Z. (1999) *La globalización: Consecuencias humanas*. México. Fondo de Cultura Económica.

___ (1999) *Modernidad líquida*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

___ (2006) *Confianza y temor en la ciudad*. Barcelona. Arcadia. 2006.

Berger, P. y Luckman, T. (1968) *La construcción Social de la realidad*. Buenos Aires. Amorrortu.

___ (1997) *Modernidad y Crisis de sentido*. Buenos Aires. Paidós.

Blaustein, E. (2001) *Prohibido vivir aquí. Una historia de los planes de erradicación de villas de la última dictadura*. Buenos Aires. CMV, GCBA.

Bourdieu, P. (1985) *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid. Akal.

___ (1988). "Los usos del pueblo" en *Cosas dichas*. Barcelona. Gedisa.

___ (1990) *Sociología y cultura*. México. Grijalbo/CONACULTA.

___ (1993) "Efectos de lugar" en *La miseria del mundo*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

___ (2001) *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona. Anagrama.

___ Bourdieu (2003) *El oficio del sociólogo*. Barcelona. Anagrama.

Briceño Linares, Y. *Del mestizaje a la hibridación: discursos hegemónicos sobre cultura en América Latina*". Caracas. Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallego.

Castells, M. (1971) **Problemas de investigación en sociología urbana**. Bilbao. Siglo XXI,
___ (1974) **La cuestión urbana**. Méjico. Siglo XXI.
___ (1981) *Crisis urbana y cambio social*. Madrid, Siglo veintiuno.
___ (1986) *La ciudad y las masas*. Madrid, Alianza.
___ Borja, J. Benner, C. y Belil, M. (2007) *La ciudad multicultural. Políticas para la interculturalidad*. Barcelona. La Factoría, N° 2.

Chávez, M. "Los espacios urbanos de jóvenes en la ciudad de La Plata". La Plata. Tesis doctoral, Universidad Nacional de La Plata.

CELS (2003). "Informe Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados ¿Derecho Social o beneficio sin derechos?". Buenos Aires. Centro de Estudios Legales y Sociales.

Chartier, R. (1994) *Cultura Popular. Retorno a un concepto historiográfico*. París, Manuscrits, N° 12, Gener.

Ciccolella, P. (1999). "Globalización y dualización en la Región Metropolitana de Buenos Aires. Grandes inversiones y reestructuración socioterritorial en los años noventa". Santiago de Chile. Revista EURE N° 76.

Cieza, D. (2000) "De la cultura del trabajo al malestar del desempleo". La Plata. HCD, CREALC.

Cravino, M. (1998). "Las organizaciones villeras en la Capital Federal entre 1989-1996. Entre la autonomía y el clientelismo": Buenos Aires. 1° Congreso Virtual de Antropología y Arqueología.

___ (2008) *Vivir en la Villa Relatos, trayectorias y estrategias habitacionales*. Buenos Aires. UNGS.

___ Fournier, M., Neufeld, M. y Soldano, D. (2002). *Cuestión social y política social en el Gran Buenos Aires*. La Plata. Al margen.

Colombres, A. (1987) *La cultura y el arte popular*: Buenos Aires. Ediciones del Sol - Colihue.

- Cuenya, Beatriz (1993): Programa de radicación e integración de villas y barrios carenciados de la Capital Federal. Buenos Aires. Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.
- De Certeau, M., Giard, L. y Mayol. P. (2006) *La invención de lo Cotidiano*. México. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- de Sousa Santos, B. (2002) "Sin fronteras. En busca de la ciudad global". Porto Alegre. Foro Social Mundial (disponible en www.portoalegre2002.org).
- Dinatale, M. (2005). *El festival de la pobreza*. Buenos Aires. La Crujía.
- Fernández, E. "Del código civil al Estatuto de la Ciudad: algunas notas sobre la trayectoria del Derecho Urbanístico en Brasil". Santiago de Chile. Revista Eure N° 87.
- Ferrer, A. (1963) *La economía argentina*. Buenos Aires. FCE.
- Forni, F. (2002) De la exclusión a la organización. Buenos Aires. Ciccus.
- Freire, P. (1970) *Pedagogía del oprimido*. México. Siglo Veintiuno.
- Fuentes Navarro, R. (2002) "La investigación latinoamericana de la comunicación y su entorno social: notas para una agenda". **Bogotá. Diálogos de la Comunicación N°64**.
- Fuenzalida Fernández, V. (2000) *La televisión pública en América Latina*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- Fuchs y Vélez (2001). *Argentina de rodillas. Terrorismo económico de Martínez de Oz a Cavallo*. Buenos Aires. Tribuna Latinoamericana.
- García Canclili, N. (1984) "Cultura y sociedad": una introducción", *Cursos y Conferencias*. Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires.

___ (1990) *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México. Grijalbo.

___ (1997) *Imaginario Urbanos*. Buenos Aires. Eudeba.

Gascón i Martin, F. (2001) "**Complejidad y memoria** de una asignatura pendiente". Lima. Revista **Diálogos** de la Comunicación N° 63.

Geertz, C. (1989) *El Antropólogo como autor*. Barcelona. Paidós.

Ginzburg, C. (2008) *El queso y los gusanos*. Barcelona. Península.

Glaser, B. y Strauss, A. (1967). "El muestreo teórico", *Discovery of grounded theory*. Chicago. Aldine.

Goffman, E. (1979) *Relaciones en Público. Microestudios del Orden Público*. Madrid. Alianza Universidad.

___ (1993) *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires. Amorrortu.

González S. J. (1981) "Sociología de las culturas subalternas". México. Cuadernos del TICOM, N° 11.

___ (1994) *Estudios sobre culturas contemporáneas*: Universidad Colima. Colima.

Grimson, A. (2002) "Las sendas y las ciénagas de la cultura. Antropología y estudios de comunicación. La Plata. Revista Tram(p)as de la Comunicación y la Cultura N°1.

___ (2004) *Interculturalidad y comunicación*. Bogotá, Norma.

___ y Semán, P. (2005) "Presentación: la cultura". Buenos Aires. Revista Etnografías contemporáneas N° 1.

___ (2003) "La vida organizacional de las zonas populares de Buenos Aires". Montevideo. Proyecto Urbanización latinoamericana a finales del siglo XX, University of Texas at Austin.

Gubern, R. (1991) *El Salvaje Metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires. Paidós.

- Gutiérrez, J. (1999) *La fuerza histórica de los villeros*: Jorge Baudino Ediciones. Buenos Aires.
- Hobsbawm, (1998) *Historia del siglo XX*. Buenos Aires. Crítica.
- Isla, A. y Míguez, D. (2003) *Heridas Urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*. Argentina, Editorial de las Ciencias.
- Kessler (2004) *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires. Paidós.
- Larraín (1986) *Historia del Partido de Avellaneda. Reseña y análisis 1580 - 1980*. Avellaneda. La Ciudad.
- Lattes, Alberto E. y Lattes, Zulma R. de, (1992) "Auge y declinación de las migraciones en Buenos Aires". En Jorrat, J. y Sautu, R. Después de Germani. Exploraciones sobre estructura social de la Argentina. Buenos Aires. Paidós.
- Laverdi, (1999) Na trilha das reivindicações: movimentos populares de moradia em Sao Paulo e a luta pela Reforma Urbana na Constituinte. Maringá. Revista Diálogos N° 3.
- Lomnitz, L. (1975). *Cómo sobreviven los marginados*. México. Siglo XXI.
- Mata, M. (2000) "La radio: una relación comunicacional". Buenos Aires. Revista Diálogos de la Comunicación N° 35.
- Mattelart, A. y Neveu (2004) *Introducción a los Estudios Culturales*. Buenos Aires. Paidós.
- Martín Barbero, J. (1987) *De los Medios a las Mediaciones*. Méjico. G. Gili.
- ___ (1991) "Dinámicas urbanas de la cultura". Medellín. Revista Gaceta de Colcultura N° 12.
- ___ (1988) *Procesos de comunicación y matrices de cultura. Itinerario para salir de una razón dualista*. México, Gustavo Gili.

- ___ (1989) "De los intermediados a los mediadores". Bogotá. Conferencia presentada en el seminario Colcultura sobre Periodismo Cultural.
- ___ (1998) "De las hegemonías a las apropiaciones. Formación del campo latinoamericano de estudios de comunicación". Bogotá, Asociación Boliviana de Investigadores de la Comunicación.
- ___ (2002). "Culturas populares" en Altamirano, C. *Términos críticos de sociología de la cultura*. Buenos Aires. Paidós.
- ___ (2002) *La globalización en clave Cultural: una mirada latinoamericana*. Guadalajara. Departamento de Estudios Socioculturales, ITESO.
- Mela, A. "Ciudad, comunicación, formas de racionalidad". Bogotá. Revista Diálogos N° 23.
- Merklen, D. (1997) "Organización comunitaria y práctica política". Buenos Aires. Revista Sociedad N° 149.
- ___ (2001) Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (1983-2003). Buenos Aires, Gorla.
- Míguez, D. (2004) *Pibes Chorros. Estigma y Marginación*. Buenos Aires. Capital Intelectual.
- ___ y Semán, P. (2006) *Entre Santos y piquetes: Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires. Biblos.
- Minujin, A. 1997. *En la rodada, de Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efecto de la crisis en la sociedad Argentina*. UNICEF/LOSADA, Buenos Aires.
- Morin, E. (1996). *Introducción al Pensamiento Complejo*. Barcelona. Gedisa
- Orozco Gómez, G. (1991) *Recepción Televisiva*. México. Universidad Iberoamericana.
- Ortiz, R. (1985) *Cultura brasileira e identidade nacional*. San Pablo. Brasiliense.
- ___ (1989) "Notas históricas sobre el concepto de cultura popular". San Pablo. Revista Diálogos de la comunicación N° 23.

- ___ (2000) "América Latina. De la modernidad incompleta a la modernidad - mundo". Caracas. Nueva Sociedad N° 166.
- ___ (2004) *Taquigrafiando lo social*. Méjico, Siglo XXI.
- Pasquali, A. (1979) *Comprender la Comunicación*. Caracas. Monte Avila Editores.
- ___ (1980) *Comunicación y Cultura de Masas*. Caracas. Monte Avila Editores.
- Peirce, C. (1988) "La fijación de las creencias" en *El Hombre, un signo*. Barcelona. Crítica.
- Pereira, G. (1995). "Comunicación, cultura y ciudad". Bogotá. Revista Signo y Pensamiento N° 27.
- Pérez Lindo, A. (1997) "Ayer y hoy en la Universidad" en *La Educación Superior. Especialización en Docencia Universitaria*. Mendoza. EDIUNC.
- Pirrone, G. (2004) "La construcción de sujetos sociales en los comedores barriales de la ciudad de La Plata". La Plata. CD Congreso Redcom 2004.
- Poiré, M. J. y Racioppe, B. (2003) "Club del Trueque como espacio comunicacional/cultural". La Plata. Tesis de Licenciatura, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.
- Portantiero, J. (1999) *Los usos de Gramsci*. Buenos Aires, Grijalbo.
- Portes, A. Roberts, B. y Grimson, A. (2005) *Ciudades Latinoamericanas. Un análisis Comparativo del nuevo siglo*. Buenos Aires. Prometeo.
- Reguillo, R. (2000) "Identidades culturales y espacio público. Un mapa de los silencios". Bogotá. Diálogos de la Comunicación N° 59-60.
- ___ (2000) "Textos fronterizos. La crónica, una escritura a la intemperie", Diálogos de la Comunicación, N° 58 agosto 2000.

___ (1997) "El oráculo en la ciudad: creencias, practicas y geografías simbólicas. ¿Una agenda comunicativa?". Revista Diálogos de la Comunicación. N° 49.

___ (1997) "Ciudad y comunicación: densidades, ejes y niveles". Revista Diálogos de la Comunicación N° 47.

Rodulfo, M. (2003) "La situación habitacional y las políticas públicas". Buenos Aires (disponible en www.urbanred.ungs.com.ar).

Romero, J. L. (1965) *Breve historia de la Argentina*. Buenos Aires. Eudeba.

Rodríguez, M. Carla, Di Virgilio, M. Mercedes y otros, (2007) *Políticas de hábitat, desigualdad y segregación espacial en el área metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires. Instituto de investigaciones del Instituto Gino Germani -Universidad Nacional de Buenos Aires.

Sachs, W. (1996), *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*. Lima. PRATEC.

Sánchez Ruiz, (2002) "La investigación latinoamericana de la comunicación y su entorno social". Revista Diálogos N° 64.

Saintout, F. (2002) "Medios, identidades y políticas sociales". Buenos Aires. Revista Signo y Pensamiento N° 41.

___ El futuro llegó hace rato (2006). La Plata. Ediciones de Periodismo y Comunicación Social, EPC.

Samaja, J. (1994) *Epistemología y metodología: elementos para una teoría de la investigación científica*. Buenos Aires. EUDEBA.

___ (2006) *Semiótica de la ciencia. Los métodos; las inferencias y los datos a la luz de la semiótica como lógica ampliada*. Texto inédito.

Sarlo, B. (1991) *Instantáneas del fin de siglo. Medios, ciudad y costumbres en el fin de siglo*. Buenos Aires, Ariel, 1991.

- ___ (1996) "Retomar el debate". Buenos Aires. Revista Punto de vista N 55.
___ (2001) *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel.

Sassen, S. (1999) La ciudad global. Buenos Aires. Eudeba.

Sautu, R. (1999) *El método biográfico.* Buenos Aires. Lumière.

Segura, (2006) "Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial". Buenos Aires. Cuaderno IDES N° 9.

Semán, P. (1993). "Pentecostales: un cristianismo inesperado". Buenos Aires. Revista Punto de Vista, N° 45.

___ (1997). "Religión y cultura popular en la ambigua modernidad latinoamericana". Caracas. Revista Nueva Sociedad, No.149.

___ (2004). *La Religiosidad Popular: creencias y vida cotidiana.* Buenos Aires. Capital Intelectual.

Shannon, (1949) *The mathematical Theory of Communication.* Illinois. Urbana, The University of Illinois Press.

Soldano, D. (2000) "Proximidades y distancias, el investigador en el borde peligroso de las cosas". Buenos Aires. Revista Apuntes de Investigación N° 5.

___ y Fournier, M. (2001) "Los espacios en insularización en el conurbano bonaerense: una mirada al lugar de las manzanas", Tercera Jornada Anual de Investigación de la Universidad Nacional de General Sarmiento, Los Polvorines.

___ (2008) "Vivir en territorios desmembrados. Un estudio sobre la fragmentación socio-espacial y las políticas sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires" en Ziccardi, A. (comp.) *Procesos de urbanización de la pobreza y nuevas formas de exclusión social.* Bogotá. Siglo del Hombre.

Solomianski, A. (2003) *Identidades secretas. La negritud argentina,* Buenos Aires. Beatriz Viterbo.

- Spivack, G. (1985) "Can the Subaltern Speak?" en Nelson, C. y Grossberg, L. *Marxism and the Interpretation of Culture*. Illinois. Urbana. University of Illinois Press,
- Svampa, M. (2002) "Las dimensiones de las nuevas protestas sociales". Buenos Aires. Revista Rodaballo, N° 14.
- ___ (2005) *La sociedad excluyente, la Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires. Taurus.
- ___ (2008) *Cambio de época, movimientos sociales y poder político*. Buenos Aires. Siglo Veintiuno.
- Taylor, S. y R. Bogdan (1998) *Introducción a los métodos cualitativos de la investigación*. Barcelona. Paidós.
- Tonella, C. (2008) "Políticas urbanas y participación democrática en Brasil: El Consejo de las Ciudades". San Pablo. Revista Tempo da Ciência N° 15.
- Torrado, S. (1994) *Estructura social de la Argentina (1945 - 1983)*. Buenos Aires. Ediciones de la Flor.
- ___ (2003). *Historia de la familia en la Argentina moderna (1870-2000)*. Buenos Aires. Ediciones de la Flor.
- ___ (2004) *La herencia del ajuste*. Buenos Aires, Capital Intelectual.
- Torres, H. (1991) *El mapa social de Buenos Aires (1940-1990)*, Buenos Aires. Dirección de Investigaciones. Secretaría de Investigación y Posgrado. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo. Universidad nacional de Buenos Aires.
- Trías, Vivian (2008) *Simón Bolívar y el nacionalismo del Tercer Mundo*. Caracas, El perro y la rana.
- Vasallo De López, I. (1999) "La investigación de la comunicación: cuestiones epistemológicas teóricas y metodológicas". Lima. **Diálogos de la Comunicación N° 56**.

- Vich, V. y Zavala, V. (2004) *Oralidad y poder. Herramientas metodológicas*. Buenos Aires. Norma.
- Vidarte Asorey, V. (2005). "El arte como práctica sociocultural". La Plata. Encuentro de Becarios de Investigación de la Universidad Nacional de La Plata, EBEC05.
- ___ (2005) "Navegar 30 años (Reseña crítica de *30 AÑOS DESPUES*, de Aníbal Ford)". Revista La Plata. *Question* N° 6.
- ___ (2007). "Exclusión y Políticas públicas en Buenos Aires." Mendoza. XI Jornadas Nacionales de Investigadores en Comunicación, Red de investigadores en comunicación.
- ___ "Epistemología, dialéctica y comunicación. La importancia de la reflexión epistemológica en los estudios de comunicación social". Valparaíso. Revista *F@ro* N° 7 (2008) Universidad de Playa Ancha.
- ___ (2009) "Territorio y exclusión social en Buenos Aires. Análisis desde la comunicación / cultura". Revista Cuaderno Urbano. Espacio, cultura y sociedad N° 8. Resistencia Editorial de la Universidad Nacional del Nordeste.
- ___ (2009) "Del conventillo al gueto". La Plata. Revista *Question* N° 23.
- Vinocour, P. (2004). Santiago de Chile. Informe CEPAL N° 85.
- Wacquant, L. (2000) *Las cárceles de la miseria*. Buenos Aires. Manantial.
- ___ (2001) *Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del Milenio*. Buenos Aires, Manantial.
- Wainerman, C. y Sautu, R. (1997). *La trastienda de la investigación*. Buenos Aires. Editorial Belgrano.
- Williams, R. (1958) *Cultura y Sociedad*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- ___ (1976) *Las palabras clave, un vocabulario de la cultura y la sociedad*. Buenos Aires. Nueva visión.
- ___ (1982). *El campo y la ciudad*. Barcelona, Paidós.

Índice

-capítulo 1-	1
Introducciones	
• Palabras preliminares	1
• Ciudades latinoamericanas	4
• Problematización y objetivo(s)	8
• Sobre el diagnóstico y la planificación	10
• Voces y silencios sobre la exclusión	22
Territorio Testigo	
• Coordinadas al sur	28
• Historia y olvido	29
• Penas del presente	32
• Detrás del telón: actores, organizaciones	33
• Pistolas que se disparan solas	36
• Los cuerpos del delito	38
-capítulo 2-	40
Epistemología: mapas	
• Temas y motivos	42
• Creencia y saber	44
• Ciencia y Globalización: crisis en movimiento	50
Teoría: puertos	
• Sociedad y Cultura, sentido y acción	55
• Comunicación y Cultura, organización en práctica	61
• Prácticas culturales y prácticas de comunicación	65
Lo popular y lo urbano, dos campos mestizos	
• Comunicación social y cultura popular	67
• Comunicación social y territorio urbano	73

-capítulo 3-	80
Dinámica macrosocial: latinoamericanos y pobres	
• La larga noche de América Latina	82
• Argentina, días de pobreza	92
Dinámica económica: movimientos, de obreros a piqueteros	
• La más maravillosa música	95
• Desarrollismo: más industria, menos trabajo	97
• Las décadas infames	99
• Un pacto para vivir	105
Dinámica espacial: del conventillo al gueto	
• Prehistoria de la Metrópolis popular	109
• Industrialización y ciudad fordista	111
• Terrorismo territorial	114
• Reconstrucción democrática, deconstrucción habitacional	117
• La máquina de expulsión	120
• Ciudad global, guetos locales	123
Dinámica política: el todo y las partes	
• Políticas públicas y hábitat popular	130
• Políticas públicas y exclusión social	137
• Del escritorio al territorio: cambios en la organización popular	141
-capítulo 4-	145
Cartografía	
• Diseño y planos	146
• Etnografía en obra	154
Topografía	
• Microcosmos social: instituciones íntimas	159
• Microeconomía de la vida amateur	172
• Territorio habitado, arrabal en primera persona	182
• Micropolítica, supervivencia y vida cotidiana	195

-capítulo 5- _____	209
Apuntes sobre comunicación, planificación y gestión de política social	
• Recuerdos del futuro _____	209
• Estado - sectores populares - política social _____	211
• Configuración política / trabajo y memoria del movimiento obrero _____	214
• Configuración política / territorio, de la comunidad al pueblo _____	216
• Configuración política / educación y construcción de ciudadanía _____	219
• Conocimiento, Universidad e intervención _____	222
• Inventamos o erramos _____	227